EL LIBRO DE LA NOCHE

HOLLY BLACK

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

EL LIBRO DE LA NOCHE

HOLLY BLACK

Traducción de Carlos Loscertales Martínez

UMBRIEL

Argentina•Chile•Colombia•España
Estados Unidos•México• Perú •Uruguay

Título original: Book of Night
Editor original: Tor Books
Traductor: Carlos Loscertales Martínez
1.ª edición: octubre 2022
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © 2022 by Holly Black
All Rights Reserved
This edition is published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.
© de la traducción 2022 by Carlos Loscertales Martínez
© 2022 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com
ISBN: 978-84-16517-93-0
E-ISBN: 978-84-19251-30-5
Depósito legal: B-15.031-2022
Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.
Impreso por: Romanyà Valls, S.A. – Verdaguer, 1 – 08786 Capellades (Barcelona)
Impreso en España – Printed in Spai

Para todos los que alguna vez han venido a mi casa en Fin de Año.

Mi sombra es chiquitita y siempre va conmigo.
No sé por qué la tengo y nunca lo he sabido.
Es casi igual que yo, de los pies a la cara,
y la veo saltar cuando salto hasta mi cama.
—Del poema «Mi sombra», de Robert Louis Stevenson.

Prólogo

Cualquier niño puede jugar al pillapilla con su sombra. Lo único que tiene que hacer es echar a correr en dirección al sol de la tarde, y la sombra estará justo detrás de él en todo momento. Incluso puede darse la vuelta y perseguirla a ella, pero, por muy veloces que sean sus piernecillas, la sombra siempre quedará fuera de su alcance.

Pero este niño es diferente.

Este niño corre por un jardín repleto de dientes de león, riendo y chillando, hasta que sus dedos aferran algo que no debería ser sólido, algo que no debería caerse al suelo antes que él, entre los tréboles y la hierba. Algo con lo que no debería ser capaz de forcejear ni de inmovilizar contra la tierra.

Más tarde, sentado sobre el musgo fresco, al pie de un arce, el chico se clava la punta de su navaja en la yema del dedo anular y vuelve el rostro para no verlo. El primer pinchazo no atraviesa la piel. El segundo tampoco. Y a la tercera, al hacer un poco más de fuerza, cuando la frustración puede más que la aprensión, consigue agujerearla. Duele un montón, así que le avergüenza que brote tan poca sangre, apenas una gota diminuta. Se pellizca la piel para ver si así sale un poco más. La gota crece. Percibe el ansia de su sombra. Se va formando una niebla oscura a su alrededor. El dedo le escuece.

Una brisa desprende varias semillas de arce que caen flotando en espiral, girando como helicópteros de una sola aspa.

Un sorbito cada día, le ha oído decir a alguien en la televisión; hablaba de su sombra. Y será tu mejor amigo del mundo.

Aunque su sombra no tiene boca ni lengua, aunque no nota la humedad, el niño sabe que le está lamiendo la piel. No le gusta la sensación, pero tampoco le duele.

Nunca había tenido un mejor amigo, pero sabe que hacen cosas así. Para volverse hermanos de sangre, se frotan las heridas hasta que resulta imposible distinguir dónde termina uno y dónde empieza el otro. Necesita a alguien así.

—Yo soy Remy —le susurra a su sombra—. Y a ti te voy a llamar Red.

1
Sombras hambrientas

Los horrendos Crocs de Charlie se adherían a las alfombrillas que había detrás de la barra, produciendo un chapoteo pegajoso cada vez que daba un paso. Además, le corría el sudor por las axilas, el cuello y la ingle. Hoy llevaba trabajando dos turnos seguidos; el barman de tarde había dejado el trabajo sin avisar para irse a Los Ángeles con su novio, así que le habían endosado su horario a Charlie hasta que Odette contratara a otro empleado.

Pero, por muy cansada que estuviera, Charlie necesitaba la pasta. Y de todas formas era mejor mantenerse ocupada. Cuando estaba ocupada no se metía en líos.

Siempre había habido algo turbio en Charlie Hall. Era mala desde el día en que nació. No había error que no estuviera dispuesta a repetir. Tenía dedos de ladrona, lengua de embustera y un huesecillo de cereza reseco en lugar de corazón.

Si Charlie hubiera tenido una de esas sombras mágicas, seguro que ya la habría ahuyentado.

Pero lo que podía hacer era intentar cambiar. Y estaba en ello. Llevaba diez meses manteniendo a raya sus peores impulsos; le costaba, claro que sí, pero era mejor eso que ser una cerilla encendida en la ciudad que ella misma había empapado de gasolina.

Ahora tenía un empleo (con horario y todo) y un novio cachas que pagaba su parte del alquiler. El balazo se le estaba curando bastante bien. Eran triunfos menores, pero de los que estaba orgullosa.

Y con esa idea en la cabeza, Charlie levantó la mirada y vio entrar por las puertas dobles del Rapture Bar & Lounge una amenaza para su perseverancia.

Doreen Kowalski tenía la cara enrojecida e hinchada por el llanto; era evidente que había intentado retocarse el maquillaje, pero se había limpiado la máscara de pestañas con tanta fuerza que el borrón le llegaba hasta la sien. Cuando estaban en el instituto, Doreen no le daba ni la hora a Charlie; probablemente esta noche tampoco.

Hay muchísimas diferencias entre las personas que tienen dinero y las que no. Por ejemplo: cuando no puedes permitirte pagar a un experto, no te queda más remedio que desarrollar un complejo ecosistema de «aficionados útiles». Cuando al padre de Charlie le diagnosticaron cáncer de piel, él se tomó casi un litro de Maker's Mark y le pidió a un carnicero amigo suyo que le extirpara el trozo de carne del hombro, porque no tenía dinero para un cirujano profesional. Cuando la prima de una amiga de Charlie se casó, la tarta nupcial la

preparó la señora Silva, una vecina que vivía a tres manzanas a la que le encantaba la repostería y que tenía un montón de cacharritos de cocina muy chulos. ¿Qué más daba que la crema de mantequilla estuviera un pelín arenosa o que una capa de bizcocho se le hubiera quemado un poco? La tarta estaba bien dulce, era tan alta como las que salían en las revistas y no hubo que pagar nada más que los ingredientes.

En el mundo de la magia de sombras Charlie era una ladrona de prestigio, pero para los demás siempre sería uno de esos contactos útiles, alguien que podía birlar un anillo de bodas o encontrar a tu pitbull robado.

Charlie Hall. Acudía a las malas ideas como las polillas a un jersey de lana. Cualquier chanchullo era una oportunidad para sacar a pasear sus peores impulsos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Doreen en voz alta, estirando el brazo cuando Charlie pasó por su lado.

El Rapture estaba tranquilo esa noche, pero Odette, la dueña, una vieja dominatrix casi jubilada, estaba sentada en una de las mesas cercanas, cotilleando con varias comadres. Si Charlie se ponía a charlar demasiado tiempo con una misma persona, la jefa se daría cuenta. Y no podía permitirse perder el curro. Con su historial, tenía suerte de poder trabajar sirviendo copas en el Rapture.

Al trabajo se lo había conseguido Balthazar, el dueño de la casa de sombras que había en el sótano del bar (le recordaba a esos locales clandestinos de la época de la Ley Seca); quería tener vigilada a Charlie, principalmente porque intentaba convencerla de que volviera a trabajar para él.

Y mientras Charlie miraba a Doreen y la vieja excitación prendía de nuevo en su interior, se dio cuenta de lo precario que era su compromiso para encarrilar su vida. Como un plan de empresa que solo contiene la palabra «Beneficios» y un montón de exclamaciones.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó a Doreen, que negó con la cabeza.

—Tienes que ayudarme a encontrar a Adam. Ha vuelto a desaparecer y…

—Ahora no puedo hablar —la interrumpió Charlie—. Pide algo para que mi jefa no sospeche. Soda con bíter. Arándano rojo y lima. Lo que sea. Te invito.

Los ojos húmedos y enrojecidos de Doreen daban a entender que le iba a costar mucho esperar. O que ya llevaba unas cuantas copas encima. O las dos cosas.

—¡Oye! —la llamó uno de los parroquianos. Charlie se giró para tomarle el pedido. Preparó un Cosmopolitan, salpicando líquido rojo rubí al agitar la coctelera, y lo remató con una pastilla de hielo seco

que hizo que la copa empezara a expulsar vapor, como si fuera una poción mágica.

Se acercó a otra de las mesas: el tipo, que llevaba un buen rato entretenido con la misma cerveza, se estaba poniendo en el brazo su tercer parche de nicotina con dedos temblorosos. Le dijo a Charlie que todavía cargaría algo más a la cuenta.

Charlie le sirvió un chupito de Four Roses a un tío con gafas sucias y ropa de tweed que parecía no haberse cambiado desde el día anterior; le dijo que el bourbon no le gustaba demasiado dulce. Luego fue al otro extremo de la barra. Estaba preparándole a Balthazar su whisky con ginebra cuando este le hizo un gesto para llamarla.

—Tengo un encargo para ti —le dijo entre dientes. Balthazar, de ojos centelleantes, piel avellana y cabello rizado recogido en una sórdida coleta, era el rey de su casa de sombras, donde se hacían realidad los sueños corruptos de toda la ciudad.

—No —contestó Charlie mientras se alejaba.

—¡Venga! Han encontrado a Knight Singh asesinado en su cama y la habitación patas arriba. Alguien se ha llevado su cuaderno privado de descubrimientos mágicos —insistió Balthazar con poca convicción —. Esto era lo que se te daba mejor.

—¡No! —repitió Charlie con el mayor desparpajo posible.

A la mierda Knight Singh.

Singh era el primer umbrista que había contratado los servicios de Charlie, cuando ella era solo una cría. Por lo que a ella respectaba, podía pudrirse en su tumba. Y no pensaba ir a saquearla.

Charlie se había retirado de ese mundo. Se le daba demasiado bien y los daños colaterales habían sido excesivos. Ahora era una persona normal.

Un trío de veinteañeras borrachas, con los labios negros y pinta de brujas, estaban celebrando un cumpleaños entre semana. Le pidieron unos chupitos de absenta barata, de color verde neón, y se los bebieron con una mueca. A una debían de haberle alterado la sombra hacía muy poco, porque procuraba situarse de tal manera que la luz proyectara su nuevo yo en la pared. La sombra tenía cuernos y alas, como un súcubo.

Era preciosa.

—Mi madre no la aguaaaanta —les decía la chica a sus amigas, con la voz ligeramente pastosa. Dio un brinco y se quedó flotando en el aire un instante, mientras batía sus alas de sombra. Unos cuantos clientes se giraron para admirarla—. Dice que cuando tenga un trabajo de verdad me voy a arrepentir de haberme hecho algo que no se puede esconder. Yo le he dicho que así me comprometo a no cambiar nunca.

La primera vez que Charlie había visto una sombra alterada, le

había recordado a un cuento de hadas que había leído de pequeña en la biblioteca del colegio: La bruja y el hermano sin suerte.

Aún se acordaba de cómo empezaba: «Había una vez un niño que había nacido con una sombra hambrienta. Tenía toda la buena suerte del mundo, y toda la mala le había tocado a su hermano gemelo, que había nacido sin sombra».

Pero, por supuesto, la sombra de aquella chica no le daba suerte; tan solo era llamativa y le permitía hacer un truco de magia menor. Podía levantarse unos diez centímetros del suelo durante un par de segundos seguidos. Nada que no pudieran superar unos buenos tacones.

Y eso tampoco la convertía en una umbrista.

La manipulación de sombras era la especialidad de los alteracionistas, la más pública de las cuatro disciplinas. Los alteracionistas aplicaban cambios cosméticos a las sombras, las usaban para inducir emociones tan fuertes que podían resultar adictivas o incluso para extraer partes del subconsciente de una persona. Eso no estaba exento de riesgos, claro. Algunos terminaban perdiendo mucho más de sí mismos de lo que esperaban.

Las otras disciplinas del umbrismo eran más discretas. Los caparazones se centraban en su propia sombra: podían usarla para surcar los aires con unas alas o para blindarse con ella como si fuera una armadura. Los titiriteros mandaban a su sombra a hacer cosas en secreto (por lo que Charlie sabía, en general eran asuntos muy chungos de los que era mejor no hablar). Y los antifaces no eran mucho mejores, una panda de místicos siniestros empeñados en desentrañar los misterios del universo, le pesara a quien le pesare.

Por algo los llamaban «sombríos», en lugar de su título oficial. No te podías fiar de ellos ni un pelo. Por ejemplo, sin importar lo que dijeran, todos los umbristas traficaban con sombras robadas.

A Vince, el novio de Charlie, le habían robado la suya, seguramente para que algún cabronazo rico se pudiera hacer su tercera alteración. Vince ya no proyectaba sombra alguna, ni siquiera bajo la luz más intensa. Se creía que a los sinsombra les faltaba algo, que sentían la ausencia de algo intangible. Cuando alguien se cruzaba con Vince por la calle, a veces se daba cuenta y se alejaba todo lo posible.

A Charlie le habría gustado que todos se apartaran de su camino. Pero a Vince le molestaba, así que ella fulminaba con la mirada a todos los que lo hacían.

Cuando Charlie regresó a la barra, Doreen le habló:

—Ponme un ginger ale, a ver si se me asienta el estómago.

Odette parecía distraída con sus amigas.

—Vale, ¿qué problema tienes?

—Creo que Adam se ha vuelto a ir de juerga —le explicó Doreen mientras Charlie le colocaba la bebida delante, con una servilleta—. Han llamado del casino. Si no se presenta el lunes, lo van a despedir. No dejo de llamarlo al móvil, pero no contesta.

Charlie y Doreen nunca se habían llevado demasiado bien, pero tenían conocidos en común. A veces, conocer a alguien desde hace mucho tiempo parece más importante que el hecho de que te caiga bien o no.

Charlie suspiró.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Encontrarlo y conseguir que vuelva a casa —contestó Doreen—. Recordarle que tiene un hijo.

—No creo que yo pueda convencerle de nada —dijo Charlie.

—Adam está así por tu culpa —replicó Doreen—. No deja de aceptar encargos demasiado peligrosos.

—¿Y eso es culpa mía? —Charlie se puso a limpiar la barra para tener algo que hacer.

—Balthazar siempre lo compara contigo. Adam intenta estar a la altura de tu reputación, joder. Pero no todo el mundo es un delincuente nato.

Adam, la pareja de Doreen, era repartidor de blackjack en el casino Springfield y había empezado a trabajar a tiempo parcial para Balthazar después de que Charlie se retirara. Quizá le pareciera que los asuntos turbios con los que lidiaba en las mesas de juego eran entrenamiento suficiente para robar a los sombríos. Pero probablemente Adam también pensara que, si Charlie era capaz de hacerlo, no podía ser tan difícil.

—Seguiremos hablando cuando termine mi turno —le dijo Charlie con un suspiro, pensando en todos los motivos que tenía para no meterse en ese berenjenal.

Para empezar, porque ella era la última persona que Adam querría ver.

Por otro lado, porque no iba a ganar ni un céntimo con ese asunto.

Se rumoreaba que Adam se estaba gastando la pasta que le pagaba Balthazar en subidones de gozo: te alteraban la sombra y te quedabas horas y horas con la mirada perdida, invadido por emociones alucinantes. Seguramente Adam estaría repantigado en alguna habitación de hotel, sintiéndose de lujo, y desde luego no querría que Charlie lo llevara a rastras a su casa antes de que se le pasara el efecto.

Charlie miró a Doreen, aunque lo último que le hacía falta ahora era verla sentada en el otro extremo de la barra, revolviendo tristemente su vaso con el agitador.

Charlie estaba buscando el sifón cuando un estruendo le hizo

levantar la mirada.

El tío de la ropa de tweed (el que había pedido un bourbon «no demasiado dulce») estaba a cuatro patas en el suelo, al lado del escenario vacío, enredado en el telón de terciopelo. Uno de los matones de la casa de sombras, un tal Joey Aspirinas, estaba delante de él, como pensándose si le daba una patada en la cara o no.

Balthazar los había seguido escaleras arriba y seguía gritando:

—¿Pretendes que yo te busque un comprador? ¿Estás loco? ¿O intentas liarme para que parezca que fui yo quien robó el Liber Noctem? ¡Vete a tomar por culo de aquí!

—No es eso —replicó el tipo—. Salt está desesperado por recuperarlo, aunque solo sea una parte. Le pagará una fortuna a quien…

Charlie se estremeció al oír el nombre de Salt.

Después de todo lo que había visto y hecho, muy pocas cosas la ponían nerviosa. Y pensar en Salt era una de ellas.

—Cállate y lárgate de aquí. —Balthazar le señaló la salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Doreen. Charlie sacudió la cabeza mientras Joey Aspirinas empujaba al tipo hacia las puertas del local. Odette se levantó para hablar con Balthazar, pero Charlie no captó lo que decían.

Balthazar se dio la vuelta, miró a Charlie mientras regresaba a la casa de sombras y le guiñó un ojo. Debería haber respondido enarcando una ceja o poniendo los ojos en blanco, pero la mención de Lionel Salt la había dejado paralizada y rígida. Antes de que pudiera reaccionar, Balthazar ya había desaparecido.

Pronto llegó la hora de cerrar. Charlie fregó la barra. Metió las cocteleras y los vasos sucios en el lavavajillas. Contó la caja y descontó de sus propinas la consumición de Doreen. El Rapture se vanagloriaba de su ambiente excéntrico, con las paredes y el techo pintados de Black 3.0 (una pintura tan oscura que absorbía la luz) y un fuerte olor a incienso. Era la clase de garito al que iban los que querían ver magia, los fetichistas o los que se cansaban de los bares deportivos con kombucha de barril. Pero el ritual de cierre era el mismo en todas partes.

Cuando Charlie fue a buscar su abrigo y su bolso al despacho de Odette, casi todo el personal se había marchado ya. Mientras se dirigía a su coche, el viento que se había levantado y que le helaba el sudor del cuerpo le recordó que ya estaban a finales de otoño, prácticamente en invierno, y que ya iba siendo hora de llevarse al trabajo algo más abrigado que una cazadora de cuero fina.

—¿Y bien? —le preguntó Doreen—. Aquí hace un frío que pela. ¿Vas a buscar a Adam? Suzie Lambton dice que la ayudaste, y a ella apenas la conoces.

Seguramente no sería un trabajo demasiado complicado, y al menos así Doreen la dejaría en paz. Si Adam estaba puesto de gozo por ahí, siempre podía robarle la cartera. Así seguro que volvía enseguida a casa. Y de paso, también le quitaría las llaves del coche, solo porque sí.

—Tu hermano trabaja en la universidad, ¿verdad? En la tesorería.

Doreen entornó los ojos.

—Trabaja en servicio al cliente. Solo contesta al teléfono.

—Pero tendrá acceso a los ordenadores. ¿Podría hacer que a mi hermana le dieran un mes más de plazo para pagar la factura? No le pido que cancele la deuda, solo que la aplace. —El plazo para pagar las tasas de orientación, tecnología y gestión iba a vencer antes de que llegara el dinero del préstamo. Y eso sin contar con que Posey necesitaría un coche de segunda mano para ir al campus. Por no hablar de los libros.

—No quiero meter a mi hermano en un lío —protestó Doreen con aire inocente, como si no estuviera intentando convencer a una delincuente de que buscara al delincuente de su novio.

Charlie se cruzó de brazos y aguardó en silencio.

Finalmente, Doreen asintió a regañadientes.

—Supongo que puedo preguntárselo.

Eso podía interpretarse de muchas formas. Charlie abrió el maletero de su destartalado Toyota Corolla, donde guardaba su colección de teléfonos desechables, unos cables de batería enredados, un macuto viejo con sus herramientas de ladrona y una botella de Grey Goose que le había comprado a Odette a precio de mayorista.

Charlie sacó uno de los móviles y marcó el código que lo activaba.

—Vale, voy a probar una cosa, a ver si muerde el anzuelo. Dime su número.

Se dijo a sí misma que solo seguiría adelante si Adam respondía. Si no, lo dejaría estar.

Pero en el fondo sabía que solo estaba buscado una excusa para meterse en líos. Metía el pie en las arenas movedizas para comprobar si se hundía. Le envió un mensaje: Tengo un encargo y me han dicho que eres el mejor.

Si era verdad que Adam creía que no estaba a la altura, aquel halago lo motivaría. Esa era la esencia de un timo: jugar con las debilidades ajenas. Pero también era un vicio difícil de quitarse a la hora de tratar con la gente.

—Vamos a ver si responde y… —El móvil emitió un pitido de notificación.

¿Quién eres?

Amber, respondió Charlie. Tenía varias identidades falsas que no había llegado a utilizar en ninguna estafa. De todas ellas, Amber era la

única umbrista. Perdona que te escriba a estas horas, pero necesito que me ayudes, de verdad.

¿Amber, la de la melena castaña?

Charlie se quedó mirando el móvil un buen rato, intentando adivinar si era un truco.

Ya veo que eres tan bueno como dicen. Añadió un emoji de guiño, confiando en poder esquivar sus preguntas a base de ambigüedades.

—No me puedo creer que te esté escribiendo. ¿Qué dice?

—Mira. —Charlie le pasó el teléfono a Doreen—. ¿Lo ves? Está vivo. Está bien.

Doreen se mordisqueó una uña mientras leía la conversación.

—No me has dicho que ibas a ligar con él.

Charlie puso los ojos en blanco.

Al otro lado del aparcamiento, Odette, envuelta en un abrigo largo y holgado, se dirigía a su Mini Cooper de color púrpura.

—¿Crees que Adam te dirá dónde está?

Charlie asintió.

—Claro. Incluso puedo ir allí y dejártelo atadito de pies y manos si quieres. Pero para eso tendrías que hacerme un favor mucho mayor.

—Suzie dice que pedirte ayuda es como invocar al diablo. Aunque te conceda tu deseo, te quedas sin alma.

Charlie se mordió el labio y levantó la vista hacia la farola.

—Como tú misma has dicho, apenas conozco a Suzie. Debe de confundirme con otra persona.

—Ya —dijo Doreen—. Pero con todas las cosas que has hecho… y lo que contaban de ti en el instituto… parece que tienes dentro mucho odio hacia alguien.

—O quizá las hacía por diversión —repuso Charlie—. Eso sería más chungo, ¿verdad? Y ya que te estoy haciendo un favor, sería de buena educación que no sacaras el tema.

Doreen soltó uno de esos suspiros de agotamiento que las madres con niños pequeños parecen tener siempre dentro.

—Ya. Vale. Tú trae a casa a Adam antes de que acabe como tú.

Charlie esperó a que Doreen se fuera antes de subir a su Corolla y abrocharse el cinturón de seguridad. Procuró no pensar en el trabajo que le había ofrecido Balthazar ni en su antigua vida. En vez de eso, pensó en el ramen que iba a prepararse cuando llegara a casa. Pensó en si su hermana habría dado de comer a la gata. Se imaginó el colchón que la esperaba en el suelo del dormitorio. Se imaginó a Vince, ya dormido, con los pies enredados en las sábanas. Metió la llave en el contacto.

El coche no quiso arrancar.

2
El rey de copas, invertido

En el túnel de Cottage Street, el fuerte viento azotaba las mejillas de Charlie y le aplastaba el pelo contra la cara.

El Corolla se había quedado en el aparcamiento del Rapture. Había intentado arrancarlo una y otra vez, dando manotazos al salpicadero. Los cables de batería no habían conseguido resucitar el coche, y las grúas eran caras.

Se había planteado llamar a Vince o incluso pedir un taxi, pero al final había sacado el vodka del maletero y se había tomado un par de chupitos a morro, lamentándose de su mala suerte. Contemplando el cielo.

Las últimas hojas ya estaban marrones y solo unas pocas seguían adheridas a las ramas, colgadas como murciélagos dormidos.

El conductor de un coche que había parado en un stop le había hecho una propuesta indecente antes de pisar el acelerador. Charlie le hizo un corte de mangas, aunque seguramente el tipo ni la vio.

Además, no era nada que Charlie no hubiera oído ya. Miró su reflejo en las ventanillas del Corolla. Cabello moreno. Ojos castaños. Y mucha abundancia: de tetas, de culo, de tripa y de muslos. A menudo la gente se comportaba como si sus curvas fueran una invitación implícita. Parecían olvidar que todo el mundo nace en un cuerpo del que no puede desprenderse como si fuera un par de pantuflas, una silueta que no puede transformar como si de su sombra se tratara.

Otra racha de viento levantó unas cuantas hojas, aunque casi todas se quedaron apelotonadas en el bordillo de la acera.

En ese momento a Charlie se le había ocurrido la brillante idea de recorrer a pie los dos kilómetros y medio que la separaban de su casa.

No era nada. Un paseíto.

O lo habría sido para alguien que no llevara todo el día y media noche de pie.

Luego recordó aquello de que el alcohol no da valor, sino imprudencia. Pero ya era tarde.

Pasó delante de una librería cerrada y a oscuras. El escaparate estaba decorado para Halloween, con unas calabazas naranjas a las que les habían puesto colmillos de plástico en la boca, al lado de varias novelas de terror sobre las que habían esparcido gominolas. Las sonrientes calabazas ya empezaban a ablandarse y a descomponerse.

Todos los locales de la calle estaban cerrados. Charlie se ajustó la chaqueta; ojalá Easthampton se pareciera a los pueblos universitarios cercanos (como Northampton o Amherst), donde siempre podías

encontrar estudiantes merodeando de madrugada por las calles. Así habría al menos una pizzería abierta después de la hora de cierre de los bares, o una cafetería para los empollones noctámbulos.

Con tanto silencio, tenía demasiado tiempo para pensar.

A solas en aquella calle a oscuras, Charlie no podía escapar de las palabras de Doreen. Pero con todas las cosas que has hecho… y lo que contaban de ti en el instituto… parece que tienes dentro mucho odio hacia alguien.

Le dio una patada a un trozo de cemento suelto.

De niña, Charlie era toda pelo negro, ojos castaños y mal genio. Se metía en un lío tras otro, pero le había servido para descubrir que se le daba bien desmontar cosas. Cosas y personas. Le gustaba analizarlas, averiguar cómo abrirse paso hasta lo que escondían. Convertirse en aquello en lo que querían creer.

Y eso le hizo pensar de nuevo en el asunto de Adam. No pasaría nada por seguirle un poco el juego. Así se distraería.

Sacó su móvil y escribió: Busco un libro de la Colección de Libros Raros Mortimer del Smith College. Estoy segura de que contiene algo importante. Te puedo pagar. O podría darte algo a cambio.

Los umbristas siempre andaban a la caza de libros antiguos que enseñaran técnicas de manipulación de las sombras. Hasta se habían matado por ellos. Le estaba ofreciendo a Adam un trabajo sencillo.

Seguro que le picaba un poco la curiosidad.

Charlie se había pasado diez años robando para este o aquel umbrista. Libros, pergaminos y alguna que otra cosa más turbia. Durante esos diez años había mantenido su identidad en secreto. Era discreta, trabajaba esporádicamente en restaurantes o bares como tapadera y utilizaba a Balthazar como intermediario. Hacía poco más de un año, había pagado la entrada de una casa. Había convencido a Posey de que empezara a enviar solicitudes a universidades.

Y entonces lo había echado todo a perder.

Era como si dentro de Charlie hubiera un horno siempre encendido. Hacía un año se había dado cuenta de lo fácil que le resultaba reducir cualquier cosa a cenizas.

Adam no respondía a su mensaje. Quizás estuviera dormido. O colocado. O sencillamente no le interesaba su propuesta. Volvió a guardarse el móvil desechable en el bolso.

Por el rabillo del ojo, le pareció ver que algo se deslizaba entre dos edificios.

Eso la distrajo de seguir pensando en el pasado, pero no para bien.

Para la mayoría, las sombras discorpóreas eran como la leyenda de Slender Man o la chica de la mejilla llena de arañas, pero Charlie sabía que los Estragos eran algo más que un cuento. Un Estrago era lo que quedaba tras la muerte de un umbrista, cuando su sombra no lo

acompañaba. Era algo muy real y muy peligroso. El ónice y el fuego les hacían daño, pero, a menos que fueras un umbrista, no existía ninguna otra protección.

Sonó su teléfono (el bueno), devolviendo su mente al presente con un sobresalto. Era un mensaje de Vince: ¿Todo bien?

Llego enseguida, le escribió Charlie.

Debería haberlo llamado desde el Rapture. Vince habría venido a recogerla. Seguramente ni siquiera habría puesto mala cara. Pero a Charlie no le gustaba depender de él, porque entonces lo pasaría peor cuando Vince la dejara.

Oyó un sonido más adelante, cerca de donde el estanque Nashawannuck se encontraba con el Rubber Thread, al otro lado de las fábricas abandonadas. Había alguien.

Charlie apretó el paso y se metió la mano en el bolsillo para tocar el mango de la navaja táctica plegable que llevaba en el llavero. Aunque la usaba para abrir cajas de cereales y arrancar la masilla de las ventanas viejas, conservaba el filo. No tenía ni idea de cómo utilizarla para defenderse, pero al menos era un arma y el mango era de ónice, para debilitar a las sombras.

Un fugaz movimiento atrajo su atención hacia un callejón. Una luz encendida en la puerta de una tienda iluminaba un bulto de ropa manchada, huesos blancos y una pared con salpicaduras de sangre negruzca.

Charlie se detuvo en seco, con los músculos en tensión y el estómago revuelto, mientras intentaba asimilarlo. Su cerebro no dejaba de ofrecerle interpretaciones alternativas de lo que estaba viendo: atrezo de una casa del terror, un maniquí, un animal…

Pero no, aquellos restos eran humanos. La carne y la ropa estaban desgarradas, como si el autor estuviera desesperado por llegar a las entrañas de su víctima. Charlie se aproximó. Aunque el aire frío mitigaba el olor, notaba un aroma dulzón a osario. La cara del hombre estaba vuelta hacia un lado, con los ojos abiertos y vidriosos. La caja torácica estaba partida y arrancada en parte; los huesos blanquecinos y quebrados sobresalían de la carne desgarrada como un bosquecillo de abedules blancos.

Y algo volvía a moverse en la pared. Su sombra, que debería haber estado tan inmóvil como el cadáver de su dueño, estaba hecha jirones y ondeaba en la brisa como una prenda de ropa puesta a secar. Daba la impresión de que saldría volando con la primera ráfaga de viento.

La muerte había cambiado tanto el rostro del hombre que lo primero que reconoció Charlie fue su ropa: un traje de tweed, arrugado y algo sucio, como si llevara tiempo sin cambiarse. Era el mismo hombre al que Balthazar había expulsado de la casa de sombras del Rapture. El tipo que le había propuesto revenderle a Salt

algo que le habían robado.

Dos horas antes, Charlie le había servido un Four Roses. Y ahora…

Al oír algo al otro lado del callejón, Charlie levantó la cabeza y soltó un grito ahogado. Un hombre vestido con un gabán y un sombrero oscuros, con los ojos negros como agujeros de bala, la estaba mirando.

Y le pasaba algo en las manos.

Algo muy raro.

Estaban hechas enteramente de sombras, hasta los muñones cicatrizados de las muñecas.

Empezó a caminar hacia Charlie; sus pasos resonaban con claridad sobre el asfalto. La mitad de sus instintos le decía que huyera, pero la otra mitad quería que se quedara inmóvil, para no suscitar el deseo de persecución de aquel depredador. ¿De verdad iba a intentar luchar? La navaja que empuñaba le parecía ridículamente pequeña, poco mejor que unas tijeritas.

Se oyeron sirenas aullando a lo lejos.

Al oírlas, el hombre se detuvo. Charlie y él se sostuvieron la mirada, cada uno a un lado del cadáver. De pronto el hombre dio un paso atrás y se escabulló por la esquina, desapareciendo de su vista. El susto la había dejado mareada y horriblemente serena.

Se obligó a moverse, salió del callejón y caminó a buen paso hacia Union. Si la policía la encontraba junto al cadáver, le harían un montón de preguntas y era poco probable que se creyeran su historia sobre un tío con manos de sombra. Y menos viniendo de Charlie, a la que habían trincado dos veces por estafa antes de los dieciocho años.

Las piernas la alejaban de allí, pero su mente no dejaba de dar vueltas.

Desde la masacre de Boxford, hacía veinte años, cuando el mundo supo de la existencia de los umbristas, todo Massachusetts Occidental estaba plagado de ellos. Era el Silicon Valley de la magia de sombras.

Desde Springfield, con sus fábricas de armas clausuradas y sus mansiones tapiadas, hasta las universidades y colegios mayores, pasando por las pintorescas granjas de los pueblos de las colinas, los ríos contaminados y la pantanosa belleza del embalse Quabbin, el Valle era una zona relativamente barata que se encontraba casi exactamente a la misma distancia de Nueva York y de Boston. Además, siempre había sido un lugar muy tolerante con los frikis. Podías alquilar una cabra para que te cortara el césped. Había un club de armas de fuego que todos los años organizaba una feria renacentista. Podías comprar un cabecero de cama del siglo xviii, una vasija artesanal en forma de vagina y pillarle heroína a un fulano en una estación de autobús en cuestión de quince minutos.

Ahora, por si fuera poco, también podías pasarte por una casa de

sombras para que un alteracionista te extirpara esos mismos vicios o te añadiera uno nuevo. El gozo empezaba a ser una de las drogas más populares. Cuantos más umbristas había, más cambiaban las ciudades, y no había suficiente ónice en el mundo para ponerles coto.

Y sin embargo, a pesar de todo, aquel asesinato parecía inusualmente atroz. El responsable, tanto si era una persona como si no, habría necesitado una fuerza física increíble para partir un cuerpo humano como si se tratara de una nuez.

Charlie se metió las manos temblorosas en los bolsillos. Ahora su ruta habitual se le antojaba desconocida, llena de sombras picudas que se movían con cada ráfaga de viento. Todo le olía a carne putrefacta.

Después de recorrer sin aliento dos manzanas más, subió por el camino de entrada de su casa, aún temblando.

La campanilla de la puerta tintineó al entrar en la fea y amarillenta cocina de la casa de alquiler. En el fregadero había una sartén y dos platos sucios. Al lado del microondas había un plato más, tapado con otro puesto del revés. Su gata Lucipurrr lo olisqueaba con ilusión.

En el salón encontró a Vince dormido delante del televisor sin apenas volumen. Estaba despatarrado en el sofá que se habían traído de la calle, con un libro apoyado en el vientre. Al mirarle, Charlie sintió una punzada de melancolía, la desagradable sensación de echar de menos a alguien que aún no se había ido.

Desvió la mirada hacia el lugar donde debería haber estado la sombra de Vince. No había nada en absoluto.

La noche que conoció a Vince, Charlie se había fijado en que tenía algo raro, como si siempre estuviera ligeramente desenfocado, borroso. Tal vez la distrajo el alcohol, o quizá fue el aspecto pulcro y la mandíbula ancha de Vince; ella nunca atraía a chicos así. No fue hasta que volvió a mirarlo por la mañana, recortado contra una puerta, como si la luz fuera capaz de atravesarlo, cuando Charlie reparó en que Vince no tenía sombra.

Posey se había dado cuenta al momento.

Ahora la hermana de Charlie estaba sentada en la gastada alfombra de pelo gris, con una baraja de cartas extendidas ante sí, mirando con los ojos entornados una imagen pixelada en la pantalla de su portátil. Seguía llevando el pijama con el que Charlie la había visto antes de salir, con los puños sucios y deshilachados. Sin sujetador. Se había recogido el cabello castaño claro en un moño mal hecho. El único adorno que llevaba era un séptum de ónice y oro que no se quitaba jamás. Posey atendía todas las llamadas de Zoom con la cámara apagada, en parte para no tener que arreglarse.

Sin apenas fijarse en Charlie, continuó con su lectura de las cartas de tarot, con una voz totalmente profesional y relajante:

—El nueve de bastos, invertido. Estás agotada. Te gusta darlo todo

de ti, pero últimamente te notas sin energía…

Su interlocutora debió de empezar a desahogarse, porque Posey dejó de hablar y se limitó a escuchar.

De pequeñas, su madre las llevaba a ver a un montón de videntes. Charlie recordaba las almohadas de terciopelo polvorientas y las cortinas de cuentas del salón de una casa a pie de carretera. Posey recostaba la cabeza en el regazo de Charlie mientras las dos hermanas escuchaban las mentiras que le contaban a su madre acerca de su futuro.

Pero aunque fueran una estafa, su madre necesitaba hablar con alguien, y no se habría sincerado con nadie más. Los videntes eran los psicólogos de quienes no querían reconocer que necesitaban ir al psicólogo. Eran los magos de quienes necesitaban desesperadamente ver una chispa de magia, antes de que se descubriera que la magia existía de verdad.

Y aunque Charlie no creía que Posey tuviera poderes, sabía que sus clientes veían en ella a alguien que trataba sus problemas como algo importante, que quería ayudarles. A cambio de eso, qué menos que donarle cincuenta dólares y suscribirse a su Patreon.

Charlie regresó a la cocina y destapó el plato. Vince había cocinado tacos de huevo revuelto con guarnición de aguacate laminado y dos charquitos gemelos de tabasco y sriracha. A juzgar por los platos del fregadero, también le había hecho la cena a Posey. Charlie se comió sus tacos en la oxidada mesa plegable de la cocina mientras escuchaba hablar a su hermana:

—El rey de copas, también invertido. Eres inteligente, pero a veces tomas decisiones erróneas a sabiendas.

Los últimos coletazos de la adrenalina de antes le produjeron un estremecimiento que la obligó a dejar el tenedor un momento y respirar hondo varias veces. Procuró concentrarse en la voz de su hermana, en la familiaridad de la historia que estaba contando Posey.

Casi todos los que llamaban para una lectura de cartas tenían problemas de amor. Algunos querían saber si tenían posibilidades con alguien en concreto. Otros se sentían solos y querían que les dijeran que no era culpa de ellos no haber encontrado a la persona adecuada. Pero la mayoría llamaban porque tenían una relación que se había agriado; en parte querían que les aseguraran que todo aquel sufrimiento valdría la pena, y en parte que les dieran permiso para poner fin a la relación.

Casi todas las visitas de su madre a aquellos videntes habían sido por relaciones. Las mujeres de la familia Hall se enamoraban como quien se cae por un precipicio. Se les daba fatal escoger a los hombres; era como si una maldición ancestral pesara sobre ellas desde que la abuela se había casado con un cabrón de tal calibre que la anciana

seguía en la cárcel por haberle pegado un tiro en la nuca mientras veía la tele en su sillón reclinable. La maldición también se había cebado con su madre, que solía obligar a sus hijas a acompañarla en el coche mientras ella trataba de pillar a su marido poniéndole los cuernos. Eso por no hablar del padrastro que le había roto la muñeca a Posey. O del exnovio de Charlie que, desesperado por conseguir dinero para pagar unas deudas de juego, la había convencido de falsificar la declaración de la renta de varias personas fallecidas para quedarse con el dinero de la devolución. Como solía decir Posey, hacía falta que un hombre tuviera un agujero en la cabeza, el corazón o la cartera para que una Hall se enamorara de él.

Quizá fuera verdad. Quizá Charlie necesitara a un hombre al que le faltara algo, para poder volcarse sobre esa carencia y curarla como si ella fuera un elixir. O quizá simplemente Charlie sintiera que a ella también le faltaba algo, y los vacíos se atraían entre sí.

Vince era un tío de fiar. Duro y trabajador. Su vacilación a la hora de contar anécdotas familiares dejaba claro que no le gustaba hablar de su pasado, pero Charlie tenía experiencia de sobra calando a la gente como para hacerse una idea aproximada. Tenía callos recientes en las manos y los dientes rectos típicos de quienes han llevado aparato dental. Sabía la clase de datos que uno aprende en la universidad, pero no tenía deudas. En resumen: venía de una familia rica.

¿Le habrían dado la espalda después de que perdiera su sombra? Charlie había intentado preguntárselo, pero Vince siempre respondía con evasivas. Y ella tampoco había querido insistir mucho, porque prefería que no le hablara de la vida tan estupenda que había tenido y de lo bajo que había caído para estar donde estaba ahora.

Después de todo, a Vince no le importaba hacer la vista gorda cuando emergía la verdadera Charlie Hall, el imán de los problemas, la que apenas salía de la cama cuando le daba uno de sus bajones. La que se había pasado años intentando asfixiar al uróboro de sus pensamientos con demasiado alcohol, demasiados tíos y una retahíla de robos. Se decía que los sinsombra no experimentaban las emociones de forma tan plena y profunda como los demás. Quizá por eso a Vince no le molestaba la naturaleza ni el pasado de Charlie.

En casa, con Vince, Charlie se esforzaba por ser a la vez la mentirosa y la mentira, una chica que había dejado muy atrás su pasado como estafadora y que no tenía que reprimir el impulso de regresar al mal camino.

Y aunque a Vince se le daba casi demasiado bien escuchar, aunque a veces Charlie sospechaba que su novio era capaz de percibir aquella parte herida y rebelde suya que ansiaba desahogarse, al menos no la rechazaba por ello.

—Vamos —le dijo Charlie a Vince, dándole un toquecito en la pierna con el pie. Quería meterse en la cama con él; necesitaba sentir su aliento en el pelo y el peso protector de su brazo sobre el cuerpo, para no pensar en huesos blancos, en sangre coagulada ni en hombres con manos de sombra.

Vince abrió los ojos. Se desperezó. Apagó el televisor. Tenía el hábito de los altos: encorvarse ligeramente al ponerse de pie, como procurando no intimidar a la gente.

—¿Te has comido tus tacos? —le preguntó. Al pasar a su lado de camino al dormitorio, Vince le acarició la espalda con la punta de los dedos. Charlie se estremeció e inhaló el olor a lejía que desprendía su piel siempre que volvía de trabajar.

—Qué bueno eres.

Él sonrió, confundido pero contento.

Vince pagaba sus facturas. Sacaba la basura. Era majo con la gata. Tal vez anhelara tener una vida diferente, pero ahora estaba con Charlie. Lo que hubiera en su corazón importaba tan poco como lo que había en el de ella.

3
El pasado

A los trece años, Charlie le dijo a su madre que había tenido una aparición. Después del divorcio, su madre estaba muy metida en la cristaloterapia y tenía una amiga que recibía «mensajes de los ángeles», así que tampoco tuvo que sacarse la idea de la manga. Charlie le aseguró que el espíritu de una bruja ejecutada por la Inquisición había empezado a hablarle, y que ahora incluso hablaba a través de ella.

Ahora, cuando lo pensaba, se daba cuenta de que no había sido un buen plan. Pero era la única forma de que su madre la escuchara. Y Charlie estaba desesperada.

Así nació Elvira de Granada, un personaje basado en un anime que veía de madrugada y en las novelas de terror baratas que se compraba en el súper. Elvira podía decir todo lo que Charlie Hall no. Elvira podía escupir toda la rabia acumulada en un corazón que ya estaba tocado.

Era muy muy muy importante convencer a su madre de que su nuevo marido no era buena gente, y deprisa. Travis era un cabrón que odiaba a Charlie y a Posey.

Pero tonto no era. Cuando pegaba a Posey (y lo hacía por nada, solo porque la niña le saltaba alrededor, lo molestaba o se negaba a irse a la cama a su hora), lo hacía cuando su madre no estaba delante. Y en lugar de fingir que no había pasado nada, acusaba a Charlie de haberle pegado a su hermana, y a Posey, de haberla encubierto.

Charlie terminaba castigada, claro. Y también Posey, por mentirosa.

A partir de entonces, Travis supo que llevaba la batuta. Empezó a decirle a su madre que debía ponerles más límites a sus hijas, que su padre les había dado demasiada «manga ancha», que eran unas embusteras, que solo buscaban atención y que le sisaban dinero de la cartera. Si no les paraba los pies pronto, le perderían el respeto y seguramente acabarían en la cárcel.

Cuando Travis empezó a pegar también a Charlie, ya ni siquiera intentó contarlo.

A su madre le fascinaba la idea de que su hija fuera médium. Se quedaba deslumbrada cuando Charlie le daba datos familiares, aunque en realidad solo contaba lo que recordaba de las anécdotas que había oído. De vez en cuando mentía descaradamente sobre parientes muertos que no podían desmentirla.

Pero ni siquiera Elvira de Granada logró convencer a la madre de

Charlie de que Travis era un capullo. La madre de Charlie concluyó que Elvira era una amargada y una desconfiada, por culpa de los tormentos a los que la habían sometido antes de su ejecución. Así que Charlie se inventó al brujo Alonso Nieto. A diferencia de Elvira, a la que simplemente habían acusado de brujería, Alonso había reconocido que la practicaba.

Resultó que los hombres, incluso los ficticios, transmiten más autoridad que las mujeres.

A su madre le encantaba hablar con Alonso. Charlie consideraba que su interpretación de Elvira era convincente, pero en el caso de Alonso parecía que era su madre quien quería dejarse convencer.

Aun así, Charlie sabía que debía tener cuidado. Si quería que Alonso persuadiera a su madre de que se divorciara de Travis, el brujo tenía que darle información más concreta.

Le vino bien que la fachada de Travis ya estuviera empezando a resquebrajarse. Cuando llevaban poco tiempo casados, le repetía constantemente a su madre lo perfecta que era y lo felices que iban a ser juntos, pero eso no duró mucho. Ahora, cuando discutían, Travis iba directo a meterse con su peso y su inteligencia. Las flores y las citas románticas se fueron diluyendo, así como su contribución a la economía doméstica.

Charlie sabía que tenía una oportunidad, pero necesitaba ayuda. Así que involucró a su hermanita en el plan.

Hasta entonces Posey no sabía qué pensar de Elvira y Alonso, aunque le alegraba que por fin alguien le metiera mierda a su odioso padrastro. De todas formas, siempre le había dado mal rollo ver a su hermana poseída. Cuando Charlie le dijo que no era más que un juego, todo cambió.

Los espiritistas profesionales suelen especializarse en una de las dos clases de lectura que existen, aunque por entonces ellas dos no lo sabían. La primera era la lectura en frío, la misma que hacía ahora Posey con sus clientes, que consistía en improvisar en base a tus observaciones. La segunda era la lectura en caliente.

Durante una lectura en frío, el vidente podía fijarse en la frecuencia con la que el cliente miraba su móvil, si tenía en el dedo la marca de un antiguo anillo de casado, si llevaba zapatos gastados o si lucía tatuajes muy visibles. Por teléfono, el vidente tenía que apoyarse en el léxico del cliente, en su acento o en el nerviosismo de su voz. Una buena lectura en frío servía como elemento de persuasión: hacía que el cliente se relajara y empezara a aportar información.

Una lectura en caliente era algo totalmente distinto. Implicaba investigar con antelación al cliente. Los videntes más famosos incluso instalaban micrófonos ocultos en su sala de espera o tenían ayudantes que espiaban al público de sus espectáculos.

Eso era lo que Charlie pretendía hacer: una lectura en caliente.

Con la ayuda de Posey, registraron los bolsillos de Travis. Encontraron la contraseña de su ordenador y revisaron su historial de navegación, su correo electrónico y sus mensajes privados de Facebook. Localizaron su colección de pornografía (daba grima, pero no contenía nada tan chungo como para hundirlo). Resultó que Travis no ligaba con otras mujeres ni malversaba dinero. Travis era un cabrón, pero también un soso.

Aunque a Charlie no le iba demasiado bien en el colegio y hacía mucho que la habían encasillado en el grupo que no iría a la universidad, leía mucho y prestaba atención. Era lista.

Pero hasta una niña lista puede cometer estupideces.

Como no encontraba nada que incriminara a Travis, Charlie decidió falsificar pruebas. Creó un perfil de Facebook con el nombre y la foto de Travis y se puso a ligar con mujeres. Al cabo de un tiempo, pasó a enviarles mensajes de texto con un móvil desechable. Le resultaba agotador pasar constantemente de Travis a Alonso. Era como jugar a los disfraces, pero a otro nivel.

Pero en lugar de aburrirse de hacerlo, lo que empezaba a frustrarla era todo el tiempo que tenía que dedicar a ser Charlie Hall, una niña con un montón de deberes de mates. Ansiaba que llegara el momento de improvisar, cuando una parte de ella que ni siquiera sabía que existía se las arreglaba para decir siempre las palabras adecuadas.

Aunque había conseguido falsificar las pruebas, no estaba segura de que eso bastara para convencer a su madre. Le pidió a Posey que se ocupara de manipular el entorno. Que conectara las luces de la otra punta del apartamento, que encendiera los fogones de la cocina y dejara pequeños detalles para que los encontrara su madre. Quería demostrarle el poder de Alonso. Reinventaron el espiritualismo victoriano desde sus principios básicos.

Charlie descubrió por casualidad una de las ilusiones más embriagadoras que existen: Alonso le aseguró a su madre que ella era una persona importante, especial, una elegida. No le dio muchos detalles, pero los detalles eran lo de menos.

No tardó mucho en engancharla del todo. De hecho, a veces Charlie tenía la impresión de que a su madre le interesaba más Alonso que ella, que le apetecía más pasar tiempo con el brujo que con su hija. A veces Charlie sentía que ser el recipiente de un fantasma era lo más importante de su vida.

Una noche especialmente desagradable, Travis le ordenó a gritos a Charlie que limpiara su cuarto. Como no lo hizo tal y como él quería, le destrozó su ejemplar de El castillo ambulante. Entonces Charlie decidió que había llegado el momento. Tres días después, Alonso le dijo a su madre que abriera la guantera del coche de Travis, donde

Posey había colocado el móvil desechable.

Después de eso, todo sucedió muy deprisa.

Su madre revisó los mensajes del móvil y vio las promesas que «Travis» les había hecho a esas mujeres y lo mal que les hablaba de ella. Travis lo negó todo, pero al ver que no le creía se iba enfadando cada vez más.

«¿A que jode?», pensó Charlie con satisfacción, recordando todas las veces que su madre había creído a Travis en lugar de a ella.

Charlie se alegró cuando se mudaron, se alegró mucho cuando su madre se divorció y se alegró muchísimo cuando se mudaron a otro apartamento más pequeño, aunque ahora iban más cortas de dinero que nunca. Pero también le daba un poco de miedo lo que había hecho. Sentía un peso enorme al saber que había cometido una traición tan grave que, si alguna vez su madre lo descubría, quizá nunca la perdonaría.

Y no se esperaba en absoluto que su madre quisiera presentar a Alonso a sus amigos. Charlie se negó a ir. Lloraba y repetía que no quería hacerlo, que ya no le gustaba dejar que Alonso hablara a través de ella.

Ya estaba en el umbral de la edad adulta. Tres cuartas partes de niña y una cuarta parte de ansiedad. Sus sueños eran un confuso caleidoscopio: hacer zapping, beber cubatas que parecían Martini con vodka pero sabían a Sprite, pintarse los labios, ponerse tacones rojos con purpurina y casarse con alguien mitad estrella del pop y mitad animal disecado.

Tenía que dejar de hacerse pasar por Alonso antes de que la pillaran, pero no sabía cómo hacerlo sin decepcionar a su madre.

«Canalízalo. Será la última vez. Te lo prometo, cariño».

Su madre la convenció para hablar con sus amigos una vez, y luego otra. A la tercera, Charlie se dio cuenta de que algunos empezaban a sospechar. Rand, un tipo regordete que lucía un bigote bien encerado, intentó desenmascararla preguntándole datos históricos. Charlie se dejó llevar por el pánico y habló de más. Durante el viaje de vuelta en coche, notaba la mirada de su madre, descorazonada y al borde de la desilusión. Charlie sentía todo el cuerpo hecho de plomo.

La siguiente vez no protestó, y eso que su madre parecía indecisa. Charlie había estado estudiando datos históricos. Entre eso y lo plausible que resultaba que alguien como Alonso desconociera conceptos como los antibióticos y la gravedad, se veía capaz de salvar los muebles una vez más.

Y lo más importante: Charlie había recordado qué era lo que funcionaba con su madre. No necesitaba convencerlos de nada.

Lo que tenía que hacer era conseguir que ellos quisieran creer.

Así que, en vez de responder a sus preguntas, se inventó una

fantasía rocambolesca. Conocía lo bastante bien a todos los amigos de su madre como para adivinar quién soñaba con que sus esculturas salieran en una revista, quién buscaba el amor y quién quería que sus hijos no vivieran tan lejos.

Alonso les dijo exactamente lo que querían oír, añadiendo un tirón de orejas.

«Ya has conocido al hombre para el que estás destinada, sabes quién es y también por qué no estáis juntos».

«Tus hijos serían más felices si vivieran cerca de un lago, pero se niegan a reconocerlo».

«Elogiarán tu obra después de tu muerte».

Después Alonso les comunicó que ya había cumplido su propósito y que por fin tenía permiso para cruzar al otro lado. Tras una solemne y emotiva despedida, Charlie dejó todo el cuerpo inerte. Cayó al suelo y fingió perder el conocimiento durante un minuto entero, hasta que empezó a darle miedo que llamaran a una ambulancia.

Después de ese espectáculo, hasta el más escéptico de los amigos de su madre la colmó de galletas e infusiones.

No volvió a tener más «apariciones».

A veces su madre le echaba una mirada rara, pero Charlie procuraba no fijarse. Y Posey, celosa de la atención que había obtenido Charlie, empezó a leer las cartas de tarot y a practicar su mirada de abstracción.

Charlie, en cambio, sentía que se había quedado con las partes menos interesantes de sí misma y que había perdido el resto.

4
Más café

La intensa luz de la mañana inundaba la cocina. Lucipurrr, metida en el fregadero, hacía equilibrios sobre un plato sucio mientras lamía las gotas que caían del grifo.

Al ir a servirse un café, Charlie se fijó en el brillo de los ojos enrojecidos de Posey, que meneaba la pierna por debajo de la mesa. Seguía con el pijama de la noche anterior, aunque ahora también se había puesto unas pantuflas roñosas con forma de unicornio.

—¿Te has quedado toda la noche despierta? —le preguntó Charlie, aunque la respuesta era evidente.

—He descubierto un canal nuevo. —A juzgar por su tono, Posey contaba con que Charlie le echara la bronca. Su hermana frecuentaba foros y vídeos que difundían consejos peligrosos para avivarse la sombra, el primer paso para convertirse en umbrista.

Casi todos los artículos convencionales sobre magia de sombras trataban sobre alteraciones, con títulos sensacionalistas como «Magia: ¿el nuevo 1%?», «Actriz de Hollywood crea una nueva moda sombría», «Arranca de raíz tu apetito por la comida basura», «Las alteraciones de sombra más útiles para madres primerizas», «Eliminar el deseo: ¿la nueva lobotomía?». En esa clase de artículos, los umbristas siempre eran proveedores. Traficantes. Los supermercados de la magia. Los Papá Noel de la magia.

Los famosos se hacían alterar la sombra con más frecuencia ahora que se había puesto de moda, intercambiándolas como quien cambia de peinado; se presentaban en la Gala del Met con una sombra en forma de dragón, de cisne o de felino. Se estimulaban las emociones para prepararse mejor para un papel de cine o para componer canciones más conmovedoras.

Y si alguno que otro se mataba de hambre, se tiraba por un puente o recortaba hasta tal punto su propia personalidad que terminaba deambulando como un fantasma… valía la pena. Cuando su sombra se marchitaba, se consumía o no se injertaba correctamente, los ricos siempre podían comprarse una nueva.

Pero si profundizabas un poco más en aquel pantano de enlaces y artículos, más allá de los temas generalistas y llamativos, encontrabas teorías sobre la creación de los umbristas. Las fuentes más serias aportaban información prudente. Un científico del Centro de Investigación Helmholtz aparecía citado en una entrevista de The New Yorker que se había hecho viral: «Las sombras, como las de los muertos de Homero, necesitan sangre para avivarse». Pero daba la

impresión de que hasta el último influencer de salud, hasta el último mago de tres al cuarto, tenía algo que decir al respecto. YouTube y TikTok estaban hasta los topes de tutoriales inútiles: «Cómo avivé mi sombra mediante el dolor», «Reyerta callejera provoca avivamiento de sombra», «Descubrí mis habilidades mágicas cuando estuve a punto de ahogarme», «Técnicas de asfixia segura con bolsa de plástico: resultados garantizados». Y en los abismos de 8kun, las ideas eran mucho más peregrinas y escabrosas.

Charlie aún se acordaba de la época en la que la magia de verdad parecía algo imposible. Y también de la etapa de confusión que llegó después, cuando nadie estaba seguro de lo que era real y lo que no. Pero Posey había pasado de creer en la magia de niña a saber, ya adulta, que la magia existía, pero que a ella le estaba vedada.

Charlie recordaba perfectamente aquel día en que volvió a casa y encontró la bañera llena de hielo derretido y a su hermana sentada en el suelo, envuelta en una toalla y con los labios azules de frío. «Tendría que haber aguantado más tiempo», había conseguido decir Posey, aunque los dientes le castañeteaban. Charlie le suplicó que no se le ocurriera volver a intentar nada parecido.

Tiempo después, Posey se hizo con una cuerda de pescar y se la ató al piercing de la lengua para comenzar el lento y doloroso proceso de bifurcarse la lengua. Por lo visto, una vez que te acostumbrabas a utilizar simultáneamente los músculos de cada lado, entrenabas el cerebro para adquirir la «conciencia bífida». Eso era lo segundo que necesitaba un umbrista, después de una sombra avivada.

Que Charlie supiera, lo único que había conseguido Posey era un ligero ceceo.

Charlie bostezó y miró sus dos móviles. En el auténtico había un mensaje de Laura, su mejor amiga del instituto, que ahora tenía tres hijos y poquísimo tiempo, para invitarla a una barbacoa. Otra amiga iba a celebrar su boda en el jardín de casa y quería que Charlie se ocupara de servir las copas. Varios mensajes basura de una tienda con ofertas en los amuletos de ónice.

Sacó el móvil desechable y le envió un mensaje a Adam, para seguir tanteando:

¿Quedamos? En un sitio discreto si puede ser. No quiero que nos vean juntos.

Aquella era la parte delicada, conseguir que mordiera el anzuelo. En cuanto Adam le dijera dónde se encontraba, estaba jodido.

Doreen podría ir a buscarlo para gritarle y llevárselo a casa de la oreja.

Ojalá a Charlie le resultara igual de sencillo solucionar los problemas de Posey. Pero no conocía ninguna estafa, timo ni fraude que sirviera para eso.

¿Mañana?

Con el coche fuera de combate, iba a ser complicado. Vale, le escribió Charlie. Puedo pasarme por la mañana, antes de clase.

Por la mañana, no.

Charlie apretó los dientes con fastidio. Si no averiguaba los horarios de Adam, tendría que ir personalmente para vigilar el lugar. Y como se estaba haciendo pasar por la umbrista Amber, no tenía sentido que tuviera otro trabajo. Charlie decidió optar por la imprecisión. Tengo lío hasta medianoche. Puedo ir después.

Adam le envió un pulgar levantado y un emoji de guiño. Luego le mandó el número de su habitación del hotel del casino MGM de Springfield. Charlie se sintió un pelín culpable, como si hubiera concertado una cita con otro chico.

«No estás haciendo nada malo», dijo para sus adentros.

Bueno, sí que estaba haciendo algo malo, pero no lo que parecía.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Posey.

—Claro que sí —mintió Charlie.

Posey puso los ojos en blanco y le dio un puntapié a la pata de la silla de Charlie.

—He visto un vídeo en el que unos tíos toman ayahuasca y se avivan la sombra con una meditación guiada. En los comentarios están flipando. Conozco a un chico que tiene una casa junto al lago Quinsigamond; quiere que lo probemos con unos amigos, pero primero tenemos que pillar DMT.

Charlie enarcó las cejas.

—Esa mierda te hace vomitar toda la noche. Y no solo vomitar.

Posey se encogió de hombros.

—¿Nos lo puedes conseguir?

—¿DMT? —preguntó Charlie, sopesando hasta qué punto era mala idea—. No sé. Pregunta en el Hampshire College. Si lo vende alguien de la ciudad, lo encontrarás allí. O a lo mejor, cuando empieces a estudiar en la UMass, puedes pedirle a alguien que te lo fabrique en el laboratorio de biología.

La hermana de Charlie llevaba varios años leyendo hilos de Reddit, viendo vídeos y hablando con otros aspirantes a umbristas hasta las tantas de la madrugada. Pero últimamente la cosa iba a peor. Ahora Posey se pasaba varios días seguidos sin dormir y varias semanas sin salir de casa. Cada vez que su sombra se negaba a avivarse, parecía que iba cayendo más en la desesperación. Estaba tan metida en aquel hoyo que Charlie temía que se hubiera convertido en una mazmorra secreta.

Por eso era tan importante que Posey estudiara. En la UMass podría estudiar ciencia umbral con profesores titulados, en lugar de con frikis de internet. Con suerte hasta se interesaría por otras cosas.

El único problema era la gran cantidad de formularios, tasas y cobros inesperados. Charlie había reunido la mayor parte del dinero de la última factura, pero no todo. Cuando el hermano de Doreen cumpliera y les consiguiera un poco más de tiempo, lo solucionaría.

Así que Charlie recurrió de nuevo a la tradición familiar: ignorar el problema la mayor parte del tiempo y, cuando se sentía culpable, sugerirle a su hermana que se acostara más temprano. Como si su verdadero problema fuera el insomnio.

Como si las dos no supieran perfectamente que Posey bebía café y refrescos por litros; probablemente también tomara Adderall para combatir el cansancio. Al menos eso le vendría bien en la uni.

Charlie tuvo la angustiosa sensación de que su hermana ya tenía un plan alternativo para conseguir DMT por su cuenta y que para ello haría falta robar algo. Que Charlie robara algo, seguramente.

En ese momento sonó el móvil de Posey. Mientras lo miraba, Charlie se centró en tomarse su café. Le iba a hacer falta.

—Hoy mamá ha sacado el siete de copas —murmuró Posey, mostrándole la pantalla para que Charlie pudiera ver una foto de su madre con una carta de tarot en la mano.

La carta del soñador, del buscador. Su madre vivía en un motel para estancias de larga duración con un tío nuevo, pero el caso era que siempre había un tío nuevo. Le gustaba que Posey le diera su opinión, ya que no cobraba a sus parientes por leerles el futuro.

Charlie ignoró la acostumbrada punzada de culpa; el tiempo la había mitigado, pero nunca desaparecía del todo.

—¿Qué le vas a decir?

Posey frunció el ceño.

—¿Qué más te da? Tú crees que no tengo ni idea de lo que digo.

Al oír su tono irritado, Lucipurrr levantó la cabeza del fregadero y bufó.

—No digas eso —dijo Charlie—. Y estás molestando a la gata. No le gustan las discusiones.

Posey la ignoró.

—Por algo las sombras se amputan y se venden. Todo el mundo busca magia, no solo yo.

Inmediatamente, Charlie miró de reojo hacia el cuarto de baño, donde Vince se estaba duchando. Bajó la voz.

—No te estaba criticando. No seas tan paranoica, joder.

De niña, a Charlie le habían regalado una caja de magia por su cumpleaños. Un pañuelo que cambiaba de color al volverlo del revés. Una chistera con doble fondo. Una baraja de cartas marcadas. Practicaba todas las noches. Pero en el fondo no era más que otra clase de estafa. Una manera distinta de mentir.

Por supuesto que Charlie sabía lo que se sentía al desear tener

magia.

Posey acercó su portátil.

—Quiero enseñarte una cosa.

Charlie bebió otro sorbo de café y se puso a apilar las cartas desperdigadas por la mesa. Catálogos, la factura de la luz, la factura del gas, la factura del móvil, otra carta del hospital con cifras en rojo y tres cartas de una empresa de cobradores de morosos. El total continuaba subiendo mes tras mes, con intereses. Además, iba a tener que resucitar un Toyota Corolla de 1998 antes de que se lo llevara la grúa. Pero Posey iba primero.

—Piensa en todas las cosas que se han encubierto a lo largo de los años —dijo su hermana—. Las pruebas de radiación con bebés muertos, el veneno que obligaban a poner en los materiales que se usaban para fabricar alcohol casero durante la Ley Seca… Y no solo es nuestro gobierno o los demás gobiernos. Las empresas. Las instituciones. Si hubiera alguna manera de avivar una sombra, la ocultarían.

Posey le dio la vuelta a su ordenador y le mostró un vídeo en el que varios adolescentes se colaban en un hospital. Según el título del archivo, eran grabaciones de seguridad sin cortes. La luz infrarroja de color verde hacía brillar los ojos de los chicos. Daba mal rollo verlos reírse entre dientes junto a los pacientes dormidos, moviendo los dedos como si estuvieran jugando a piedra, papel o tijera… y eligiendo siempre la tijera, una y otra y otra vez.

—¿Para qué quieren todas esas sombras? —preguntó Posey—. Deben de conocer una forma de avivarlas.

Charlie miraba la pantalla con el ceño fruncido, sin dejarse impresionar. Los ladrones de sombras no le merecían mucho respeto. En el mundo del hampa mágica, eran el equivalente a un atracador chapucero. Probablemente los umbrotraficantes se las vendían a personas que habían perdido la suya por exceso de alteraciones o que las utilizaban para hacer experimentos. Si alguien supiera de verdad cómo avivar una sombra, le parecía muy poco probable que se guardara semejante información, cuando el mundo entero estaría ansioso por pagar una fortuna a cambio.

—¿Has oído alguna vez que una sombra se rasgue? —preguntó Charlie, en parte porque quería saberlo y en parte para cambiar de tema. Posey frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Anoche vi una sombra… que estaba… no sé… parecía como si la hubieran pasado por una trituradora. Y había un hombre que…

Posey le echó una mirada tan rara que Charlie no terminó la frase. Posey, la que se tragaba cualquier cosa, no la creía. Ojalá hubiera una forma de demostrar que aquella sombra era en realidad una bolsa de

plástico rota. Que el hombre llevaba guantes grises. Pero no. Charlie sabía lo que había visto.

—Alguien debió de intentar amputarla —contestó finalmente Posey —. Dicen que perder tu sombra es como si te amputaran el alma. — Bajó la voz y susurró—: Y ya sabes que Vince…

—Oye, no vayas por ahí —la interrumpió Charlie—. Vince tiene alma, joder.

—Hay algo raro en él —dijo Posey—. De lo contrario, no podría hacer ese trabajo de mierda tan macabro que tiene.

Vince se dedicaba a vaciar y limpiar habitaciones de hotel en las que hubiera sucedido algo relacionado con sangre o cadáveres: apuñalamientos, tiroteos, sobredosis… Su jefe gestionaba los encargos y distribuía el trabajo entre tres autónomos que trabajaban en negro. Winnie, una señora con hijos ya mayores y que antes había trabajado como payasa profesional. Craig, que quería dedicarse a eso durante un año para adquirir experiencia en lo escatológico antes de entrar en la escuela de efectos especiales de Tom Savini. Y Vince.

—¿Me vas a hablar tú de trabajos de mierda? —dijo Charlie.

Posey la ignoró.

—Es demasiado callado. Y creo que es mentira que no habla francés.

Charlie soltó un resoplido de risa, sorprendida por aquella ridícula acusación y por la actitud solemne de Posey.

—¿Que qué?

Posey frunció el ceño de nuevo.

—Estábamos viendo la tele, un personaje dijo algo en francés y Vince sonrió antes de que explicaran lo que significaba. Y no era algo sencillo como bonjour y tal; entendió un chiste en francés a la perfección.

—Lo habrá estudiado en secundaria. ¿Y qué?

Posey negó con la cabeza.

—Todo el mundo olvida el idioma que aprende en secundaria.

—No sé qué es lo que tanto te molesta de él —dijo Charlie, levantando las manos—. Creo que no lo sabes ni tú.

—Es guapo, vale, pero sabes que algo no encaja. Te escribes con otros tíos a sus espaldas. —Posey agarró el móvil de Charlie, que estaba en la mesa—. ¿Lo ves? «Oooh, Adam, vamos a quedar en un sitio discreto».

—¡Dame el móvil! —Charlie se lo arrebató con brusquedad.

—Reconócelo. Lo que más te gusta de Vince es que lo tolera todo sin quejarse.

Antes de que Charlie pudiera explicarse, los pesados pasos de Vince anunciaron su aparición. Llevaba el pelo mojado y la camiseta se le ceñía a los gruesos bíceps. Sus ojos grises parecían verdes bajo la luz

que se reflejaba en las paredes amarillas.

Posey se levantó, pasó por su lado con el portátil bajo el brazo y le dio un brusco empujón en el pecho con el hombro.

Vince enarcó las cejas.

—¿Ya se va a la cama? —preguntó mientras iba a servirse café de la cafetera.

—Eso espero —respondió Charlie, obligándose a apartar la mirada. Se preguntaba si Vince habría oído la conversación, si iba a decir algo al respecto. ¿Qué le confesaría si el enfado le soltaba la lengua? ¿Le diría a Charlie que preferiría estar en otro lugar, con otra persona? ¿Que con ella solo estaba pasando el rato? ¿Dejaría de ser tan cauto?

Charlie Hall, la diablesa de la perversidad. La que valoraba una relación por su sencillez y al mismo tiempo sentía la tentación de complicarla todo lo posible.

Por impulso, se puso a buscar frases en francés con el móvil.

—Voulez-vous plus de café? —preguntó, atropellándose con la pronunciación.

Vince la miró alarmado y confundido, lo cual era comprensible teniendo en cuenta el galimatías que acababa de escupir.

—¿Cómo?

Charlie sacudió la cabeza, sintiéndose ridícula.

—Nada.

—Será mejor que vayamos a ver tu coche —dijo Vince, bebiendo un largo trago de su taza de café.

Charlie se mordió el labio.

—Vale, sí.

Vince conducía una furgoneta blanca con manchas de óxido disimuladas con pintura de pared. Era al menos tan vieja como el coche de Charlie y también daba la impresión de que podía pasar a mejor vida en el momento más inoportuno, pero hasta entonces no lo había hecho. Charlie se aupó hasta el asiento del copiloto. En la consola central había un vaso desechable y usado con el logotipo de Dunkin', un cargador conectado al móvil de prepago que usaba Vince y un libro de bolsillo amarillento que se titulaba El llanto del mal; en la portada aparecía una señorita empuñando un arma de fuego en una pose sexy pero poco práctica. Del retrovisor colgaba un ambientador en forma de arbolito que añadía una capa de esencia de limón al fuerte olor a lejía, vinagre y desinfectante Lysol que desprendía la parte trasera.

Como Vince no apartaba la vista de la carretera, Charlie aprovechó para observarlo. El contorno de la mandíbula. Su forma de sujetar el volante.

—Anoche… me pareció ver un cadáver.

Vince la miró de reojo.

—¿Por eso discutías con tu hermana?

—No estábamos… —dijo, pero se interrumpió—. Lo que pasa es que Posey necesita gritarle a alguien. Está de los nervios por culpa de la cafeína y la falta de sueño la pone de mal humor. Además, ha visto un vídeo de unos chavales que se cuelan en un hospital y estaba alterada.

Vince no parecía del todo convencido.

—¿Dónde viste ese cadáver?

—De camino a casa.

La miró de reojo de nuevo, esta vez con el ceño fruncido.

—¿A pie?

—No pasó nada —le aseguró mientras Vince entraba en el aparcamiento desierto del bar—. Pero fue una sensación rara. Nunca había visto a un muerto.

Vince debía de ver cadáveres constantemente en el trabajo. Pero no intentó quedar por encima de ella diciéndoselo.

Tampoco la reprendió por haber regresado a casa sola ni le hizo prometer que no volvería a hacerlo. Vince jamás le decía cómo actuar ni qué ropa ponerse (por cierto, hoy llevaba una camiseta negra con cuello de pico absolutamente sosa, vaqueros negros y Vans con estampado de damero). Y era mejor así, claro. Pero una parte de Charlie siempre tenía ganas de discutir. Quizá, al igual que Posey, ella también necesitaba gritarle a alguien. Y que le gritaran.

Charlie procuró reprimir el impulso.

Abrió la puerta de la furgoneta y se giró para sentarse con las piernas por fuera, mientras Vince abría el capó del Corolla. Hurgó un rato en su interior y luego entró para intentar arrancarlo. El coche ni siquiera vibró un poco.

—¿Sabes qué puede ser?

—Creo que es el motor de arranque —contestó él con el ceño fruncido.

La ponía nerviosa tener que quedarse mirando sin hacer nada, aunque lo cierto era que no sabía prácticamente nada de coches.

—¿Necesitas que haga algo?

Vince negó con la cabeza.

—De momento, no.

Charlie observó a su novio mientras trabajaba, fijándose en la curva de su cuerpo inclinado. En los movimientos decididos de sus manos. La ausencia de su sombra en el suelo parecía un desafío a la luz del sol.

Charlie conocía a una chica de la zona que había vendido su sombra. Era bailarina de barra americana en un local apodado (con

bastante recochineo) Whately Ballet. Terminaba su turno más o menos a la misma hora que Charlie, así que de vez en cuanto coincidían en los escasos restaurantes de horario nocturno.

—Me pagó cinco mil pavos —le había confesado Linda en voz baja, con una expresión casi inescrutable—. Y en realidad no la usaba para nada.

—¿Quién te pagó? —le había preguntado Charlie mientras probaba unos huevos fritos sumamente aceitosos.

—No lo conocía de nada. Encargó un baile privado y aprovechó para proponérmelo. Al principio me reí, pero lo decía en serio. Según él, alguien estaba buscando una sombra como la mía.

El restaurante estaba en penumbra y Linda se había sentado, así que desde ese ángulo no se notaba que le faltaba algo.

—¿Y sientes que ya no la tienes? —le había preguntado Charlie, mirando los bordes difuminados de su propia sombra.

Linda bebió un sorbo de café.

—¿Alguna vez has tenido una palabra en la punta de la lengua? Esto es igual. Antes había algo dentro de mí que ya no está, pero no sabría decir qué. No sé si la echo de menos, aunque tengo la sensación de que debería.

Cada vez que Charlie recordaba esa conversación, se preguntaba si Vince sentiría lo mismo. Al preguntárselo, él le había dicho que ya no recordaba lo que sentía al tener sombra. También le había preguntado si le gustaría tener una sombra nueva, pero Vince le había respondido que no la necesitaba.

Charlie sacó su móvil desechable y consultó las noticias locales, buscando alguna sobre un cadáver hallado en Easthampton. Nada, y eso que la sección de sucesos locales era tan aburrida que se informaba incluso de hurtos en tiendas y juergas de estudiantes. ¿Quién era el muerto? ¿Y de verdad le había robado un libro a Lionel Salt?

El nombre de aquel millonario cabrón siempre encabezaba las listas de mecenas de museos, organizaciones benéficas y carreras solidarias. Los adolescentes se jactaban de haber visto pasar el coche de Salt por la carretera: un Rolls-Royce Phantom Mansory Conquistador de color negro mate y plateado; a los chicos de instituto les gustaba tanto pronunciar el nombre de carrerilla que se te quedaba grabado en la cabeza como una canción pegadiza.

Pero muy pocos habían estado en la casa del terror de Salt o lo habían visto envenenar a alguien con la intención de robar una sombra avivada. Los ricos se regían por normas diferentes, pero Lionel Salt no conocía norma alguna. Charlie se puso nerviosa con solo pensar en él.

Volvió a dar vueltas al asunto del muerto. Había pedido un

bourbon y lo había pagado con tarjeta. Por lo tanto, en el despacho de Odette habría una factura con su nombre. Si Charlie averiguaba quién era, podría hacer algunas pesquisas y descubrir más cosas sobre lo que había estado haciendo.

Su móvil empezó a vibrar. Tardó un momento en darse cuenta de que era el desechable. Adam. Aún no hemos hablado de la pasta.

Por eso Adam necesitaba a Balthazar como intermediario: aparte de servirle para mantener el anonimato, Balthazar habría fijado el pago de antemano.

Ya que Charlie no tenía pensado pagarle ni un centavo, podía prometerle cualquier cantidad. Pero no estaría mal aprovechar la oportunidad para averiguar hasta dónde llegaba su adicción al gozo. ¿Podemos arreglarlo de otra manera?, le escribió.

La respuesta llegó enseguida: ¿Qué contactos tienes?

Charlie frunció el ceño. No sabía qué pretendía Adam, pero había contado con que mencionara el gozo. Alguno que otro, le escribió.

Adam tardó un momento en contestar, esta vez con un mensaje largo: Hay una cosa que tengo que mover. Es algo gordo, pero no quiero que se sepa que yo estoy detrás. Si te ocupas tú, te consigo lo que quieras gratis.

Un encargo como el que Charlie le ofrecía podía valer mil dólares, como mínimo. Incluso el doble si el cliente estaba desesperado. ¿De qué necesitaba deshacerse Adam? Según decía todo el mundo, no era un ladrón particularmente hábil. Y era Balthazar quien se ocupaba de mover los artículos que robaba.

Vale, contestó Charlie. ¿A quién se lo quieres vender?

Adam respondió al momento: Tú solo tienes que llamar desde el teléfono del hotel y repetir lo que yo te diga.

Al ver que Vince la estaba mirando, se guardó el móvil en el bolsillo con gesto culpable.

—¿Cómo sabes tanto de coches?

—Ya te dije que mi abuelo era muy estricto —respondió Vince, centrando de nuevo su atención en las entrañas del Corolla—. Me enseñó un montón de cosas. Consideraba que el trabajo nos hace mejores, sin importar la edad que tengas. No aceptaba excusas. Y tenía una limusina que a veces se averiaba.

—¿Era chófer privado? —preguntó Charlie—. ¿Te llevaba a dar una vuelta de vez en cuando?

Vince se encogió de hombros.

—Me llevó al instituto en mi primer día. Todo el mundo se me quedó mirando como si fuera alguien importante.

Intentó imaginárselo en esa época. ¿Sería uno de esos chicos flacuchos que comían como una lima sin engordar nunca? ¿El friki que se sentaba en la última fila para leer cómics? ¿El deportista

popular? No terminaba de verlo.

—Yo no te habría caído bien —le dijo Charlie, dando pataditas a la puerta de la furgoneta—. Era muy rara.

A los diez años ya le habían crecido las tetas y se le salían por los sujetadores que compraban en Walmart. Entre eso y la que tenía montada en casa, Charlie había procurado no destacar hasta el instituto, cuando pasó a buscar maneras de dar miedo. Ropa holgada, los ojos muy pintados, el pelo tapándole la cara y unas botas de plataforma que no se quitó hasta que las suelas se despegaron.

Vince la miró con los ojos entornados. ¿Iba a soltar alguna broma?

—A mí me gusta lo raro. —Siguió desconectando algo del coche.

Si él supiera.

Al cabo de un rato, el reluciente Mini Cooper púrpura de Odette entró en el aparcamiento. Su jefa salió vestida con un voluminoso caftán negro que agitaba la brisa. Los tatuajes faciales difuminados, la piel pálida y los gruesos piercings de plata que le recorrían los labios y la mejilla y le subían hasta las orejas dejaban muy claro que Odette ya se las sabía todas cuando ellos todavía iban en pañales.

Los saludó con la mano mientras caminaba hacia ellos; llevaba un guante con garras de metal en la punta de los dedos.

—Vaya tiarrón estás hecho —dijo Odette, mirando a Vince de arriba abajo. Sus ojos no se posaron en el asfalto ni en la ausencia de sombra de Vince.

Él se limpió la mano en el pantalón y se la tendió.

—Soy Vince. Tú debes de ser Odette. Me han hablado mucho de ti.

Charlie se preguntó qué vería su jefa al mirar a Vince. Las uñas sucias por haber estado tocando el coche. El abundante cabello rubio oscuro que le tapaba la cara. Unos ojos grises que parecían vacíos cuando la luz incidía de cierta forma. Era guapo; los hombros anchos y la mandíbula marcada son atractivos que parecen inmunes al paso del tiempo. Era tan guapo que Charlie se mosqueaba cuando alguien miraba a Vince, luego a ella y sacaba conclusiones desconsideradas.

Unos segundos después, Odette le ofreció su mano como una reina que le otorga su favor a un caballero.

—Solo te habrán dicho cosas malas, espero.

—Horribles —respondió él con una sonrisa pícara.

Odette le guiñó un ojo a Charlie.

—Los más callados siempre te sorprenden.

Dicho eso, entró en el local.

Vince casi había terminado la reparación cuando un Lexus se detuvo detrás del Rapture, lo más lejos posible de su furgoneta. Un hombre de cabello blanco salió del coche. Llevaba gafas polarizadas, americana y unos zapatos náuticos inmaculados.

—¿Se habrá perdido? —dijo Vince.

—Seguramente será un cliente —contestó Charlie. Odette todavía tenía unos cuantos.

—Hum —dijo Vince.

El hombre no tuvo más remedio que pasar por delante de ellos para entrar en el local. No dejaba de mirarlos de reojo con aire nervioso.

—Hay tipos que llevan cuarenta años enganchados a Odette —susurró Charlie. Unos diez años más de los que tenía ella.

—Tendrá pasta —comentó Vince.

—Seguro —afirmó Charlie—. Tiene gracia. Nunca son como me los imagino. Parece un hombre de negocios corriente, el típico que tiene un chalé en Florida para el invierno, que presume de sus nietos y que vota a los republicanos. De esos que tienen un titiritero a sueldo para que espíe a la competencia, pero que se ponen nerviosos si les miran a los ojos.

Vince observó al hombre con los ojos entornados.

—Lleva un Vacheron Constantin en la muñeca. Sur de Francia. Así que se lo puede permitir.

Charlie frunció el ceño.

—Espero que Odette le sacuda bien fuerte.

Vince siguió con el motor. Charlie se puso a contemplar las moscas que revoloteaban por el aparcamiento. A medida que atardecía, cayó en la cuenta de que era un poco raro que Vince supiera tanto sobre un reloj tan sofisticado que Charlie ni siquiera había oído hablar de esa marca.

Quizá su abuelo, el de la limusina, tuviera clientes ricos. O quizá Vince se quedaba las cosas que la gente se dejaba en las habitaciones que limpiaba. La idea de que Vince tuviera secretos le molestaba, y eso que Charlie tenía unos cuantos. Pero no quería que Vince fuera igual que ella.

—Háblame de los clientes de Odette mientras sigo con esto.

A Vince le encantaban los cotilleos, incluso sobre desconocidos. Nadie lo habría dicho de un tío tan callado que medía casi dos metros. Pero sabía escuchar y comentar como si las anécdotas fueran importantes. Recordaba los detalles.

A veces Charlie habría preferido que Vince no tuviera tan buena memoria. Le daba miedo que viera a través de su fachada y adivinara el verdadero motivo por el que había dejado de robar.

Había pasado muchos años metida en ese mundo. Había robado en bibliotecas, museos y ferias de libros antiguos. Había mentido, engatusado y timado. Había limpiado bolsillos, forzado cerraduras y en una ocasión incluso había atrapado un Estrago en una caja de ónice. Charlie no tenía magia, pero se había dedicado a polinizar el mundo mágico como si fuera una abeja.

Los umbristas no utilizaban hechizos propiamente dichos, pero contaban con notas y apuntes sobre técnicas y experimentos realizados por los sombríos a lo largo de los siglos. Al principio se quiso digitalizar y compartir toda esa información por internet en una gran base de datos gratuita, pero eso terminó cuando la gente empezó a subir versiones capadas.

Esa biblioteca se desmanteló oficialmente cuando alguien subió un ejemplar del Cosmometria Gnomonica que explicaba un método para adquirir mayor poder. Consistía en ampliar los límites previos al alimentar a la sombra del umbrista con un cauce constante de energía vital. Habían muerto treinta umbristas antes de que se descubriera que a la última parte del texto (la más esencial, la que explicaba cómo calcular la cantidad máxima y cortar el flujo) la habían eliminado de la versión en PDF.

Desde entonces, los umbristas protegían celosamente sus conocimientos y recelaban de todo aquello que no pudieran autentificar. Y eso les llevó a contratar a personas como Charlie para obtener obras originales.

Resultaba aterrador tratar con personas capaces de arrancarte una parte de tu ser. En una ocasión, un umbrista había pillado a Charlie con las manos en la masa y le había alterado la sombra hasta sumirla en un estado de terror tal que se había pasado casi una semana encerrada dentro de su armario, temblando. Además, su trabajo le exigía convertirse en otras personas. Cuando salía a la superficie entre encargo y encargo, Charlie no sabía muy bien quién era. Se hacía otro tatuaje, como si eso pudiera darle estabilidad. Se emborrachaba. Se buscaba a alguien que le rompiera el corazón. Se gastaba una parte del pago, ahorraba el resto y vuelta a empezar.

Todo terminó cuando tuvo que robar un libro por encargo de Vicereine, la jefa de una banda local de alteracionistas que se hacían llamar los Artistas. Eran unas memorias del siglo xix. No iba a ser fácil quitárselas al titiritero de Albany que a su vez se las había robado a un tipo de Atlanta. Charlie había tardado un mes en colocarse en la posición adecuada para echarle el guante al libro.

Pero entonces el novio de Charlie, un gilipollas cobarde llamado Mark, intentó venderlo por su cuenta, sin decírselo. Llegó a un acuerdo con otra banda por mucho menos dinero de lo que valía el libro. Al igual que Posey, Mark quería avivarse la sombra y estaba dispuesto a creer que los umbristas podían ayudarle.

Charlie pudo haberle dicho simplemente que se había enterado de su plan y haber cortado con él. Pero no, Charlie tenía que desquitarse de la forma más aparatosa posible.

Cuando fue a hacer el intercambio, Mark descubrió que el libro estaba en blanco. Charlie había desmontado cuidadosamente las tapas

y había sustituido las páginas por un cuaderno cuadriculado del Target. Por semejante insulto, a Mark le amputaron la sombra y todos los dedos de la mano derecha.

Era músico.

Charlie trató de convencerse de que Mark se lo merecía, de que no era culpa de ella. Pero eso no le impidió sumirse en una depresión de caballo.

Por entonces trabajaba en el Bar Ten; después de su turno se metía en la cama hasta que llegaba el turno siguiente, demasiado agotada para hacer nada. Al final la echaron. Empezó a tirar de sus ahorros. Un par de meses después, Mark y su hermano tirotearon su coche delante de un semáforo en rojo. A ella solo le dio una bala, pero no hacían falta más. Al chico que iba con ella, un ligue de una noche, le alcanzaron dos disparos y murió en el acto.

A Charlie le atormentaba pensar que podía haber sido Posey quien ocupara ese asiento.

Mark y su hermano fueron directos a la cárcel, donde aún estaban pudriéndose.

Y todo porque Charlie había sentido la necesidad de regodearse. De vengarse. Charlie Hall, la mejor a la hora de hacer lo peor. Cada vez que intentaba crear algo, se le deshacía en las manos. En cambio, tenía un instinto infalible para reventar cosas.

Mientras se recuperaba del balazo, decidió que se había terminado lo de robar magia. Los umbristas. Las estafas. Vivir como si no hubiera un mañana. Poner en peligro a sus seres queridos. Había perdido la sangre fría.

Poco después de quitarse los vendajes, se lio con Vince. Al fijarse en él, sentado a su lado en la barra de aquel bar, su primer impulso fue alejarse de él todo lo posible. Tenía la mandíbula prominente, manos grandes y cara de pocos amigos. Miraba su vaso como si quisiera liarse a puñetazos con él. Charlie había tenido un mal día de un mal mes de un año pésimo, y se agotaba con solo pensar en meterse en una discusión.

Pero Vince le hizo señas al barman, que estaba pasando de Charlie, y luego se interpuso entre ella y la marabunta de parroquianos. Cuando le habló, le hizo preguntas que no le exigían pensar mucho.

Le atrajeron su voz grave y sus ojos extraños, de un gris tan claro que casi parecían incoloros. Le gustó que no intentara ligar con ella. Y tampoco era feo. Objetivamente, estaba muchísimo más bueno que los tíos que solían llamarle la atención: chicos monos, melancólicos, flacuchos y charlatanes. Objetivamente, Vince parecía capaz de partirlos a todos por la mitad.

Tal vez Charlie necesitara a alguien diferente. Un parche de nicotina masculino. Algo que ahuyentara sus peores instintos, al

menos durante una noche.

Al salir del bar, Vince le rozó delicadamente con los dedos el tatuaje de rosas y escarabajos del cuello. Pero cuando ella le echó los brazos al cuello para besarlo, él la estrujó contra la áspera pared de ladrillo con todo el fervor que Charlie podía desear. De pronto, su altura y la fuerza de sus brazos eran ventajas palpables y anteriormente desconocidas.

Charlie se lo llevó a casa, y a la mañana siguiente no se había ido. Vince preparó café y se lo sirvió en la cama, con unas tostadas que solo tenían los bordes ligeramente chamuscados. Es posible que Charlie se enamorara un poco de él en ese momento, aunque jamás lo habría reconocido. Vince le dijo que estaba buscando piso. ¿Conocía a alguien que alquilara una habitación?

Pero Charlie nunca se permitía olvidar que la vida de Vince con ella era una suerte de exilio. Llevaba en la cartera una foto en la que aparecía él con otra mujer, pero nunca hablaba de ella. La primera noche, Charlie le había registrado la cartera, que contenía diez dólares, un carné de conducir de Minnesota y esa foto, gastada de tanto tocarla.

De vez en cuando volvía a revisarle la cartera para comprobarlo. La foto siempre estaba ahí.

5
Del revés

Aunque consiguieron llevar el Corolla hasta la casa (despacito), soltaba un ruidillo metálico bastante preocupante. Vince decía que había que cambiar una pieza, pero ya no eran horas para ir a comprarla. Se ofreció a llevarla al bar en su furgoneta, aunque no creía que pudiera llegar a tiempo para volver a buscarla al salir, porque tenía un encargo de limpieza.

Charlie le pidió a su amiga Barb que la llevara a casa en su coche al salir de trabajar; no quería volver a caminar por la calle sola. Barb era ayudante de cocina de un restaurante vegano de Northampton que los viernes cerraba la cocina a las once; para cuando recogían la última mesa, fregaban la cocina y lo dejaban todo listo para el día siguiente, ya era aproximadamente la una de la madrugada, así que no era ninguna molestia llevar a Charlie.

Delante del bar, arrebujada en su abrigo, Charlie vio que Balthazar salía del local con Joey Aspirinas. No pudo evitar pensar en el muerto anónimo y en su sombra hecha jirones. Se preguntaba si Balthazar habría delatado a ese tipo ante Salt. Esperaba que no. Prefería que Balthazar le siguiera cayendo bien.

De niña, había fantaseado con vengarse de Salt por lo que le había hecho. Pero la idea de venganza era infantil y murió junto con su infancia. Charlie era una chica pragmática. Alguien como ella no se vengaba de alguien como Salt.

De todas formas, no pudo evitar pensar en el Liber Noctem, aquel libro que Salt parecía estar desesperado por recuperar. Se preguntó qué sentiría al tener algo que Salt ansiaba. Al tener el poder de arrebatarle algo.

Pero Charlie se recordó enseguida que no quería terminar fiambre en un callejón, y mucho menos tan cerca de su casa de alquiler. Si iba a morir asesinada, le gustaría que fuera en París. O en Tokio.

Lo que sí quería era que su hermana entrara en la universidad sin deudas.

O más bien era lo que quería querer.

«No puedes dejarlo», le había dicho Balthazar cuando Charlie le informó que ya no iba a aceptar más encargos. «Se te da demasiado bien. Es lo único que se te da bien». A veces Charlie pensaba que Balthazar había acertado en lo segundo.

Distraída, sacó su móvil y escribió «Liber Noctem» en el buscador. Encontró un aviso de la casa de subastas Sotheby's:

LIBER NOCTEM. Conocido coloquialmente como Libro de los

Estragos, se compone de páginas de aleación de níquel con letras estampadas de forma individual. Elaborado en 1831, en Escocia y de autor anónimo, este libro es uno de los documentos más notables acerca del fenómeno de la manifestación de sombras discorpóreas. El rumor de que un auténtico Estrago participó en la redacción del libro no se ha podido confirmar, pero incrementa su valor histórico.

Nota de catálogo: Sotheby's no promueve ninguno de los rituales de este libro y exigirá a su comprador la firma de un documento que exima a Sotheby's de toda indemnización por daños y perjuicios derivados de la realización de dichos rituales.

El precio de salida es de 520.000 libras esterlinas.

El aviso iba acompañado por la fotografía de un libro plateado con unos preciosos cierres como los de las biblias antiguas. No parecía precisamente fácil de ocultar.

¿Podía ser ese libro el objeto que Adam había robado y necesitaba mover? ¿Quería cargarle ese marrón a Amber?

De pronto Barb aparcó delante de ella su camioneta azul eléctrico, ligeramente abollada, sacando a Charlie de sus pensamientos con un sobresalto. Su amiga bajó la ventanilla y le dedicó una amplia sonrisa.

—Sube, guapa.

Charlie dejó su bolso en la alfombrilla del asiento del copiloto y subió. Barbara Panganiban era con diferencia la persona que mejor le caía de toda la gente que había ido conociendo mientras la contrataban y despedían de todos los bares del Valle.

—Esta noche va a venir gente a mi casa —le dijo Barb mientras salía marcha atrás. Llevaba el cabello negro y abundante recogido con un pañuelo verde oliva y la chaquetilla de cocinera abierta sobre una camiseta de tirantes—. Iba a decírtelo antes, pero pensé que sería más fácil secuestrarte.

Varias veces al mes, normalmente en fin de semana, Barb y su novia Aimee invitaban a su casa a un grupo variopinto de empleados de hostelería y otros trabajadores que salían después de medianoche. Barb preparaba una enorme olla de pancit (con la receta que su abuela le había pasado a su madre en Filipinas) o descongelaba un arroz caldoso filipino; todos los demás compraban algo (sobre todo alcohol) o lo cocinaban (a menudo haciendo experimentos).

Cuando trabajaba con Barb, Charlie solía participar. Pero luego le había surgido un robo en Worcester, después el turbio asunto de Albany… y luego le habían disparado. Cuando conoció a Vince, ya apenas acudía a las quedadas. Aun así, debería haber mirado el calendario de Slack donde publicaban las fechas. De haberlo hecho, no le habría pillado desprevenida.

—Venga, anímate —dijo Barb—. Aimee te echa de menos.

Muy poco probable. Aimee le sacaba unos diez años a Barb, era

flaca y tan callada que cuando hablaba lo hacía susurrando. Charlie no sabía si Aimee disfrutaba en secreto con la exagerada energía extrovertida de aquellas fiestas o si quería tanto a Barb que estaba dispuesta a soportar la pesadilla que su novia entendía por diversión. Fuera como fuere, Charlie sospechaba que Aimee ni siquiera tenía muy claro quién era ella.

—Si no te importa que no lleve nada… —Quizá le vendría bien salir una noche. Si se iba a casa, volvería a pensar en si Adam tenía el libro de Salt (y cómo hacer para conseguirlo) o discutiría con Posey por el dichoso DMT—. Vince puede venir a recogerme cuando salga del curro.

—Dile que venga también —le propuso Barb—. Quiero conocer a tu novio misterioso. ¿Sabes lo que cuesta encontrar a alguien en el Valle que no haya estado ya con algún conocido?

Charlie lo sabía perfectamente.

Quince minutos después aparcaron en la entrada, abarrotada de coches, de una vieja granja a la sombra de Mount Tom, cerca del meandro de Oxbow del río Connecticut. Pertenecía a la familia de Aimee, que la había heredado de una tía abuela suya. Era un lugar inmenso; las últimas reformas importantes databan de los años cincuenta. Una cocina eléctrica de un curioso color mostaza ocupaba un rincón, y todas las demás estancias, incluidos los cuartos de baño, estaban cubiertos por una alfombra peluda de color naranja fuego.

Al entrar, oyeron la música de un Sonos que al menos tres personas pretendían manipular al mismo tiempo. Olía a jengibre, cebolla frita y pizza.

Aimee, vestida con unos leggins y una camiseta de tirantes para lucir los tatuajes de carpas koi que le cubrían los dos brazos, y medio oculta tras su melena castaña hasta la cintura, se acercó a darle un beso a Barb y le susurró a Charlie que la comida y la bebida estaban en el comedor, pero que ya no quedaba hielo.

Charlie le dio las gracias y, pensando que no podía seguir a Barb como un patito detrás de su madre, se abrió paso por la sala principal en dirección a las bebidas. Angel e Ian estaban sentados en la alfombra, jugando al ajedrez con diversos aperitivos en lugar de con piezas. Ian llevaba un vapeador colgando de la boca como si fuera un puro. Los dos trabajaban en el Cosmica, un restaurante tipo diner de los años cincuenta que servía hamburguesas de carne de búfalo y muchos cócteles. Cuando Ian la vio, abrió la boca y se le cayó el vapeador encima del tablero, haciendo chocar un ganchito de queso con una patata frita.

Ian y Charlie se habían acostado una noche, de madrugada, cuando ninguno de los dos estaba en condiciones de tomar decisiones acertadas. Esperaba que la noche no se pusiera demasiado incómoda.

Había un tío sentado en el sofá, con la cabeza metida en un cuaderno de dibujo. Lo reconoció: era un dibujante de webcómics. Llevaba años dibujando una serie sorprendentemente explícita y compleja protagonizada por un ratón guerrero, pero últimamente su público había empezado a aumentar y se rumoreaba que ahora ganaba mucha pasta.

El melenudo sentado a su lado también debía de pensar que la vida le sonreía, porque intentaba convencerlo de que invirtiera en un weed truck, una especie de camión de los helados que vendía porros y también comestibles y cremas de cannabis. Recorrería los barrios y, según el melenudo, les haría la vida más fácil a los ancianos con problemas de movilidad. Los que estaban sentados a su alrededor tenían ciertas dudas sobre la legalidad de aquel proyecto, pero el debate principal era qué canción porreta debería sonar por los altavoces.

La conversación derivó hacia el tema del gozo; varios lo habían probado ya.

—Fui a ver a una alteracionista de Pittsfield, una tal Raven —dijo el melenudo—. Y me dejó tan colocado que estuve a punto de plantarme delante de un camión en marcha. Pero valió la pena. Me sentía como un niño al principio del verano, pero mezclado con el optimismo del primer amor.

En la cocina, Don discutía con su novia Erin. Eran una pareja muy dramática, proclive a las lágrimas y a acusarse a gritos de haber sido unos bordes. Don trabajaba como barman del Top Hat, un buen local, uno de los primeros que habían despedido a Charlie.

Charlie se sirvió cuatro dedos de bourbon Old Crown en un vaso de plástico y pasó junto a Don y a Erin para sacar hielo del congelador, pero entonces recordó que ya no quedaba. Se conformó con añadir un poco de agua fría para rebajarlo. Don giraba la cabeza para que Charlie no viera que se estaba secando las lágrimas.

Al menos esta vez no era ella la que lloraba en la cocina.

—¡Charlie Hall! —la llamó José—. Cuánto tiempo. ¿Ya no te caemos bien? —Formaba un pequeño corrillo con Katelynn y Suzie Lambton, la que le había dicho a Doreen que Charlie era el diablo—. ¿Has tenido noticias de él? —le preguntó a Charlie cuando ella se acercó. José trabajaba en un diminuto bar gay llamado Malebox. Allí había conocido a su ex, el mismo que se había mudado a Los Ángeles por amor; por su culpa ahora Charlie tenía que chuparse turnos dobles en el Rapture.

Charlie negó con la cabeza.

—No, pero quizás Odette guarde su dirección para mandarle su última nómina, por si quieres enviarle un objeto maldito o algo así. También hay una empresa que envía paquetes llenos de purpurina a

tus enemigos. Por algo la llaman «el herpes de las manualidades», ¿sabes?

José procuró sonreír, pero era evidente que estaba hecho polvo.

—Seguramente esté tomando el sol, feliz, comiendo aguacates de su jardín y follándose a un surfista distinto cada noche. Pero yo nunca voy a encontrar el amor.

—Ya te lo dije —intervino Katelynn—. Te puedo juntar con mi primo.

—¿El que se comió una polilla muerta en el suelo del baño? —preguntó José, enarcando las cejas.

—¡Cuando era pequeño! No se lo puedes tener en cuenta —protestó Katelynn.

—Debería buscar un sombrío que me quitase los sentimientos —declaró José con aire dramático—. A lo mejor así sería feliz.

—Si no tienes sentimientos, no puedes ser feliz —observó Katelynn, pedante hasta el final.

Al parecer Charlie había llegado en el momento exacto de la fiesta en el que todo el mundo se ha pasado bebiendo y se pone agresivo o taciturno. Se bebió de un trago su Old Crow. Tenía que recortar distancias.

—Me han dicho que Doreen te estaba buscando —le dijo Suzie mientras Katelynn y José seguían discutiendo si era posible disfrutar besando una boca mancillada por una polilla. Suzie llevaba un vestido estampado de color amarillo con mangas holgadas y un collar grande y grueso. Se había recogido el cabello oscuro con un pasador de carey. Tenía afición por la ropa de segunda mano que costaba más que la nueva.

Era probable que más de uno de los presentes supiera que Charlie le había «solucionado un problema» a alguien o que tenía un segundo trabajo ligeramente delictivo, pero apenas conocían los detalles. Veían lo que esperaban ver: a Charlie Hall, eterna fracasada, incapaz de conservar un empleo y algo facilona cuando bebía más de la cuenta.

Suzie Lambton la conocía un poco mejor. Cuando estudiaba en Hampshire, un profesor había intentado expulsarla por plagiar un trabajo de clase. Charlie había conseguido hacerle cambiar de opinión.

Se encogió de hombros.

—Adam está desaparecido y Doreen quiere que lo localice y lo convenza de que vuelva a casa.

—Yo que tú no me metería —le dijo Suzie—. Cuando la gente llega a cierta edad, o cambia o se estanca. Adam va para los treinta y quiere vivir como si tuviera veinte. Ir a trabajar con resaca, jugarse el dinero, esa clase de mierdas. El próximo fin de semana me voy a un retiro de yoga. ¿Y si te vienes?

—Demasiado tarde —dijo Charlie, levantando su vaso de plástico

para brindar—. Por los buenos consejos y las malas decisiones.

Suzie, que probablemente sí que había plagiado aquel trabajo, levantó también su vaso.

Vince llegó media hora después, con zumo de naranja y hielo, después de que Charlie le dijera que en la fiesta faltaban ambas cosas.

Charlie se acercó, le dio un abrazo y enterró la cara en su abrigo de lana. Olía a hojas de árbol y a frío nocturno. Vince le dedicó una leve sonrisa ladeada y Charlie sintió una extraña y agridulce punzada de nostalgia por alguien que en realidad ya era suyo.

Tina, que trabajaba en el Hampshire Gazette y bebía como los periodistas de las películas, estaba anunciando a gritos que iba a alterarse la sombra para tener cola de gato.

—A los tíos les molan las colas —proclamó Tina. Su comentario fue recibido con protestas casi generales. Aimee opinaba que no estaba bien clasificar los fetiches desde la perspectiva del binarismo de género. Ian quería que todo el mundo supiera que a él le daba asco y que a los tíos no les molaba abusar sexualmente de un animal. Al dibujante le parecía sexy, pero, claro, él era el autor de un cómic sobre ratones cachondos.

Charlie le dijo a Tina que a lo mejor no había entendido bien a qué clase de tíos les molaban las colas… y qué clase de colas.

—¿De sirena? —intervino Vince. Con su tono despistado de «yo acabo de llegar», costaba saber si estaba de broma o si no había oído el principio de la conversación.

Fuera como fuere, todo el mundo se rio. Tenía su gracia.

Mientras Charlie se servía otro bourbon (esta vez con hielo), decidió que se alegraba de haber venido. Había llegado al punto exacto de embriaguez para sentir un gran cariño por aquellas personas. Estaba demostrando que sabía ser una persona normal y hacer cosas de persona normal. Probó el queso que Tina fabricaba con leche de sus propias cabras (nadie tenía valor para decirle que sabía raro) y sonrió sin motivo alguno.

De pronto oyó la voz de Ian; hablaba tan alto que eclipsaba incluso la música del Sonos.

—Oye, Vince, ¿qué es lo peor que has visto en tu curro? —Su tono era desafiante.

Vince levantó la mirada desde el sillón orejero en el que se había sentado, interrumpiendo su conversación con Suzie y José. Parecía que un gato había estado arañando ese sillón, por cuyos reposabrazos asomaba el relleno.

—Nada del otro mundo. —Claramente intentaba cambiar de tema.

—Bueno, pero algo habrá. Un globo ocular en el lavabo. Restos de pelo en el techo. Venga. —Ian sonrió de oreja a oreja, en una actitud para nada simpática—. Entretennos.

Hasta entonces Charlie se había sentido bastante bien. Su novio actual no estaba enfurruñado en un rincón ni diciendo barbaridades ni peleándose, como solían hacer los anteriores. A Vince le gustaba escuchar y soltar esos ruidos que animan a tu interlocutor a seguir hablando, el acicate de los egocéntricos. Pero aunque sus amigos se llevaran bien con Vince, la noche estaba a punto de agriarse de todas formas.

—Ian… —dijo Charlie, tratando de sonar tan severa como Odette empuñando un látigo en la trastienda.

Ian le dedicó una sonrisa burlona. Charlie ya no tenía dudas: aquello no era simple curiosidad y grosería. Ian tenía algún rollo raro con Charlie. Quería demostrarle algo o fastidiarla.

—Solo es una pregunta. Quiero conocer mejor a Vince, ya que te lo foll…

Vince lo interrumpió mientras se levantaba enérgicamente del sillón.

—Una vez vi un tío vuelto completamente del revés.

Charlie estaba acostumbrada a ver a su novio un poco encorvado, procurando parecer más bajo para no intimidar a los demás. Ahora, en cambio, sacaba pecho y tenía los músculos de los brazos en tensión. Su voz sonaba tan tranquila como siempre, pero a Charlie se le erizó el vello de los brazos al oírla.

—Los huesos, los órganos, los dedos de las manos y los pies. Todo. Como un calcetín. Del revés.

—¿En serio? —dijo Ian, asombrado.

—No —contestó Vince sin inmutarse.

La gente se echó a reír. Incluida Charlie, por la sorpresa.

—Vale, gilipollas, me da igual tu mierda de trabajo —le increpó Ian, acercándose. Se encaró con Vince, arriesgándose a que le pegara. Al ver que Vince no reaccionaba, le dio un empujón.

Vince se dejó empujar, pero en su mirada apareció un brillo de júbilo apenas reprimido que Charlie no había visto nunca.

—Me paso el día limpiando sesos de las paredes. No hay gran cosa que contar.

Durante un momento, los dos hombres se sostuvieron la mirada.

Al cabo de un instante, Ian se puso pálido y agachó la cabeza.

—No sabía que eras tan soso —murmuró.

Vince se encogió de hombros y volvió a sentarse como si no hubiera pasado nada. Como si nada hubiera estado a punto de suceder.

Charlie se disponía a pedirle disculpas a Vince cuando Suzie Lambton se sentó en el brazo de su sillón. Se puso a hablar con él mientras le tocaba el hombro. Le revolvió el pelo. Se echó a reír. Vince le mostró una de sus sonrisas sinceras.

Charlie sintió el impulso repentino y casi irrefrenable de tumbarla de un golpe.

Se contentó con beber un trago de bourbon.

—Lo de las miradas que matan es metafórico, ¿sabes? —dijo entonces Barb.

Charlie, abochornada, apartó la mirada.

—Yo no…

Barb se rio.

—Habla con él y dile que lo ha hecho muy bien. No es fácil dejar que un mequetrefe te insulte.

—Vince está bien —le aseguró Charlie, frunciendo un poco el ceño —. Nunca pierde los nervios.

Lo que él consiguió fue coquetear. Atraía a mucha gente con su cabello del color del oro viejo. La belleza de Charlie era más ordinaria. Sus curvas no tenían nada de sutil. Tampoco su escote. Quizá Suzie se veía capaz de robárselo.

Suzie estudiaba un máster en el Smith College. Se rumoreaba que sus padres tenían dinero y todavía le pagaban el alquiler. Era capaz de hacer esa postura de yoga en la que hay que ponerse cabeza abajo. Quizá sí que pudiera robárselo.

—No seas cruel —dijo Barb—. No lo eches a los lobos. Bueno, en este caso a la loba, pero tú ya me entiendes. —Charlie se encogió de hombros—. Luego no te quejes si terminái siendo una trieja.

Charlie puso los ojos en blanco y se dirigió al porche. Necesitaba tomar el aire. Sentía una rabia preocupantemente intensa hacia Suzie. Ella no era celosa. No tanto.

No tenía sentido sentirse así por alguien que ya era tuyo.

«Es por el alcohol», se dijo mientras se sentaba en un banco colgante, confiando en que no estuviera lleno de arañas.

La mayoría de las casas cercanas estaban a oscuras, pero unas cuantas luces dispersas le llamaron la atención. El tenue resplandor rosado de una lámpara nocturna en la habitación de un niño. El destello de un televisor al pasar de una imagen a otra. Una luz de emergencia parpadeando sobre la puerta de un garaje, esperando el regreso de alguien. Aquella zona había estado repleta de granjas. De tabaco, seguramente. Al viajar por las carreteras secundarias, aún se veían viejos secaderos.

Más allá de la autovía estaba el río Connecticut, una culebra negra que rodeaba Mount Tom hasta que mudaba la piel y se convertía en el río Chicopee, luego en el río Swift y finalmente en el embalse Quabbin. Charlie aún recordaba haber paseado por allí de niña, en una excursión del colegio. Habían ido a visitar una piscifactoría y luego habían subido a la torre de observación. Charlie había mirado hacia abajo desde lo alto, escudriñando las aguas para intentar ver los

edificios sumergidos.

El Quabbin era un embalse artificial, creado mediante la inundación de cuatro pueblos. Sus habitantes se habían trasladado, pero sus casas, tiendas y edificios públicos habían quedado allí. Y allí seguían, junto con todo lo que hubieran dejado en ellos. En secreto, a menos que uno supiera dónde y cómo mirar.

Se imaginó sombras moviéndose en la oscuridad, tan imposibles de ver como un pueblo sumergido.

—¿Nos vamos? —preguntó Vince, cerrando la puerta ruidosamente tras de sí. Charlie, sorprendida, dio un respingo.

Bajo la luz del porche, sus ojos resultaban inquietantes. Parecían plateados.

—¿Al final no va a haber trío? —le preguntó tras un momento de silencio.

Vince la miró con el mismo gesto confundido que cuando Charlie le había leído una frase en francés. Ojalá pudiera obligarle a que le dijera en qué estaba pensando. Aunque claro, quizá Vince solo estuviera pensando en que estaba cansado, en lo mal que le caían los amigos de Charlie y en que le apetecía volver a casa.

O en que su novia no estaba bien de la cabeza.

—Da igual. —Charlie se levantó del banco y se sacudió el pantalón.

Tenía que dejar de buscar problemas donde no los había. Tenía que dejar de buscar problemas, punto.

Ya en casa, Charlie se preparó para irse a dormir: se lavó la cara y se puso una camiseta. Luego pasó por encima de Vince para tumbarse en su lado del colchón, pero este le puso una mano en la cadera. Charlie se detuvo y se sentó a horcajadas sobre él.

Al otro lado de la ventana, la luna era una brillante moneda de plata en el cielo negro; iluminaba la habitación lo bastante bien para percibir la intensidad de la mirada de Vince, que le hundió los dedos en el pelo.

—Tus amigos son majos. —Esbozó una sonrisa ladeada—. En general.

¿Iba a preguntarle por Ian?

—Tú has causado sensación.

—Porque he traído hielo —replicó él, claramente incrédulo—. Todo el mundo quiere al que trae el hielo.

Charlie podría haberle explicado lo mal que se habían portado los tíos que había llevado a fiestas anteriores y lo maravilloso que parecía Vince a su lado, pero eso no los habría hecho quedar bien a ninguno de los dos.

—Yo desde luego que sí. —De pronto fue consciente de lo que

había dicho. Pretendía hacer una gracia con lo del hielo, no decirle de sopetón que le quería.

Pero Vince no parecía haberse asustado, y al cabo de un momento la punzada de pánico se desvaneció. Solo estaba borracha. Los borrachos decían tonterías.

—Ven aquí —le dijo Vince.

Cuando Charlie se inclinó, Vince le pasó el pulgar por la mejilla, acariciándole la piel. El cabello de Charlie los envolvió a los dos como un dosel.

Vince se incorporó para besarla, moviendo la boca con cuidado, como si Charlie fuera algo frágil y valioso. Un hilo de azúcar. Las alas de una mariposa. Alguien que no era un callo con forma humana. Ni una piedra que arrojar contra una ventana. Alguien que no era Charlie Hall.

Tal vez Vince pensaba que así era como debía besar a las chicas, como había besado a la chica de la foto que guardaba en la cartera. Tal vez quería ser respetuoso con ella. Pero cada vez que lo intentaba, Charlie no podía evitar tomárselo como un desafío.

Le puso la mano en el pecho y fue deslizando los dedos bajo la cintura de su pantalón de pijama. Le encantaba notar cómo se quedaba sin aliento y respiraba entrecortadamente. Le encantaba comprobar que, cuando volvía a besarla, lo hacía con la boca más suelta y la lengua más sucia.

Charlie se apartó un momento para quitarse las bragas y las arrojó a un lado de la cama, sin molestarse en despojarse de la camiseta. Luego se puso a gatas sobre el colchón. Vince se inclinó sobre ella, cubriendo su cuerpo. Le besó el cuello y el hombro mientras sus dedos se deslizaban por el pecho de Charlie, justo sobre el corazón.

Cuando sintió el placer en la base de la columna vertebral, dejó que se llevara consigo todos sus reproches.

6
El test del malvavisco

Charlie gruñía y daba vueltas en la cama. Alguien estaba haciendo café, y el olor la iba despertando poco a poco. Fuera se oía el zumbido continuo y taladrante de un soplahojas. En el techo, los círculos parduzcos de una vieja gotera formaban manchas de Rorschach. Una pistola. Una cabra. Un reloj de arena. Señales de peligro cuando leías el futuro en los posos del té. Charlie se frotó la cara con el pulpejo de la mano y se levantó.

Las bragas habían ido a parar debajo de la colcha. Las buscó y las lanzó a la cesta de la ropa sucia, junto con la camiseta que había usado como pijama.

Una vez desnuda, se tumbó bocabajo en el colchón y sacó su móvil desechable. Necesitaba un plan mejor que el actual, que se reducía a (1) ir al MGM para que Adam se llevara un chasco al ver que no era Amber, y (2) convencerlo de que volviera a casa para que Doreen se llevara un chasco al ver que no había cambiado.

Pero… si de verdad Adam tenía el Liber Noctem, Charlie lo quería.

Creo que puedo pasarme por allí esta noche, sobre la una y cuarto, le escribió. Deja la llave en recepción y subiré directamente.

Los ascensores de casi todos los hoteles tenían llave; a menos que Charlie tuviera una, Adam tendría que bajar a buscarla. Tal vez prefiriera facilitarles un poco las cosas a ambos.

Vale, respondió Adam.

Hasta la noche, se despidió Charlie.

En cuanto llegara al hotel, conseguiría esa llave y le escribiría un mensaje para decirle que había cambiado de idea y que no se sentía cómoda subiendo a la habitación de un desconocido. El casino del hotel servía copas hasta las cuatro de la madrugada, así que le propondría quedar allí. Quizá para entonces Adam ya estaría un poco harto de ella, pero no era probable que renunciara a un encargo solo porque la clienta le pedía que bajara de su habitación.

Como Charlie ya tendría la llave, podría colarse en la habitación mientras Adam la esperaba en el bar del casino. A menos que guardara el libro en la caja fuerte, lo buscaría y se largaría con él. E incluso si Adam lo había guardado allí, Charlie aún podría adivinar las contraseñas más obvias gracias a su relación con Doreen: el cumpleaños de su hijo, el de Adam, su aniversario de boda…

El disfraz no sería complicado. Solo quería parecer un poco diferente, lo justo para que Adam no la identificara en las grabaciones del hotel, en caso de que hablara con el personal de seguridad. Tenía

una colección de pelucas en el último cajón de la cómoda, dentro de bolsas herméticas, precisamente para casos como aquel.

Guardó en la mochila una peluca de color caoba, un pintalabios rojo fuerte, un vestido elástico de lentejuelas y unas bailarinas con las que podía correr. Luego se puso la ropa del trabajo: una camiseta negra, una falda con un pantalón corto ajustado debajo y sus fieles y horrendos Crocs.

Con tal de que el Corolla fuera capaz de llevarla y traerla de Springfield, podría estar a punto de conseguir algo que nunca había creído posible: la satisfacción de quitarle algo a Lionel Salt. Podría incluso destruirlo y enviarle a su casa los restos de metal derretido y retorcido.

Después de quedarse con el libro, le diría a Doreen dónde estaba Adam y dejaría que se entendieran solos.

Charlie, con el piloto automático activado, mezclaba bíter con whisky para preparar los Old Fashioned, tiraba cañas de cerveza y adulteraba el abominable Smirnoff Ice con medio chupito de Chambord. En el escenario, un trío de drags caracterizadas como Elvira, reina de las tinieblas, de aspecto inquietante pero a la vez fabuloso, cantaban a voz en cuello temas de los noventa. Charlie se alegraba de estar preparando cócteles, de tener algo que hacer con las manos para distraerse del torrente de sus pensamientos.

En las horas previas a un golpe, la adrenalina empezaba a hacer efecto. Estaba alerta y concentrada. Era como si solo pudiera espabilarse de verdad cuando tenía un rompecabezas que resolver, una victoria en potencia más allá de la lenta rutina diaria. Algo que no fuera levantarse, comer, ir al curro, volver a comer y, antes de acostarse, elegir entre hacer gimnasia, poner una lavadora, echar un polvo, fregar la cocina, ver una peli o emborracharse.

Pero la vida era esa rutina. No debería anhelar algo diferente.

Charlie había obtenido un par de créditos en el centro de formación profesional de la ciudad, antes de volver a fastidiarlo todo. «Los delincuentes no tienen autocontrol», les había asegurado su vetusto y ligeramente senil profesor. Por lo visto había un test que consistía en dejar un malvavisco delante de un niño. El investigador anunciaba que iba a salir un momento y le decía al niño que, si esperaba hasta que volviera, le daría dos malvaviscos. Los niños que se zampaban el que tenían delante sin esperar tenían más probabilidades de terminar siendo delincuentes. Eran los imprudentes, los que buscaban el placer y la emoción por encima de cualquier cosa, los que robaban cuando creían poder hacerlo impunemente, los que mentían cuando les convenía. Los que preferían el subidón temporal

antes que el beneficio a largo plazo.

Charlie sirvió tres chupitos de Chartreuse, de un verde tan intenso que parecían veneno. Agitó un Dirty Martini y le echó unas cuantas aceitunas más a aquella especie de salmuera.

Su mente repasaba todas las cosas que podían salir mal. Pensó en las facturas del despacho de Odette y en que una de ellas le revelaría el nombre del tipo muerto, el que había querido revender aquellas páginas del Liber Noctem. Si en realidad el libro lo tenía él, y Adam solo se ocupaba de la venta, Charlie estaba jodida, porque no lo encontraría en el hotel. Pero si averiguaba el nombre del fiambre, la siguiente parada sería su casa.

Quizá Charlie no hubiera cambiado tanto, después de todo.

Si alguien le hubiera puesto delante un malvavisco de niña, lo habría engullido sin pensar, porque no se fiaba de las promesas de los adultos.

A las diez, Charlie tenía un descanso de media hora para cenar. Era el momento de ir a mear y a comer cualquier cosa antes de seguir trabajando hasta la una, con otro descanso de quince minutos entre medias. Normalmente compraba ramen en el Daikaiju, a unas manzanas del bar, pero esta vez entró en la tienda de la esquina y se compró unos macarrones con queso precocinados, unas uvas envasadas de aspecto tristón y un agua de coco.

Se bebió el agua de coco mientras volvía al bar y tiró la botella a la basura antes de cruzar las grandes puertas negras del Rapture. Fue directa a la sala de descanso. Aunque técnicamente era el camerino, tenía un microondas y sitio para sentarse.

Como los músicos seguían actuando, nadie puso objeción a su presencia. Se dirigió a un sofá de color rosa satinado que solo parecía ligeramente apolillado. En una larga repisa con espejo había un montón de productos de maquillaje. El carrito perchero cargado de trajes resplandecientes estaba combado, como a punto de hundirse bajo su peso. En una percha de la pared había algunas prendas abandonadas, esperando a que sus dueños las reclamaran, incluido un traje pantalón de satén rojo oscuro que Charlie codiciaba. Al lado del sofá había una mesita auxiliar con un teléfono fijo de color hueso.

La zona principal del Rapture, con el bar y el escenario, no era especialmente grande. Cabrían unas cien personas, y apretadas. Si tenía en cuenta el sótano, con la casa de sombras de Balthazar, probablemente entrarían unas treinta más. Un único pasillo conducía a la parte trasera, al camerino donde los macarrones de Charlie daban vueltas en el plato del microondas. Justo delante estaba la gran puerta metálica del despacho de Odette.

Solo voy a echar un vistazo rápido a la factura, se dijo. El nombre del cliente no era un secreto. Charlie había pasado su tarjeta de

crédito por el datáfono. Le había dado la factura y un bolígrafo para que la firmara. Si hubiera prestado más atención, se acordaría.

Charlie cruzó el pasillo y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, entró.

Las paredes estaban decoradas con un papel estampado de cuchillos dorados. En el centro del despacho había un escritorio de acero pintado de color púrpura neón con pintura en polvo, sobre el cual descansaba una lámpara de latón encendida. La pared del fondo estaba ocupada por una librería de estilo art déco repleta de documentos. Junto a ella había otra puerta de acero entreabierta; al otro lado se vislumbraba la mazmorra de Odette.

Desde fuera parecía una sala pequeña y pulcra, con una jaula canina en un rincón y una cruz de San Andrés ocupando el centro.

Su jefa le caía bien. Le gustaba trabajar en el Rapture. Odette le dejaba añadir hielo seco a los pedidos e infusionar el vodka con limones Meyer, jengibre o pimienta en grano, en unas grandes cubas de cristal que guardaba en frío, debajo del escenario. Le pagaban puntualmente, ganaba buenas propinas y si algún cliente le tocaba las narices, lo echaban a la calle.

Había que ser idiota para poner en peligro un buen empleo por algo que en el fondo no era importante. ¿Y qué si encontraba el libro? Le quitaría algo a Salt, sí… pero nada comparado con lo que Salt le había arrebatado a ella.

Pero mientras pensaba en eso sus dedos ya estaban hojeando las facturas de la mesa de Odette. Charlie Hall, suspensa en el test del malvavisco. Un cero en autocontrol de sus impulsos. Tan curiosa como un gato hasta arriba de crack.

Y allí estaba: un Four Roses, $4,25. Le había dado cincuenta centavos de propina; una basura, pero no quería hablar mal de un difunto. Paul Ecco. Charlie volvió a guardar las facturas en el sobre púrpura y lo cerró, repitiendo el nombre mentalmente. Agarró un bolígrafo de la mesa; se disponía a regresar a la sala de descanso para apuntárselo en la mano cuando Odette entró en el despacho. Dio un respingo al ver a Charlie.

Joder, pensó ella. Joder, joder, joder.

—¿Charlotte? —dijo Odette, severa cual institutriz. Ese debía de ser exactamente el tono de voz que empleaba antes de darle de bofetadas a alguien (y luego cobrarle por ello).

—Perdón —dijo Charlie, mostrando lo que tenía en la mano—. Me hacía falta un boli.

—Esos bolígrafos son míos, querida.

La expresión irritada de Odette no cambió, pero al menos parecía creer que el único delito de Charlie era el que ella misma había confesado.

—Perdón —balbuceó Charlie de nuevo.

—Y te agradecería que no volvieras a entrar aquí sin mi permiso explícito. En Rapture somos decadentes e informales, pero eso no quiere decir que no haya normas.

—Por supuesto —asintió Charlie.

—Bien —dijo Odette. Su tono de voz le dejó claro que había llegado el momento de irse.

Charlie se escabulló del despacho, totalmente consciente de la inmensa suerte que había tenido.

Mientras se comía en el camerino su triste cena, bañada en salsa picante de sobre, buscó a Paul Ecco en Google con su móvil. No había ninguna esquela ni noticia en el periódico local. Añadió la palabra «libro» al campo de búsqueda y le sorprendió que el tercer resultado lo identificara como «tratante de libros raros y antiguos» de una empresa llamada Curiosity Books. La página web anunciaba un enorme inventario en línea y una tienda física, situada en una de las antiguas fábricas de Easthampton, que solo atendía «con cita previa». Tenían varias primeras ediciones, sobre todo de cómics y libros de ciencia ficción, y una sección completa de libros de magia antiguos.

Los libreros anticuarios ocupaban un escalafón interesante en el ecosistema del umbrismo. Eran ellos los que hacían el esfuerzo de explorar las tiendas de libros usados más remotas, revisando montañas de cajas mohosas en busca de joyas ocultas. A veces descubrían volúmenes totalmente desconocidos. Y en ocasiones ejercían como peristas para ladrones que estaban buscando un buen postor.

Por supuesto, también era posible que Paul Ecco fuera tanto librero como ladrón, pero parecía más probable que Adam hubiera hecho un trato con él para mover el Liber Noctem. Tras la muerte de Ecco, Adam necesitaba otro intermediario, y por eso estaba tanteando a Charlie.

Si estaba en lo cierto, la buena noticia era que seguramente Adam tenía el libro en su poder. Pero ¿qué hacía Ecco con unas cuantas páginas sueltas si tenía acceso al libro completo? ¿Había intentado engañar a Balthazar?

Quizá sí que fuera buena idea pasarse por la librería de Ecco. Pero primero tenía que averiguar si había alguien dentro.

El viejo teléfono fijo daba señal cuando Charlie se lo llevó a la oreja. Marcó el número de la librería. Dos tonos después, contestó un hombre:

—Curiosity Books. —La voz parecía hosca y un tanto ansiosa.

—¿Está Paul? —preguntó Charlie. ¿Qué le respondería?

—Soy yo. ¿Busca un libro?

—Una edición ilustrada de La bruja y el hermano sin suerte —improvisó Charlie con el corazón acelerado. A menos que se tratara de

otro Paul Ecco, su interlocutor se estaba haciendo pasar por un muerto —. Hablamos ayer, ¿se acuerda?

Ayer. Un día después del asesinato.

—Ah, sí —dijo el hombre—. Han llegado varias cajas, así que revisaré el inventario y la llamaré. ¿Me da su nombre y su número de teléfono?

Guardó silencio, esperando a que Charlie hablara.

El problema de los teléfonos y la identificación de llamadas era que muy probablemente ese hombre ya tenía el número del Rapture, así que lo único sobre lo que podía mentir era acerca de su nombre.

—Señorita Damiano —respondió Charlie, dándole el apellido de Vince en lugar del suyo—. Y puede llamarme a este mismo número.

—Me pondré en contacto con usted muy pronto —dijo el hombre con tono funesto—. Buenas noches, señorita Damiano.

¿Mal rollo? Qué va.

Echó un vistazo a su móvil. Le quedaban siete minutos para volver a la barra. Era poco tiempo. Pero había otra persona que podía darle información útil sobre Paul Ecco.

Charlie apartó la cortina de terciopelo, pisó el primer escalón de ónice (idéntico al dintel de ónice del umbral) y empezó a bajar las escaleras que conducían a la casa de sombras de Balthazar.

Debilitar el poder de las sombras durante el breve instante que se tardaba en superar ese escalón no era algo especialmente útil, pero el ónice tenía otra propiedad: obligaba a las sombras avivadas a volverse sólidas. Por eso las armas equipadas con ónice eran particularmente valiosas, porque podían herir a la sombra de un umbrista.

La sala tenía el techo bajo y las paredes pintadas con el mismo tono negro que absorbía la luz de todo el local. Había algunas personas sentadas ante las mesas, tomando algo y hablando con la cabeza gacha. Una chica con los ojos cerrados estaba sentada al lado de un sombrío que le estaba haciendo algo a su sombra; cualquiera habría dicho que estaba cosiendo. Un chico con un monopatín estaba repantigado en una silla, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos en blanco.

Más al fondo había otra cortina de terciopelo y, detrás, un par de sillones para los clientes y una mesa de madera desvencijada tras la cual estaba sentado Balthazar. Joey Aspirinas estaba reclinado contra la pared del fondo, cruzado de brazos.

—¿Tienes cita? —le preguntó Joey Aspirinas, más alto de lo necesario.

Balthazar agitó la mano.

—Bah, no digas tonterías. Es la chica del bar. ¿Cómo te llamabas? ¿Shar? ¿Cher?

—Muy gracioso —contestó.

—¡Charlie! —Balthazar chasqueó los dedos, como si hubiera tenido el nombre en la punta de la lengua hasta ahora—. Has recapacitado y quieres volver a trabajar. Ya sabía yo. Bienvenida de nuevo.

Balthazar tenía el pelo negro y ondulado y las pestañas largas. Vestía un traje negro arrugado con una corbata negra arrugada sobre una camisa arrugada. En la solapa llevaba un broche de ónice. Se decía que antes era alteracionista, pero que había consumido su sombra por exceso de uso. Aún tenía la lengua bífida de los sombríos y llevaba un piercing en el ápice de la división. Llegaba tarde, se marchaba pronto y solía olvidarse de pagarle el alquiler a Odette. Era exactamente la clase de charlatán flacucho con el que Charlie solía liarse muy a su pesar.

Joey Aspirinas, en cambio, era bajo y nervudo. Sus mejillas hundidas sugerían un historial de problemas de salud o adicciones. Llevaba el cabello gris cortado a cepillo. Tenía muchos tatuajes (varios en el cuello), calzaba botas militares y su fondo de armario parecía limitarse a camisetas blancas y camisas de manga corta. Al mirar a Charlie, esta intuyó que no la creía muy inteligente. Bueno, a ella tampoco le parecía que Joey fuera una lumbrera.

Charlie se llevó la mano a la cadera.

—Me toca volver a la barra. Se me ha ocurrido bajar a preguntarte si querías algo de beber.

—Vaya, qué considerada —dijo Balthazar. Parecía escéptico, pero no iba a rechazar una copa—. ¿Qué tal ese Old Fashioned con Amaro que preparas?

—¿Con cáscara de naranja y una cereza?

—Que sean dos cerezas. Los amargos me gustan muy dulces.

Buena frase. Charlie tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco.

—Y quería preguntarte una cosa.

—No me digas. —Balthazar parecía la viva imagen de la inocencia.

Charlie suspiró.

—Anoche vi a un hombre en la calle. Tenía sombras en vez de manos. ¿Lo conoces?

—Vaya, así que has visto al nuevo Hierofante.

«El Hierofante». Además de ser el mago de las cartas de tarot, era el nombre de un cargo entre los umbristas. Los magos de sombras elegían representantes locales de cada disciplina para que participaran en lo que ellos denominaban (quizás acertadamente) una Cábala.

Los representantes eran gente conocida. Vicereine era famosa por haber hecho que un actor en las últimas ganara un Oscar tras una alteración de sombra, y también por haber alterado la sombra de su exnovio influencer para que tuviera cabeza de cerdo. Su banda, los Artistas, había crecido con los años y se había vuelto muy influyente,

en parte gracias al lucrativo negocio de las alteraciones.

En cuanto a Malik, se decía que había titerizado su sombra para robar un enorme rubí del Museo Británico antes de que instalaran protecciones de ónice. Bellamy, el representante de los antifaces, no tenía reputación conocida, lo cual era a su vez una excelente reputación en su disciplina.

Y luego estaba Knight Singh. Tras su asesinato, iban a tener que buscar a otro representante de los caparazones.

La Cábala supervisaba cualquier proceso extraoficial entre umbristas, y todos ellos aportaban dinero para dar caza y encerrar a lo único que ningún umbrista quería que el mundo diurno conociera demasiado bien: los Estragos.

Los infelices que tenían la mala suerte de enemistarse con la Cábala recibían el cargo de Hierofante.

—No parecía muy simpático cuando lo vi —dijo Charlie—. Pero supongo que todos son así.

Si el Hierofante estaba en el mismo callejón que el cuerpo, era muy probable que a Paul Ecco lo hubiera matado un Estrago.

—La otra noche vino un tipo que quería que le buscaras un comprador —dijo Charlie—. ¿Por qué lo echaste?

—¿Sabes por qué llaman Joey Aspirinas a este? —la interrumpió Balthazar, señalando a su compañero con la frente.

Charlie se encogió de hombros.

La sonrisa desenfadada de Balthazar se desvaneció; Charlie percibió el peligro que acechaba debajo.

—Porque me quita el dolor de cabeza. Y tú me estás dando dolor de cabeza. Eras buena, Charlie. De las mejores. Si quieres volver a trabajar para mí, hablaremos. De lo contrario, lárgate.

De nuevo en la barra, mientras le preparaba el cóctel a Balthazar, Charlie repetía para sus adentros que el asesinato de Paul Ecco no debería importarle. Le había pedido una bebida muy sosa y apenas le había dado propina. Estaba muerto, sí, pero todos los días moría mucha gente. Además, en cualquier caso al libro seguramente lo tendría Adam.

Después de llevarle la copa a Balthazar, de camino a la barra le hizo señas un tío con rastas y perilla bien cuidada. Quería probar ese rollo de la absenta (lo del agua y el azucarillo flameado) con cinco amigos suyos. Luego, en el otro extremo de la barra, un amante del whisky escocés quiso debatir con ella los matices ahumados y salados del Speyside.

Cuando el Rapture echó el cierre, Charlie ya había tenido que recogerse el pelo en dos coletas pegajosas y ponerse un paño mojado en el cuello. Balthazar y Joey Aspirinas se habían marchado. Los músicos estaban sentados con Odette en un rincón, tomando unos

Aviation de color malva mientras Charlie se guardaba sus propinas de la noche y contaba la caja.

—¿Os imaginabais que os dedicaríais a esto? —les preguntó Odette.

—Qué va, cielo —contestó uno—. Mi madre quería que me hiciera médico.

Los tres se echaron a reír. Charlie vació el lavavajillas mientras Sam, uno de los ayudantes, barría cristales rotos del suelo.

En ese momento se abrieron las puertas del local y entró un tipo barbudo vestido con un impermeable verde oscuro; su sombra tenía forma de alas.

—Está cerrado —le informó Odette, girándose en su asiento y haciéndole un gesto grandilocuente con la mano—. Vuelve otra noche, querido.

El barbudo observó un momento la mesa de Odette y luego se volvió hacia Charlie.

—¿La señorita Damiano?

Después de un momento de confusión, Charlie lo entendió y, horrorizada, se ruborizó. Aquel era el hombre con el que había hablado por teléfono, el que se había hecho pasar por el difunto Paul Ecco.

—Me llamo Charlie Hall —dijo, señalándose.

Al fin y al cabo, estaban en un bar. Por allí pasaba mucha gente. Cualquiera podía usar el teléfono. Ese hombre no podía tener la certeza de que era Charlie quien había llamado; ella no tenía una voz tan característica.

Pero al verlo cruzar la sala, directo hacia la barra, Charlie se dio cuenta de que no tenía la menor duda. Y mientras caminaba, su sombra empezó a crecer. Las plumas se alargaron y avanzaron hacia Charlie como una niebla.

Al otro lado de la sala, los músicos soltaron gritos de asombro. Odette se levantó tan deprisa que tiró la silla al suelo.

Charlie se quedó totalmente inmóvil.

La oscuridad trató de alcanzarla con unos dedos que ahora parecían cuchillos. Ella se apretujó contra los estantes, haciendo tintinear peligrosamente las botellas.

Y entonces la niebla se deshizo, como si se lo hubieran imaginado todo. Como si no hubiera ocurrido nada. La sombra del recién llegado parecía absolutamente normal, inalterada. Ya ni siquiera tenía forma de alas.

—Abracadabra, zorra —dijo con una sonrisa, acodándose en la barra de madera llena de arañazos.

7
El pasado

A Charlie le parecía imposible que alguien pudiera caerle peor que Travis… hasta que llegó Rand.

Era un amigo de su madre, uno de los aficionados a la cristaloterapia y el tarot que se había mostrado particularmente escéptico cuando Charlie canalizaba a Alonso. Él apenas le había prestado atención, así que Charlie se llevó una sorpresa cuando un día su madre le anunció que Rand la estaba esperando en la sala de estar del apartamento.

—¿Qué quiere? —le preguntó Charlie.

—Dice que en su última lectura ha salido algo que tenía que ver contigo. Quiere contártelo en persona. —Su madre estaba preparando té verde en una olla de cocina a la que había añadido varios trozos de cuarzo para desarrollar la claridad de pensamiento—. Habla con él, yo enseguida voy.

Rand estaba sentado en el sofá. Llevaba el bigote aún más largo que antes, con los extremos encerados y retorcidos en un estilo que él llamaba «imperial», pero que todo el mundo llamaba «hípster». Llevaba una chaqueta de tweed y un pantalón de vestir con los codos y las rodillas un poco gastados. En conjunto ofrecía un aspecto afable, una mezcla de profesor de universidad con barman de saloon del oeste y el tío del Monopoly.

Una de sus estratagemas habituales consistía en convencer a las mujeres maduras de lo especial que era y de que ellas, gracias a su vínculo con él, también eran especiales. Charlie, sin saberlo, le estaba pisando el terreno con su interpretación de Alonso.

Tampoco sabía que Rand era estafador.

—Siéntate —le dijo, dando unas palmadas al sofá.

Charlie eligió el asiento que le permitía mantenerse lo más lejos posible de él, pero sin parecer maleducada.

Rand le mostró la sonrisa falsa que usan los adultos con los niños. Demasiado ancha.

—Tu madre ya te habrá dicho que tengo un mensaje para ti.

Ella lo miró sin decir nada. Lo único bueno que había sacado de vivir con Travis era que ya no sentía la necesidad de complacer a los adultos.

Rand carraspeó, se inclinó hacia ella y continuó:

—Pero en realidad el mensaje no es mío. Es de Alonso.

Charlie abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo sin reconocer que Alonso nunca había existido.

—Verás —dijo Rand, mirándola a los ojos como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Se me apareció en sueños y me aseguró que es muy importante que me ayudes. Tú crees en Alonso, ¿verdad?

Tiempo más tarde, Charlie deseó haberle respondido muchas cosas. Ojalá hubiera sido lo bastante lista para decirle que Alonso hablaba a través de ella, pero que en realidad nunca lo había visto. Podría haberle dicho entre sollozos que odiaba a Alonso y que no quería que la obligara a hacer nada más. Básicamente, Charlie deseaba haber sido ya la timadora en la que Rand iba a convertirla.

Pero en ese momento se asustó. Se sintió acorralada, atrapada. Así que se limitó a asentir.

—Bien —dijo Rand—. Este fin de semana vas a venir conmigo a una fiesta. Le dirás a tu madre que quieres venir.

—No voy a hacer ningún rollo sexual —le previno Charlie.

Después de un momento de sorpresa, Rand pareció ofenderse.

—Eso no es lo…

—No me voy a desnudar —insistió Charlie, por si no le había entendido. Su madre le había dicho que cuando un hombre te pedía que guardaras un secreto, normalmente era un rollo sexual.

—Lo único que tendrás que hacer en esa fiesta es mentir —dijo con hosquedad—. Y eso se te da bien, ¿verdad?

Se parecía bastante a una amenaza. Cuando su madre le preguntó a Charlie si quería irse con Rand, ella le aseguró que sí.

Años más tarde, Charlie se dio cuenta de que su madre no debería haberlo permitido. Una niña de doce años no pinta nada yéndose por ahí con un hombre adulto al que apenas conoce. Pero en esa época su madre trabajaba mucho y estaba tan ocupada que era un alivio tener a Charlie fuera de casa durante unas horas en fin de semana.

La fiesta se celebraba en los Berkshires. Durante el trayecto en coche Charlie guardó silencio, aunque Rand hizo lo posible por darle coba. Le dejó elegir la emisora de radio. Pasaron por el McAuto y pudo pedir todo lo que quiso: unas patatas fritas y un batido. Le contó una anécdota sobre su madre que le hizo un pelín de gracia.

Rand no consiguió que Charlie lo odiara menos, pero sí que disfrutara un poco más del viaje.

Finalmente, mientras avanzaban por una carretera bordeada de árboles, dejando atrás grandes mansiones separadas por varias hectáreas, Charlie cedió y le hizo la pregunta que debería haber formulado antes siquiera de subir a ese coche.

—¿Qué quieres que haga en esa fiesta?

—Vas a colarte en la planta de arriba.

Charlie lo miró con incredulidad.

—¿Quieres que robe? ¿Y si me pillan?

Rand se rio un poco, como si aquella conclusión tan obvia fuera

obviamente errónea.

—Nada de eso. No es nada ilegal. Vas a ponerte un camisón debajo del abrigo. Subes a la planta de arriba, entras en la tercera habitación a la izquierda. Procura que nadie te vea. Esperas a mi señal y entonces te pones delante de la ventana con el camisón. Y antes de que digas nada, no es un camisón sexy ni nada por el estilo. No creo que hiera tu delicada sensibilidad.

Rand hacía que pareciera muy fácil, pero eran muchas cosas que recordar.

—¿Para qué?

Rand no apartó la vista de la carretera.

Charlie apuró su batido de fresa; el dulzor se le mezclaba con la sal de las patatas en los labios. Volvió a sorber por la pajita para hacer ese ruido que los adultos no soportaban.

—Si quieres que lo haga, más vale que me lo digas.

Rand la miró furtivamente, como si acabara de darse cuenta de lo esencial que era el papel que le había dado a la niña.

—Es como jugar a los disfraces. Solo tienes que quedarte ahí quieta unos minutos, como si fueras una princesita de cuento. Luego sales por la puerta trasera y me esperas en el coche. No vas a tener que hablar con nadie.

Debía de pensar que tenía siete años, en lugar de doce.

—Pues vale.

Rand aparcó junto a un seto, salió del coche y abrió el maletero. Cuando volvió, traía una bolsa del Walmart con un camisón de algodón blanco y una peluca rubia.

—Vamos.

—No mires —le advirtió Charlie antes de meterse en la parte trasera del coche, más espaciosa.

—Descuida —replicó Rand.

—Y vigila para que nadie me vea.

Rand soltó un gruñido de fastidio, pero se colocó de espaldas a la ventanilla y se cruzó de brazos.

Charlie se puso el camisón por encima de su ropa. Luego se quitó la camiseta y metió el camisón por dentro del pantalón. La tela doblada formaba un bulto extraño, pero era la única manera de poder escondérselo bien debajo del abrigo. Luego se encasquetó la peluca y trató de taparse los mechones sueltos de cabello oscuro.

Cuando salió, Rand empezó a retorcerse el bigote entre el pulgar y el índice, como un villano con ganas de atar a alguien a las vías del tren. Frunció el ceño al ver los vaqueros.

—Tendrás que quitártelos antes de ponerte frente a la ventana.

—Vale.

Era evidente que Rand se estaba poniendo más nervioso a medida

que se acercaba el momento de poner en práctica el plan.

—Y no te has puesto bien la peluca.

—No sé cómo ponérmela —protestó Charlie—. No tengo espejo.

—Pues… —Guardó silencio—. Yo tampoco. Trae.

Rand intentó ajustársela para que le tapara mejor el pelo, dándole tirones hasta que terminó frustrándose y tiró la toalla. Charlie se acordó de una vecina anciana que tenía un armario lleno de pelucas y un montón de horquillas, pero seguro que Rand ni conocía las horquillas, por no hablar de haber traído un par.

—Está bien así —murmuró Rand, aunque parecía hablar consigo mismo.

Charlie volvió a ponerse el abrigo. Era un abrigo acolchado de color rosa, con una capucha de pelo sintético un tanto apelmazado. Era de segunda mano, cedido por una amiga de su madre que tenía una hija algo mayor que ella. Siempre les regalaban ropa más alegre y colorida de lo que Charlie habría preferido.

No iba vestida adecuadamente para un lugar como ese; iba a dar el cante. De pronto tuvo la terrible certeza de que Rand no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo.

La sensación fue a peor a medida que se acercaban a la verja de entrada. El muro de piedra terminaba en unos barrotes de hierro con adornos en forma de caballo a ambos lados.

Rand se inclinó hacia el interfono instalado en el lateral de la columna de piedra, pulsó un botón y dijo su nombre. Esperaron a que se abrieran las puertas de hierro forjado.

—¿No les extrañará que no entremos en coche? Es raro —le susurró Charlie, contemplando el larguísimo camino de entrada que llevaba a la gigantesca mansión de tres plantas. El piso superior tenía la fachada revestida de listones de madera pintada; los de abajo eran de piedra. Alrededor de las ventanas crecía la hiedra. Unas grandes columnas blancas flanqueaban la puerta principal.

—Despreocúpate —dijo Rand, llevándola a un lado del sendero—. Me consideran un excéntrico, así que puedo explicar todo lo que hago aludiendo a mis excentricidades. ¿Conoces esa palabra?

—Sí —contestó Charlie, molesta. Ella había engañado a varios adultos haciéndose pasar por un brujo muerto, ¿no? ¿Tanto le costaba reconocerle un poco el mérito?

Rand señaló el jardín que se extendía hacia el lateral de la gran mansión. Había unos pocos árboles.

—Ve por allí.

—¿A dónde?

Él suspiró y le puso un móvil en la mano.

—Entra por la puerta lateral. Y luego, haz lo que te he dicho. Segunda planta, tercera puerta a la izquierda. Muévete deprisa, pero

sin correr. No llames la atención ni te distraigas. Más allá de lo que pase, este móvil no es para que me llames. Es para que yo te envíe la señal. Cuando vibre, te pones en posición. Y acuérdate de quitarte los vaqueros.

Charlie notaba el corazón acelerado y los dedos fríos por la ansiedad.

—No quiero entrar yo sola.

—Me encontraré contigo en la puerta lateral. ¿Te parece? —Rand miró de reojo hacia la verja. Aunque no podían verlos desde la casa, si entraba algún coche en ese momento, su pequeña conversación resultaría extremadamente sospechosa.

—Creo que no puedo hacerlo.

Rand la sujetó por la barbilla y le obligó a inclinar la cara hacia arriba.

—Mala suerte —dijo con impaciencia—. Si la cagas, tendré una larga charla con tu madre. Tú sabrás qué es peor.

Charlie se desembarazó de su mano. Lo que Rand quería que hiciera (colarse en la mansión y engañar a los invitados de la fiesta) le parecía imposible, pero perder a su madre sería peor. Porque ella nunca la perdonaría. No solo por haberla engañado, por haberle costado su matrimonio ni por haber hecho el ridículo delante de sus amigos, sino por haberle quitado la ilusión de la magia. Mandaría a Charlie con su padre, a su granja experimental en el culo del mundo, con sus gallinas y su retrete de compostaje mal instalado. Y su nueva mujer no dejaría que se quedara.

—Le diré que mientes.

—También metiste a tu hermana en el ajo, ¿verdad? —dijo Rand con una sonrisa burlona—. Ella aún es una cría. ¿Crees que no lo confesará todo si tu madre la atosiga?

—Posey odia a Travis —repuso Charlie—. Incluso más que yo.

Entonces notó algo en el rostro de Rand, algo que no había visto antes. Quizás hasta ahora no había logrado adivinar por qué Charlie había representado el papel de Alonso; quizá pensara que lo había hecho por diversión, por el gusto de engañar a los demás o incluso para sacarle algo a su madre. Alonso dice que me compres una Xbox nueva. ¡Los espíritus lo ordenan!

Charlie no sabía si era mejor o peor que lo hubiera deducido.

—Travis era un cabrón —dijo Rand.

Ella respondió con una media sonrisa; no sonreía del todo, pero tampoco estaba seria.

Y entonces Charlie cruzó el jardín, con las manos en los bolsillos del abrigo y la cabeza gacha. El cielo estaba nublado. Mientras caminaba, cayó en la cuenta de que debería haberse puesto la peluca en la planta de arriba, para resultar más convincente. Pero no se veía

capaz de taparse bien el pelo otra vez ella sola. Además, era mejor ir disfrazada desde el principio. Si pillaban a Rand, a ella no le pasaría nada.

Se puso la capucha de todas formas.

El lateral de la casa hacia el que se dirigía estaba invadido por la empresa de catering, que había instalado una carpa y una parrilla. Estaban preparando grandes bandejas de horno con hojaldres, langostinos y otras cosas que Charlie no había visto nunca. Luego las llevaban adentro, seguramente para emplatar la comida en recipientes más elegantes.

Cerca de la puerta había un pequeño patio de piedra donde se habían sentado a fumar varios camareros de uniforme negro y blanco. Uno estaba bebiendo café; su aliento y el calor que despedía el vaso desechable se condensaban en el aire.

Otro estaba hablando discretamente en español con un compañero. No entendió todo lo que decía (porque no prestaba suficiente atención en clase), pero le pareció comprender que se estaba quejando de alguien que era muy guapo pero muy mala persona.

Aunque estaban distraídos, Charlie no se atrevió a pasar delante de sus narices. Al primer vistazo, sabrían que aquel no era su lugar. Se había embarrado las zapatillas al cruzar el jardín. Zapatillas deportivas. Con cordones de purpurina.

No podía pasar por delante de ellos, pero tampoco podía quedarse ahí parada. Tarde o temprano la verían merodeando por el jardín y entonces ya no podría entrar. Volvió a tener la sensación de que Rand no sabía lo que hacía. Podía llamar a su madre con el móvil que le había dado. Si se adelantaba y acusaba a Rand, quizá su madre no le creyera después.

—Eh, niña. —La voz de Rand la sobresaltó—. Por aquí. Deprisa.

Le había abierto la puerta. Detrás de él se adivinaba movimiento en las demás habitaciones, pero no parecía haber nadie cerca. Charlie se apresuró a entrar en la casa, cabizbaja y sin mirar a nadie.

Al principio, el lujo de la casa la dejó tan asombrada que solo pudo quedarse mirando a su alrededor. Madera reluciente. Papel pintado a rayas de color crema y dorado. Cuadros con pesados marcos antiguos y sin cristal protector.

Rand la guio hacia la escalera.

—Recuerda lo que tienes que hacer —le dijo en voz baja y firme—. La tercera puerta a la izquierda. Es una habitación de niña. Quítatelo todo salvo el camisón. Cuando yo te dé la señal, y ni un segundo antes, te pones frente a la ventana. Hay una cortina translúcida, déjala echada para que no se te vea bien la cara, ¿vale? ¿Lo has entendido? Aguarda a mi señal. Esperas un minuto, te pones el abrigo y sales de ahí a toda hostia. Tu tarea consiste en no dejar rastro y en que nadie

te vea.

Charlie asintió, sintiéndose torpe y asustada. Estaba segura de que la iban a pillar. Entonces Rand se lo contaría todo a su madre de todas formas.

—Vale, pues no te quedes ahí parada. ¡Sube! —Le dio la espalda y regresó a la fiesta.

Charlie subió rápidamente los escalones.

Todo estaba en silencio en el pasillo de arriba. Había apliques en las paredes, lámparas con cristales que dibujaban arcoíris en el piso de madera.

Giró el picaporte de la tercera puerta y se encontró en una inmensa habitación de color rosa, con una cama en forma de carroza de Cenicienta en el centro y enredaderas pintadas en las paredes.

Sin embargo, a diferencia del pasillo, los muebles de la habitación estaban muy polvorientos.

Como si la ocupante de aquella habitación llevara mucho tiempo sin entrar. Como si no hubieran querido tocar nada.

Charlie se quitó el abrigo y lo dejó cuidadosamente a un lado de la cómoda, junto a una cajita de música. Con la vibración, la caja emitió unas cuantas notas siniestras. También se quitó las zapatillas, porque estaban manchadas de barro y había una alfombra rosa claro entre la ventana y ella. Luego se despojó de los vaqueros.

Se encaró mentalmente con un Rand imaginario. ¿Lo ves? No hacía falta que me lo dijeras.

Cuando terminó, cruzó la estancia. Pero en lugar de dirigirse a la ventana, abrió las puertas interiores. La primera llevaba a un cuarto de baño también rosa, con un aro que recogía la cortinilla de la bañera. Sobre el lavabo había una pastilla de jabón rosa en un platillo, pero estaba seca y cuarteada.

La segunda puerta llevaba a un enorme vestidor, tan grande que hasta tenía un asiento con tocador. Vio fotografías de una niña rubia pegadas al marco del espejo con cinta adhesiva de colores. Hailey. Su nombre aparecía estampado en la espalda de una camiseta de fútbol de color rosa. Y allí estaba ella, abrazada a sus amigas. En otra foto salía montada a lomos de un enorme caballo alazán. Parecía feliz. Viva.

Pero era evidente que no lo estaba.

Charlie se sentó en el tocador. Ya entendía para qué la había traído Rand.

Se imaginó lo que Rand iba a decirles a los afligidos padres de Hailey: Ahí está su hija, en la ventana. ¿Le gustaría seguir hablando con ella? En fin, me encantaría ayudarle, pero voy a necesitar una contribución económica. La yerba mate y la cera de bigote no se pagan solas.

En los cajones encontró un peine, un coletero y dos horquillas de colores chillones.

Charlie se quitó la peluca y se recogió el pelo con el coletero para que no se le saliera constantemente al volver a ponérsela. Luego trató de peinarse igual que la niña de las fotos.

En el espejo veía a alguien que era ella y al mismo tiempo no lo era. Se sentía un poco alborozada al pensar en meterse en una vida distinta. En probarse otro yo, el de una niña a la que habían querido tanto que su dormitorio se había convertido en una tumba a la que solo le faltaba la momia.

Rand todavía no le había dado la señal, así que siguió curioseando entre las cosas de la chica hasta que encontró una camiseta muy sosa y una bolsa lo bastante grande para guardar la peluca y el camisón. Las estaba dejando al lado de la puerta cuando vibró el móvil. En la pantalla había una sola palabra:

¡¡¡¡Ahora!!!!

Charlie avanzó hasta la ventana, procurando mantener la cortina vaporosa entre el cristal y ella.

Esperaba ver fuera a Rand, dirigiendo la operación, pero no lo encontró. Durante un rato pensó que no iba a ocurrir nada, que nadie iba a levantar la mirada. Pero entonces una mujer soltó un grito.

No fue un grito de horror ni de miedo, sino de dolor puro y agónico. Charlie nunca había oído un sonido semejante.

Menos mal que la cortina las separaba; no quería ver el rostro de la mujer con demasiada claridad.

Pero cuando la mujer se desplomó, con el rostro todavía levantado, Charlie apoyó una mano en el cristal.

Era mejor que la madre de Hailey creyera que su hija podía verla, ¿no? Era mejor ayudarla a pasar página. Darle algo.

Entonces, dándose cuenta de que probablemente ya había transcurrido más de un minuto, se apartó de la ventana y echó a correr hacia sus cosas. Sales de ahí a toda hostia, le había dicho Rand. Por supuesto, cuando uno veía a un fantasma, lo primero que hacía era entrar en la habitación donde lo había visto.

Charlie se despojó de la peluca y el camisón. Por un momento tuvo la terrible sensación de que iban a sorprenderla en ropa interior. Enseguida se puso la camiseta del revés, se subió la cremallera del abrigo y se dirigió a las escaleras.

Pero antes de que pudiera bajar, oyó voces que venían de esa dirección. Dio media vuelta y se alejó por el pasillo en sentido contrario. Era una casa grande; seguro que habría algún cuarto de baño donde esconderse.

Encontró otras escaleras, más señoriales, y las bajó corriendo hasta llegar a un vestíbulo con suelo de mármol. Era totalmente diáfano, el

último lugar donde quería que la sorprendieran.

Se lanzó hacia el umbral más cercano y apareció en una sala de música, con el suelo cubierto por una alfombra estampada de tonos verdes. Al lado de un sofá que parecía demasiado rígido y pequeño para ser cómodo había un instrumento de cuerda que recordaba a una guitarra y a un piano vertical. Charlie todavía no había perdido el impulso infantil de pulsar las teclas, aunque no tuviera ni idea de cómo tocarlas. En vez de eso, se contentó con pasar el dedo por la superficie lacada de color negro.

—Aquí estás —siseó Rand, agarrándola del brazo—. ¿Qué haces? Por favor, dime que no has robado nada. Da igual, no hables. Sal de aquí.

—Me haces daño —protestó Charlie, resistiéndose. Pero Rand le estrujó el brazo mientras le entregaba unas llaves.

—Espérame en el coche.

—Si te hubiera hecho caso, me habrían pillado —replicó Charlie, furiosa por que Rand no se hubiera dado cuenta de lo lista que había sido. Y aún más furiosa consigo misma por desear que se diera cuenta.

Rand la empujó hacia la puerta principal.

—Largo.

Charlie inspiró hondo y comenzó a caminar. Pasó entre las gigantescas columnas blancas y bajó los escalones de piedra. No despegaba los ojos del suelo; si la veía la madre de la niña por la que se acababa de hacer pasar, quizá le diera un ataque de pánico.

Al pasar junto a los aparcacoches, tuvo la sensación de que su aspecto resultaba sospechoso. Varias parejas ya se marchaban de la fiesta.

—Es un estafador. ¿Cómo no se da cuenta? —le decía un tipo a su mujer.

A Charlie le ardía la cara, pero siguió caminando hasta la verja. Una vez allí, esperó a que saliera un coche y aprovechó para escapar. Otro detalle que había tenido que improvisar.

Cuando llegó al coche, subió y cerró de un portazo. Ojalá supiera conducir. Se habría largado sin Rand. Y no tenía claro si al final habría vuelto a buscarlo. ¿Qué iba a hacer, llamar a la poli?

En ese momento se sintió muy pequeña. No quería tener que madurar tan pronto.

Cuando Rand llegó al coche, Charlie supuso que iba a ponerse borde con ella, igual que había hecho en la casa. Pero estaba eufórico.

—¡Lo has hecho genial! —dijo mientras se alejaban de la casa por la carretera. Soltó un grito de júbilo—. Menudo subidón, ¿eh? Lo digo en serio, tienes mucho talento. Ya lo sabía yo.

—¿A qué te refieres?

—Eres igual que yo. Nosotros estamos hechos para esto. Somos

embusteros natos. Como las hienas: acechamos en la periferia de la sociedad con una sonrisa en la cara, buscando a los más débiles y lentos.

Al ver que Charlie no respondía, le dio un golpe afectuoso en el hombro.

—Venga, no te pongas así porque te haya reñido antes. ¡Se mascaba la tensión! Durante un trabajo de estos no hay tiempo para remilgos. Me perdonas, ¿verdad?

Charlie asintió, contenta de recibir un elogio, aunque viniera de Rand. Ahora sentía que todo iba a salir bien. Rand la llevaría a casa y todo aquello sería un incidente peculiar que no se volvería a repetir. Podría volver a considerarlo un simple amigo de su madre y pasar de él.

Podría convencerse a sí misma de que Rand se equivocaba. De que Charlie no era como él.

Una hora y muchos cambios de emisora después, el coche se detuvo frente a su bloque de apartamentos.

—Toma —dijo Rand, tendiéndole un billete de veinte dólares—. Te lo has ganado.

—Gracias. —Charlie se guardó el billete y bajó del coche. Subieron juntos hasta el segundo piso.

La madre de Charlie estaba haciendo un puzle con Posey en la mesa del comedor, al lado de una caja de pizza.

—Ah, ya estáis aquí —dijo su madre—. Se estaba haciendo tarde. ¿Lo has pasado bien? —Charlie no recordaba a dónde había dicho Rand que iba a llevarla, pero asintió—. Bueno, pues dale las gracias —la apremió su madre, mirando a Rand con una sonrisa sufrida. Él sonrió a su vez. Dos adultos que enseñaban a una niña a ser responsable.

Lo que sea con tal de que esto se acabe, pensó Charlie.

—Gracias —le dijo a Rand.

—Tenemos que repetirlo alguna vez —contestó él—. Para darle un respiro a tu madre.

Charlie lo ignoró y se acercó a la caja de pizza para comerse un trozo.

La madre le propuso a Rand que se quedara un rato y cenara con ellas. Charlie respiró aliviada cuando declinó la invitación.

Una semana más tarde, Charlie estaba en la calle, intentando aprender a montar en monopatín por su cuenta. Ya se había caído unas cuantas veces y había empezado a sangrarle una rodilla cuando Rand salió de su coche.

—Tengo otro trabajo para nosotros, mi pequeña charlatana —le

dijo—. «Charlatana Hall». Me encanta.

Charlie negó con la cabeza. Notaba todo el cuerpo entumecido.

—¿No? —Rand parecía divertirse—. Venga, anímate. Esta vez te pagaré más. Y recuerda que no tienes elección.

Charlie lo miró fijamente, boquiabierta.

—No puedes decírselo. Yo podría contar lo que hiciste tú.

—¿Ah, sí? —Rand levantó su móvil y le mostró la fotografía de un fantasma en una ventana—. Antes habría sido mi palabra contra la tuya, pero ya no. Tengo pruebas de que eres una timadora en miniatura.

Le dio un vuelco el corazón al ver la foto. No era del todo evidente que el fantasma fuera Charlie, pero la silueta tenía su misma altura. Y su madre sabía que ese día se había ausentado con Rand.

—Pero fuiste tú quien me llevó allí. Fuiste tú quien engañó a esa gente —protestó Charlie.

—Sí, estoy seguro de que tu madre también me odiaría —dijo Rand sin perder la sonrisa—. Pero ¿qué más me da eso a mí? Además, te divertiste. Si no lo disfrutaras, no lo harías ni la mitad de bien.

Pasarían años antes de que Charlie entendiera la técnica que había usado Rand para embaucarla. Las arenas movedizas de la estafa: utilizas una influencia mínima sobre tu víctima y terminas poniéndola entre la espada y la pared. Empiezas por el chantaje. Tiene que ser algo menor, lo justo para que tu víctima esté dispuesta a hacer cierto esfuerzo a cambio de que la dejes en paz. Ese esfuerzo puede ser cometer un pequeño hurto, alterar unas cuentas, cambiar una calificación, sacar un par de billetes de la caja registradora… cosas así. Pero entonces es cuando se hunde en las arenas. Porque si acepta, ya no solo tiene que seguir ocultando su indiscreción inicial, sino también lo que acaba de hacer para encubrirla. Y cuanto más intenta salir, más se hunde.

No existe mejor manera de aprender a poner a alguien contra las cuerdas que sufrirlo en tus propias carnes.

8
El liber noctem

Cuando el umbrista le habló, Charlie se quedó paralizada detrás de la barra, con la espalda apoyada en el estante. El hombre giró la cabeza hacia Odette y los músicos.

—Fuera.

Empleando una pizca de poder, un sombrío podía titerizar una sombra para que recogiera una moneda del suelo. Con algo más de esfuerzo, podía hacer que te entrara por la garganta y te aplastara el corazón. Toda la carrera de Charlie como timadora y ladrona había consistido en evitar enfrentarse a uno cara a cara.

Los músicos se levantaron y se escabulleron tras el escenario, hacia la puerta trasera que llevaba a los contenedores de basura. Odette los siguió, pero miró hacia atrás y movió los labios, como queriendo decirle algo a Charlie. Por desgracia, no tenía ni idea de lo que quería decirle su jefa. Con un poco de suerte, que iba a llamar a la policía. Charlie no confiaba demasiado en la valentía de los agentes frente a un mago, pero quizá sus cámaras personales lo disuadirían.

—Me llamo Hermes. ¿Qué tienes de barril? —Hablaba con un leve acento del sur de Boston. Charlie le echó treinta y tantos años; tenía el pelo oscuro y la piel pálida, con las mejillas enrojecidas por el viento. Tenía pinta de pragmático, no de alguien que se interesara por la magia. Ni que la utilizara.

—Creo que no has oído a la dueña. Estamos cerrados —le dijo Charlie con firmeza. En ese momento la sombra del intruso era tan insustancial como un rayo de luna. Sabía que a los sombríos les costaba esfuerzo manipularla, pero ¿hasta qué punto?

—La dueña se ha ido —contestó Hermes—. Solo quedamos tú y yo.

La silueta etérea avanzó de nuevo hacia ella, volviéndose tan grande que toda la sala pareció oscurecerse. Charlie se cruzó de brazos.

Hermes estampó un sonoro manotazo en la barra, haciendo que Charlie diera un respingo.

—¿Tienes idea de lo que podría hacerte?

El subidón de adrenalina no la dejaba pensar bien, pero recordó que ese hombre no tenía ni idea de quién era en realidad. Independientemente del motivo por el que se había encarado con ella, Hermes no sabía que estaba hablando con Charlie Hall, ladrona de magia. Solamente veía a Charlie Hall, camarera entrometida. Y ese era el papel que iba a interpretar durante la conversación, el de la arrogancia de la ignorancia.

—¿Hacerme? No sé, ¿qué puedes hacer con esa sombra tan chuuuuunga? ¿Flotar unos segundos? ¿Parecer cinco centímetros más alto si no me fijo bien? ¿Acentuar tu sentido del olfato?

Por un momento, tuvo la satisfacción de ver a Hermes desconcertado. Luego soltó un resoplido.

—No lo sabes, ¿verdad? No sabes nada de nada.

—Así soy yo, una ignorante —contestó Charlie, orgullosa incluso de su tono de voz firme—. Por ejemplo, no tengo ni idea de por qué has venido a acosarme.

La sombra de Hermes se extendió como el caramelo masticable, avanzando hacia Charlie y atravesando una fina grieta de la barra de madera hasta cubrir el fregadero, los vasos y las botellas de plástico llenas de granadina y jarabe de azúcar.

Cuando se dedicaba a robar a los sombríos, siempre le había dado miedo que la pillara una de sus sombras. Descubrir los límites del poder de los umbristas de la peor forma posible. Qué irónico que estuviera a punto de pasarle ahora, después de haberlo evitado durante tanto tiempo.

Charlie retrocedió un paso, pero la estrechez de la barra le impedía escapar. Estaba atrapada entre la sombra y el espejo con los estantes de botellas, la caja registradora y la delicada máquina de capuchino.

—Paul Ecco —dijo Hermes, rompiendo el silencio—. Es posible que tú seas la última persona que habló con él. Con una chica tan guapa como tú, seguro que aprovechó para chulearse de la fortuna que estaba a punto de ganar. Quizás incluso te haya enseñado un objeto muy curioso que tenía intención de vender. Verás, ese objeto pertenecía al señor Salt. Dinos cómo lo consiguió Ecco. Dínoslo y podrás volver a tu triste vida y fingir que nunca has tenido un encontronazo con la muerte.

El puto Lionel Salt.

Hermes la estaba tanteando; no tenía ni idea de si Charlie sabía algo o no. Pero ella le había mentido por teléfono para ponerle a prueba, y al hacerlo había levantado sospechas. Después de un año sin trabajar, se había vuelto descuidada.

—Yo solo le serví un chupito.

No tiene motivos para hacerme daño, pensó, aunque dudaba de que alguien que trabajaba para Salt necesitara motivos. Todo el bar estaba en silencio, como si Charlie y Hermes estuvieran conteniendo la respiración al mismo tiempo.

—¿Sabes qué le doy de comer? —le preguntó, alejándose de ella y de su propia sombra—. Sangre. ¿Qué tal la tuya?

La sombra de Hermes se condensó. La imitación era tan convincente que por un momento pareció que el barbudo estaba en dos lugares a la vez. Tenía apariencia sólida, aunque seguía unida a

los pies de Hermes cual cordón umbilical, una conexión visible pero borrosa.

La sombra acercó un dedo para tocar a Charlie, que se quedó inmóvil. Cuando le rozó la piel, tuvo una sensación de frío y electricidad, como si la estuviera tocando una tormenta. Se puso rígida y retrocedió mientras la invadía el temor, un miedo demasiado intenso y paralizante para ser suyo.

Se le aceleró el corazón, mareada por la irrealidad de aquel momento.

—Vale, aparta a esta cosa de mí. Tú ganas —dijo con voz temblorosa mientras levantaba las manos en un gesto de rendición, retrocediendo. Se mordió el carrillo para serenarse—. Me has convencido. Te serviré la cerveza aunque estemos cerrados.

La sombra no se movió.

—Eres una graciosilla, ¿eh? —dijo Hermes.

Charlie sacó un vaso de pinta del estante. Tenía las manos sudadas y se le resbalaba entre los dedos. La sombra se quedó flotando en el aire, a su lado, mientras servía una pinta de su mejor IPA de barril.

Podía probar a decirle la verdad. O parte de ella.

—Lo vi mientras volvía a casa. A Paul Ecco. Estaba muerto. Recordaba haberlo visto aquí, en el Rapture. Estaba hecho trizas. Y como no salió en las noticias, supongo que me entró curiosidad.

—Mientes —dijo Hermes—. Lo conocías. Llamaste preguntando por él.

—No esperaba que contestara nadie —se defendió Charlie—. Y pensé que si te preguntaba por Paul, me contarías lo que le había pasado. No esperaba que te hicieras pasar por él.

—No me lo trago. —Su tono de enfado tenía un dejo desesperado, como si le diera miedo presentarse ante su jefe con las manos vacías.

—No había visto a Paul hasta esa noche —insistió Charlie, pero su expresión le dejó claro que era inútil. Hermes no quería que Charlie no tuviera ninguna relación con ese asunto.

No se veía capaz de ganar la puerta trasera, pero iba a tener que intentarlo. Ojalá llevara encima la dichosa navaja de ónice que guardaba en el bolso. Algo.

—Deja de jugar conmigo —rugió Hermes. Los bordes de su sombra parecieron desdibujarse, como si estuviera hecha de fuego negro—. Tú estás metida en esto. Piénsate muy bien lo que vas a decir cuando vuelvas a abrir la boca.

Hermes ya había decidido qué era lo que quería oír y no estaba dispuesto a escuchar ninguna otra cosa. O intentaba huir inútilmente o se inventaba una buena historia.

Hermes quería recuperar el Liber Noctem de su jefe. Creía que Ecco tenía el libro entero, no solo las páginas que había intentado vender,

unas páginas que ahora estarían en poder de su asesino. Charlie podía decirle que Ecco había tratado de convencer a Balthazar para que le ayudara a venderlas, pero sospechaba que Hermes ya había hablado con Balthazar y que este la había echado a los leones, probablemente. Al fin y al cabo, Hermes no había tenido ni la menor duda de que había sido ella quien le había llamado.

Charlie deslizó la cerveza por la barra para dársela y suspiró exageradamente.

—Cuando Paul entró en el Rapture, no estaba solo —mintió—. Había otro hombre. Le oí decir algo sobre un «libro completo». ¿Te vale?

Hermes no había mencionado el libro hasta ahora, así que podía resultar convincente. Podía incluso ser verdad, si Ecco fuera el intermediario de Adam.

—¿Estás segura de que quien iba con él era un hombre? —preguntó Hermes.

—Eso creo —contestó Charlie. ¿Hermes esperaba que hubiera alguien más implicado? ¿Alguien había hablado con Ecco esa noche?

—Edmund Carver —dijo Hermes—. ¿Se llamaba así?

Charlie titubeó. Si decía que sí, seguramente se quedaría satisfecho. Pero no tenía ni idea de quién era esa persona; no podría darle detalles cuando se los pidiera. Negó con la cabeza de nuevo.

—No dijeron ningún nombre. Y no me pareció que su sombra fuera…

La sombra de Hermes azotó a Charlie en la cara con tanta fuerza que perdió el equilibrio. Se golpeó la cadera contra el fregadero, tropezó y cayó al suelo de baldosas a cuatro patas.

—No me mientas —dijo Hermes.

Charlie fue consciente de muchas cosas a la vez: del suelo pegajoso, del tufo a licor rancio, del escozor de la mejilla, del horror de lo que estaba ocurriendo y del bate de béisbol que guardaban, por insistencia de Odette, detrás de la barra, debajo de la máquina de hielo, justo fuera de su alcance.

El tiempo pareció ralentizarse y acelerarse a la vez mientras Charlie gateaba hacia ese bate.

La sombra del barbudo apareció por encima de ella y una mano etérea barrió el estante de las bebidas, haciendo llover cristales rotos.

Charlie se tapó la cabeza con las manos por instinto. Una botella medio llena le golpeó dolorosamente el hombro mientras otras muchas se hacían añicos a su alrededor. Con cada impacto salían volando esquirlas de cristal que se le clavaban en la ropa y en la piel. Un torrente de licor derramado le bañó las rodillas.

Charlie aferró el bate y se puso de pie, temblando con una mezcla de adrenalina, miedo y rabia.

A falta de buenas ideas, iba a optar por la peor.

Ya podían grabarlo como epitafio en su tumba. El credo de Charlie Hall.

Descargó un golpe contra la sombra. El bate la atravesó sin tocarla, como si se tratara de un fantasma. La inercia la hizo tambalearse y estuvo a punto de caer de culo.

Hermes soltó una carcajada. Se había alejado de la barra, como si él fuera un mero espectador de lo que estaba ocurriendo, y no su artífice.

—Eres pura dinamita, ¿eh? Última oportunidad. Esta vez quiero la verdad. ¿Quién le entregó a Ecco las páginas de ese libro?

El aire pareció condensarse.

—No sabrías reconocer la verdad ni aunque te metiera la lengua por el culo —contestó Charlie con la mejor de sus sonrisas burlonas.

Esta vez la sombra le entró por la garganta.

Charlie sintió que se ahogaba, que sus pulmones se llenaban de algo más denso que el aire, algo que no podía expulsar.

Presa del pánico, se manoteó la garganta, atragantándose con la sombra y sin poder gritar.

Unas volutas de la sombra le salían por la boca y la nariz, por los ojos. Se le empezó a oscurecer la visión, y no sabía si era la falta de aire o la sombra.

Por un momento sintió que ya no estaba dentro de sí misma y pudo verse. Se le estaban amoratando los labios. Jadeaba, inclinando la barbilla hacia arriba como si se estuviera ahogando y tratara de sacar la cabeza del agua.

Cuando Charlie abrió los ojos, se encontró de nuevo en el suelo. Podía respirar, aunque le dolían los pulmones al hacerlo.

Charlie levantó la mirada hacia la bola de discoteca del techo y vio que había alguien detrás de Hermes, asfixiándolo con el brazo. No consiguió identificar su silueta borrosa, pero seguramente le había ordenado a Hermes que hiciera retroceder a su sombra.

Charlie se puso a gatear con cuidado por el suelo sembrado de cristales. En cuanto saliera de la barra, echaría a correr hacia la puerta trasera, la abriría con el hombro y se largaría sin mirar atrás.

—Esta noche has dejado que tu sombra se alimentase demasiado tiempo. —Por imposible que pareciera, era la voz de Vince. Pero sonaba distinta. Hablaba en voz baja, con tono amenazante. Parecía indiferente al forcejeo de Hermes, como si fuera irrelevante—. Ya apenas queda nada de ti. ¿Notas la tensión, como si algo quisiera escaparse de tu interior?

Hermes soltó un gemido entrecortado y retorció el cuerpo, intentado soltarse desesperadamente.

—Ahora ya no importa.

Charlie casi no podía reconocer a ese Vince, plantado en mitad del bar vacío mientras apretaba cada vez más la garganta de Hermes.

De pronto se oyó el chasquido de una rama verde al partirse.

Charlie contuvo la respiración.

El barbudo, reflejado en una docena de diminutos espejos, yacía inerte en brazos de Vince.

9
El pasado

Charlie se volcó en el carterismo como si sus dedos estuvieran hechos para ello. A sus doce años, Rand la puso a entrenar con una maga jubilada que solía robar carteras y relojes durante sus actuaciones. Todos los martes y jueves, después del colegio, la llevaba a casa de la señora Presto. A la madre de Charlie le decían que iba a clase de piano.

La señora Presto fumaba; toda su casa apestaba a tabaco. Vivía en una casita pequeña, casi sin jardín, en Leeds. Estaba abarrotada de recuerdos antiguos, incluido un autómata que había decorado unos grandes almacenes y ahora estaba en un rincón de la casa, con una chistera en la cabeza y media cara de menos.

—La gente solo oye hablar de magos varones, pero algunos de los mejores han sido mujeres —le dijo la señora Presto, meneando el cigarrillo—. Y te voy a decir una cosa: los mejores timadores siempre han sido mujeres. Nosotras sabemos cómo piensan las personas. Tenemos sangre fría. Y no dejamos que nos pillen.

A Charlie le gustaba que la incluyera en aquella declaración. Nosotras. Y le gustaba aún más la idea de actuar con impunidad.

—Lo primero que debes aprender es el toque. Tienes que tocar el cuerpo de la víctima mientras le robas. Puedes chocar con ella si vais por la calle, tocarle el hombro si estáis sentados en un restaurante lleno… Mucha gente cree que el toque es para despistar, pero no. El cerebro no es capaz de procesar la sensación de que te toquen en dos lugares a la vez, así que solo alerta a la mente del toque más fuerte.

»Si le tocas el hombro, no notará que le metes la mano en el bolsillo o en el bolso. No hace falta ser especialmente delicada. Agarras lo que sea y punto.

Charlie se quedó pensativa. La señora Presto sacó un caramelo de cardamomo de una calavera plateada que tenía en la mesita y se lo dio.

—¿Qué pasa si meto la mano en un bolso y hay demasiadas cosas? ¿Y si tiene cremallera?

—Ajá. Ahí es donde entra en juego la distracción. Sorprende a tu víctima. Deslúmbrala. O búscate otra más sencilla. Hay muchos peces en el mar. Algunos con collares de oro macizo.

—¿Y cómo lo desabrocho?

La señora Presto hacía que sonara muy sencillo. Pero cuanto más lo pensaba Charlie, más difícil le parecía. A ella le costaba tres intentos ponerse un collar; no se imaginaba robando uno con una mano

mientras «deslumbraba» a su víctima.

—Mano en la nuca, una pizca de presión y dedos ágiles —dijo la señora Presto—. Es siempre lo mismo. Vamos a empezar.

Primero vistieron al autómata con diversas chaquetas y colgaron relojes en los brazos de las sillas. Cuando Charlie ya dominaba esa parte, la señora Presto se paseaba por su casa para que Charlie pudiera chocarse con ella o colocarse a su lado entre una multitud imaginaria.

Finalmente, llegó el momento de salir al exterior.

Una tarde, en lugar de llevarla a casa de la señora Presto, Rand condujo hasta el centro comercial de Holyoke.

—¿Nos vamos de compras? —preguntó Charlie.

A Rand no pareció molestarle su tono. Sonreía como si Charlie estuviera a punto de llevarse un chasco.

—Hoy la lección es aquí.

La señora Presto la estaba esperando en Macy's, donde acababa de comprar unas zapatillas.

—Nunca está de más ir con una bolsa —le dijo a Charlie. Luego sonrió—. O con una viejecita.

Salieron de la tienda juntas.

—¿Quiere que primero mire cómo lo hace usted? —le preguntó Charlie, esperanzada. La señora Presto negó con la cabeza.

—No tiene sentido retrasar lo inevitable. Vamos hacia el Starbucks. Allí siempre hay mucha gente.

Y así comenzó el primer día de prácticas de Charlie. Se rozaba con la gente en los pasillos estrechos de las tiendas con un «perdón» y un toque en el brazo. Le funcionó en el Sephora y en la Apple Store. Era más fácil de lo que pensaba, pero sus robos no fueron especialmente precisos. Consiguió birlarle la cartera a un tipo, pero todas sus incursiones en bolsos ajenos se saldaron con objetos aleatorios. Un llavero. Un pintalabios. Incluso un clínex arrugado.

Después de cinco robos, la señora Presto le compró un frappuccino.

—Dos cosas —le dijo—. Cuando tienes el objeto, te lo guardas en el bolsillo. ¿Qué haces después?

Charlie se encogió de hombros.

—¿Alejarme?

—Para la próxima —le dijo la señora Presto, mirándola con seriedad—, sacas un caramelo del mismo bolsillo. O unas monedas. Debes tener una excusa para haberte metido la mano en el bolsillo. Siempre tienes que llevar algo que puedas sacar. Siempre. De lo contrario, podrían darse cuenta de dos cosas. De que alguien les ha robado y de que tú te has metido la mano en el bolsillo y la has vuelto a sacar sin motivo.

Aunque hasta ahora nadie le había dicho nada a Charlie, le empezaron a sudar las manos al pensar en el error tan evidente que

había cometido.

—Ah, y no tienes pinta de ser muy efusiva —dijo la señora Presto.

Charlie se encogió de hombros otra vez.

En su familia nadie era demasiado cariñoso, salvo su abuela, a la que apenas veía. Ni siquiera abrazaba a su hermana.

—Acostúmbrate a tocar a los demás mientras habláis. Una mano en el brazo. En el hombro. Abrázalos al saludar y al despedirte. Así, cuando tengas que hacerlo, parecerá más natural.

—Vale —contestó Charlie, bebiendo un largo trago de frappuccino. Ese era el único consejo que sabía que no iba a seguir, por muy bueno que fuera.

—Bien, bien. —La señora Presto se levantó—. Te espero en Macy's. Tengo que devolver las zapatillas.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Charlie, sabiendo que la respuesta no le iba a gustar nada.

—Busca a tus víctimas de antes y devuélveles sus cosas.

La señora Presto le lanzó esa sonrisa de quien acaba de sacar un conejo de la chistera y se alejó sin prisa, bolsa en mano. Una bolsa que parecía mucho más pesada que al principio.

Una hora después, Charlie había devuelto las llaves y la cartera, pero había tirado la toalla con los demás. Rand la esperaba delante de Macy's.

—Me ha dicho que lo has hecho bien —le dijo cuando subió al coche—. Muy bien.

—¿Sí? —dijo Charlie. Rand se echó a reír.

—Que no se te suba a la cabeza, niña.

Sin embargo, Rand la llevó a esa hamburguesería donde daban cacahuetes gratis y le dejó pedir lo que quiso, así que la señora Presto debía de haberle puesto una nota muy alta.

Le agradaba la idea de tener talento natural como carterista, pero lo que más le gustaba era el allanamiento.

Le encantaba estar en casas ajenas. Pisar las alfombras de otras personas. Probarse sus vidas como quien se prueba su ropa.

Y por lo general era sencillo. Las casas grandes y caras tenían muchas puertas y casi siempre se las arreglaba para encontrar alguna que estuviera abierta. A veces había una llave debajo del felpudo. Si eso fallaba, una ventana mal cerrada. Charlie se colaba dentro cuando no pasaban coches. Muy pocas personas instalaban alarmas, y aún menos se molestaban en dejarlas conectadas.

Cuando Rand la enviaba a robar en una casa, normalmente buscaba algo específico. Un anillo de zafiros. Unos servilleteros antiguos con filigranas en forma de telarañas. Una primera edición autografiada de El halcón maltés valorada en más de cien mil dólares. Rand se tenía por uno de esos delincuentes heroicos de las películas,

que no se rebajaban a robar un simple televisor.

Pero a veces Charlie cruzaba la ciudad en bicicleta y se colaba en alguna casa por su cuenta.

Cuando era pequeña, su padre trabajaba en una empresa de instalación de piscinas y bañeras de hidromasaje. A veces se la llevaba al trabajo y Charlie se quedaba mirando aquellas casas gigantescas, sus jardines bien cuidados y sus piscinas resplandecientes, del mismo color azul vivo que los mares tropicales que salían en los calendarios.

Pero ahora, cuando Charlie y Posey veían a su padre, este solo las llevaba a tomar un helado y fingía que todo seguía igual que siempre, aunque él se había vuelto a casar y su mujer embarazada no quería saber nada de sus dos hijastras.

Además, su padre solo quería verlas sonrientes y felices. Quería que estuvieran alegres, que se rieran mucho y que respondieran «hasta la vista, artista» cada vez que él decía «hasta luego, tragafuego», como cuando eran pequeñas y sabían que siempre serían amadas. Tenían que seguirle la corriente para que no se pusiera serio y borde. Si ellas estaban de mal humor o quisquillosas, las ignoraba por completo.

Por eso, cuando Charlie intentaba quejarse de Travis o contarle a su padre alguna inquietud o temor, él se enfadaba y pasaba a prestarle atención solo a su hermana. Y si Posey hacía lo mismo, las llevaba directas a casa.

Su padre no se molestaba en disimular que su afecto era absolutamente condicional.

Las casas en las que Charlie se colaba cuando estaba sola eran las mismas a las que la había llevado su padre de pequeña.

Charlie abría la nevera y se preparaba un bocadillo con lo que encontraba dentro. Atún y pepinillos. Kimchi y lomo de cerdo. Tofu y queso brie. Se probaba la ropa de los armarios, se tumbaba en las camas y a veces, cuando estaba segura de que los habitantes se habían ido de vacaciones, se bañaba en la piscina cristalina que había construido su padre y se quedaba contemplando las nubes.

Se imaginaba que esas familias eran suyas. Que enseguida la llamarían para que entrara a hacer los deberes y la reñirían por no haberse puesto protector solar y por pisar la alfombra con los pies mojados.

En una de esas casas fue donde vio una entrevista a una umbrista en un programa de televisión. Estaba explicando la magia de sombras y traía tres modelos para demostrar sus alteraciones. El primero tenía la sombra de un pájaro. La segunda sombra tenía un corazón recortado en el pecho. La tercera llevaba una corona cuyas puntas sobresalían por encima de la cabeza oscura.

Cuando el presentador le preguntó si su magia tenía otros usos, la sombría se echó a reír.

—¿No le parece suficiente?

—¿Por qué han permanecido tanto tiempo escondidos? —dijo el entrevistador.

Charlie, con un bote de helado en el regazo y una cuchara sopera en la mano, escuchó la explicación de la mujer. Según ella, los primeros umbristas no se conocían entre sí. Cada cual había descubierto la disciplina por su cuenta y sus conocimientos se habían perdido al morir. Se conservaban ciertas cartas que probaban que algunos habían mantenido contacto y, en los años cuarenta, algún que otro telegrama. Pero las cosas no habían empezado a evolucionar de verdad hasta la llegada de las redes BBS de los años ochenta. Gran parte de las prácticas contemporáneas del umbrismo se desarrollaron en tablones de mensajes en línea y foros privados, en los que personas con la sombra avivada procedentes de todo el mundo comprendieron por fin que no estaban solas.

Charlie se quedó mirando el modelo cuya sombra tenía un agujero en forma de corazón en el pecho. Se preguntó cómo se sentiría.

Cuando se marchaba de las casas en las que se colaba por su cuenta, jamás se llevaba nada.

10
Pasada de rosca

Mientras miraba el cadáver tendido en el suelo del Rapture, Charlie supo que tenía que hacer algo, pero aquella violencia la había dejado paralizada por la conmoción.

Vince (su Vince, tan apacible que no reaccionaba ni cuando le empujaban) acababa de asesinar a una persona.

Y no sabía que Charlie lo había visto.

Si volvía a tumbarse sobre el charco de alcohol y los cristales, podía fingir que había perdido el sentido. Cuando Vince se acercara y la tocara, Charlie abriría los ojos cual Blancanieves tras escupir aquel trozo de manzana. Vince se inventaría alguna mentira sobre lo ocurrido y ella podría darle la razón. Oh, ¿ese fiambre de ahí? Se habrá resbalado con una cáscara de plátano.

En lugar de eso, Charlie se puso de pie, agarrándose a la barra del bar y trató de aparentar sorpresa.

—¿Vince? ¿Qué haces tú…?

Bajo la luz del local, sus facciones parecían duras y afiladas; Charlie recordó aquella primera noche, cuando Vince le había dado miedo al principio, antes de que se pusieran a hablar.

Él se dio cuenta de que Charlie desviaba la mirada hacia el muerto y se fijaba en el cuello torcido y roto de Hermes. El rostro de Vince carecía horriblemente de expresión.

Tú pon cara de sorpresa, se dijo Charlie. Te sorprende muchísimo ver esto.

—Ya se ha ido —dijo Vince, caminando hacia ella—. Estás sangrando.

Qué curioso que fuera capaz de matar a Hermes, pero no de decir que había muerto. Había optado por un eufemismo educado. Se ha ido.

Claro que se había ido. Al otro barrio.

—Estoy bien —insistió Charlie, aunque en realidad no estaba nada segura. Le dolía el cuerpo por los golpetazos de las botellas. Le escocían los cortes y probablemente se le habían metido cristales en el sujetador. Vaya un pensamiento absurdo.

Además, había un cadáver en mitad del local.

Un cadáver cuya sombra aún se movía, retorciéndose y tirando de la conexión con su dueño, como si quisiera soltarse.

Charlie se estremeció. Un horror visceral le recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué… es eso?

—Se tranquilizará dentro de un par de minutos —dijo Vince

mientras ambos miraban aquella sombra frenética.

—¿Es un Estrago?

Charlie no entendía los detalles del intercambio de energía de los umbristas, pero sabía que cuanto más volcaban en su sombra, más cosas podía hacer esta. El umbrista podía permitir que su sombra absorbiera su energía directamente, pero también podía alimentarla con partes concretas de sí mismo (recuerdos que ya no quería, deseos vergonzosos o emociones que le estorbaban). Tras la muerte de un umbrista, su sombra podía convertirse en un Estrago. Una sombra discorpórea, aislada no solo de un ser humano, sino de su propia humanidad. La mayoría eran poco más que animales; los umbristas se aseguraban de darles caza. Otros eran capaces de pensar y razonar. Charlie había visto muy pocos Estragos. Y nunca se había imaginado que sería testigo del nacimiento de uno.

Vince no la miró a los ojos.

—Quizá.

Charlie pensó en la sombra de Paul Ecco, hecha jirones, como si la hubieran destruido después de haber matado a su dueño. Y pensó en Vince, que estaba demostrando saber mucho más sobre el umbrismo de lo que ella creía.

—¿Se está muriendo? —preguntó en voz baja. Vince asintió.

—A menos que consiga soltarse o que alguien la ampute, morirá.

Recordó lo que había sentido cuando esa sombra se le había metido en los pulmones. Recordó el golpe en la cara. Daba un poco de lástima ver debatirse a aquel ser, pero Charlie se alegraba de que no fuera capaz de alcanzarla. Y de que estuviera a punto de morir.

Vince sacudió la cabeza.

—¿Estás sola?

Charlie miró de reojo hacia atrás. Odette y los demás se habían escabullido hacia la salida trasera, pero quizás alguno se hubiera encerrado en el despacho, en lugar de marcharse.

—No lo sé.

Vince asintió.

—Tengo que meter el cuerpo en la furgoneta. ¿Te importa que te deje sola?

—Te he dicho que estoy bien. —Charlie apoyó ambas manos en la barra. Estaba un poco mareada, pero nada más.

Vince asintió con la cabeza; no la creía, pero tampoco tenía tiempo para discutir.

Charlie salió de detrás de la barra, caminando con cuidado para no pisar los cristales. Tenía varias esquirlas grandes clavadas en las suelas de los Crocs; no le dejaban apoyar el pie correctamente y hacían ruido a cada paso, como los zapatos de claqué.

Sus zapatitos de cristal.

Avanzó despacio hasta una de las mesas. Había una velita encendida, aunque la cera ya se había derretido y el cristal estaba oscurecido por la llama.

Y en ese momento el Estrago logró soltarse y se abalanzó sobre Charlie.

El ónice servía para detener a las sombras avivadas de dos formas diferentes. Las debilitaba y las obligaba a volverse sólidas, de manera que un cuchillo que contuviera ónice podía herirlas, por muy translúcidas que fueran. Pero Charlie no llevaba ónice encima, y lo que más daño hacía a las sombras era la luz intensa: el fuego.

Charlie agarró la vela, ignorando la cera caliente que le salpicó la muñeca y que el cristal le quemó los dedos. La blandió contra el Estrago, arrojándole la llama. La sombra se prendió y ardió como la leña seca.

Charlie se quedó contemplando un rato la vela rota, la cera derramada. Sus dedos quemados.

Vince la miraba fijamente.

—Bien pensado —le dijo.

Charlie se dejó caer pesadamente en una silla cercana y asintió.

Vince levantó el cadáver y se lo echó al hombro como si fuera un ciervo. Se dirigió a las puertas dobles del Rapture.

¿Ya habías matado a alguien antes? Era la frase que Charlie tenía en la punta de la lengua. Se la tragó. El trabajo de Vince consistía en limpiar escenarios de crímenes. Prefería pensar que eso le daba cierta experiencia a la hora de manipular un cadáver, que eso explicaba su sangre fría. Pero asesinar a una persona era algo totalmente distinto.

El hermano de su exnovio (el que le había disparado) había estado en la cárcel por atracar una licorería. Le había contado que la mente de una persona deja de funcionar correctamente una vez que ha matado. Se pasa de rosca, se queda tarumba. Por eso, aunque normalmente sea meticulosa, aunque lo tenga todo planeado, empieza a cagarla. Hace cosas sin sentido, como abrirle la puerta a la policía aunque tenga el dormitorio bañado en sangre. O dar su nombre real para alquilar un coche de huida.

Vince no estaba actuando así. Tenía experiencia haciendo esto.

Y a juzgar por lo que había dicho sobre la sombra del umbrista, un posible historial de asesinatos no era el único secreto que guardaba. Sabía mucho más sobre ese mundo de lo que había dado a entender. Charlie le ocultaba cosas a Vince, pero al parecer él le ocultaba muchas más a ella.

Bajó la mirada y observó el estúpido pantalón corto de ciclista que llevaba, la falda elástica empapada de alcohol. De los cortes de las pantorrillas brotaban gotas de sangre. Se miró el dorso de las manos y le sorprendió ver que también las tenía ensangrentadas.

Pero le costaba reprocharle nada a Vince. A pesar de sus secretos, aún se fiaba de él. Ahora mismo se estaba deshaciendo de un cadáver por ella. No se le ocurría un gesto de fiabilidad mejor.

Se le escapó una risilla extraña.

Su mirada se posó en el piso de madera y en su propia sombra. Parpadeó dos veces, esperando a que se le aclarara la visión. Su sombra parecía estar temblando. ¿Acaso Hermes le había hecho algo?

Atónita, Charlie se inclinó y tocó con la mano la sombra proyectada en el suelo. Esta imitó su movimiento, como siempre. Cuando retiró la mano, los cortes de los dedos dejaron una manchita de sangre.

Justo entonces empezó a sonar el teléfono fijo de la barra. Charlie dio un respingo y volvió a trompicones a la barra.

—¿Diga?

—Querida —dijo Odette. Sonaba como una actriz de una película clásica—. He oído un ruido terrible y luego nada más.

—¿Sigues en tu despacho? —preguntó Charlie, avergonzada de que su voz no fuera tan firme como esperaba—. Ya se ha ido, pero ha dejado el bar hecho un desastre. Deberías haber escapado.

Se cortó la llamada. Al cabo de un momento Charlie oyó el ruido de una cerradura y Odette regresó a la sala principal justo cuando Vince entraba de nuevo.

—¿Ha venido la policía? He llamado hace una eternidad. —Odette los miró a los dos. Miró la sala, asimilando la destrucción de su club y la presencia de Vince con cierta perplejidad.

—Solo estamos nosotros. —Charlie comprendió de pronto que no estaba tan bien como pensaba. Le temblaban las manos. A lo mejor debería sentarse. Y a lo mejor tenía que hacerlo antes de llegar hasta una silla.

Odette seguía hablando:

—¿Conocías a ese hombre? He intentado sacar la pistola de la caja fuerte de atrás, pero no me acordaba de la combinación.

Charlie se arrodilló en el suelo y se obligó a respirar hondo unas cuantas veces. Eso era lo que hacía cuando le entraba un ataque de pánico. Y sospechaba que este iba a ser de los gordos.

—¿Qué?

—Ese hombre. —Odette la miraba con el ceño fruncido—. Parecía que te conocía. Y creo que no deberías sentarte en el suelo. Las sillas son más cómodas. Y están más limpias, desde luego.

—Decía que yo conocía a otra persona, pero no es verdad. No la conozco. —A lo mejor era Charlie la que se había pasado de rosca—. Aquí estoy a gusto.

Odette se sentó en un taburete, contempló los estantes de botellas destrozadas y soltó un largo suspiro.

—Ya no entiendo el mundo. Creo que me estoy haciendo mayor.

Charlie negó con la cabeza.

—Eso nunca.

—¿Viste lo que hizo ese hombre? ¿Con su…? —Odette miró las puertas dobles, como había hecho cuando Hermes había desplegado su magia—. Con la casa de sombras de Balthazar veo la parte maravillosa del umbrismo, pero no su lado espantoso.

—Ya —dijo Charlie en voz baja.

—Ha sido horrible. —Odette miró de reojo a Vince y luego a Charlie—. ¿Crees que esto tiene algo que ver con Balthazar?

—Ese hombre buscaba a un tipo al que Balthazar echó la otra noche —respondió al cabo de un momento.

—¿Y por qué te ha preguntado a ti? —dijo Odette. Era una pregunta más que razonable.

Charlie abrió la boca, buscando alguna explicación que tuviera algo de sentido, pero Vince se le adelantó:

—¿Hay botiquín de primeros auxilios? Charlie está sangrando.

—Ah, claro que sí. En mi despacho —dijo Odette, levantándose del taburete.

—Ya voy yo, dime dónde… —dijo Charlie, pero Odette la interrumpió.

—No digas tonterías. Tú no te muevas de ahí. —Volvió a desaparecer tras el escenario.

Charlie suspiró y procuró no mirar su sombra. Tal vez se moviera, tal vez no. Tal vez eso significara algo, tal vez no.

—Estoy bien.

—Ya lo sé. —Vince se acuclilló a su lado y le palpó los brazos, buscando cortes. La tocaba con mucho cuidado. Con delicadeza, como cuando la besaba. Sin aplastarle la boca con ansia y brusquedad.

—¿Vince? —dijo Charlie.

Él tomó su mano y sonrió como un novio cariñoso, un novio que no sospechaba que su novia le había oído hablar de magia. Un novio que esperaba que Charlie no supiera que era un asesino, o al menos que no le importara mucho.

Odette regresó con el botiquín mientras sujetaba el móvil entre el hombro y la mejilla.

—Sabe perfectamente que si les hubiera llamado desde un puto Fridays, habrían enviado una patrulla de inmediato. —Soltó sin miramientos la bolsa roja con el símbolo del caduceo al lado de Vince —. ¿Es que mis impuestos no valen porque en mi letrero aparece un látigo?

Vince hurgó en el botiquín, sacó una gasa y la humedeció con agua y jabón del fregadero de la barra.

—Quiero quitarte un par de cristales.

—Es mejor que te vayas —susurró Charlie—. Ya.

Había guardado un cadáver en la furgoneta. Le parecía impensable que la policía no lo descubriera.

—Un segundo. —Empezó a limpiar la sangre.

En el botiquín encontró una especie de pinzas de depilar. ¿También habría un delineador de emergencia? Conociendo a Odette, era muy probable.

Los cristales salían con facilidad. Al ver la esquirla azul de una botella de Bombay Sapphire, Charlie se mareó un poco. Lamentaba no haberse tomado un chupito de algo antes de que Vince empezara a curarla, pero lo último que necesitaba ahora mismo era que el alcohol la dejara atontada.

—Si la policía no se presenta aquí dentro de diez minutos, pienso despertar al alcalde —dijo Odette con voz melosa—. Recuerde bien mis palabras.

Charlie no sabía si Odette conocía al alcalde, pero tampoco le parecía imposible.

—Te veo en casa —dijo Vince. Siguió vendándole la pierna con gestos firmes y seguros, como si eso también lo hubiera hecho antes (además de lo de asesinar).

Charlie inspiró hondo y suspiró. Sentía que llevaba toda la noche cayéndose por un pozo. Quizás aún no hubiera llegado al fondo.

—Vale, vete. Tienes que irte ya.

Vince se levantó, le puso la mano en el hombro y se dirigió a la puerta trasera.

—¿A dónde va tu chico? —preguntó Odette. Estaba detrás de la barra, hurgando en los cajones y sacando servilletas y agitadores temáticos.

—Prefiere no cruzarse con las fuerzas de la ley y el orden —dijo Charlie, incorporándose—. ¿Qué buscas?

Odette levantó las cejas tatuadas, pero al darse cuenta de que Charlie no iba a decir nada más sobre Vince, cedió.

—Una cajetilla de cigarrillos de clavo antiguos. Sé que la guardé aquí hace… unos cinco años. O diez. Necesito algo, me tiemblan las manos. Igual debería comerme un osito.

—Igual —dijo Charlie.

—¿Quieres uno?

Estuvo a punto de aceptar, pero negó con la cabeza. No se había tomado el chupito, así que no tenía mucho sentido optar por algo de efecto menos inmediato.

Odette sacó un bote de plástico de su bolso, lo abrió y se metió en la boca un puñado de ositos de gominola de THC. Dentro de media hora iba a estar inconsciente o flipando en colores.

—¿Te importa no mencionar a Vince a la policía? —preguntó

Charlie.

—No me importa —dijo Odette—. Pero me gustaría que me dijeras en qué clase de líos anda metido.

—No lo sé —respondió Charlie, inventándose una historia sobre la marcha—. Dice que es algo de cuando era un crío. Todos hemos hecho trastadas. Lo que hicimos en el pasado ya no importa.

—Ay, cielo. —Odette le puso la mano en el brazo y se lo apretó con afecto—. El pasado es lo único que importa.

La policía llegó al cabo de quince minutos, con las sirenas a máximo volumen, como si hubieran salido a toda velocidad nada más recibir la llamada, en lugar de tocarse los huevos y presentarse cincuenta y cinco minutos después. Odette les abrió la puerta. Un inspector llamado Juárez le tomó declaración a Charlie: un hombre había irrumpido en el bar y lo había destrozado. Se reservó la expresión de incredulidad para cuando Odette le explicó que no había cámaras porque ella defendía la intimidad de sus clientes. Nadie mencionó sombras ni magia.

El inspector Juárez les dijo que redactaría un informe y que al día siguiente se pasaría por allí alguien de la científica para registrar los daños. Luego le dio su tarjeta a Odette y dijo que estarían en contacto. Personalmente, Charlie sospechaba que Odette no volvería a tener noticias de él.

11
Una estrella más luminosa

Charlie subió a su Corolla y arrancó el motor. El aire cálido de la calefacción la envolvió. En el asiento del copiloto había dejado una bolsa con el vestido de lentejuelas y la peluca que había traído para su incursión en el hotel del casino. Ya podía despedirse de su oportunidad para robarle el manuscrito a Adam.

El reloj del salpicadero marcaba las dos y media de la madrugada. En el móvil desechable, que se había resquebrajado, tenía tres mensajes furiosos que culminaban con otro bastante inquietante: Adam la amenazaba con reventarle la cabeza si se le ocurría jugar con él. Le mandó un mensaje, echándole la culpa a una avería del coche, pero no pudo confirmar que le había llegado. Seguramente Adam la había bloqueado.

Y mientras tanto, Vince la esperaba en casa.

Charlie apoyó la cabeza en el volante e inspiró hondo, temblando.

Al menos el coche había arrancado. Condujo hasta su casa, tomando una ruta más larga para no pasar por el callejón donde había visto el cadáver de Paul Ecco dos noches antes.

Cuando Charlie aparcó en el camino de entrada, la furgoneta de Vince no estaba.

Pues claro que no. Vince estaba deshaciéndose del cadáver; a saber cuánto tardaría y qué tendría que hacer. Por si fuera poco, su mente le mostró varias imágenes de película: un bloque de hormigón atado a los pies, una bañera llena de ácido, una trituradora de ramas…

Mientras salía del coche, agarrotada y trémula, tuvo la misma sensación que al volver a casa después de haber dado un golpe. Tras un robo cuidadosamente planeado y frenéticamente ejecutado, regresaba a un mundo al que sentía que ya no pertenecía. Igual que entonces, le parecía surrealista cruzar el diminuto jardín delantero (le hacía falta una pasadita de cortacésped) y entrar en el porche, con la lamparita del Target en forma de fantasma, desenchufada, sucia y tirada en el suelo.

Al abrir la puerta, el agotamiento se apoderó de ella al mismo tiempo que la adrenalina se disolvía.

Posey estaba en la cocina, friendo carne picada y cebolla. Al oír el portazo de la mosquitera se volvió para mirarla y soltó un grito ahogado.

—¿Qué te ha pasado?

—Han entrado en el Rapture buscando a un tío. Ese del que te hablé, el de la sombra hecha jirones. Y me han sacudido un poco.

Posey se llevó la mano a la cadera.

—¿Un poco?

Charlie se encogió de hombros.

—Podría ser peor. ¿Qué cocinas?

—Espaguetis a la boloñesa. ¿Qué más da eso? ¿Vas a contarme qué ha pasado de verdad?

Tenía que decirle algo. Pero necesitaba un par de minutos para que su cerebro terminara de arrancar.

—Primero me voy a duchar. Estoy empapada de alcohol. Es asqueroso y las heridas me escuecen un huevo.

Posey clavó con violencia la espátula de metal en la carne picada.

—¿Y Vince? ¿No iba a recogerte?

—Lo he mandado a comprar unas cosas. Tiritas.

Una mentira bastante floja teniendo en cuenta la hora que era, pero se habían convertido en una especie de familia nocturna. Una familia de murciélagos: trabajaban de noche, comían de noche, compraban en tiendas nocturnas. Cuando Vince llegara con las manos vacías, Posey ya solo podría pensar en el asunto de la magia.

Charlie se escabulló al cuarto de baño; era evidente que su hermana se estaba conteniendo para no soltarle otro rollo sobre Vince y su supuesta falta de alma.

Posey conocía su pasado como ladrona. Charlie le había traído unos cuantos libros a casa, copias digitales ligeramente sospechosas pero interesantes. En una ocasión, le había conseguido un volumen delgado de apuntes básicos sobre magia de sombras, de principios de la era industrial. Pero Charlie nunca le había hablado de los aspectos más peligrosos de su trabajo. De las veces en que habían estado a punto de pillarla. De los robos que se habían torcido. De las formas que tenían los umbristas de usar su magia contra otros umbristas y contra personas de sombra aletargada.

No le había costado mucho disfrazar su carrera como una simple afición divertida. Una serie de aventuras. Y si conseguía poner en orden sus ideas, estaba segura de que podría convencer a su hermana de que lo de hoy había sido igual de inofensivo.

El pequeño cuarto de baño común tenía un solo lavabo y una bañera con ducha. Una cortinilla barata con restos de jabón reseco colgaba de unas anillas de plástico. Charlie abrió el grifo y puso la temperatura al máximo.

Mientras el cuarto de baño se llenaba de vapor, Charlie se desvistió cuidadosamente.

Aunque se había sacudido lo mejor posible el pelo y la falda, seguía encontrándose cristalitos en la piel. Dobló el pantalón corto, lo empapó e intentó limpiarse los últimos restos. Cuando terminó, hizo una bola con toda su ropa y la tiró a la papelera metálica, aplastando

los pañuelos arrugados que había dentro. No quería volver a ponérsela jamás.

Un fuerte estremecimiento la recorrió cuando el agua caliente le tocó la piel. El tufo del alcohol parecía flotar en el aire como una nube. La envolvieron las imágenes de la noche: la lluvia de botellas, la descarga eléctrica cuando la sombra la había golpeado, el reflejo de Vince en la bola de discoteca, estrujando al barbudo contra su pecho, la densa oscuridad avanzando hacia ella, el regusto eléctrico de la sombra en la lengua. Pensó en la constelación de nombres: Paul Ecco, el Hierofante, Hermes, Edmund Carver, Lionel Salt. Pensó en jirones de sombra y en huesos blancos quebrados.

Charlie se obligó a echarse un chorro de gel de menta Dr. Bronner en las manos para enjabonarse el cuerpo, se lavó el pelo dos veces y se restregó la piel con la manopla con tanta fuerza que terminó casi en carne viva. El jabón escocía. Varias de las vendas que le había puesto Vince ya se estaban soltando; daban vueltas en el agua de la bañera y atascaban el desagüe.

Vince, que le ocultaba muchas cosas. La recorrió una punzada de rabia al pensar que Vince la había embaucado a ella, precisamente a ella.

Debería haberlo sabido. No era normal estar tan libre de ataduras, ni siquiera para alguien que había abandonado su vida anterior. Nadie es una página en blanco, una tabla rasa sin amigos ni enemigos. Nadie se siente tan atraído por ti desde el momento en que te ve como para estar dispuesto a irse a vivir contigo y con la loca de tu hermana, y a pagar la mitad del alquiler de una casa con tres inquilinos.

Vince le había dicho que no quería que su nombre saliera en el contrato por un problema de morosidad. El mismo motivo por el que usaba un móvil de prepago. También trabajaba en negro. Pero era mejor así, claro, porque se quedaba con su sueldo íntegro. Visto por separado todo tenía sentido, pero ahora que estaba uniendo los puntos notaba que un pozo helado se le abría en el estómago.

Te ha salvado la vida.

Fuera cual fuere el secreto de Vince, Charlie no podía negar lo que había hecho. Se alegraba de que Hermes estuviera muerto y ella siguiera con vida.

¿Vince había sido umbrista en el pasado? Normalmente había dos formas de averiguarlo. Si alumbrabas a una persona normal desde dos direcciones a la vez, su sombra se dividía en dos. Pero las sombras avivadas siempre permanecían enteras. El segundo método era comprobar si tenía la habitual lengua bífida de los sombríos.

Vince tenía la lengua intacta, y no había forma de saber si su sombra se dividía, porque ya no la tenía. Pero si no era un umbrista, ¿quién era? ¿Qué vida había dejado atrás?

Charlie se envolvió con una toalla y salió descalza de la bañera, goteando sobre las baldosas.

Mientras se ponía el albornoz, los faros de un vehículo brillaron al otro lado de la habitación. Vince estaba aparcando. Sin embargo, cuando Charlie fue a la mesa, no estaba. Lo que sí que estaba era la cena, una humeante fuente de espaguetis.

Llenó un cuenco, se sentó y enredó el tenedor en los espaguetis con salsa roja.

—Charlie —dijo Posey.

—¿Qué? —Levantó la mirada al oír el tono alarmado de su hermana. Posey tenía la vista fija en el suelo de linóleo.

—Le pasa algo a tu sombra —susurró.

Charlie bajó la vista. Aunque ya no temblaba, ahora había un leve retraso entre sus acciones y la respuesta de su sombra. Por lo demás seguía sus movimientos a la perfección, pero ahora Charlie tenía la inquietante sensación de que solamente la estaba imitando.

—¿Tú sabes qué le pasa? —preguntó Charlie, pensando en un artículo que había leído. «10 maneras de avivar tu sombra», según BuzzFeed. Ponerte una bolsa en la cabeza. Aguantar la respiración bajo el agua. Darte un martillazo en la mano. Y otra que no aparecía en la lista: sufrir el ataque de otra sombra.

Posey frunció el ceño, como si aquello fuera el comienzo de una broma especialmente cruel. Ciertamente, la idea de que Charlie consiguiera lo que Posey más anhelaba en el mundo parecía de coña. Nadie sabía por qué algunas sombras se avivaban y otras no lo hacían jamás. Los traumas parecían ser un factor importante, pero no un método infalible. Si ahora Charlie tenía magia… en fin, le costaba no pensar que su hermana iba a odiarla por ello.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —preguntó Posey, cambiando de tema.

Charlie suspiró.

—Ese tío hizo que su sombra cambiara de forma. Se volvió sólida. Se puso a dar golpes a las cosas. Y a mí.

—¿Era de alguna banda? —preguntó Posey.

Charlie pensó en Salt y negó con la cabeza.

—Creo que trabajaba para alguien independiente.

Su hermana parecía escéptica.

—¿Le has robado algo?

—Todavía no. —Charlie se levantó y llevó el plato medio vacío al fregadero. En ese momento vio que la furgoneta blanca estaba en el camino de entrada, aparcada y con los faros apagados. No parecía haber nadie dentro. Antes había visto las luces encendidas—. ¿Ha venido Vince?

Posey se encogió de hombros como si aquello no le interesara en

absoluto.

—No sé. A lo mejor.

—Voy a ver si está bien. —Charlie metió los pies descalzos en unas botas de trabajo embarradas que Vince había dejado junto a la puerta. Le venían tan grandes que los pies le bailaban dentro, pero no le importaba caminar como un pato.

—Vince está bien. ¿Por qué no iba a estar bien? —preguntó Posey, poniéndose de pie—. Voy a hablar con unos amigos. Hemos quedado para chatear.

—No puedes contarle a nadie lo que te he dicho —le advirtió Charlie.

—No tengo por qué decirles que le ha pasado a mi hermana —protestó Posey, exasperada, como si la idea de no contárselo a todo el mundo le pareciera ridícula.

—A nadie —insistió Charlie.

—Lo que tú digas —dijo Posey, levantando su móvil para grabar la sombra de Charlie. Al ver su expresión, soltó un suspiro dramático—. Solo quiero saber qué le pasa a tu sombra.

Charlie esperaba que en cualquier momento Posey dejara caer la posibilidad de que la sombra de su hermana se había avivado; era un alivio que no lo hubiera hecho. Y si se sentía mínimamente decepcionada, lo ignoró enseguida.

Cuando salió, el portazo de la mosquitera interrumpió sus pensamientos. Rodeó la casa, deslizando los pies en las inmensas botas de Vince y arrebujándose en el albornoz para protegerse de la brisa helada.

Encontró a Vince en las escaleras traseras, mirando las estrellas.

Al parecer había perdido la cazadora. Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas, el mentón apoyado en las muñecas y la camiseta tensada entre los hombros. La lámpara con sensor de movimiento de la puerta trasera desprendía un leve resplandor dorado que lo iluminaba. Las polillas revoloteaban, proyectando diminutas siluetas sobre su cuerpo sin sombra. Debía de llevar un buen rato ahí sentado.

Cuando Vince se giró, no había expresión en su rostro, como si se hubiera asegurado de borrarla antes de mirar a Charlie.

Ella le tocó el brazo helado y Vince contuvo la respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó Charlie. Él asintió.

Le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de lo mucho que le gustaba Vince. Debería haberlo sabido en casa de Barb, cuando se había puesto celosa de Suzie. O cada vez que volvía a buscar esa foto en su cartera. O en cualquier momento antes de descubrir que apenas sabía nada de él.

Vince inclinó la cabeza hacia el cielo.

—¿Tú crees que las estrellas tienen sombra?

Charlie siguió su mirada. Estaban cerca de Springfield y la contaminación lumínica desdibujaba el cielo nocturno, pero aun así se veían las constelaciones. La luna casi había llegado al término de su recorrido, lista para tambalearse hasta su propia cama al amanecer.

—Me imagino que sí, si hay alguna estrella más luminosa que las demás —contestó. Recordó aquella vez, hacía meses, en que un hombre de voz grave explicaba el universo por la tele mientras ella, tumbada en el sofá, intentaba reunir valor para ponerse a buscar trabajo otra vez—. De esas que están a punto de convertirse en agujeros negros. ¿No dicen que primero emiten una llamarada?

Vince asintió.

—Los cuásares. Emiten llamaradas al morir. Supongo que eso haría que las estrellas cercanas dieran sombra.

Pensó en el ser convulso y reptante que había estado unido al barbudo. Pensó en lo mucho que se le había torcido la noche a Vince: de tener un gesto bonito con su novia a terminar deshaciéndose de un cadáver. Vince le había mentido, pero Charlie entendía lo mal que lo debía de estar pasando. Aunque pareciera tranquilo, aunque ya hubiera matado antes, no tenía por qué encontrarse bien. Quizá Charlie no fuera la única persona que fingía estar bien. Le dio la mano.

Vince dio un respingo, como si no se lo esperara.

—Ese tío me podría haber matado. —Le costaba calcular cuánto tiempo había estado inconsciente. El suficiente, eso seguro—. Así que, si te sientes culpable, ya puedes parar.

—No es eso —dijo Vince.

Charlie lo miró, intentando leer su expresión. Le fastidiaba ser incapaz de hacerlo.

—Deberías entrar en casa —le dijo—. Hace frío y Posey ha hecho espaguetis.

Vince la miró de reojo. Charlie tenía ganas de sonsacarle información, de decirle que había oído su conversación con Hermes en el bar. De exigirle que le revelara todos sus secretos.

Esta noche has dejado que tu sombra se alimentase demasiado tiempo. Ya apenas queda nada de ti.

Vince volvió hacia ella sus ojos grises y ausentes.

—Estoy cabreado. Sigo cabreadísimo. —Charlie, sorprendida, abrió la boca, pero volvió a cerrarla—. Anoche, cuando te quedaste dormida, no podía dejar de mirar la curva de tu mejilla. Tu pelo negro enredado. Tus uñas de los pies, pintadas de negro y descascarilladas; estabas soñando y arrugabas los dedos. Habías arrancado la sábana bajera mientras dormías. Te miraba y sentía una emoción tan intensa que estaba mareado, casi con ganas de vomitar. —Vince miró fijamente la hierba del jardín, que desprendía un brillo plateado—. No

es bueno sentirse así.

Charlie notaba el corazón acelerado. Vince jamás le había hablado de esa manera. No recordaba que nadie le hubiera hablado de esa manera.

—Vince…

—Cuando te he visto esta noche, cuando he visto lo que él te había hecho, lo que te estaba haciendo, me entraron ganas de matarlo. Estaba furioso y sigo estándolo. No me siento culpable. Ojalá estuviera vivo para poder matarlo otra vez.

La perplejidad la había dejado sin aliento. Vince no se enfadaba. No hablaba de sus sentimientos. No se sentaba a solas en la oscuridad para hablar de la sombra de las estrellas.

Se giró hacia ella de nuevo.

—Finjamos que no he dicho nada de esto. Si puedes, finge que lo de esta noche no ha pasado, Charlie.

Ella sonrió un poco, intentando recuperar la compostura.

—¿Y entonces qué hacemos aquí fuera los dos, pasando frío?

—Lo que tú quieras —contestó Vince, y la besó. Fue un beso desesperado, duro y brusco. Todo lo contrario a los besos de antes. El cuerpo de Charlie reaccionó con una inesperada e intensa descarga de deseo. Cuando los labios de Vince pasaron de su mejilla a su garganta, ella reprimió un gemido y le clavó las uñas en los músculos del brazo.

Quería hacer el amor con él allí mismo, en aquellos escalones de hormigón. A pesar de todo lo que había ocurrido esa noche. Quizá, por horrible que fuera, incluso lo deseara precisamente por eso.

Ninguno de los gestos de Vince fue delicado mientras envolvía el cuerpo de Charlie con el suyo, como una jaula. Ella solo llevaba un albornoz que se abrió al momento.

—Es mejor que… —dijo Vince, vacilante—. Seguro que estás…

Dolorida. Cansada. Incómoda.

Charlie lo besó sin darle tiempo a terminar la frase.

Vince le acarició el torso con una mano, rozando la cicatriz del balazo antes de pasar a sus muslos y separarle las piernas. Su deseo era descarnado, vulnerable. Como si por primera vez le estuviera mostrando a Charlie su verdadero yo.

Ella le hundió los dedos en el pelo. Le mordió el labio.

La rabia la aturullaba y hacía arder su deseo con más intensidad. Lo volvía todo más rápido, más nítido, más ardiente. Mejor. El ansia de Vince respondió a la ferocidad de Charlie, borrando la noche, el miedo, el frío. Todo.

Mientras sus pensamientos se deshacían en un torbellino, posó la mirada en el revestimiento de aluminio de la fachada. La sombra de Charlie arqueaba la espalda, flotando sobre los escalones en un ángulo imposible. Sin la sombra de Vince, era como estar en brazos de un

amante demoníaco. Poseída. Tratando de abrazar a alguien inexistente.

12
El pasado

En secundaria se metían con ella aprovechando su apellido. «¿Ya te has metido en el hall de Hall?», bromeaban los chicos; las chicas se reían con disimulo. Que todos la consideraran la chica con más experiencia de su círculo le daba cierta reputación, sobre todo porque la realidad era que Charlie no tenía ninguna. Pero por lo general era algo humillante: su cuerpo atraía y repugnaba al mismo tiempo a sus compañeros. Los trabajos en grupo eran un tormento. Juntar los pupitres para que Matt Panchak se pasara todo el rato acariciándote la pierna con el pie, interpretando tu silencio como deseo.

Daba igual que hubierais ido juntos a la guardería.

Daba igual que una vez, en clase de gimnasia, después de haber recibido un balonazo tan fuerte en la tripa que había terminado vomitando, tú lo hubieras acompañado a la enfermería.

Daba igual: ahora no eras más que unas piernas y un par de tetas con la facultad de erradicar todas sus inseguridades. La Venus de Botticelli.

En clase de gimnasia, mientras se cambiaba, Doreen Kowalski se acercó a preguntarle a Charlie desde cuándo tenía la regla, si se depilaba las axilas, qué talla de sujetador usaba y un montón de cosas más. Llegó a pensar que Doreen quería hacerse amiga de ella, pero en cuanto Charlie terminó de responder, Doreen volvió con su grupito de amigas, riendo entre dientes.

Ellas no entendían que los tirantes del sujetador se le clavaban en los hombros, que los aros le hacían daño en las costillas y que solo le servía la clase de sujetador que llevaría una enfermera en una película bélica antigua. Era imposible que lo entendieran.

Charlie empezó a pintarse los ojos con colores más oscuros y a llevar ropa más holgada y botas más pesadas.

Rand tampoco parecía saber muy bien qué hacer con ella. Con doce años, cuando la había reclutado, ya parecía mayor para su edad. Pero ahora que había empezado el instituto podía pasar perfectamente por una mujer adulta.

Tampoco le hacía gracia que Charlie hubiera mejorado tanto en lo que no debía. Tenía olfato para detectar ventanas y puertas abiertas cuando pasaba cerca de una casa. Se había vuelto una carterista tan hábil que Rand no dejaba que se le acercara demasiado. Y cuando interpretaba un papel, desaparecía por completo.

A Rand le gustaba la idea de legar sus conocimientos a una niña con talento natural, pero no quería que se volviera mejor que él. Y

mucho menos que se convirtiera en su rival.

—Tú y yo somos iguales —le recordaba una y otra vez para que no lo olvidara—. Fingimos para caer bien a los demás. Pero sabes que si nos conocieran de verdad, no les caeríamos nada bien. Por eso tenemos que seguir juntos.

A veces, cuando Charlie hacía un trabajo especialmente bien, Rand se ponía de mal humor. La llamaba «Señorita Charlatana» de manera condescendiente, le restregaba todos los errores que cometía y le pagaba menos de lo que merecía.

Pero aunque las habilidades cada vez mayores de Charlie le fastidiaban, también era evidente que disfrutaba teniendo a alguien con quien quejarse, alardear o despotricar. La consecuencia natural de sus delitos era la discreción, y Rand era de todo menos discreto por naturaleza.

A veces se lo pasaba bien con él. La llevaba al Moose Lodge de Chicopee, un club donde se reunían unos cuantos estafadores retirados, y la dejaba sentarse con ellos a beber café pasado con mucha leche para que le contaran anécdotas. Charlie se codeaba con peristas y falsificadores. Aprendió a contar cartas con Willie Lead, que le habló de Leticia, su difunta esposa y (según él) la mejor atracadora de licorerías del mundo.

—Al final fue el cáncer de garganta lo que se la llevó —le dijo con tono melancólico—. La poli nunca llegó a acercarse tanto.

Fue en el Moose Lodge donde Charlie hizo sus pinitos como barman, a los catorce años, sirviendo chupitos cuando a nadie le apetecía y preparando cócteles siguiendo instrucciones totalmente idiosincrásicas.

—Echa solo un chorrito de vermú en la ginebra —le decía Benny —. Así se hace un Martini como es debido.

Benny cazaba viudas ricas y siempre vestía muy elegante, aunque a menudo le olía el aliento a alcohol.

Willie manifestaba con vehemencia su desacuerdo, proclamando a gritos que el Martini llevaba al menos una cuarta parte de vermú y que Benny era un borrachuzo que había perdido el gusto, si acaso lo había tenido alguna vez.

—¡Sí, soy un borrachuzo! —respondía Benny, también a grito pelado—. ¿Le vas a enseñar a un borracho a preparar un cóctel?

A Charlie le caían bien. Les contó lo de su abuela y la escopeta y se partieron de risa cuando les explicó que su abuelo estaba sentado en su butaca cuando lo asesinó. Willie le prometió que algún día la llevarían al Correccional North Central de Gardner para visitar a la buena señora, aunque al final no llegaron a hacerlo.

Cuando estaba con ellos, Charlie llegaba a pensar que era normal. Daba igual que no encajara en el instituto o que su cuerpo cambiara

constantemente. Daba igual que los padres de su mejor amiga se hubieran dado cuenta de que Charlie era un mal bicho nada más verla. Que incluso Laura, que era su amiga desde los ocho años, hubiera empezado a comportarse de forma rara con ella. Daba igual que ya hubiera perdido la esperanza de que su madre se diera cuenta de lo raro que resultaba que Rand se fuera con su hija continuamente. Todos los que la juzgaban o la ignoraban no eran más que unos incautos. Charlie reiría la última.

—En este mundillo hay que ser un tiburón —le decía Benny, con su voz agradable y el pelo engominado—. Tienes que ir buscando sangre en el agua. Saludar a la vida con los dientes por delante. Y sin importar lo que pase, no dejes de nadar jamás.

Charlie aprovechó ese consejo y, con el botín de su último golpe con Rand, fue a hacerse un tatuaje. Llevaba tiempo queriendo uno, y también quería comprobar si era capaz de engañar al tatuador para que se lo hiciera, aunque todavía le faltaran tres años para cumplir los dieciocho.

Hizo falta un poco de charlatanería y un sello de notario robado, pero lo consiguió. Su primer tatuaje. Le dolía un poco cuando se movía. En la cara interior del brazo llevaba escrita la palabra fearless («sin miedo») con letra cursiva, aunque el tatuador había separado las letras más de la cuenta y parecía que ponía fear less («teme menos»).

El tatuaje le recordaba lo que quería ser y también que su cuerpo le pertenecía. Si le daba la gana, podía tatuarse otra cosa encima.

Con los años, a medida que el umbrismo iba entrando en el imaginario colectivo, a Rand le fascinaba cada vez más. Llevaba años dedicándose a los timos relacionados con el ocultismo (como cuando Charlie se había hecho pasar por el fantasma de una niña). Aunque sabía que las viejas ricas se dejaban engatusar con un pequeño truco de prestidigitación, intuía que la magia de verdad ofrecía oportunidades mayores.

A Willie no le impresionaba el umbrismo y se lo hacía saber a toda la parroquia del Moose Lodge:

—Cuando yo era un chaval, había un tipo, un tal Uri Geller, que podía doblar cucharas con la mente. ¿Y sabes qué consiguió? Nada. ¿De qué sirve una cuchara doblada?

Benny, en cambio, tenía un contacto. Rand regresó de la reunión muy entusiasmado. Le dijo a Charlie que el contacto les había prometido un montón de pasta si le conseguían una cosa.

—Seguramente el dueño ni siquiera sabe lo que vale ese libro. Es un vejestorio rico, no un umbrista. Solo hay que dar con el plan adecuado.

—Si el que nos contrata es un umbrista de verdad y el objetivo no lo es, ¿por qué no lo roba él directamente? —preguntó Charlie—. ¿Por qué no envía a su sombra para que se lo quite?

—Por el ónice —respondió Rand, como si la respuesta fuera evidente—. Vuelve sólidas las sombras y ya no pueden colarse por las grietas.

Charlie no estaba convencida.

—Si el vejestorio sabe eso, seguramente también sepa lo que vale su libro.

—Lo conseguiremos —le aseguró Rand—. Si lo hacemos bien, me ha dicho que tiene más trabajo para nosotros. Si le echamos narices, nos haremos ricos. Estoy seguro.

Charlie puso los ojos en blanco. Rand soñaba con dar un gran golpe, del mismo modo que la madre de Charlie soñaba con encontrar el amor de su vida. Un golpe que le permitiría tener la vida desahogada a la que creía tener derecho y que estaba al alcance de sus dedos. El eterno espejismo, siempre al otro lado de la próxima duna.

—Nuestro cliente se llama Knight. No te voy a decir nada más —dijo Rand—. Con tal de que le llevemos el libro, me ha dicho que podemos quedarnos con cualquier otra cosa del ricachón.

A Charlie no le gustaba la idea. Normalmente trabajaban por cuenta propia. Tener un cliente podía darles problemas.

—He movido algunos hilos para que nos recibieran en casa del tipo, Lionel Salt. Su familia hizo fortuna en la industria farmacéutica; esos sí que ganan pasta de verdad, los que fabrican los cachivaches que encajan en las maquinitas quirúrgicas. Le he informado que mi hija adolescente y yo somos ocultistas capaces de comunicarnos con los seres del mundo invisible, incluidos los demonios. Y esos demonios le van a ayudar a avivar su sombra. —Rand fingía calma, pero no dejaba de retorcerse el bigote.

—¿Lionel Salt? —dijo Charlie—. ¿El del cochazo? —Ya por entonces conocía aquel Phantom negro mate; la mitad de los chicos de su clase se pasaban el día hablando de él.

—Sí, ese —dijo Rand, restándole importancia. Charlie frunció el ceño.

—Nos va a tomar a broma. ¿Demonios?

Pero Rand no se dejó disuadir.

—Los creyentes quieren creer. Él quiere avivar su sombra, ¿no? Como todos. Nosotros vamos a darle esperanza.

Y así fue como Charlie se encontró sin comerlo ni beberlo en el coche de Rand, practicando la técnica de los ojos en blanco para fingir que estaba poseída. No era fácil hacerlo sin cerrar los ojos primero, pero el efecto era mucho más espeluznante.

Era tan convincente que, si hubiera sabido hacerlo cuando

«canalizaba» a Alonso, estaba segura de que su madre se habría divorciado de Travis a la primera.

Charlie confiaba en que el trabajo fuera lo bastante lucrativo (o al menos en poder robar algo suficientemente valioso dentro de la casa) para comprarse una cazadora de cuero a la que le había echado el ojo. La había visto en una tienda de segunda mano por ciento setenta y cinco dólares. Seguramente podría convencer al dueño para que le hiciera una rebaja, pero seguía siendo un desembolso considerable.

—¿Recuerdas el plan? —le preguntó Rand por millonésima vez durante el viaje.

Lo recordaba. Rand se haría pasar por su padre y les explicaría que Charlie (que, por supuesto, usaría un nombre falso) hablaba con seres invisibles desde hacía unos años. Todos lo habían achacado a una enfermedad mental, pero Rand se había dado cuenta de que tenía el don de hablar con el mundo sobrenatural, incluido el infernal. Y se había dedicado a desarrollar ese talento.

Rand quería que la víctima lo encontrara un poco despreciable. Cuando creen que estás haciendo algo censurable, se convencen de que el beneficio es real.

Lo único que tenía que hacer Charlie era ocuparse de los efectos especiales. Tenía que comportarse como una adolescente callada y tímida hasta que llegara el momento de poner los ojos en blanco y vomitar zumo de remolacha por todas partes. Después les concedería «el don del diablo».

Los ricos creen que tienen suerte, y que la suerte que les falta se puede comprar. Al poseer tantas cosas, la decepción se vuelve inconcebible.

—A ver cuándo me enseñas a conducir —dijo Charlie, contemplando la autovía y las luces que brillaban al otro lado del río Connecticut.

Rand resopló.

—Aún no tienes edad.

—¿Me estás diciendo que sería ilegal? —Se encogió de hombros—. ¡Ay, madre!

Rand soltó un ruido de fastidio.

—Supongo que no pasa nada. La semana que viene tengo tiempo. Nunca se sabe cuándo puede venirnos bien.

Al desviarse de la autovía, la ciudad dio paso a las urbanizaciones de las afueras y luego al campo, donde se alzaban mansiones que databan de la época en que Springfield era un centro de producción industrial.

Charlie se mordió una uña mientras miraba por la ventanilla. El zumo de remolacha y los nervios le revolvían el estómago.

Cuando Rand giró el volante para subir por el camino de entrada,

Charlie avistó la mansión. Nunca había visto un sitio así. Parecía un museo o un lugar de cuento de hadas donde dormían las princesas encantadas.

—Es mala idea —murmuró, pero Rand la ignoró, salió del coche y le abrió la puerta.

—Tienes pánico escénico —le dijo—. ¿Quieres un trago de whisky?

—Tengo quince años —le recordó ella.

—¿Eh? —dijo Rand, imitando la voz de Charlie—. ¿Sería ilegal?

La puerta principal se abrió y los recibió un hombre menudo y pelirrojo que los miró con los ojos entornados. Charlie se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo era Lionel Salt.

—¿Necesita que le ayude a llevar algo, caballero? —preguntó el hombre, dejando claro que se trataba de un mayordomo o algo similar.

—Nosotros no usamos atrezo —dijo Rand, como si la sola idea le pareciera ofensiva.

Charlie ya se había metido en su papel, así que reprimió una mueca.

Los guio hasta una gran biblioteca donde varios hombres maduros estaban sentados en un corro de sillones de cuero verde. El auténtico Lionel Salt era un anciano con una mata de pelo cano. A su lado tenía un bastón con la punta de plata. Uno de sus amigos parecía más o menos de su edad, pero el otro debía de tener unos veinte años menos. Rand se presentó y los saludó a todos antes de señalar a Charlie como si fuera una especie de lémur adiestrado en lugar de una persona. Ella aprovechó para leer disimuladamente los títulos de los libros.

El que habían venido a buscar tenía el lomo rojo y se titulaba El libro de Amor Pettit. No lo había encontrado tras el primer vistazo, pero había una sección interesante con varios libros que incluían la palabra «grimorio» en el título. Parecía prometedora.

El plan era el siguiente: Rand prepararía la escena. Charlie haría su actuación. Si el libro estaba en la sala, Rand lo robaría. Si no estaba, usaría a Charlie para distraerlos y se inventaría alguna excusa para registrar las demás habitaciones de la planta baja. Su contacto aseguraba que lo había visto allí.

Charlie representó su papel. Tímida. Reservada. Cuando empezara la posesión, tenía intención de darlo todo.

Los invitaron a sentarse. El hombre pelirrojo les preguntó si deseaban beber algo. Rand, vaso de whisky en mano, repasaba diversas teorías mágicas mientras Charlie bebía sorbitos de agua.

—¿Conoce un refrán que dice que ningún hombre puede saltar más alto que su propia sombra? —preguntó Salt.

Rand no lo conocía.

—Es un dicho alemán. Significa que todo el mundo tiene un límite.

—Pero usted no lo cree —adivinó Rand.

—No —contestó Lionel—. Siempre he pensado que el universo tiene un secreto. Una senda que el hombre puede recorrer para convertirse en un dios. Y esa senda pasa por las sombras. Asegura usted que puede avivar la mía.

Intuyendo que había llegado su momento, Rand se puso de pie.

—¿Empezamos, pues?

—Ah, sí, por supuesto —dijo otro. Su sonrisa no le gustó nada a Charlie.

—Como sabrán ustedes, señores —comenzó Rand—, el mundo es una fuente de rarezas casi inagotables para el investigador. No somos simples creyentes. No somos fieles que dan por sentada la obra. Somos aventureros, exploradores de la oscuridad. Por eso comprenderán la sorpresa que me embargó al darme cuenta del don que poseía mi propia hija. Es capaz de convertirse en un recipiente y permitir que toda suerte de seres de gran sabiduría y poder se comuniquen a través de ella.

Dos de los hombres se miraron con disimulo.

Charlie se mordió el carrillo. Había algo subyacente en aquella reunión que hacía saltar la alarma de su instinto. Intentó llamar la atención de Rand, pero el whisky y la conversación parecían habérsele subido a la cabeza.

—Fascinante —dijo uno de ellos. Pero su tono aburrido contradecía sus palabras—. ¿Y qué clase de cosas suele revelar? ¿La ubicación de tesoros enterrados? ¿Consejos para invertir en bolsa?

Varios se rieron. Rand frunció el ceño; por fin se había dado cuenta de que los había perdido. Pero él no parecía alarmado, no parecía intuir el mismo peligro que notaba Charlie.

—Nunca sé con antelación lo que puede cruzar a este lado, pero les aseguro que servirá a un propósito más noble. Si lo que buscan es una sombra avivada, trataremos de orientarlo hacia tal fin. Pero quizá los haya juzgado mal. Puede que no sean más que meros diletantes.

—Invoque a un demonio —dijo uno de los hombres—. ¿Qué le parece? Quiero hablar con un ser del infierno.

—¿Está seguro? —dijo Rand.

Los demás guardaron silencio, mirándose.

Charlie desvió la mirada hacia un rincón de la biblioteca, donde una sombra oscurecía la alfombra. No la había visto antes, pero ahora era incapaz de apartar la vista. No había nada que pudiera estar proyectando esa sombra.

—Mi querida Lexi —dijo Rand—. ¿Estás preparada?

Charlie se giró para mirar a Rand e inspiró hondo.

—No me gusta hacer esto —respondió. Formaba parte del papel, pero en este caso además era cierto.

—Lo sé, querida mía —dijo Rand, dándole unas palmaditas en la cabeza. De pronto se detuvo y frunció el ceño, como si hubiera perdido el hilo.

Charlie notó que le sudaban las manos. Sería cosa de los nervios.

—No… —empezó a decir Rand. Se había puesto rojo—. Nos han…

No, no eran los nervios. Algo iba mal. Le dolía el estómago.

Uno de los hombres se giró hacia Salt con una sonrisa burlona.

—Les ha hecho efecto más deprisa de lo que pensaba. Me apetecía ver su actuación.

—¿Queríais engañarme? Qué traviesa —dijo Salt, sonriendo mientras señalaba a Charlie y meneaba el dedo. Luego se giró hacia sus amigos.

Las bebidas. Habían echado algo en su vaso de agua. Y en el whisky de Rand.

Charlie se tapó la boca con la mano, echó la cabeza hacia atrás, como pensaba hacer durante la actuación, y se metió un dedo hasta tocarse el paladar. Con la primera arcada se levantó del sillón y empezó a convulsionar, igual que habría hecho al fingir que estaba poseída. Vomitó el zumo de remolacha por toda aquella alfombra tan cara.

Oyó gritos cuando los hombres se apartaron de un salto. Charlie se dejó caer al suelo, cerró los ojos y se quedó totalmente inmóvil. No pensaba moverse, aunque tenía la mejilla bañada en su propio vómito.

—¿Se está muriendo? —preguntó uno.

—Le has echado demasiado. —Otra voz, con un tono de leve fastidio.

Oyó el chirrido de unas bisagras cerca de las estanterías. Notó un olor a papel enmohecido. El ruido de la ruleta de una caja fuerte. Varias voces masculinas mezcladas.

Olvídate de la niña. Tráelo a él.

Quiero hacer un experimento. A ver cómo reacciona su sombra a la exanguinación.

Si la niña muere, siempre podemos cosechar la de ella.

Y entonces sus pensamientos se disolvieron del todo.

Charlie despertó tumbada en la alfombra, que seguía húmeda de bilis y zumo de remolacha. No podía haber pasado mucho tiempo.

—Viene alguien. No te muevas —dijo la voz de un chico a sus espaldas. ¿De verdad estaba ahí? ¿O era un eco del sueño que había tenido antes de despertar?

Resistió la tentación de darse la vuelta. Un momento después oyó pisadas en el pasillo, unos zapatos duros en un suelo de piedra. Procuró ralentizar su respiración y quedarse quieta hasta que pasaron

de largo.

Cuando dejó de oírlos, se incorporó a duras penas. Le pesaba la cabeza. La droga que le habían dado, fuera la que fuere, todavía seguía en su organismo.

—No te des la vuelta —dijo la voz. Charlie se quedó quieta—. Si prometes no mirarme, te sacaré de esta casa.

—¿Y si no? —susurró ella.

—Entonces te quedarás sola. Creen que estás tendida en un charco de tu propia sangre, así que de momento no te prestarán atención. Aún puedes escapar.

—¿Y qué pasa con el hombre que venía conmigo? ¿Puedes llevarme con él?

Se hizo un largo silencio.

—Ya no puedes ayudarle.

El significado de sus palabras era evidente, pero Charlie no tenía la cabeza tan despejada como para asimilarlo todavía. Se puso de pie despacio, apoyándose en la librería para no perder el equilibrio. Un libro delgado, con letras doradas en relieve sobre el lomo rojo, estaba extrañamente torcido. El título era Infierno.

Se lo quedó mirando hasta que cayó en la cuenta de que no era un libro. Era una palanca.

Ahora que estaba de pie veía que una de las estanterías de libros había pivotado hacia dentro, revelando una sala secreta. A pesar de su estado, Charlie no pudo evitar asomarse al interior. Se trataba de otra biblioteca, pero los libros de esta eran claramente más antiguos y valiosos. En la pared del fondo había un cuadro al óleo muy siniestro: un trampantojo con una cabra negra sobre una mesa de madera, con el vientre abierto en canal y las relucientes entrañas al aire, un cáliz y varias granadas. Con tanto color rojo, el pintor se había esforzado mucho por diferenciar las semillas de la sangre.

Charlie lo miró con atención, fijándose sobre todo en su extraña posición. Estaba más separado de un lado de la pared que del otro, como si fuera una puerta. Ahí debía de estar la caja fuerte, detrás del cuadro.

Avanzó un paso y cruzó el umbral. Observó las estanterías. Allí estaba, otro libro con el lomo rojo. El libro de Amor Pettit.

Acercó la mano, pero titubeó.

—¿Te importa? —Sentía que estaba en un cuento de hadas, con normas de cuento de hadas. No me mires. ¿Tampoco podía robar?

—No es cosa mía —dijo la voz.

Esa respuesta le bastó para sacar el libro del estante, guardárselo en la mochila y colgársela a la espalda.

—Dos pasos a la izquierda. —La voz sonaba justo detrás de ella; estaba tan cerca que le erizó el vello de la nuca, aunque no sentía el

calor de su aliento—. Vas a cruzar las puertas que llevan al comedor. Ahí nunca entra nadie, así que deberías poder llegar sin que te vieran hasta la escalera de servicio que hay junto al pasaplatos, justo delante de la cocina.

—¿Y luego?

—No mires atrás.

Charlie aún sentía que estaba en un sueño mientras recorría la casa, seguida por aquella voz. Cruzó un pasillo desde cuyas paredes la observaban los ojos de vidrio de varias cabezas de animales disecados. Una gacela. Un íbice. Un rinoceronte. Luego pasó por delante de una sala de estar donde una chica rubia hojeaba una revista. No levantó la mirada cuando Charlie se escabulló por el pasillo a oscuras. Cuando llegó al pasaplatos, oyó a alguien del servicio hablando por teléfono. Estaba encargando alcachofas y espinacas orgánicas. En la radio encendida, Nina Simone cantaba una canción sobre huir hacia el diablo, todo en un mismo día *.

—¿Y ahora qué? —susurró.

Durante un buen rato no hubo respuesta. Charlie estaba a punto de girarse, pero pensó en Orfeo al sacar a su novia del inframundo. Normas de cuento de hadas. Se quedó quieta.

Se hubiera marchado o no, el chico la había enviado en esa dirección por algo. No podía pretender que Charlie entrara en la cocina, porque estaba ocupada. Había mencionado específicamente las escaleras. Las subió, dobló la esquina y apareció en un largo pasillo. Recordaba la última vez que había estado en un casoplón como ese, con una segunda escalera más vistosa en la entrada. Quizás el chico pretendía que Charlie llegara hasta la puerta principal por ahí, pasando por encima de los demás ocupantes de la casa.

O quizá Charlie estaba tan drogada que se había imaginado a aquel chico.

Avanzó a hurtadillas por el pasillo, aferrando la mochila contra el pecho. Oyó la voz de una chica, procedente de la sala de estar de abajo:

—¡No es justo! Préstamelo.

Y la voz de un chico, tal vez la misma que había oído antes:

—Tú no le caes bien.

La chica se echó a reír.

—No es verdad. Nosotros jugamos a cosas a las que él nunca jugaría contigo.

Charlie bajó las escaleras. Volvió a marearse mientras descendía, pero llegó a la puerta. Giró el picaporte de latón y la empujó. La puerta se abrió y volvió a cerrarse ruidosamente a sus espaldas.

Era imposible que no hubieran oído un ruido tan fuerte.

Charlie echó a correr.

La mansión estaba rodeada de bosques por todas partes, así que se internó en los árboles, ignorando las ramas que se le enganchaban en la ropa. Ignorando el dolor de cabeza y el estómago revuelto.

Corría a oscuras, chocando con los espinos que le arañaban la piel y tropezando con los helechos. Oía voces detrás de ella, pero estaban lejos. Unas linternas brillaron en la noche. Charlie siguió adelante, aturdida.

Avanzó y avanzó en la oscuridad, con la luna y las estrellas dando vueltas en el cielo, hasta que apareció en un claro. Un hombre negro de mediana edad, vestido con un grueso abrigo y una gorra, se asustó al verla irrumpir desde la espesura.

—Vas a asustar a los búhos —la reprendió. Al fijarse en su aspecto, abrió los ojos de par en par.

Tenía ramas enredadas en el pelo, la piel llena de arañazos y la boca manchada de zumo de remolacha.

—Huya. Tiene que huir —le advirtió Charlie, jadeando—. Los del palacio me persiguen.

El hombre sacudió la cabeza mientras sacaba un móvil de su bolsillo.

—No, no, señorita. Tú no vas a ser mi problema hoy.

—Los del palacio. Ya vienen —repitió antes de desplomarse a sus pies y perder el conocimiento.

Tres días después, encontraron el coche de Rand con su cadáver dentro. Parecía haberse suicidado cortándose las muñecas, aunque los forenses no se explicaban que apenas hubiera sangre en el vehículo. La policía halló el cuerpo en descomposición de una adolescente en el maletero. Llevaba casi tres años desaparecida.

Una semana después, Benny la llamó por teléfono a su casa. ¿Había conseguido el libro? El cliente seguía interesado.

—Como un tiburón —dijo Benny con admiración cuando Charlie le explicó que lo tenía—. Con los dientes por delante.

Se reunió con Knight Singh en el aparcamiento de un Dunkin'. Llegó en un reluciente coche plateado, vestido con una elegante chaqueta de lana de cuello alzado. Le pagó dos mil dólares por el libro.

—Si te interesa, puedo ofrecerte más trabajo —le dijo, mirándola por encima de las gafas de sol.

Charlie juró que algún día regresaría a la mansión de Salt y se vengaría de aquellos hijos de puta. Pero no se lo dijo a nadie, para no decepcionarse más que a sí misma cuando no pudiera cumplir su promesa.

* So I ran to the Devil, […] all on that day. De «Sinnerman»,

canción de Nina Simone publicada en 1965.

13
Ángeles imposibles

Charlie, desorientada, parpadeó bajo el sol de media mañana que entraba en la habitación. Los cortes todavía le escocían, le dolía la cadera por la caída y tenía el pelo enmarañado como Medusa, por haber estado a la intemperie y haberse acostado sin secárselo.

Al levantarse del colchón, vio su sombra proyectada en la pared. Estaba exactamente igual que siempre.

Finge que lo de esta noche no ha pasado, Charlie.

La luz teñía de rubio oscuro el vello de los brazos de Vince y se reflejaba en las pestañas de sus ojos cerrados. Charlie, como si fuera víctima de un hechizo, no podía dejar de mirarlo. El pecho de Vince subía y bajaba, y sus dedos recios estaban flexionados.

Se dio la vuelta, aún dormido.

—Adeline —murmuró, con la boca pegada a la almohada—. No hagas eso, Adeline.

Charlie retrocedió un paso, dolida. ¿Sería esa la chica de la fotografía que guardaba en la cartera? ¿Y qué era lo que Vince no quería que hiciera?

Finge que lo de esta noche no ha pasado. Charlie llevaba fingiendo desde el comienzo de su relación: fingía que su pasado había quedado atrás y que el futuro no le importaba. Y Vince se lo había permitido, porque él también fingía.

Se arrodilló a su lado y susurró:

—Voulez-vous plus de café? —Era la misma frase que había buscado en el móvil dos días antes.

Vince enterró el rostro profundamente en la almohada, como si el aliento de Charlie le hiciera cosquillas. Ella se sintió como una tonta. Ya se dirigía a la puerta de la habitación cuando Vince murmuró en voz baja, adormilado todavía:

—Je voudrais un café noir, merci.

Seguramente eso significaba que quería un café, gracias. Y también significaba que Charlie estaba jodida.

Existen muchos tipos de mentiras. Hay mentiras piadosas que sirven como lubricante de la sociedad. Trolas que se usan para rehuir las consecuencias. Tergiversaciones que funcionan como refugio, porque te preocupa que alguien no te entienda, que no le caigas bien… o porque has hecho algo malo y te da vergüenza. Y luego están las mentiras que cuentas porque tu vida entera es una gran mentira.

La teoría de Posey sobre que Vince hablaba francés había tenido gracia hasta ahora, porque no es lo mismo ocultarle algo a alguien que

no decírselo. Quizá Vince había pasado un año en el extranjero, tenía parientes franceses o simplemente se había descargado Duolingo y le había estado echando horas.

Pero cuando Charlie le había hablado en francés, Vince había fingido no entender ni una palabra.

Que le ocultara sus dotes como asesino era perturbador, pero comprensible. Que le ocultara un pasado relacionado con la magia de sombras podía tener una explicación razonable.

Pero que le ocultara algo que no tenía la menor importancia hizo que Charlie se planteara la posibilidad de que todo lo que sabía de Vince fuera mentira.

Entró en el cuarto de baño, echó el pestillo y se sentó en el borde de la bañera. Se llevó las manos a la cabeza.

Que Vince fuera un embustero y un asesino demostraba que tenía un mal ojo infalible para escoger a los tíos, igual que su madre y su abuela. Todo había empezado como un rollo de una noche, sí, pero Vince le había parecido un tío responsable y de fiar. Aunque era casi demasiado bueno para ella y lo más probable era que aquello no durara mucho, seguía siendo una prueba de que Charlie estaba tomando decisiones responsables. De que todavía tenía esperanzas de enderezar su vida.

Pero ahí estaba, más torcida que nunca.

Charlie Hall. Acudía a los problemas como las hormigas a una trampa. Y lo peor de todo era que Vince le fascinaba más ahora que sabía que debía alejarse de él. Ahora que se había convertido en un rompecabezas humano, esperando a que ella lo resolviera.

Pero si a Charlie le resultaba imposible fingir constantemente, a Vince también. Tenía que haber dejado pistas. Y si lo que descubría no le gustaba… en fin, ya sabía desde el principio que Vince iba a romperle el corazón. Ese era el legado de la familia Hall. Siempre había sido cuestión de tiempo.

Píntate los labios y depílate, se dijo. Despéjate la cabeza. Vince no era su único problema. Si Hermes le había contado a alguien lo que pensaba hacer esa noche, tal vez vendría alguien más buscando a Charlie. Y estaba casi segura de que había hablado con Balthazar. Se apostaría algo a que los dos habían estado hablando sobre ella.

Preparó una toalla y jabón, abrió el grifo de la bañera y se lavó los sobacos y los bajos. Luego se enjabonó las piernas. Al pasarse la cuchilla vieja se arrancó varias costras y los arañazos volvieron a sangrar.

Recordó una frase que había leído: Las sombras, como las de los muertos de Homero, necesitan sangre para avivarse.

Pensó en Hermes. ¿Sabes qué le doy de comer? Sangre. ¿Qué tal la tuya?

Charlie mojó el dedo índice en la sangre que le resbalaba por la pierna. Había bastante, así que agitó el dedo para lanzarla hacia su sombra. Ante sus ojos, la sombra pareció temblar, como si se estremeciera. Ni una sola gota cayó a las baldosas.

Parpadeó varias veces, intentando centrar la vista en el suelo. Quizá no veía la sangre porque las gotas eran demasiado pequeñas. O quizá acababa de dar de comer a su sombra.

Pero si era verdad que la había avivado, seguro que ocurría algo más. Tenía que haber alguna señal inconfundible.

Decidió dejar la cuestión para otro momento y se puso una camiseta y un pantalón de chándal que encontró en el cesto de la ropa. Luego se recogió el pelo en un moño suelto y salió a preparar café.

Tenía tres mensajes en su móvil de verdad. Uno era de Doreen: exigía saber por qué estaba tardando tanto y amenazaba con adelantar la fecha de pago de Posey en lugar de retrasarla si Charlie no conseguía que Adam volviera a casa. Otro era de Odette: había enviado un mensaje general a todos los empleados del Rapture para informarles que el local permanecería cerrado hasta que el perito del seguro viniera a certificar los daños ocasionados por la tentativa de robo. Odette calculaba que tardaría entre tres y cuatro días.

El último era un mensaje que Odette le había enviado únicamente a ella:

¿Le has contado a alguien lo que vimos?

Charlie no sabía a qué venía la pregunta. Respondió:

No. ¿Y tú?

No hubo respuesta.

Charlie no quería ponerse paranoica, pero ¿por qué Odette le había preguntado eso? Mientras añadía a la cafetera el café molido, la canela y el agua, se preguntó si Odette conocería a Salt.

Ya que Balthazar había hablado con Hermes, era hora de que también hablara con Charlie.

Ella había estado en su casa una sola vez. Vivía en Holyoke, en un antiguo cuartel de bomberos con vistas al canal. En esa ocasión, Balthazar celebraba una fiesta y no la había dejado pasar.

Esta vez Charlie no aceptaría un «no» por respuesta.

Se puso el abrigo, buscó sus llaves y se marchó con el coche.

El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Casi podía olerla cuando salió del coche y rodeó el edificio de ladrillo hasta llegar a la entrada lateral. El lugar era impersonal hasta el punto de parecer abandonado, pero Charlie se fijó en que había al menos una luz encendida dentro.

Aquella zona de Holyoke todavía tenía varias fábricas abandonadas que no se habían transformado en talleres industriales más o menos

baratos para artistas y otros autónomos que necesitaban un espacio de trabajo grande y anárquico, o que al menos no les importaba tenerlo. A unas manzanas de distancia se veían bloques de apartamentos y algunos chalés con jardines mal cuidados.

Charlie llamó con el puño a la puerta pintada de negro, ignorando el letrero estampado: «FUERA».

No oyó ningún ruido en el interior, así que volvió a aporrear la puerta.

—¿No sabes leer? —gritó una voz desde dentro.

Charlie le dio un patadón a la puerta.

—¿Sabes lo que es una pistola de cerrajero? Tengo una en el maletero que abriría esta puerta en un segundo. A lo mejor me cargo la cerradura, pero el caso es que entraré.

Balthazar entreabrió la puerta. Llevaba un batín rojo y el pelo revuelto. Parecía a punto de declararle la guerra al infeliz que lo había sacado de la cama. Parpadeó unas cuantas veces, claramente sorprendido de ver a Charlie.

—Anoche casi haces que me maten —dijo Charlie.

—Vaya, no jodas. Hola, querida.

Charlie entró en el antiguo cuartel de bomberos sin pedir permiso.

—¿Te sorprende que siga en el mundo de los vivos?

—Me encanta. Pasa, iba a preparar café. —Por su tono, Charlie supo que le fastidiaba que hubiera irrumpido así en su casa, pero no tanto como para hacer algo al respecto. Le señaló unas escaleras. Él subió primero y entró en una cocina sorprendentemente soleada, con varias macetas medio marchitas. En uno de los fuegos se alzaba la cafetera italiana más grande que había visto nunca—. Ya se lo dije al bueno de Aspirinas. «Esa chica es más de lo que parece». Él me dijo que me estaba poniendo sentimental, que eras una cabeza hueca y…

—Déjalo —le interrumpió Charlie antes de que fuera demasiado tarde para pararlo—. Busco información.

—Siéntate —dijo Balthazar, señalando una mesita de café. Una de las esquinas parecía haberse quemado hacía tiempo. Una planilla de carreras de Raynham Park de la semana anterior hacía las veces de mantel.

—Quiero que me hables del libro que intentó venderte Paul Ecco.

—Estabas fisgando, ¿eh? —Sacó un bote de café Bustelo, llenó el embudo de la cafetera a ojo y vertió agua en el depósito inferior. Luego colocó la cafetera sobre el quemador y encendió el gas. Unas llamas azules lamieron el depósito—. Eras buena. Casi todos los que se creen capaces de hacer este trabajo en realidad no lo son. Pero tú me dejaste muy claro que no querías volver.

Rand le había dicho que algunas personas nacían para el mundo de los robos, las mentiras y las estafas, y que Charlie era una de ellas.

Tenía las manos firmes, los dedos veloces y la boca siempre lista para soltar una retahíla de trolas. Era buena. Y le gustaba. Ese era el problema.

—Esa noche vi el cadáver de Paul mientras volvía a mi casa —dijo Charlie—. Parecía que lo habían abierto en canal. Lo reconozco, me entró curiosidad por saber quién podía haber hecho algo así. Y de buenas a primeras aparece un matón y me acusa de saber de dónde había sacado Paul esa página. Ahora sí que me ha picado la curiosidad, sobre todo por saber quién me ha delatado.

—Me ofendes —dijo Balthazar, fingiendo inocencia—. No es culpa mía que busques líos como los cerdos trufas. Yo solo respondí a un par de preguntas de una de las partes interesadas.

Balthazar le dio la espalda para ir a por un bote de leche condensada, pero Charlie alcanzó a ver que apretaba los labios. Para los delincuentes y sus cómplices el sentido de la moralidad era algo flexible, pero había una cosa en la que todos los maleantes estaban de acuerdo: nada de chivatos.

—¿Y no le mencionaste a la parte interesada que Paul intentó venderte la página a ti? —le recordó Charlie. ¿Cuánto tiempo tardaría en difundirse la noticia de la desaparición de Hermes? Convenía recordarle a Balthazar que, si Charlie caía, podía arrastrarlo consigo —. ¿Por qué es tan importante ese libro?

—Se llama Liber Noctem —contestó con hastío—. Coloquialmente, Libro de los Estragos, porque se supone que contiene rituales relacionados específicamente con ellos. Algunos umbristas creen que esa es la clave de la inmortalidad: seguir vivo en forma de Estrago. Pero sea cual fuere su contenido, lo cierto es que se trata de un objeto verdaderamente magnífico. Páginas metálicas estampadas, no impresas. Lo compró en una subasta un viejo y pícaro caballero: Lionel Salt. Rico como un Médici y de inquietudes similares. —Charlie torció el gesto—. ¿Lo conoces? —preguntó Balthazar.

—Claro que no. Pero Hermes venía de su parte.

Balthazar colocó en la mesa dos grandes tazas en las que vertió una generosa cantidad de leche condensada. Luego añadió el café encima, le entregó una de las tazas y se sentó, alisándose el batín.

—Se dice que el nieto de Salt le robó el Liber Noctem y escapó con él. Ed Carter, creo que se llamaba. ¿O era Carver? El caso es que el nieto terminó matando a alguien y suicidándose después, pero debió de vender el libro antes, porque no estaba entre sus cosas. Salt está tan ansioso por recuperar el libro que ofrece una recompensa de cincuenta mil dólares contantes y sonantes a quien se lo devuelva.

Edmund Carver. Era el nombre por el que le había preguntado Hermes. Y no le había parecido que se refiriera a un muerto.

—¿El nieto se lo vendió a Paul Ecco? —preguntó Charlie. Balthazar

negó con la cabeza.

—Es más probable que se lo vendiera a otro, que a su vez le vendió una página a Paul Ecco.

—¿Por qué no el libro entero? —preguntó Charlie—. Cincuenta mil dólares no se ven todos los días.

Balthazar separó las manos efusivamente, dándole la razón.

—Quizá querían llamar la atención de Salt. Ver si mordía el anzuelo.

Charlie probó el café. Estaba tan dulce que no pudo reprimir una mueca, pero tan fuerte que se alegraba de lo dulce que estaba.

—¿Para sacarle más pasta todavía?

—Cuando el Liber Noctem desapareció —dijo Balthazar—, Salt contrató a uno de mis chicos. Al nuevo.

Charlie enarcó las cejas.

—¿Adam?

—Eso es. Pero no salió bien. Adam no encontró nada. Y la verdad es que al viejo tampoco pareció sorprenderle demasiado. —Balthazar se encogió de hombros y bebió un largo trago de su taza.

—Hum.

Charlie no entendía que alguien se hubiera enterado tan pronto de que Paul Ecco estaba intentando vender la página. Había sido justo después de que lo echaran del Rapture; los rumores tardaban más tiempo en difundirse. Y tanto la presencia del Hierofante como la brutalidad del asesinato le hacían pensar que quien lo había hecho no era un ser humano. Un Estrago tendría motivos para despedazar una sombra al matar a su dueño. Y la fuerza necesaria para quebrar una caja torácica.

¿Para qué querría el Liber Noctem un Estrago?

¿Y quién diablos lo tenía ahora?

Salt había contratado a Adam para buscar el libro. ¿Y si este había encontrado el escondite de Edmund Carver y no se lo había dicho a nadie?

Por supuesto, esa clase de preguntas eran las mismas que habían puesto patas arriba el local de Odette y casi le habían costado la vida a Charlie. Había olvidado su sueño de vengarse de Salt hacía años; ahora debía hacer lo mismo. Era imposible, además de infantil.

—Tú podrías encargarte —dijo Balthazar—. ¿Quieres retirarte para siempre? Hazlo con estilo. Vamos, Charlatana, tú podrías robarle el aliento a un cuerpo, el odio a un corazón y la luna al cielo.

—No te pega nada ser tan pelota. —Cincuenta mil dólares era mucha pasta, pero no era ni una milésima parte de lo que Salt merecía pagar—. Me lo pensaré.

Balthazar sonrió como si Charlie acabara de aceptar su propuesta.

—Muy bien. Ya sabía yo que recapacitarías.

Mientras Charlie cruzaba la calle para volver al coche, se fijó en que había un hombre en la otra acera. No lo habría mirado dos veces si hubiera estado caminando o mirando el móvil, como una persona normal. Pero aquel tipo estaba quieto como una estatua. Observaba fijamente el antiguo cuartel de bomberos y llevaba las manos metidas casi hasta los antebrazos en los bolsillos del abrigo.

Ahora que lo veía a la luz del día, Charlie se dio cuenta de que el Hierofante era joven, pero en sus ojos ardía algo muy antiguo.

Si estaba cazando Estragos, ¿qué hacía delante de la casa de Balthazar? Era imposible olvidar el momento en que había avanzado hacia Charlie en aquel callejón, con una determinación casi siniestra.

Con un escalofrío, se metió en el Corolla y pisó el acelerador. Mientras Charlie se alejaba de allí, el hombre giró la cabeza despacio y siguió su coche con la mirada. De pronto su sombra se transformó en unas inmensas alas que lo levantaron del suelo. Se quedó flotando en el aire, recortado contra el cielo azul como un ángel imposible, mientras su abrigo ondeaba a su alrededor.

Charlie dio un volantazo y a punto estuvo de meterse en una zanja; tenía el corazón a mil. En el primer stop se giró para mirar hacia atrás, pero el Hierofante no parecía haberla seguido.

Una vez en casa, Charlie estaba rebosante de energía, nervios y cafeína. Lavó los platos manchados de salsa boloñesa. Fregó la encimera. Y al ver que eso no era suficiente para calmarla, se puso a vaciar la nevera para limpiarla. No hizo lo de costumbre, que era tirar solamente lo más atroz (un pepino chafado y colonizado por el moho, un trozo de queso duro y blanquecino que nadie iba a comerse, una fiambrera sospechosamente hinchada y llena de tallarines grisáceos). Esta vez lo sacó todo, condimentos incluidos, y fregó las baldas de la nevera con toallitas desinfectantes de lejía diluida.

—¿Te ayudo? —preguntó Vince, saliendo del dormitorio y dirigiéndose a la cafetera.

Charlie dio un respingo al oír su voz.

Parecía el mismo hombre con el que llevaba meses viviendo. El cabello rubio despeinado, la barba incipiente… Ahora que iba de acá para allá por la cocina, sin mencionar en absoluto la noche anterior, parecía imposible que le hubiera partido el cuello a un hombre y luego se hubiera follado a Charlie en unos escalones a la luz de la luna.

Y que le hubiera mentido.

Y mentido y mentido y mentido…

—¿Me prestas unos productos de limpieza de tu furgo? —le

preguntó Charlie. Vince titubeó.

—Yo te traigo lo que…

—Genial —le interrumpió con tono risueño. Si Vince no quería que Charlie husmeara en su furgoneta, probablemente tenía algo que ocultar. Quizás encontraría una cabeza cortada rodando en la parte trasera.

O quizá Vince solo estuviera siendo amable y se estuviera ofreciendo a buscarle lo que necesitara.

O quizás el cadáver de Hermes estuviera dentro, descuartizado y empaquetado, y Vince quería ahorrarle el mal trago de verlo.

Charlie reanudó la limpieza de la nevera con renovado vigor. Frotaba como si así pudiera eliminar todo su deseo por Vince, toda su ingenuidad.

Después de haberle traído los productos de limpieza, Vince salió de nuevo para limpiar los canalones de la casa, taza en mano. Y para esconder la cabeza cortada, le susurró su mente entrometida.

Posey se levantó sobre las cuatro, aún más tarde que de costumbre. Entró tambaleándose en la cocina, hecha una piltrafa, vació la cafetera en un cuenco de cereales y lo metió en el microondas.

Charlie había salido con otro ladrón durante unos meses, antes de que se esfumara con unos pendientes que Charlie le había asegurado que eran de diamantes. Él le había explicado que al principio, cuando empezó a robar casas, creía que los ricos guardaban sus posesiones más valiosas en cajas fuertes, pero luego comprobó que todo el mundo guarda sus cosas a plena vista. Los ricos también dejan una llave de repuesto debajo del felpudo, porque ellos también pierden la suya como todo hijo de vecino. En la caja fuerte guardan los certificados de nacimiento, la licencia matrimonial y otros documentos legales, en lugar de los objetos de valor. Las joyas, incluso las más caras, están en el armario del dormitorio principal, para poder ponérselas. Los ordenadores portátiles, en la mesa o el sofá. El televisor, colgado en la pared. Los licores caros, en el minibar. La pistola, en el primer cajón de la mesita de noche.

A la gente le gusta tener sus cosas a mano, incluidos sus secretos. ¿Por qué te sientes a salvo cuando te acuestas? Porque puedes comprobar de un vistazo que tus secretos siguen a buen recaudo.

Si había algo que encontrar, lo más probable era que Vince lo guardara en el dormitorio.

En cuanto se le ocurrió esa idea, se le enganchó como un abrojo.

Tenía que conseguir que Vince saliera de la casa, y pronto, antes de que la tentación pudiera más que el sentido común y Charlie se lanzara a hurgar en sus cosas aunque él pudiera pillarla en cualquier momento.

Una hora después, Vince entró en casa con las manos manchadas

de hollín. Para entonces Charlie ya tenía la excusa preparada.

—Esta noche he quedado con Katelynn para tomar un café —dijo, fingiendo indiferencia.

Vince se lavó las manos en el fregadero, enjabonándose los brazos hasta los codos.

—La tatuadora. La del primo que comía polillas.

—La misma —dijo Charlie, inquieta. No sabía que habían estado hablando en la fiesta—. Estaba pensando en hacerme otro tatuaje.

—¿Sí? —dijo Vince, secándose las manos en los vaqueros negros.

La expresión de su rostro (una leve sonrisa de interés aparentemente sincero, sin sombra de reproche por lo que había ocurrido la noche anterior) también la ponía nerviosa. Todo indicaba que Charlie le importaba de verdad. Había matado a alguien para salvarla.

Quería fiarse de él.

—¿Vince? —Le dio la mano y miró con atención sus ojos gris claro —. ¿Cómo perdiste tu sombra? Esta vez dime la verdad.

Él apartó la mirada.

—No la perdí. No… —Se interrumpió y lo intentó de nuevo—: No entendía el peligro que corríamos.

No tenía por qué ser mentira. A menudo la verdad era algo complejo y difícil de explicar.

—¿Qué peligro?

Vince negó con la cabeza y recogió el cubo de compostaje; lo había comprado Posey por internet para que fueran más ecológicos, y ahora estaba lleno de trozos pegajosos de pepino y otros restos de la nevera, además de un montón de café molido.

—No me has respondido —dijo Charlie mientras él se alejaba.

Pero fuera lo que fuere lo que esperaba de él, no lo consiguió. Vince salió para vaciar el cubo en la compostadora de gusanos, un cacharro rarísimo que ni siquiera sabían si funcionaba. Con todo el café molido que gastaban, lo único seguro era que esos gusanos tenían que estar como una moto. Como algún pájaro se zampara uno solo, saldría volando directo hacia el sol.

Cuando Vince regresó, sujetaba el móvil con la oreja. Querían encargarle un trabajo. Un doble homicidio en una casa.

—Me puedo quedar si quieres —le dijo a Charlie, apartándose el móvil de la boca. Por el altavoz salía la voz de su jefe, que le estaba gritando a alguien. Al oírla, Charlie supo que Vince no estaba fingiendo que le llamaban para no tener que hablar con ella.

Sacudió la cabeza.

—Voy a salir de todas formas. He quedado con Katelynn, ¿recuerdas?

Vince se puso el abrigo, le dio un beso en la boca y otro en el

cuello. No estaba segura de si eran una disculpa o una promesa, pero esos besos significaban algo.

Cuando se marchó, Charlie se quedó mirando la puerta del dormitorio. Si no le hubieran llamado, quizá Vince le habría dado respuestas. Y sabía que cualquier redactor del consultorio sentimental le habría dicho que lo correcto era esperar, respetar la intimidad de su novio y volver a preguntarle cuando regresara a casa.

Aguantó quince minutos antes de levantarse y desperezarse con gestos exagerados.

—Bueno, creo que me voy a echar una siestecita antes de salir.

—Aguarda —le dijo Posey—. Estaba esperando a que se fuera Vince. Tenemos que hablar de una cosa.

Charlie no quería ni oír hablar de lo importantísimo que era que robara un poco de DMT para que Posey pudiera irse a hacer experimentos con su cuerpo en aquel retiro en el bosque.

—No tardo mucho.

Una vez en el dormitorio, con la puerta bien cerrada, Charlie echó un vistazo. Sábanas enredadas. Ropa y zapatos desperdigados por el suelo. Un aparador cubierto de libros amarillentos, maquillaje y un jarrón lleno de facturas.

Cuando se miró las manos, le sorprendió ver que le temblaban.

Charlie quitó toda la ropa de cama de un tirón y puso el colchón contra la pared. Era pesado y se combaba, pero logró dejarlo apoyado. En las películas, la gente escondía cosas debajo de la cama. Y por lo tanto, la gente que veía películas hacía lo mismo.

Pero debajo de aquel colchón no encontró nada más que unas bragas que creía perdidas, un clínex arrugado y una masa asquerosa, blanda y aplastada que bien podía ser una bola de pelo de Lucipurrr.

Pensó en su madre registrando cajones y bolsillos en busca de indicios de infidelidad. Intentando demostrar una negación, aunque fuera imposible. Esperando no encontrar nada, sabiendo que eso solo quería decir que no había buscado bien. Charlie se había jurado que ella nunca sería así.

Y sin embargo, ahí estaba.

Charlie se acercó al lado de la cómoda que ocupaba Vince, metió las manos hasta el fondo, lo sacó todo y les dio la vuelta a los cajones. Vince era organizado (nunca dejaba ropa en el suelo ni pelos en el lavabo), así que le sorprendió que hubiera camisas y vaqueros guardados de cualquier manera. Esperaba que aquel caos no tuviera su propio orden, porque le iba a ser imposible dejarlo todo tal y como lo había encontrado. Si Vince siempre colocaba cinco pares de calcetines de una manera concreta para saber si le habían espiado, Charlie estaba jodida.

Pero no dio con nada interesante. Nada incriminatorio.

Luego pasó al armario. Casi todo lo que había dentro era de Charlie, pero Vince guardaba un abrigo de invierno y unas botas al fondo, en el lado izquierdo. Registró los bolsillos y sacó dos recibos: uno de gasolina y otro de leche, pan y huevos. A ambos los había pagado en efectivo.

Al asomarse a la oscuridad, descubrió una bolsa de lona negra en el suelo, detrás de las botas. Parecía vacía. La sacó y abrió la cremallera.

En el fondo halló un disco de metal, más o menos del tamaño de una moneda pequeña, y un carné de conducir. Charlie volcó la bolsa y la sacudió, pero no cayó nada más.

Examinó el disco de metal. Era grueso y más pesado de lo que esperaba; parecía una pila de botón, pero no tenía nada grabado. ¿Una pieza de un aparato electrónico? ¿De un juego de mesa? Se lo guardó en el bolsillo.

Luego miró el carné de conducir. En la foto aparecía un Vincent más joven, con una amplia sonrisa, el pelo bien cortado y engominado y el cuello de una camisa apenas visible en el borde inferior. Una dirección de Springfield y el número de un apartamento. Y, escrito encima de la capital del estado, un nombre totalmente diferente.

Edmund Vincent Carver.

Durante un momento de perplejidad, Charlie pensó que el carné era falso. Pero tenía los bordes uniformes y la flexibilidad justa. Al ponerlo al trasluz, vislumbró el holograma de seguridad metalizado encima de la fotografía.

El nieto de Lionel Salt. El que había robado el Liber Noctem. Al que daban por muerto.

El heredero de Lionel Salt se acostaba al lado de Charlie todas las noches.

No conseguía recobrar el aliento. Estaba casi segura de que le estaba entrando un ataque de pánico de los gordos. Si seguía respirando tan deprisa, se dañaría los pulmones.

A pesar de lo nerviosa que estaba, consiguió sacar su móvil y hacerle una foto al carné. Todo parecía ir demasiado deprisa, pero aún tuvo ánimos para encender el portátil y abrir el buscador. Escribió «Edmund Carver» y «Springfield».

El primer resultado era un artículo del verano pasado, publicado en The Republican:

SPRINGFIELD— Este lunes, a primera hora de la mañana, se han hallado los restos calcinados de dos personas en el interior de un coche, a dos manzanas del casino MGM.

La policía ha identificado a uno de los fallecidos como Edmund «Remy» Carver, de 27 años, miembro de la alta sociedad y nieto de Lionel Salt. El otro cadáver es el de Rose Allaband, de 23 años, cuya desaparición de su apartamento de Worcester fue denunciada hace

cuatro meses. Los primeros análisis apuntan a un asesinato con posterior suicidio.

Por el momento, las autoridades no buscan a más sospechosos.

El corazón de Charlie latía cada vez más rápido.

Unos pocos clics después, encontró una foto de Vince con otros doce jóvenes fornidos del equipo de esgrima de la Universidad de Nueva York. Vince vestía una chaquetilla blanca de esgrima con cuello alto, posaba cruzado de brazos y llevaba el pelo más corto que en la foto del carné, con los laterales casi rapados. Habría parecido que iba disfrazado si no fuera porque sonreía a la cámara como si creyera que el mundo estaba hecho para los de su clase.

Vince no sonreía así.

Aunque claro, por entonces Vince se hacía llamar «Remy» y era un chico rico y feliz. No había matado a nadie ni fingido su propia muerte. No trabajaba en negro retirando cadáveres ni había engatusado a una pobretona para tener un sitio donde dormir.

Charlie recordó el sudor que le caía por la espalda la noche en que se conocieron en aquel bar abarrotado, el sabor a gin-tonic con ginebra de garrafón (porque esa noche quería que la borrachera le saliera barata); recordó que su amiga se había marchado pronto y que Vince se había interpuesto como una muralla para que no aplastaran a Charlie contra la salida de incendios.

De haber sabido que Vince era un puto niño rico, ¿se lo habría llevado a casa para regodearse en su autodestrucción y su estupidez? Ni de coña. Aunque tampoco se habría tragado la historia, claro. Parecía la peor frase de ligoteo del mundo. Ah, ¿el nieto de un multimillonario, dices? Es que yo solo follo con muchimillonarios. Mala suerte.

¿Y si Vince la hubiera convencido de que era verdad? Qué va. Ella nunca se habría liado con un tío que se había graduado en una universidad de prestigio, con un fondo de fideicomiso y un futuro prometedor. Ni de broma lo habría metido en su casa de alquiler para que pudiera reírse al ver cómo vivía, para que pudiera despreciarla por su trabajo, su falta de estudios y todas sus malas decisiones.

Y si Charlie hubiera sabido que era pariente de Salt, le habría partido un botellín en la cabeza.

Intentó concentrarse, imaginarse lo que había podido pensar Vince esa noche. Seguramente le preocupaba que su futuro ya no fuera tan prometedor, ¿no? Había robado el Liber Noctem y luego algo había salido mal. ¿Algo relacionado con esa chica? ¿Algo que había culminado con dos cadáveres y la necesidad de fingir su propia muerte?

Había conseguido un carné falso de Minnesota, un carné tan bueno que Charlie no había sospechado hasta ahora. Aunque claro, ella

nunca había visto un carné de Minnesota auténtico ni había sacado el de Vince de la funda de plástico para inspeccionarlo. Seguramente no lo había hecho casi nadie. Pero Vince no tenía tarjeta de crédito… ni crédito. No tenía número de la seguridad social. Lo único que tenía era un trabajo macabro en negro, limpiando habitaciones de hotel.

Y entonces había aparecido Charlie. Seguramente la había visto bebiendo sola y había pensado que sería presa fácil. Una chica triste, dispuesta a llevárselo directamente a la cama. Lo bastante desesperada como para no hacer demasiadas preguntas. Así actuaban los buenos timadores. No les hacía falta convencerte de nada, porque tú ya te convencías solo.

Y luego, casi un año después, Vince entra en el Rapture y encuentra allí al matón a sueldo de su abuelo. Si Hermes lo veía, hubiera metido la pata hasta el fondo. Así que Hermes debe desaparecer. No lo había matado para salvar a Charlie.

Estaba empezando a marearse.

—¿Sabes que te…? —Posey estaba apoyada en el marco de la puerta, con la mano en el picaporte. Puso cara de asombro al ver el colchón arrimado a la pared y los cajones volcados. Luego miró a Charlie, sentada en el suelo—. ¿Sabes que te dejaste treinta pavos en billetes de un dólar en la ropa que tiraste a la basura?

—Mierda —contestó Charlie. Eran las propinas de esa noche. Se le estaba yendo la cabeza. Se le estaba yendo de verdad.

Posey entró en la habitación para darle el dinero y volvió a echar un vistazo a su alrededor.

—¿Qué pasa aquí? Porque no tiene pinta de que estés echando la siesta.

—No, no estoy echando la siesta —admitió Charlie.

Posey soltó un gran suspiro.

—Voy a preparar ramen y otra cafetera. Tienes diez minutos para terminar lo que estés haciendo y luego tú y yo vamos a hablar.

En cuanto su hermana se marchó, Charlie volvió a entrar en internet e hizo otra búsqueda de «Edmund Carver». En varios blogs de alta sociedad encontró fotos que lo mostraban en diversas fiestas. No había ninguna de los últimos cuatro años, pero sí más antiguas, con noticias de su asistencia a galas e inauguraciones.

Encontró un artículo acerca de una gala de la French Heritage Society en el que salía él en una foto, acompañado por una rubia identificada como Adeline Salt; un vestido de seda blanco de aspecto muy caro le engalanaba el cuerpo bronceado, tonificado y probablemente microesculpido.

En la foto, Vince (Edmund) le echaba un brazo por los hombros a la chica y sostenía una copa de champán mientras reía. La luz incidía de tal forma que la sombra de Vince los cubría a ambos.

Charlie conocía a esa chica. Era la misma que aparecía en la foto que Vince llevaba en la cartera. La hija de Salt, lo que la convertía en la tía de Edmund, aunque parecían tener más o menos la misma edad.

Adeline. La chica a la que había llamado en sueños.

Había varios comentarios al final del artículo de periódico.

Es lo que tiene rendir culto a esta casta de parásitos: puedes ser un asesino con tal de que tengas los contactos adecuados.

No me creo las acusaciones que se han hecho contra Remy. Nadie que lo conozca se las puede creer. Siempre hacía cuanto estaba en su mano por los demás, desde ayudar al servicio a desplegar una carpa bajo la lluvia cuando una tormenta amenazaba con arruinar una fiesta en los Hamptons, hasta tumbarse en la acera para auxiliar a una señora a la que se le había colado el monedero por una rejilla de desagüe. Nunca olvidaré la vez que nos escapamos de una merienda de la Central Park Conservancy para dar un paseo por el parque. Ese es el Edmund que prefiero recordar.

A lo mejor soy mala persona, pero me alegro de que esté muerto. Y ojalá hubiera muerto antes de poder quitarle la vida a una chica inocente. Me da asco que alguien intente defenderlo, por no hablar de que «prefiera recordarlo» como algo distinto de lo que era: un sociópata.

Charlie oyó que su hermana dejaba algo en el fregadero; solo le quedaban unos segundos antes de tener que salir a hablar con Posey. Pero todavía quería hacer una cosa más. Escribió el nombre de Lionel Salt en Google, algo que llevaba años sin hacer.

Encontró un perfil de su finca de West Springfield (adquirida por 8,9 millones de dólares en 2001) y algunos enlaces que relacionaban su nombre con juicios pendientes. En cuanto vio la fotografía de la casa, le empezaron a sudar las manos.

Era idéntica al palacio que recordaba.

14
Una nube de moscas negras

Cuando Charlie salió del dormitorio, Posey estaba sorbiendo los fideos aderezados con una tonelada de salsa de chile y ajo.

Su hermana iba vestida con unos leggins y una camiseta holgada y se había recogido el cabello castaño en una trenza. Todo normal de no haber sido porque también llevaba los ojos pintados, brillo de labios y unas botas de media caña con cremallera. Por lo visto Posey tenía intención de salir. Ojalá no fuera a un laboratorio.

—Vale, querías hablar conmigo cuando Vince no estuviera —dijo Charlie, obligándose a centrarse en la conversación y no en todo lo que acababa de averiguar—. ¿De qué?

Posey siguió hurgando en su cuenco.

—¿No me vas a decir por qué has puesto vuestra habitación patas arriba?

Quizá debería ir a consultar a un vidente, como tantos otros gilipollas. A lo mejor le hacía falta que se lo dijera otra persona: Ese chico no es trigo limpio.

—Empieza tú.

—Vale. Anoche estuve hablando con un tío…

De pronto Charlie se arrepintió de haberse ido de la lengua la noche anterior.

—Me prometiste que no dirías nada.

—Solo dejé de discutir contigo —replicó Posey—. En realidad no te prometí nada.

Solo había hecho falta una estúpida llamada de teléfono para que Charlie casi terminara muerta. ¿Y si la historia de Posey llegaba a oídos de Salt y este la relacionaba con Hermes?

—Tuve cuidado —insistió su hermana.

—Bórralo. No sé qué escribiste, pero bórralo. —Charlie miró a su alrededor, buscando el portátil de Posey como si pudiera eliminar lo que su hermana había publicado en internet con solo arrojarlo al estanque Nashawannuck.

—No está en línea —insistió Posey—. Hablamos por un chat encriptado que borra los mensajes después.

Charlie se sentó a la mesa. Le palpitaba la cabeza. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas habían sido demasiado. Lo único que le apetecía era acurrucarse en el fondo de un pozo y quizá probar la terapia del grito.

—Hazme caso un minuto —dijo Posey—. Esa no es la parte importante.

—Joder —dijo Charlie, a falta de una respuesta más coherente.

—Hay un estudiante de la UMass, un tal Madurai Malhar Iyer, que está preparando una tesis doctoral sobre avivamiento de sombras. El chico que me habló de él lleva siglos intentando ponerse en contacto con Malhar, pero siempre le da largas.

Charlie intuía lo que venía a continuación, y también que no le iba a gustar nada.

—Sabía que tú no querrías hablar con él, así que le he escrito yo y le he contado todo lo que te pasó como si me hubiera pasado a mí. Pero… —Charlie siguió mirando fijamente a su hermana sin decir nada—. Pero no puedo ir yo sola —concluyó Posey.

—¿Por qué no?

—Pues porque no me ocurrió a mí —contestó Posey, como si la respuesta fuera evidente.

Charlie clavó un tenedor en el ramen de su hermana y se puso a comer, dejando que el chile picante le abrasara la boca.

—Claro, eso va a ser un problema. Para ti.

—Le he propuesto quedar esta noche en la biblioteca de la UMass para hablar —continuó Posey, cambiando el tono como si quisiera pedir algo sin tener que pedirlo—. Esta noche.

—No… No —dijo Charlie, levantando las manos—. No pienso ir. Ni de coña.

Posey entornó los ojos.

—¿Estás liada? ¿También piensas poner patas arriba el salón?

Charlie se levantó.

—Lo de anoche fue una putada y no me apetece nada contárselo a alguien que no conozco.

—Lo de quedar con Katelynn es mentira. Lo sé. Buscabas algo y querías hacerlo cuando Vince no estuviera. —La amenaza era implícita pero igualmente eficaz.

Las dos hermanas se sostuvieron la mirada. Charlie había cerrado las manos sin darse cuenta y se estaba clavando las uñas en la palma.

—No me hagas esto.

—Yo no tengo coche. Por lo menos llévame en el tuyo. Por favor. —Charlie soltó un gemido y se dirigió a su habitación—. ¿A dónde vas?

—A por el abrigo.

Pasó al lado de Lucipurrr, que meneaba la cola y miraba fijamente una pared, cerca del baño. A veces se oían ratones escarbando dentro y la gata se ponía nerviosa. Últimamente andaban todos muy nerviosos.

De nuevo en su habitación, Charlie trató de restaurar mínimamente el orden y cambió las sábanas para tener una coartada en caso de que Vince notara que había cosas fuera de lugar.

Mientras salían a la carretera, la mente de Charlie era una maraña de recuerdos del asesinato de Rand a manos de Salt. A Vince le había resultado muy fácil tapar un asesinato anoche. ¿Había matado antes para su abuelo? ¿Había matado por orden de él a la chica que habían encontrado muerta en su coche? ¿O a esa la había matado por su cuenta?

Vince había demostrado ser metódico, concienzudo y perturbadoramente competente, pero Charlie no había tenido la impresión de que le gustara matar ni de que estuviera ansioso por volver a hacerlo. Le costaba imaginárselo haciendo daño a alguien por diversión.

Aunque claro, también le había costado imaginárselo en una de esas galas que solo se ven por la tele, vestido con un traje que probablemente costaba más que el coche de Charlie y bebiendo champán de la mismísima Champaña francesa. Cabía la posibilidad de que Charlie tuviera un grave problema de falta de imaginación.

—Háblame del tal Malhar —dijo Charlie para distraerse. Posey se encogió de hombros.

—Apenas sé nada de él. En el chat parecía majo.

—No te ofendas, Posey, pero en el Valle hay un montón de estudiantes universitarios que son solo eso: estudiantes. ¿Por qué crees que ese tío sabe mucho más que tú del tema? En fin, tú te tiras todas las noches investigando en internet. Seguro que has leído un millón de testimonios de sombras avivadas.

Posey frunció el ceño.

—Pero lo mío no es una investigación. La gente puede inventarse las cosas o exagerarlas para que le hagan caso. Los vídeos se pueden falsificar. Por mucho que haya leído, gran parte de las cosas que me parecían reales resulta que no funcionan. Él, en cambio, verifica la información. Tiene pruebas. —Posey se revolvió en su asiento con aire incómodo. Probablemente porque los asientos (al igual que el resto del coche) estaban hechos polvo—. A propósito…

—¿Qué?

Posey hizo una mueca.

—Es probable que yo también haya exagerado un par de detalles…

—Para que te hiciera caso. —Charlie contempló el cielo del atardecer por la ventanilla—. Pues parece que lo has conseguido.

Posey ya no dijo nada más hasta que cruzaron el puente Calvin Coolidge Memorial.

La Universidad de Massachusetts se alzaba como una ciudad sorpresa en mitad de la nada, con su estadio de fútbol americano, sus rascacielos, sus atascos y un Stonehenge en miniatura. Si te equivocabas de calle al visitar el mercadillo agrícola, de pronto te encontrabas rodeado por un enjambre de estudiantes que acudían

todos los años cual plaga de langostas, ávidos de cerveza y té de burbujas. Los universitarios eran el alma del Valle; aunque Charlie los detestaba, sabía que los necesitaba tanto como el que más si quería seguir trabajando como barman.

Y pronto Posey sería una de ellos y partiría rumbo a un futuro repleto de posibilidades. Al menos esa era la esperanza de Charlie.

Dejó el coche en un enorme aparcamiento señalizado con unas letras; tal vez querían decir que estaba en el sitio correcto, tal vez no.

Cuando salieron, Charlie volvió a lamentarse de que su cazadora de cuero fuera tan fina. A lo lejos, el sol descendía y se teñía de rojo. Desde allí se veía la granja de relámpagos de Sunderland, cosechando energía con sus siniestros chasquidos y destellos.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie.

—Es que no me imagino viniendo aquí todos los días —contestó Posey.

Se quedaron allí paradas unos segundos, hasta que finalmente Charlie le recordó a su hermana que ella era la única que sabía la dirección. Posey consultó su móvil con el ceño fruncido.

—Creo que tenemos que ir hacia ese estanque.

Se perdieron dos veces mientras merodeaban por el campus, cruzándose con grupitos de estudiantes con botas UGG y pantalón de pijama. Una mujer negra, con los ojos pintados como una profesional, estaba sentada en la entrada del centro de estudiantes, leyendo una traducción feminista de Beowulf. Un chico blanco intentó darle a Charlie el folleto de un festival de anime. Tres chicos vestidos con el chándal del equipo universitario pasaron corriendo.

Vince había estudiado en una universidad como esa, había asistido a conferencias y practicado esgrima. Una universidad más cara, de la que debería haber salido preparado para gobernar a los menos afortunados.

Lo había tenido todo. Dinero. Privilegio. Poder.

Por primera vez, Charlie se preguntó qué le había hecho renunciar a todo eso.

Madurai Malhar Iyer las estaba esperando en el vestíbulo de la biblioteca. Era un joven alto y de piel morena, con gafas de montura metálica y camisa de franela sobre una camiseta; su delgadez hacía sospechar que pasaba tanto tiempo estudiando que se olvidaba de comer.

—Yo soy Posey. Y esta es mi hermana Charlie.

Malhar las apuntó en el registro de visitantes y las condujo a una de las salas de estudio del fondo.

—Gracias por haber venido con tan poca antelación —dijo Malhar

mientras pasaban entre las estanterías de libros.

Posey asintió; era evidente que estaba un poco abochornada. Charlie se dio cuenta de que su hermana quería impresionarlo.

Malhar se quitó la bandolera, la dejó en la mesa y sacó su portátil y un cuaderno. Varios bolígrafos y una manzana salieron también rodando de la bolsa.

—¿Os apetece tomar algo? Hay máquina de café, aunque es bastante malo. El chocolate caliente está rico, pero he oído que una vez cayó una cucaracha hervida en el vaso.

Posey arrugó la nariz.

—Creo que paso.

—Me pido el café de cucarachas —dijo Charlie. El subidón del café bombón de Balthazar ya se estaba disipando; necesitaba algo para aguantar en pie.

—Enseguida te lo traigo. —Malhar titubeó antes de añadir—: Seguro que no tiene nada. Lo toma mucha gente.

Regresó con tres vasos, dos de café y otro de chocolate caliente. Charlie supuso que Malhar se sentía en la obligación de tomarse uno también, como el anfitrión que prueba el vino para demostrar a sus huéspedes que no quiere envenenarlos.

—Muy bien —dijo, carraspeando—. Posey, quiero que me repitas tu historia para que la pueda grabar. ¿Te parece?

Posey echó los hombros atrás.

—En realidad le pasó a mi hermana. Te dije que me pasó a mí porque no sabía si Charlie querría hablar de ello. Pero la he convencido de lo importante que es.

Malhar miró a Charlie, que se encogió de hombros.

—¿La de la sombra avivada eres tú? —El estudiante parecía perplejo.

No era de extrañar. Charlie se giró hacia Posey.

—¿La qué?

Su hermana parecía avergonzada.

—Es verdad. Por lo menos, le pasa algo. Anoche hacía cosas muy raras.

—Te voy a matar —dijo Charlie, poniéndose de pie—. Te voy a asesinar con mis propias manos. Nadie me lo echaría en cara. No puedo creer que me hayas traído a rastras hasta aquí…

Malhar levantó las manos, adelantándose para apaciguarlas.

—Podemos hacer unas pruebas.

Durante el trayecto, Posey le había dicho que había exagerado la historia, pero Charlie no se esperaba esto.

—De eso nada. Nos vamos. Mi hermana te está haciendo perder el tiempo. Solo quiere que le enseñes a avivar su sombra. Te dirá cualquier cosa con tal de convencerte.

—Espera —dio Posey, agarrándola del brazo—. Deja que le eche un vistazo. Cuéntale la historia.

Charlie se desembarazó de ella. Tenía ganas de volcar su vaso de café. De lanzar una silla.

Sin embargo, otra parte de ella se preguntaba si podía ser verdad que su sombra se había vuelto mágica. ¿No valía la pena dejar que su hermana siguiera con aquella farsa tan irritante si a cambio conseguían información útil?

—Vale. —Charlie volvió a dejarse caer en la silla—. Adelante. Analiza mi sombra. Haz lo que te dé la gana. Pero cuando veas que ha sido una pérdida de tiempo, no digas que no te lo he advertido.

Malhar le mostró su móvil.

—¿Pasa algo si lo grabo?

—Sí. Claro que pasa —le espetó Charlie.

—¡Venga! —la animó Posey.

—No hace falta que digáis vuestro nombre en la grabación —dijo Malhar—. Tampoco revelaré vuestra identidad en mis notas. Esto es solo para poder repasarlo después y asegurarme de que lo he entendido bien. Nadie más lo escuchará.

Charlie clavó la mirada en la pared, entre Malhar y Posey.

—Vale. Nada de nombres.

Malhar pulsó un botón y dejó el móvil en el centro.

—Vale. Bien, ya está grabando. Enseguida saldremos de dudas. Primero háblame un poco de ti. Tu edad y cualquier otro detalle que te parezca importante.

—Veintiocho años. —No quería dejar constancia de ningún otro dato—. No hay mucho más que contar.

—¿Y tú? —Malhar se volvió hacia Posey.

—¿Yo? —Posey, nerviosa, se estaba arrancando un padrastro del dedo. Ya se disponía a morderlo cuando pareció darse cuenta de lo que hacía y dejó las manos sobre la mesa, una encima de la otra.

—Tú también vas a salir en la grabación. —Malhar le sonrió para tranquilizarla.

Posey levantó un poco la voz, como si le diera miedo que la grabadora no la captara bien.

—Tengo veinticinco años. Soy su hermana y me dedico a las lecturas de tarot por internet.

—¿En serio? —preguntó Malhar.

Posey asintió y ladeó la cabeza.

—Podría echarte las cartas.

—Sí, a lo mejor me vendría bien. —Malhar parecía estar empezando a arrepentirse de todo aquello—. Os voy a explicar por encima el proyecto del que vais a formar parte. Empezó siendo un estudio etnográfico, un análisis cultural de los umbristas. Ya sabéis,

para conocer a fondo a esa comunidad. Me parecía importante, porque todavía hay gente que vivió la época en que el umbrismo era secreto o que solo lo conocían por las sombras alteradas que salían en las revistas.

»Pero a medida que hablaba con la gente, me empezaron a interesar cada vez más las sombras avivadas y su propia etnografía. Me sorprendió cuán variopinta es la percepción de las sombras en cada época y para cada grupo. Eso no encajaba en mi concepto inicial. La tesis empezó a… expandirse. Me puse a recopilar referencias históricas y a compararlas con los testimonios modernos. Y me hacían falta más entrevistas. He pasado mucho tiempo defendiendo mi tesis ante mis profesores. Y mis compañeros. Y mis padres.

—Deberían alegrarse de lo que estás haciendo —dijo Charlie—. ¿A la Universidad de Massachusetts no le interesaría abrir una facultad de brujería y magia algún día?

Malhar soltó un resoplido.

—Los físicos experimentan con sombras afóticas. Los folcloristas recopilan historias. Los biólogos le injertan la sombra de un gato a un ratón. Pero como yo soy etnógrafo, todos creen que estoy profundizando demasiado.

—Ah —dijo Charlie—. Entonces eres tú el que quiere abrir la facultad de magia y brujería.

Malhar sacudió la cabeza, pero sonreía.

—Sabes que voy a eliminar de la transcripción cualquier cosa que me haga quedar mal, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si yo digo algo que no quiero que quede grabado? —preguntó Charlie.

—Si quieres comentarme algo, pararé la grabación y seguiremos cuando termines —dijo Malhar—. ¿Quieres decir algo?

—Quizá —contestó Charlie.

Malhar esperó un momento. Al ver que Charlie guardaba silencio le hizo un gesto con la frente para invitarla a hablar, como si estuviera acostumbrado a entrevistar a bichos raros paranoicos. Finalmente, carraspeó.

—¿Me puedes contar qué fue lo que provocó el cambio de tu sombra?

Charlie bebió un sorbo de café mientras discurría una forma de contar la historia que no pudiera perjudicarla después.

—Un hombre entró en mi lugar de trabajo y usó su sombra para darme una paliza. Al principio la sombra estaba hecha de niebla, pero de pronto se convirtió en una especie de fusión entre un muñeco de papel con forma de persona y un agujero negro. Una silueta hecha de ausencia de luz, lo bastante sólida para tirar al suelo varias botellas de alcohol. Y luego…

Charlie se interrumpió al recordar cómo se le había metido en los pulmones y lo impotente que se había sentido. Apuró el vaso de café de un trago, con la esperanza de que su amargor la espabilara. Por desgracia, incluso los posos estaban aguados.

—Luego la sombra se me metió por la garganta. La notaba pesada y densa, como si me hubiera tragado un nubarrón. No me dejaba respirar. —Charlie examinó el esmalte cuarteado de la uña del pulgar para no tener que mirarlos a ellos—. Perdí el conocimiento, aunque por poco tiempo.

Pensó en lo que había oído al recobrar el sentido, en la voz tranquila de Vince al hablar con Hermes. Tan tranquila como cuando había hablado con Charlie en los escalones de la casa: Ojalá estuviera vivo para poder matarlo otra vez.

—Una cosa —dijo Malhar—. ¿A qué distancia dirías que la sombra logró separarse del cuerpo de su dueño?

—Llegó a estar a unos ocho metros, creo —le dijo Charlie, contenta de centrarse en detalles técnicos y no en sus emociones—. Pero por lo general se mantenía a menos de tres.

Malhar le hizo varias preguntas similares. Cada cuánto se había vuelto sólida. Qué grado de solidez había alcanzado. Si parecía estar conectada al umbrista. Si al umbrista parecía costarle esfuerzo o si le administró sangre en algún momento. Si Charlie había sangrado y, en caso afirmativo, si su sangre había distraído o interesado a la sombra.

Iba tomando apuntes de todo.

—¿Y la sombra habló en algún momento?

Charlie, sorprendida por la pregunta, negó con la cabeza. Los Estragos sí que hablaban, al menos algunos. Los más poderosos. Como Rowdy Joss, el responsable de la masacre de Boxford, o Xiang Zheng, que alrededor del año 220 d.C. solía dictar observaciones acerca del mundo a los eruditos, que lo consideraban un fantasma. La mayor parte de los Estragos tenían menos inteligencia que un animal, una pizca de astucia heredada de sus recuerdos humanos y mezclada con la locura que aquejaba a la mayoría.

Pero las sombras seguían uncidas a su dueño. No podían hablar, al menos por su cuenta. O eso pensaba Charlie.

Posey debía de estar preguntándose lo mismo.

—¿Es que pueden hablar?

Malhar titubeó; no parecía que estuviera decidiendo si contestarles o no, sino más bien cuál era la mejor manera de formular su respuesta.

—No sé hasta qué punto conocéis cómo funciona el intercambio de energía entre un umbrista y su sombra.

Posey frunció el ceño. Charlie sabía que a su hermana no le gustaba reconocer lo que no sabía, pero seguro que en este caso quería

obtener respuestas concluyentes.

—Cuéntanos —dijo Charlie.

—En estado de reposo, el ser humano promedio produce energía suficiente para encender una bombilla. O cargar un móvil. Cuando corremos, la energía que producimos podría hacer funcionar una cocina eléctrica. —Sacudió la cabeza—. Estoy siendo inexacto. Según la primera ley de la termodinámica, la energía no se crea ni se destruye. Nosotros no creamos la energía. La transformamos a partir de agua y alimentos. —Posey iba asintiendo a medida que Malhar hablaba—. Esa es la misma energía que se transmite a las sombras. Se parecen un poco a un parásito. El cuerpo produce energía sobrante y ese parásito mágico la absorbe. Cuanta más energía acumula la sombra, más poderosa se vuelve.

—Y consigues que haga cosas —adivinó Posey.

—Me he fijado en que tienes la lengua bífida —dijo Malhar—. Doy por hecho que has oído hablar de la conciencia bífida. Los umbristas entrenan el cerebro para poder controlar de manera simultánea su sombra y su cuerpo. Los ambidiestros tienen ventaja. Si ves a algún umbrista que no tenga la lengua bífida, lo más probable es que sea ambidiestro.

—Ya —dijo Posey con impaciencia. Para ella era información elemental.

—El problema es que una sombra avivada, por sí sola, apenas tiene capacidad para almacenar energía. Digamos que un umbrista quiere hacer algo que requiere más energía de la que posee su sombra. Puede abrir una conexión con su sombra y dejar que esta drene energía directamente del umbrista. Pero si deja abierto el vínculo demasiado tiempo, el umbrista morirá. Ahí entra en juego el alma bifurcada.

»Si un umbrista mete algo de sí mismo en su sombra, es capaz de crear una entidad independiente que almacena energía. La sombra se convierte en un reflejo, un segundo yo, un yo invertido. Pero cuanto más poderosa se vuelve tu sombra, más te controla ella a ti.

—Se convierte en un Estrago —dijo Charlie. Malhar asintió.

—Sí, cuando el umbrista muere. Pero yo estoy convencido de que tienen conciencia propia desde mucho antes.

Charlie recordó que Malhar decía que estaba estudiando la etnografía de las sombras; de pronto entendía que sus orientadores le dijeran que estaba profundizando demasiado. ¿Pretendía entrevistar a un Estrago? ¿Lo habría hecho ya?

—Eh… Vale, vamos a empezar con las pruebas —dijo Malhar, quizá porque se había fijado en la expresión de Charlie—. Quiero probar tres cosas, pero primero tengo que prepararlo todo.

—¿Vas a grabarlo en vídeo? —preguntó Charlie.

—Es parte de la prueba.

Charlie frunció el ceño al ver que Malhar sacaba un trípode y conectaba el móvil al portátil con un cable.

—Ni se te ocurra grabarnos la cara.

Malhar asintió con indiferencia mientras colocaba los aros de luz. Luego sacó una lanceta con un envoltorio plástico.

—Charlie, ¿te importa ponerte de pie? —preguntó cuando lo tuvo todo a su gusto. Charlie se levantó—. ¿Podéis decirme qué fue lo que os hizo pensar que tu sombra podía haberse visto afectada por la experiencia?

—Se movía de forma rara —dijo Posey—. No es que Charlie la estuviera controlando ni nada, pero estaba rara.

Malhar se volvió hacia Charlie.

—¿La alimentaste con sangre?

—Esa noche me hice varios cortes —explicó ella—. Y hoy, en el cuarto de baño, me he arrancado una costra. Así que no sé. Quizá.

Posey parecía sentirse traicionada, pero Charlie se negó a sentirse mal por no habérselo dicho; no estarían allí si su hermana no hubiera traicionando su confianza primero.

—¿Te importa pincharte el dedo? —preguntó Malhar—. Delante de la cámara.

—Vale. —Charlie sacó la lanceta del envoltorio, se clavó la punta en el dedo y observó la gota roja que brotó.

Los tres siguieron mirándola en silencio. No ocurrió nada. Finalmente Charlie se chupó el dedo.

—Vale, no ha funcionado. ¿Hemos terminado ya?

No sabía qué pensar. Ser una umbrista no era algo que quisiera, pero aun así sentía que había suspendido un examen.

—¿Puedes intentar hacer que se mueva? —preguntó Malhar, aunque seguramente sabía que era en vano.

Charlie se concentró. Era un poco ambidiestra, pero no sentía el cerebro especialmente bífido.

—¿Lo estás intentando? —preguntó Posey. Charlie la fulminó con la mirada.

—Vale, última prueba —dijo Malhar. Encendió los aros de luz.

El primero proyectó una gran sombra en la pared de la izquierda.

El segundo debería haber duplicado la sombra, pero no lo hizo.

Charlie la miró fijamente. No quería creer lo que veían sus ojos.

—¿Está…?

Malhar asintió y respondió, esta vez en voz baja:

—Tu sombra se está avivando. Todavía no ha completado el proceso, pero si sigues alimentándola con sangre uno o dos días más, se avivará del todo. Creo que nunca había visto ninguna en esta fase.

Charlie, con el corazón acelerado, no podía despegar la vista de la enorme sombra que se cernía sobre ella. Aunque sabía que formaba

parte de ella, no podía evitar que le diera un poco de miedo.

—¿Y qué hago?

—Puedes dejar de alimentarla —dijo Malhar—. Así volvería a la normalidad.

Charlie asintió.

—Pero eso no lo vas a hacer —intervino Posey, como si la sola idea le pareciera insultante.

Charlie tomó el tercer vaso, que nadie había tocado, y bebió otro trago de café aguado y tibio.

—O puedes convertirte en umbrista. —Malhar empezó a desmontar las luces con una sonrisa—. Hay gente a la que le incomoda el concepto de las sombras avivadas. Incluso hay grupos minoritarios que creen que no comprendemos su verdadera naturaleza.

Posey soltó un resoplido.

—Se refiere a esos que piensan que las sombras son demonios.

Malhar asintió.

—O alienígenas. Creen que nuestra mente tergiversa lo que ven nuestros ojos, porque la verdad es demasiado horrible para que la mente humana la comprenda.

—Pero Charlie no está loca —dijo Posey. Ella no estaba tan segura.

—Vale, ¿entonces qué son las sombras avivadas?

—¿En teoría? —dijo Malhar con cautela—. Seguramente hayáis oído hablar de la materia oscura, esa sustancia que evita que la gravedad haga trizas nuestra galaxia. Tiene que existir, porque de lo contrario todos los cálculos matemáticos se desmoronarían, pero nadie ha podido demostrarlo. Pues la energía oscura es algo todavía más teórico.

»La energía oscura se ha usado para explicar los fantasmas, pero se ajusta mejor a las sombras. En cierto sentido, se puede decir que las sombras son fantasmas de los vivos. Y al igual que los fantasmas parecen ser ecos de hechos traumáticos, se dice que las sombras afóticas surgen a partir de un trauma. Algunos profesores de aquí consideran que las sombras afóticas, al igual que los fantasmas, no están realmente vivas, sino que recrean recuerdos. Eso es una chorrada, por cierto.

—¿Afóticas? —dijo Charlie.

—Que crece en ausencia de luz —contestó Malhar con tono de disculpa—. Es el término que ha arraigado en los círculos académicos.

—¿Entonces las sombras se avivan mediante un trauma? —Posey parecía casi sin aliento ahora que habían llegado al tema de conversación que más le interesaba.

Malhar frunció el ceño.

—Eso parece, pero los traumas son algo tremendamente subjetivo. Circulan por ahí vídeos muy perturbadores de personas que hacen

cosas extremas e irresponsables para despertar a su sombra. Pero es poco probable que eso funcione, porque no tiene carga emocional. Un trauma es algo más que simple dolor.

Charlie miró de reojo a su hermana.

—¿Nada de ayahuasca, entonces?

Malhar soltó una carcajada.

Posey guardó silencio, avergonzada y enfadada.

—Deberíamos irnos ya —dijo Charlie, poniéndose de pie y procurando no parecer excesivamente contenta.

Malhar recogió su móvil de la mesa.

—Me gustaría volver a hablar contigo para supervisar el desarrollo de tu sombra. Espero que sepas que puedes fiarte de mí.

—¿Te puedo preguntar algo extraoficialmente? —dijo Charlie.

Malhar detuvo la grabación y frunció el ceño.

—Claro.

—¿Has oído hablar de un libro titulado Liber Noctem?

Él enarcó las cejas.

—¿El Libro de los Estragos?

Charlie asintió.

—Sé que hubo una subasta. Se decía toda clase de cosas sobre ese libro. Que lo había escrito un Estrago que había «capturado el aliento de la vida». Me gustaría poder echarle un vistazo. Es uno de esos libros que cualquiera querría tener la oportunidad de estudiar, como El tratado de Lucifer, el Codex Antumbra o el Fushi-no-Kage.

—¿Crees que alguno de esos rumores es cierto?

Malhar se encogió de hombros.

—¿Que lo escribió un Estrago, por ejemplo? Sería fascinante. Casi todos los libros sobre magia de sombras han sido escritos desde el punto de vista del umbrista. No me imagino cómo podría ser el punto de vista de la sombra, una sombra que se va volviendo consciente y aprende a seguir sus propios deseos.

Charlie no estaba muy segura de querer saberlo, pero ya empezaba a entender por qué querría leerlo otro Estrago.

Minutos después, Charlie y Posey atravesaban el campus en dirección al aparcamiento. Se cruzaron con varios grupos de estudiantes.

—¿Tú creías que mi sombra se estaba avivando? —preguntó Charlie.

Posey negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Claro que no. —Charlie metió las manos en los bolsillos de la cazadora—. Te lo habría dicho.

Posey resopló, como si tuviera sus dudas.

—Encajarías en este sitio —comentó Charlie, mirando a su

alrededor. Su hermana no dijo nada—. Lo digo en serio. Eres como ellos.

Posey pateó un montón de hojas húmedas.

—Apenas llegamos a fin de mes y, como tú misma sueles recordarme, si podemos pagar el alquiler es solo porque Vince paga la mitad. La universidad es un gasto estúpido. Además, ahora todo va a ser diferente. Eres una de ellos. Dentro de un año, cuando seas una sombría, podremos hacer lo que nos dé la gana. Si te empeñas, hasta me sacaré un título universitario inútil.

Charlie bajó la vista y miró el suelo con el ceño fruncido. Miró su sombra. Nunca se había imaginado un futuro en el que tuviera verdadero poder. Si con ello pudiera hacer feliz a Posey, incluso le habría hecho ilusión. Pero desde que eran niñas, parecía que Charlie siempre conseguía todo lo que Posey quería. La atención de su madre. Dinero en el bolsillo. Y ahora, magia de verdad.

Quizá se avecinaran cosas buenas, pero primero iba a tener que plantarle cara a Vince, el que la había traicionado, el embustero que tenía el libro escondido, su vínculo con Salt y con la violencia. Conocer los secretos de Vince era como tener el estómago lleno de moscas. En cuanto Charlie abriera la boca, no podría impedir que surgieran como una nube repugnante.

15
El pasado

Tras la muerte de Rand, Charlie estuvo varias semanas holgazaneando. Pasaba más tiempo con sus amigos del instituto. Iba a sus casas y salía de fiesta los fines de semana.

Durante años se había convencido de que era Rand quien la obligaba a participar en sus chanchullos. Pero ahora que se había quedado sin ellos, Charlie estaba que se subía por las paredes. Sentía que ella requería más intensidad que sus conocidos, una dosis más fuerte de adrenalina para poder sentir algo.

Seis meses después del entierro de Rand, Charlie terminó de nuevo en el Moose Lodge. Al verla entrar, Benny se echó a reír.

—Oh, venga ya, cielo —le dijo—. Este no es tu sitio. No queremos que se nos echen encima los inspectores escolares.

Charlie dejó la mochila en una mesa y se metió detrás de la barra. Comprobó la máquina de hielo, que sacaba los cubitos apelmazados; hacía falta usar el picahielos con ganas para poder separarlos. Le preparó a Benny un Martini como a él le gustaba: vodka frío en copa y varias aceitunas para suavizarlo.

—Quiero hacer un trabajo sola —le dijo mientras le pasaba la copa —. Y no quiero que sea para Knight.

Benny la miró con el ceño fruncido.

—Ahora son los sombríos los que contratan.

—Me vale —dijo Charlie, aunque habían empezado a sudarle las manos—. Pero cualquiera menos Knight.

Benny se encogió de hombros.

—El sobrino de Willie, Stephen, se ha metido a ladrón de sombras. Dice que es dinero fácil. Que se puede cortar una sombra igual que la correa de un bolso; solo hace falta un cuchillo de ónice de esos.

—¿Qué hace, atracar a la gente? —Charlie esbozó una mueca; se le había pegado el desprecio de Rand por los delitos que no requerían ningún talento.

—Le pagan doscientos cincuenta por sombra —dijo Benny—. Y veinte veces más si es una de esas sombras mágicas. Pero eso tiene más peligro. —Charlie asintió, pensativa. Benny la miraba con escepticismo—. Pero tú quieres dar un golpe de verdad.

Charlie enderezó los hombros.

—¿A qué te refieres?

—A la clase de trabajo que haríamos nosotros si aún estuviéramos en plena forma. ¿Conoces la casa-museo Arthur Thompson?

—Claro —contestó Charlie. Habían ido de excursión en su primer

año de instituto.

—Hay un grupo de umbristas jóvenes que han reunido dinero para contratar a alguien que se cuele dentro y robe una página concreta de uno de los cuadernos que guardan bajo llave en el museo. Por lo visto tiene algo que ver con el uso de las sombras como energía absorbible para alterar otras sombras y bla, bla, bla. Chorradas mágicas. ¿Te ves capaz?

Arthur Thompson, el inventor del aprovechamiento de las tormentas eléctricas, había inaugurado la primera granja de relámpagos hacía unos treinta años y se había hecho famoso mucho antes de la masacre de Boxford. Los profesores de Charlie, en un intento por proteger el legado de una leyenda local frente a la macabra curiosidad de sus alumnos, insistían en que había que recordarlo por lo primero y no por lo segundo.

Además de su interés por los relámpagos, a Arthur Thompson le fascinaba la magia de sombras. Un día, al toparse en la feria del condado con un puesto de fundamentalistas que creían que el umbrismo era obra del diablo, Arthur, como hombre de ciencia que era, se acercó con dos amigos de él para debatir.

En resumen, la discusión terminó a tiros, Arthur murió y su sombra se convirtió en un Estrago que mató a más de cien personas. Pero la casa había sido preservada tal y como la había dejado él, incluido su taller con todas sus libretas de apuntes.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Charlie.

Benny soltó un resoplido.

—Quinientos.

Charlie lo miró fijamente, tratando de calcular la comisión que se llevaba él.

—No parece gran cosa. Es el precio de dos sombras robadas.

Benny se encogió de hombros.

—Ya, es mejor que te ciñas a algo más sencillo.

Aceptó el encargo.

Charlie siempre se había considerado tan intratable como un erizo de mar, pero si quería ser una timadora del mismo nivel que Rand, iba a tener que mejorar su carisma. Una cosa era seguir sus instrucciones y otra distinta ser la responsable de todo el tinglado.

Practicó las bases. El timo del cambio: pagas unos chicles con un billete de veinte y luego mareas al dependiente para que te cambie nueve billetes de un dólar por un billete de diez mientras tú te guardas el cambio. Después «te lo piensas mejor», le das un billete de diez y recuperas el de veinte. Era una gilipollez, pero hacía falta tener labia y aparentar inocencia.

Luego el gato por liebre, un timo especialmente eficaz para una adolescente. Charlie fingía haberse encontrado por la calle un anillo que parecía de oro o de algún otro material valioso y preguntaba a un transeúnte si era suyo. Muchas veces ni siquiera hacía falta sugerirle al objetivo que aflojara veinte dólares a cambio del anillo; estaba tan seguro de que era él quien estaba engañando a Charlie que se los ofrecía él mismo.

Así fue aprendiendo cuánto debía sonreír, cuál era el grado correcto de timidez o de entusiasmo. Y se embolsó sesenta pavos, que no era poca cosa.

Ese sábado se preparó para su primer golpe sin Rand.

Una llamada a la Arthur Thompson le consiguió el primer dato que necesitaba. Averiguó qué grupos habían reservado una visita guiada por la casa-museo el lunes. Luego se pasó por la tienda de segunda mano que estaba más cerca del colegio católico que le había mencionado el personal del museo. Allí encontró un uniforme escolar. Parecía un poco apolillado y la dueña anterior había recortado bastante la falda, pero solo le costó doce dólares, blusa incluida.

En casa probó varios peinados. Si se hacía unas coletitas le daba la impresión de ir disfrazada. Se recogió el pelo en una cola de caballo alta, se puso unas medias negras y brillo de labios y empezó a mascar un chicle. Perfecto.

Entrar en la Arthur Thompson no sería ningún problema; al fin y al cabo era un museo abierto al público. Pero sería mucho más difícil colarse en un despacho cerrado y forzar la cerradura de una vitrina sin que nadie se diera cuenta. Y muchísimo más difícil arrancar una página de un libro y escapar con ella antes de que la detuvieran.

El lunes puso en práctica su plan. Le dijo a su madre que esa noche dormiría en casa de Laura y falsificó una nota de su médico para el instituto. Luego fue en autobús hasta Northampton. Vigiló desde una distancia prudencial hasta que vio desfilar a los estudiantes, esperó quince minutos y entró.

—Llego tarde —le dijo a la recepcionista, aparentando el mayor pánico posible—. Lo siento muchísimo. Me ha tenido que traer mi madre y me van a echar la bronca. Ya han entrado, ¿verdad? ¿Puedo pasar?

La mujer titubeó, pero solo un instante.

—Anda, pasa.

Charlie entró corriendo y se unió al grupo, aliviada de haber superado la primera fase. Encontró a la clase, pero procuró no acercarse demasiado hasta que pasaron al estudio de Arthur Thompson. Entonces Charlie se fundió con la marea de estudiantes para entrar. Esa era la parte más importante, porque la puerta tenía una alarma y solo podía entrar un grupo al mismo tiempo.

El profesor, un sacerdote joven con acento de Europa del Este, carraspeó.

—Ahora todos a escuchar con los oídos, no con la boca.

Charlie se escondió detrás de una librería.

Un guía del museo empezó a explicar la infancia de Arthur Thompson, las dificultades de Harvard en los años ochenta, y el accidente que había sufrido con el prototipo del mecanismo de recolección de relámpagos, que lo había dejado seis semanas postrado en el hospital.

—¿Fue entonces cuando su sombra se volvió mágica? —preguntó una chica.

El sacerdote la miró con severidad, pero el guía asintió.

—Creemos que sí, porque justo después empezó a estudiar magia de sombras. Participó en varios de los primeros foros e incluso desarrolló algunos cálculos sobre el intercambio de energía entre el umbrista y su sombra.

—¿Y qué le pasó? —preguntó un chico desde el fondo.

—¿No has leído la fotocopia, Tobias? —le preguntó el sacerdote.

—Me refiero a la sombra —explicó el chico—. A Rowdy Joss. Fue el nombre que se puso cuando se convirtió en un Estrago, ¿verdad? ¿Lo cazaron o algo así?

—La fotocopia no dice nada de eso —repuso el sacerdote—. Y no queremos hacer perder el tiempo al personal del museo.

—Yo vi el vídeo —insistió el chico—. En internet.

El guía del museo sonrió, aunque era una sonrisa algo tensa.

—Nadie sabe qué fue de la sombra de Arthur tras la masacre de Boxford. Se dijo que la transferencia de energía le había provocado amnesia o confusión. Pero recordad que Rowdy Joss no era Arthur. Arthur murió en la masacre de Boxford. Fue una víctima más.

Charlie escuchó el vaivén familiar de aquella conversación que el profesor y el guía se esforzaban por encarrilar. El grupo salió un cuarto de hora después, dejando a Charlie escondida tras la librería. Cuando la sala se vació, abandonó su escondite y se metió debajo del enorme escritorio de Arthur Thompson.

Mientras contemplaba el desfile de pies, pensó que debería haber entrado con el último grupo, en lugar de con el antepenúltimo. Pero tampoco tenía que preocuparse de no hacer ruido o moverse demasiado, porque a su alrededor había un barullo constante, una cacofonía de risas, chicles y explicaciones.

Por fin salió el último grupo. Oyó al personal del museo (dos personas en total) hablando fuera del estudio. Uno se echó a reír. Luego la invadió la angustia al oír el zumbido de una aspiradora.

Por suerte no entraron en el estudio. Al cabo de unos minutos dejó de oírse.

Charlie soltó un suspiro de alivio.

Escuchó los chasquidos de las cerraduras y los pitidos de las alarmas conectadas. Ya había anochecido. Charlie salió a gatas, más nerviosa de lo que esperaba.

Ya se había colado en muchas casas, pero esto era diferente. El menor sonido la sobresaltaba.

Después de respirar hondo varias veces para serenarse, encendió su móvil para iluminar la cerradura del expositor mientras la forzaba. Tuvo que intentarlo tres veces antes de que sus dedos se calmaran lo suficiente para abrirla.

Dentro encontró la libreta que buscaban los umbristas; era una de las que estaban expuestas. La hojeó hasta localizar una página que empezaba con el encabezado «Intercambio de energía de sombras». Sacó una cuchilla de afeitar de la mochila.

Pero cuando ya se disponía a cortarla, se sintió culpable. No le gustaba tener que destrozar un libro. Cuando era Rand quien se ocupaba de todo, Charlie nunca tenía dilemas morales. Rand era mala gente, y ellos hacían cosas malas y punto.

Charlie se comió una barrita de muesli que llevaba en la mochila mientras contemplaba la vitrina.

Se paseó por el estudio y miró las fotografías. Los bocetos originales de la granja de relámpagos de Arthur Thompson. Una carta de felicitación del gobernador. Y en un rincón, una carta cuyo remitente aseguraba ser un Estrago, escrita con una caligrafía fina y alambicada:

Para A. Thompson de la ciudad de Northampton.

Se empeña usted en contactar conmigo, pero le ruego que desista. En efecto, en la oscuridad habitan seres antiguos, pero le conviene que sigamos allí.

No me interesa en absoluto que me estudien. Pese a que mis orígenes se encuentran entre los de su ralea, yo ya he dejado de ser uno de los suyos.

Escrito el 23 de abril por Cleophes de York

Charlie frunció el ceño, preguntándose si el Estrago de Arthur Thompson seguiría por ahí, redactando cartas.

Finalmente Charlie le sacó una foto a la página del cuaderno con su móvil. La información era la misma; si era eso lo que querían, debería bastar. Intuía que estaba metiendo la pata, pero no tenía valor para cortar aquella página.

Luego se acercó a las ventanas, esperando poder salir por allí, pero también tenían alarma. Charlie se sentó en la silla giratoria del escritorio y se puso a dar vueltas. Jugó un rato con el móvil. Volvió a meterse debajo de la mesa y se echó a dormir un rato.

Y entonces vio algo en la ventana. En un rincón de la habitación,

una sombra se estaba deslizando por la pared. Charlie se acurrucó como pudo y contuvo la respiración.

La sombra siguió avanzando hasta que se detuvo frente a una hilera de baldosas negras que recorrían el suelo. Al cruzarla, la sombra se volvió más sólida. Durante un momento adoptó facciones humanas, las del sombrío que la controlaba. Tras dejar atrás las baldosas de ónice, llegó hasta la vitrina, se coló por la cerradura y la puerta se abrió.

La sombra se volvió sólida de nuevo, como si alguien le hubiera dado forma humana a la propia noche. Debía hacerlo si quería llevarse el libro. El corazón de Charlie latía con fuerza. Volvió a contener la respiración cuando la sombra pasó a su lado y escondió el libro en un rincón del despacho, dentro de una cesta de planos de arquitectura enrollados que probablemente fueran réplicas.

Mientras la sombra salía por la ventana, Charlie comprendió por qué no se había llevado el libro. La sombra, al igual que Charlie, no podía sacarlo por la ventana. Lo que sí que podía hacer era cambiarlo de lugar para que el umbrista llegara al día siguiente, se lo guardara y volviera a salir sin que nadie se enterara.

Casi había amanecido cuando Charlie se convenció de que la sombra no la estaba vigilando y se acercó a la cesta para mirar el libro.

Frunció el ceño. Era el mismo libro cuya página le habían encargado robar. De nuevo, y esta vez con cruel entusiasmo, Charlie abrió el libro y sacó la cuchilla.

Fuera quien fuere el umbrista que pretendía robar el libro, iba a llevarse una buena sorpresa cuando lo consiguiera. Ojalá se enfureciera. Charlie sintió el súbito e imprudente impulso de firmar su obra, pero se contuvo.

Al día siguiente, cuando el primer grupo de estudiantes entró en el despacho, Charlie sentía el vértigo de la victoria y unas ganas locas de mear. Mientras se marchaban, Charlie salió de debajo de la mesa y se escondió detrás de las librerías. Una clase más. Una visita guiada más. Y entonces escaparía.

El siguiente grupo entró en el estudio. Charlie le sonrió a un chico que se había detenido a su lado. Se limpió la boca con la mano y lo miró con el ceño fruncido.

—Tienes algo en…

El chico se frotó con los nudillos donde señalaba Charlie, que alargó la mano para ayudarle a limpiarse.

—Listo. Ya está —le dijo.

Charlie se mantuvo alejada de los profesores hasta que llegó el momento de salir. Intentó confundirse con los demás, caminando con la cabeza gacha. Al llegar a la puerta, oyó una voz:

—¡Oye! —Era una profesora—. Tú no eres de esta clase.

Ella se giró con gesto culpable y el pintalabios corrido. La mirada de la profesora fue hasta el chico de antes, al que Charlie le había manchado la boca con el mismo pintalabios.

—¡Keith! —exclamó la profesora. Y entonces Charlie ganó la puerta y salió del museo, ahora que tenía una excusa creíble para echar a correr.

Benny organizó el encuentro esa misma tarde, en el aparcamiento de una cafetería del centro.

Se presentaron tres sombríos veinteañeros. Una llevaba un vapeador en la boca. Otro traía un monopatín. A juzgar por cómo la miraban, nunca se les habría ocurrido contratarla de haber sabido que era tan joven.

—Aquí tienes tus trescientos —dijo la sombría del vapeador, meneando la mano con desinterés.

Charlie abrió la boca para protestar, pero otro la interrumpió con una sonrisa burlona.

—Lo tomas o lo dejas.

—Lo dejo —contestó Charlie.

—¿Y a quién se la vas a vender si no es a nosotros? —dijo el chico —. ¿Crees que alguien te hará un precio mejor?

Charlie se preguntaba si había sido uno de ellos quien había enviado a su sombra al Arthur Thompson para intentar adelantarse a sus compañeros. O quizá se habían ido de la lengua y alguien había intentado dejarlos con un palmo de narices.

Podía contarles lo que había pasado. Pero no le caían bien.

—Seiscientos o le prendo fuego. Y el precio sube cada vez que intentéis regatear.

Se miraron.

—Ni de coña.

—Setecientos.

Uno se echó a reír. Charlie sacó un mechero de su mochila y giró la rueda.

—Vete a la mierda —dijo el del monopatín.

Charlie le prendió fuego a la página, que se quemó enseguida mientras los sombríos gritaban. La brisa dispersó las cenizas, unas motas negras que daban vueltas en el aire como si fueran sombras.

Charlie sonrió con desdén mientras miraba a los tres sombríos, reprimiendo la oleada de cansancio por haber malgastado la noche, la frustración de haber perdido lo que ya creía ganado y la certeza de que a Rand nunca le habría pasado algo así.

—¿Tú sabes lo que has hecho? —le increpó la sombría del vapeador.

—Asegurarme de que nadie vuelva a intentar timarme —contestó

Charlie antes de darse la vuelta y alejarse, con la cabeza alta y los hombros rectos.

Esa misma noche subió a internet la foto que le había sacado a la página. A veces todavía la veía circular por ahí. Y sabía que era suya porque en una esquina se veía un trocito de su dedo.

16
Lamerte las heridas

Cuando Vince entró en casa, Charlie fingió estar dormida; respiraba despacio, con la mejilla y la nariz apoyadas en la almohada. Él se quedó tanto tiempo mirándola desde la puerta que a Charlie se le erizó el vello de la nuca.

Sabía que tenía que plantarle cara, pero no era el momento. Estaba muy cansada, y la rabia que debería sentir se había evaporado un tanto, dejándola llena de tristeza. No quería que Vince fuera el nieto de Lionel Salt, no quería imaginarse qué sería capaz de hacer con tal de mantener a salvo su identidad. Había asesinado a Hermes porque había reconocido a Edmund Carver. ¿También la mataría a ella?

No puede enterarse de que sé quién es, pensó. Al menos de momento. Pero aun así se imaginó a Vince tumbándose a su lado y asfixiándola con su propia almohada.

Se lo imaginó acercándose a la cama, con un cuchillo de cocina oculto a la espalda. Se distrajo al recordar que había comprado esos cuchillos en un TJ Maxx y que cortaban fatal. La última vez que había tenido que trocear una calabaza, había terminado usando el cuchillo como si fuera un serrucho. Qué forma tan mala de morir.

Y teniendo en cuenta lo rápido que Vince se había deshecho del último cadáver, no le costaría nada librarse de ella. Seguro que disponía de los disolventes adecuados para dejarlo todo tan limpio que la policía científica no encontrara ni una sola prueba.

Un escalofrío le recorrió los hombros. Se mordió el carrillo para no echarse a temblar.

Recordó lo que suele decirse de los asesinos. Era un tío muy tranquilo, hablaba poco. Eso describía perfectamente a Vince.

Se quedó quieta mientras Vince doblaba el pantalón y dejaba la camisa en el cesto de la ropa. Luego dejó su reloj de pulsera en la cómoda y puso a cargar su móvil.

A lo mejor debería adelantársele. No podía ser muy difícil incapacitar a alguien con quien compartías piso. Darle un tranquilizante para caballos. Envenenarle la comida. Atarlo a la cama con la excusa de echar un polvo. Y entonces podría interrogarlo. Obligarle a que lo confesara todo. Preguntarle todas las cosas que Charlie siempre había querido saber.

Y sin embargo, lo que anhelaba de verdad era que Vince se metiera en la cama y le tocara el hombro, que le dijera que sabía que no estaba dormida. Que la amaba con locura y que quería confesar todo lo que le había estado ocultando y el motivo por el que lo había

hecho. Era un anhelo infantil, el deseo de que el mundo no fuera el que era, de que las personas no actuaran como lo hacían. Era el deseo de una ingenua a punto de ser despojada de todo cuanto tenía.

Vincent Damiano no existe. Había estado tan ocupada procurando que Vince no viera lo que Charlie ocultaba tras su careta que no se había dado cuenta de que Vince era solo eso, una careta.

Un agujero en la cabeza, el corazón o la cartera. La maldición de la familia Hall.

Poco después Vince salió del dormitorio y apagó la luz. Charlie se quedó a solas en la oscuridad, con los ojos abiertos. Las farolas de la calle estaban encendidas. Detrás de la casa de los vecinos se alzaba el edificio de la antigua fábrica, también oscuro, bajo la moneda de plata de la luna.

No se quedó dormida hasta que la luz del alba tiñó de rojo el horizonte.

Cuando despertó, ya era por la tarde. Seguía sola.

Salió a trompicones de la cama y se asomó a la habitación de su hermana para asegurarse de que a Vince no se le hubiera ido la olla y la hubiera descuartizado. Posey estaba dormida, con un brazo echado sobre su viejo MacBook.

Charlie se puso una bata, fue a la cocina y se sirvió una taza de café tibio y amargo. Se guardó un cuchillo de carne en el bolsillo de la bata y esperó, con el estómago revuelto.

Había llegado el momento de hablar en serio.

Veinte minutos después, Vince entró con dos bolsas de la compra. Charlie no pudo evitar ver la casa con sus ojos de niño rico. Las cosas hechas polvo. Las manchas de grasa. El desorden.

En cuanto Vince le vio la cara, dejó las bolsas en la encimera, pero no se puso a guardar la compra.

—¿Ha pasado algo?

—Me has mentido —dijo Charlie, mirando fijamente sus ojos claros.

Aún no se había puesto a la defensiva, pero Vince parecía receloso.

—Yo…

—¿Intentas adivinar a qué mentira me refiero? Son tantas que te costará trabajo —le espetó—. Edmund Carver.

—No me llames así.

—¿Prefieres Remy? ¿O te da miedo que me oiga alguien? —Charlie creía que se sentiría fatal al plantarle cara, pero era genial poder soltar por fin toda la mala leche que llevaba dentro—. ¿Te resulta duro dormir en un colchón en el suelo, en lugar de en tus sábanas de mil millones de hilos?

Vince sacudió la cabeza.

—Te juro que te equivocas.

Pero cuando Charlie lo miraba, solamente veía al Edmund Vincent Carver de las revistas de sociedad y la expresión de desdén de sus ojos color humo. Solo hacía falta un poco de gomina en el pelo y un gesto más altanero para que fuera un completo desconocido. Si Charlie se hubiera fijado mejor, se habría dado cuenta: Vince había sabido distinguir un Vacheron Constantin desde lejos, sabía dónde veraneaba la clase alta y hasta le encantaban los cotilleos, joder. Por no hablar de que se creía capaz de asesinar sin que hubiera la menor consecuencia.

—Vaya, conque me lo juras. Entonces seguro que es verdad —dijo Charlie, prácticamente rugiendo.

—Quería empezar de cero. —Vince no levantaba la voz—. Quería dejar atrás toda mi vida anterior. No quería que me vieras como era antes.

—Muy buena frase. Pero no me explica por qué todos te creen muerto. Ni tampoco por qué hay tanta gente buscando un libro que tú robaste, incluido el tipo que ha intentado matarme. Qué pena que no lo escondieras en esa bolsa que guardas en el armario, con tu carné auténtico.

—¿Has registrado mis cosas? —Su tono frío resultaba inquietante, pero Charlie continuó. Todo su dolor se había transmutado en rabia.

—Eso es. He encontrado el carné. Y luego he leído en un artículo que asesinaste a una chica y luego te suicidaste. ¿Esperas que me sienta mal por haber invadido tu intimidad?

—Sí —dijo Vince, pasándose la mano por la cara—. Un poco. No sé.

—¿Y sabes qué? Oí todo lo que le dijiste a Hermes. Todo. En ese momento supe que me mentías. Y ahora sé por qué lo mataste: porque te había reconocido. —Vince volvió a sacudir la cabeza, como si así pudiera quitarse las palabras de Charlie de encima—. Adelante. Dime que no. Dime que no eres una persona de mentira, que lo nuestro no es mentira.

—¿Piensas eso de verdad? —Los ojos de Vince se encendieron con una furia que Charlie nunca había visto. Brillaban de rabia.

Eso la hizo titubear.

—¿Y qué quieres que piense? ¿A cuánta gente has matado para Lionel Salt?

—A mucha —contestó. Cerró los ojos.

Charlie lo miró horrorizada.

—¿También a esa chica?

Él negó con la cabeza.

—No, a Rose no.

—¿Y al hombre que encontraron en el coche? ¿Ese cadáver que

hiciste pasar por el tuyo? —Su voz sonaba tan fría e implacable como ella quería.

—No conseguía parar… —empezó a decir Vince.

—¿De matar? —le interrumpió Charlie—. ¡Tenía un hacha en la mano y se me resbaló! Otra vez. ¡Ups!

—Ya me voy —dijo Vince de pronto. Se dio la vuelta para entrar en el dormitorio.

—¿Prefieres irte a responderme? —le gritó Charlie.

Vince la ignoró. Apoyó una mano en la pared mientras caminaba, como si necesitara sujetarse. Pues claro que iba a irse. Pues claro que solo se quedaba mientras Charlie estuviera bien, mientras todo resultara fácil.

La gata lo siguió, meneando la cola con gesto acusador.

Charlie también lo siguió.

—Vale, ¿dónde está el Liber Noctem? ¿Qué me dices de eso? Todo el mundo quiere saberlo. Hermes también lo buscaba.

—¿Para qué, para que me lo robes? —preguntó Vince, abriendo un cajón de un tirón.

—No estaría mal —dijo Charlie desde la puerta, mientras Vince se ponía a guardar ropa en una bolsa de lona—. Seguro que ganaría mucha pasta.

Vince dejó lo que estaba haciendo.

—Para Salt esto es un juego. Y alguien está jugando con él. Quieren que seamos sus peones. Encontrar ese libro es lo peor que podría hacer cualquiera.

—Vale, explícate —dijo Charlie—. Dime lo que está pasando.

—No puedo.

—No quieres —le corrigió ella—. Nunca te he gustado, ¿verdad? Solo buscabas un sitio donde esconderte y lamerte las heridas. Nunca me has querido.

Vince la miró como si Charlie acabara de darle una bofetada. De pronto su expresión cambió y se convirtió en una casa cerrada a cal y canto, con las alarmas conectadas.

—¿Qué sabrás tú del amor? —le espetó, cargándose al hombro la bolsa de lona—. Yo no soy el único que ha mentido.

Charlie abrió la boca; se había mentalizado para responder por muchas cosas, pero eso no se lo esperaba.

—A lo mejor no te he contado todo sobre mí, pero eso no es lo mismo que fingir que eres otra…

—Tienes razón —gritó Vince, interrumpiéndola. Daba miedo verlo desahogarse después de tantos meses conteniéndose. En sus ojos había algo que le hacía pensar que él también estaba asustado—. No podía darte lo que necesitabas. Te he ocultado cosas. Sabías que algo no encajaba, aunque no supieras de qué se trataba. Ojalá pudiera decirte

que lo siento, que en el fondo siempre he querido decir la verdad. Pero no. Nunca he querido decir la verdad. Lo que quería era que mis mentiras fueran la verdad.

—Cuéntamela de todas formas —gritó Charlie, negándose a ceder —. Sé sincero ahora. Me lo debes.

—No. No quiero hacerlo.

—Vale, pues vete a la mierda. Sal corriendo. Tú eres así, ¿verdad? Vete a buscar a otra imbécil a la que embaucar.

La gata se abalanzó sobre Charlie, se le encaramó al tobillo y le mordió la pantorrilla tres veces seguidas.

—¡Ay! ¡Joder! —gritó ella mientras Lucipurrr bajaba de un salto y huía de la habitación—. ¿A ti qué coño te pasa, gata?

Vince sonrió y enarcó las cejas. Charlie se echó a reír. Al cabo de un momento estaba cabreada consigo misma por reírse y con la gata por ser una cabrona diabólica, pero no podía contenerse. Y en ese instante se preguntó si se estaría equivocando al pensar que no conocía a Vince, si habría una verdad más cierta oculta bajo las mentiras.

Vince todavía tenía en el rostro la sombra de una sonrisa mientras le daba la espalda, con la bolsa al hombro.

—No es lo que crees —le dijo desde el fondo del pasillo. No se dio la vuelta, así que Charlie no pudo interpretar su expresión. Pero en su voz no quedaba rastro de humor.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué te marchas?

—Porque es aún peor.

Minutos después, Charlie oyó el portazo de la mosquitera.

Tuvo que clavarse las uñas en la palma de la mano para no salir corriendo tras él. Oyó el motor de la furgoneta y el sonido de los neumáticos al hacer crujir el asfalto roto de la entrada.

Le dio una patada a la cómoda. Iba descalza, así que su pie salió peor parado que el mueble de madera prensada. Le dio otra patada.

Charlie era un desastre de tal calibre que su novio, al que había tomado por una buena persona, en realidad era un asesino que había fingido su propia muerte, además del nieto de la persona que ella más odiaba en el mundo. Y por si fuera poco, incluso un tío así la había dejado.

Charlie era un pozo envenenado hecho carne.

Le dio una patada por tercera vez a la cómoda, por si acaso.

Y sin embargo, no se arrepentía de nada. Habría ido a buscar la factura de todas formas. Habría llamado a la librería. Le habría susurrado en su penoso francés. Habría hurgado en sus cosas. Ese era su problema: Charlie Hall, incapaz de sentirse satisfecha hasta haberle dado la vuelta al último cadáver para que se viera hasta el último gusano.

No, no iba a ponerse a pensar en las últimas cuarenta y ocho horas. Iba a robarle el libro a Adam y luego lo delataría a Doreen, tal y como había planeado. Le apetecía atormentar al novio horrible de otra, ya que ella acababa de quedarse sin el suyo.

Recordó vagamente que no estaba bien querer hacer esa clase de cosas. Pero eso era antes, cuando Charlie intentaba ser buena persona.

Los problemas habían vuelto a encontrarla y ahora iba a recibirlos con los brazos abiertos. Y si resultaba que Adam tenía el Liber Noctem, si por casualidad se lo había robado a Vince, tanto mejor.

Iba a vengarse de todos. Así mataría el tiempo. Así se mantendría ocupada. Así mantendría a raya lo que sentía.

Si Charlie no podía ser responsable, prudente y buena, si nadie podía quererla y estaba condenada a ser una cerilla encendida, lo mejor era volver a buscar cosas que pudiera quemar.

17
No molestar

Una de las cosas maravillosas de los golpes era que absorbían toda su atención.

Cuando se disponía a robar o estafar a alguien, no podía ponerse a pensar en su sombra avivada, si era mejor alimentarla con sangre o dejarla pasar hambre para que regresara al letargo. Tampoco podía pensar en lo último que le había dicho Vince ni en cómo la había mirado al entrar en casa, cargado con las bolsas de la compra.

¿Qué sabrás tú del amor?

No podía pensar en que la compra había quedado en la encimera y seguramente se estaba echando a perder.

No, debía apartar todo dolor, preocupación o tristeza que sintiera. Posponer todos sus sentimientos hasta que el trabajo estuviera terminado.

Le dolía reconocer que Rand la había calado perfectamente desde el principio. Para Charlie los timos eran lo que el agua para un tigre: un respiro contra el calor.

Balthazar también tenía razón. Eso era lo único que se le daba bien.

En el aparcamiento del hotel MGM, Charlie se preparó lo más deprisa que pudo. Prebase en el párpado y sombra ahumada marrón oscuro en la cuenca. Delineador líquido en la línea superior, lápiz blanco en la línea de agua y lápiz negro enmarcando el resto del ojo. Lo remató con abundante máscara de pestañas, repasándoselas tres o cuatro veces antes de pegarse otras postizas encima.

Después de parpadear varias veces, mirándose en el retrovisor, se puso una base dos tonos más clara que su tez y la difuminó con los dedos. Luego añadió contorno bajo los pómulos y a los lados de la nariz con una brocha, siguió difuminando y continuó con el colorete y el iluminador. Cuando terminó parecía otra, con la nariz más fina y las mejillas más carnosas. Por último se puso la peluca pelirroja, se la fijó con horquillas y la peinó con los dedos hasta que quedó lo más natural posible.

Cuando volvió a mirarse al espejo, Charlie Hall ya no estaba. Y aunque no le gustara reconocerlo, eso era un alivio.

El hotel del MGM Springfield estaba a unos veinte minutos de Easthampton. El casino había abierto sus puertas hacía unos cuantos años, siguiendo la teoría de que traería dinero a una ciudad que lo

necesitaba desesperadamente. A pesar de los continuos artículos del periódico local que aseguraban que empeoraría la vida de los vecinos, nada podía detener las ruedas de la industria una vez que empezaban a girar.

El resultado era un almacén de máquinas tragaperras del tamaño de un estadio de fútbol, con sus correspondientes luces parpadeantes, su moqueta multicolor y su bar abierto casi toda la noche. Aun así, cuando Charlie entró en el hotel, le sorprendió encontrarlo al mismo tiempo industrial y acogedor.

Las paredes de ladrillo estaban forradas de librerías, con una biblioteca en forma de balcón justo encima del mostrador de recepción. Había grandes bloques de letras de imprenta colgados en la pared del fondo, detrás de los recepcionistas. Los sofás eran de cuero marrón, como los que uno se imagina en el despacho de un profesor universitario. Aquella fusión entre Las Vegas y una estación de tren no le desagradaba nada.

Sin embargo, al primer vistazo advertías que estaba poblado por la misma fauna que cualquier otro hotel de casino: gente que venía a pasárselo bien con sus amigos o para olvidarse de su vida durante unas horas, rodeada de buscavidas decididos a aprovecharse de sus ganancias. A Charlie tampoco le desagradaba eso.

En uno de los salones debía de haberse celebrado una boda de tarde, porque había niñas correteando por ahí, vestidas de blanco, con el pelo recogido en trenzas con florecillas. En un extremo de la barra charlaban varias personas vestidas de punta en blanco, incluidas dos mujeres con magníficos sombreros.

Charlie se sentó en un sillón de la biblioteca, lo bastante lejos para que nadie la oyera, y llamó a la habitación de Adam. Sonó cinco veces y saltó el contestador. Adam no estaba en la habitación.

Luego buscó discretamente la ubicación de las cámaras de seguridad y entró en el ascensor. Mientras, recordó lo que había dicho Vince.

Ojalá pudiera decirte que lo siento, que en el fondo siempre he querido decir la verdad. Pero no. Nunca he querido decir la verdad. Lo que quería era que mis mentiras fueran la verdad.

La propia Charlie había pensado algo parecido más de una vez, pero nunca se lo había confesado a nadie.

Procuró no mirar a los ojos a los demás ocupantes del ascensor (un repartidor de pizza y dos chicas que venían de la piscina, con el pelo mojado y sendas toallas) y trató de aparentar una actitud benevolente, aburrida y ligeramente disoluta. Se bajó en la octava planta y siguió los letreros hasta detenerse frente a la habitación 455.

Había un cartel de «No molestar» colgado del picaporte; lo quitó y se lo guardó en el bolsillo del abrigo. Llamó a la puerta para

asegurarse. No se oía nada en la habitación.

Cada vez mejor.

Charlie era plenamente consciente de que había perdido su oportunidad de dar un golpe rápido y preciso anteanoche. Esto iba a ser un poco más complicado. Aun así, entre ella y el éxito tan solo se interponía una puerta.

Charlie sabía de una ladrona que había entrado en ropa interior en el vestíbulo de un hotel, con un cubo de hielo en la mano, apestando a alcohol y diciendo que se había dejado la llave dentro de su habitación para conseguir que le dieran una llave «de repuesto». Ella no se veía capaz de hacer algo así, y tampoco le interesaba que todos se acordaran de ella. Su plan actual era menos espectacular, pero las probabilidades de humillación también eran menores.

En todos los hoteles (salvo en los más lujosos de las grandes urbes) hay una sala con un dispensador de hielo y, si hay suerte, una máquina de refrescos. En esas salas nunca hay cámaras. Charlie entró en la de la octava planta y llamó a recepción desde allí.

—Hola. ¿Me puede pasar con el servicio de limpieza?

—Un segundo —contestó una voz de hombre.

El teléfono sonó dos veces más. Contestó una mujer que la saludó a regañadientes.

—Soy Shirley, de la 450 —dijo Charlie, poniendo un fuerte acento de Long Island—. ¿Pueden mandar a alguien a limpiar mi habitación?

La mujer dijo que sí y Charlie cortó la llamada. La excitación ya le estaba acelerando el pulso; era una sensación similar a beberse un café de un solo trago. No había peor cura para un ego herido que poner a prueba tu ingenio y tu valor contra el universo.

El universo siempre terminaría ganando, pero quizá hoy no.

Cuando más deprimida estaba, Charlie había ido a ver a una psicóloga y le había confesado una lista muy resumida de problemas. Le había recomendado que practicara mindfulness, que consistía en «centrarse en el momento presente» y «no obsesionarse con los errores del pasado» ni con «los que planeas cometer en el futuro». A Charlie se le había dado bastante mal en la consulta de la psicóloga y la app de mindfulness que se había descargado tampoco había servido de mucho, pero ahora, en mitad de un golpe, creía entender lo que se sentía al practicar esa técnica.

Estaba plenamente centrada en el momento presente.

Después de veinte tensos minutos, una chica de pelo morado salió del ascensor y avanzó por el pasillo, empujando un carrito lleno de toallas.

Charlie inspiró hondo, salió de la habitación y pasó al lado de la chica. Al hacerlo, fingió un tropezón y le dio un pequeño codazo mientras sus dedos se apoderaban de la tarjeta maestra que llevaba en

el bolsillo del uniforme. Se la guardó en el suyo y sacó un caramelo de canela, tal y como le había enseñado la señora Presto.

Cabía la posibilidad de que la chica se acordara de Charlie cuando viera que le faltaba la tarjeta, pero tenía pensado estar muy lejos para cuando los vigilantes de seguridad decidieran llamar a la puerta.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la chica.

Charlie se echó a reír.

—He bebido un poquito en la boda.

Tres puertas más y entró en la habitación de Adam.

Enseguida comprobó que el cartel de «No molestar» llevaba bastante tiempo puesto. El suelo de parqué estaba sembrado de ropa, y al lado del moderno televisor de pantalla plana había una gran botella de plástico de vodka barato, destapada y medio vacía. La habitación olía a tabaco rancio; Adam había desconectado el detector de humo, cuyos cables pendían del techo.

Ahora solo tenía que encontrar el libro.

En la mesilla de noche solo había una caja de condones. En el cuarto de baño, diversos productos para el cabello, loción de afeitado y colonia. El cajón solamente contenía un vapeador dorado.

Mientras recorría la habitación, no pudo evitar recordar que ella misma había registrado su propio dormitorio apenas un día antes.

Ese recuerdo la llevó hasta el armario ropero. Lo abrió, pero dentro solo había un abrigo. Metió la mano en los bolsillos. Un papel.

Charlie lo desplegó; era un recibo de la tienda de empeños Murray's. Adam había sacado setecientos pavos por un anillo. Hum. La descripción decía: Anillo cóctel de mujer, oro rojo envejecido, gema de repuesto. Doreen tenía un anillo como ese; lo había heredado de su abuela.

No debería sorprenderle que Adam se lo hubiera robado a Doreen. Cuando empezabas a quedarte con lo que no era tuyo, cuando te dabas cuenta de que solo necesitabas decir lo que los demás querían oír para conseguir lo que quisieras, era fácil buscar excusas y muy difícil parar.

Rand solía decir que los timadores vivían en la periferia de la sociedad y que no perdían la sonrisa por muy mal que se pusieran las cosas. En ese momento le había parecido algo romántico.

Pero ahora Charlie veía la inmensa inseguridad que lo suscitaba. La necesidad constante de ser el más listo. La certeza de que no se puede ganar siempre se convertía más en un aliciente que en un aviso.

Charlie se preguntó en qué se había metido Adam y cómo podía haberle ido tan mal para necesitar dinero cuando ya tenía un libro que vender.

Para las personas normales, las tiendas de empeños servían para conseguir dinero rápido con el que superar una mala racha; confiaban

en reunir el dinero necesario antes de la fecha límite y poder recuperar la vajilla de la abuela, el anillo de bodas o lo que fuera. Para los delincuentes, en cambio, las tiendas de empeños eran una forma decente de mover objetos robados. Charlie conocía la tienda de Murray's; ella misma le había vendido unas cuantas cosas.

Con el recibo, podía recuperar el anillo; solo le hacían falta setecientos dólares. No los tenía. Y aunque los hubiera tenido, no se los habría gastado en eso.

Charlie se lo guardó en el bolsillo. Quizá Doreen pudiera llevárselo a la policía. Estaba prohibido vender objetos robados en tiendas de empeños, pero las redadas ocasionales eran el precio que pagabas por dedicarte a hacer la vista gorda casi siempre.

Al menos Charlie ya tenía algo que enseñarle a su clienta.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando se fijó mejor en el abrigo. Colgaba de forma extraña, como si hubiera algo pesado tirando de la zona de la espalda. Charlie palpó el forro hasta que notó algo duro.

Duro, rectangular y… hostia.

Charlie sacó su navaja y cortó con cuidado el forro hasta que el objeto le cayó en las manos: era un cuaderno de tamaño A-5 con tapas de piel. Aquel no era el antiguo Libro de los Estragos. Era un cuaderno moderno, de los que se podían comprar en cualquier papelería. El texto estaba escrito con bolígrafo.

La primera página decía: La miríada de observaciones de Knight Singh. Charlie se lo quedó mirando.

Aquel era el libro que Balthazar le había propuesto buscar y robar la noche que Doreen había ido a verla al Rapture. La noche que habían asesinado a Paul Ecco.

Su perplejidad no dejaba sitio a la decepción.

¿Por qué los apuntes de Knight eran tan importantes que Adam necesitaba usar como intermediaria a Amber, la de la melena castaña? ¿Quién era ese posible comprador con el que Adam creía que Balthazar no querría hacer negocios?

Charlie tuvo un mal presentimiento.

En fin, quizás Adam había sido lo bastante listo para apoderarse de los apuntes de Knight, pero no para conservarlos. Charlie se guardó el cuaderno debajo del vestido, enganchándolo entre el aro del sujetador y su piel para que no resbalara.

Hora de largarse. Ya se dirigía a la puerta cuando oyó el inconfundible clic metálico de la cerradura al abrirse con una tarjeta magnética.

Charlie se lanzó hacia el cuarto de baño y se metió en la bañera justo cuando la puerta se abría. Se acuclilló y trató de mover la cortinilla sin hacer ruido para que la ocultara lo mejor posible. No había sido su mejor jugada.

Oyó la voz de Adam dentro de la habitación:

—Sí, apuesto seiscientos. ¿Me juras que está amañada?

Charlie oyó el chasquido de un mechero y olió el cigarrillo al prenderse. Ya empezaba a acusar el esfuerzo de estar allí agachada; tenía que agarrarse al borde de la bañera para mantener el equilibrio y la esquina del cuaderno de Knight Singh se le clavaba en el abdomen.

—Sí, una exacta combinada por Vantablack y Wild Mars Rover. —La voz de Adam adoptó de pronto un tono más respetuoso—. Sí, claro que me fío de ti. Por supuesto. —Charlie trató de contener la respiración para distinguir mejor lo que decía—. Cuando haya ganado catorce mil, el libro es tuyo. Mi chica me va a recibir como a un héroe.

Le habría parecido mucho más tierno si Adam no llevara varios días pasando olímpicamente de Doreen y de su hijo ni le hubiera robado el anillo. Al menos Charlie ya entendía para qué lo había vendido. Le habían ofrecido un chivatazo de una apuesta amañada a cambio del cuaderno.

Knight había sido miembro de la Cábala, un órgano de gobierno de los umbristas locales. Aparte de eso, Knight también había dirigido una pequeña organización que andaba metida en muchas cosas, como los robos de obras de arte y la corrupción política. Casi todos sus empleados eran titiriteros.

Sin él, seguramente habría un vacío de poder en la cima. El bagaje de conocimientos de Knight resultaría muy útil para cualquiera que aspirara a ocupar su trono. Otro titiritero que usaría a su sombra para manipular el mundo. Para frenar un puñetazo en un combate de boxeo. Para dar un volantazo en una curva. Para hacer tropezar a un caballo en plena carrera. Otro titiritero sobrado de ambición y corto de dinero.

Quizá no fuera un mal trato, pero lo que estaba claro era que había sido un trato improvisado. Adam parecía tener muchísima prisa por deshacerse del cuaderno.

—Se lo robé a Raven —dijo desde la habitación. Charlie oyó el chirrido de los muelles de la cama—. No sé si llegó a leerlo.

Empezaban a temblarle las piernas. Podía arriesgarse a sentarse en la bañera, pero luego le sería imposible levantarse con rapidez. O podía quedarse como estaba y rezar por que no se le agarrotaran los músculos, porque entonces le resultaría aún más difícil echar a correr, llegado el caso.

Con el ceño fruncido, miró su sombra proyectada en los baldosines blancos. Otra cosa que podía delatarla.

La gata la había mordido esa tarde. ¿Esa sangre habría sido suficiente para completar el avivamiento? Si una silueta sombría se

cernía sobre Adam, este huiría de la habitación como alma que lleva el diablo. Seguramente no pararía hasta llegar al vestíbulo, gritando como un poseso e imaginándose que un umbrista furioso iba tras él.

Muévete, le ordenó mentalmente a su sombra. Haz algo.

Su sombra permaneció donde estaba.

Venga, anda, pensó. Vuélvete mágica.

Inerte.

Lo harías a cambio de sangre, ¿verdad? Si te lanzara una servilleta con sangre, irías como un perro detrás de un palo.

O como un perro detrás de una servilleta con sangre.

Por favor. Pero no ocurrió nada. Y cada vez le dolían más las piernas. ¿De qué me sirves entonces?

Charlie decidió arriesgarse. Apoyó la mano en la pared de baldosines y se levantó muy despacio. De pie aguantaría más tiempo escondida, pero si Adam entraba en el baño, la vería sin remedio.

Antes no le había oído echar el cerrojo de seguridad. Si salía de la bañera y cruzaba corriendo la habitación, lograría salir antes de que Adam tuviera tiempo de levantarse de la cama. El problema era que iba a ser casi imposible salir de la ducha sin hacer algo de ruido. Si Adam encendía el televisor, podía intentarlo.

Adam estaba hablando por teléfono otra vez.

—Sí, me ducho enseguida y nos vemos en el bar.

Charlie tenía que salir de esa habitación inmediatamente.

Despacito y con cuidado, sacó su móvil del bolsillo.

Adam ya había encontrado otra forma de mover el cuaderno, así que un mensaje de Amber no llamaría su atención, suponiendo que no la hubiera bloqueado. Quizá podía enviarle un mensaje desde el otro móvil, avisándole del robo de su tarjeta de crédito o haciéndose pasar por el gerente del hotel. Pero si Adam decidía llamarla, Charlie no podía contestar desde la bañera de su propia habitación.

Hizo una lista mental de todas las personas que conocía y de qué cosas podía convencerlas. Quizá pudiera pedirle a Barb que llamara a Adam y le dijera que había llegado un paquete para él y que tenía que bajar a firmar el albarán. O podía llamarlo Posey para decirle que su coche estaba ardiendo.

Y entonces se acordó de la única persona que con toda certeza podía conseguir que Adam se levantara y saliera de la habitación. Doreen.

Oyó a Adam hurgando en los cajones.

El muy cabrón ha empeñado el anillo de tu abuela, le escribió Charlie.

Al principio no hubo respuesta. Charlie empezó a sudar.

Entonces llegó el mensaje de Doreen: Qué hijo de puta. Me lo voy a cargar. ¿Dónde está?

Charlie sonrió y le escribió tan deprisa como pudo: Hotel MGM, habitación 455. Está allí ahora mismo, por si te apetece cantarle las cuarenta.

Hubo una larga pausa. Charlie apoyó la mano en la pared.

Doreen respondió: ¿Estás con él?

Si había algo de lo que Charlie estaba segura era de que Doreen no soportaba tener que esperar. Se había puesto nerviosa en el Rapture y había demostrado impaciencia en cada uno de sus mensajes. Ya en el instituto se pasaba las clases dando toquecitos en la silla de Charlie con el pie y jugueteando con el bolígrafo.

Así que Charlie se limitó a no contestar. No habían pasado ni treinta segundos cuando sonó el teléfono fijo de la habitación.

Adam contestó. Se hizo un largo silencio.

—¿Cómo sabes dónde estoy? ¿Que ya vienes de camino? Espera, cariño. ¿Quién te ha dado el número de la habitación?

Charlie lo oyó acercarse al cuarto de baño, así que se agachó de nuevo para esconderse. Lo oyó mear en el retrete. Soltó dos palabrotas, le dio un patadón a la pared y salió de la habitación. Charlie oyó el portazo y el chasquido de la cerradura eléctrica.

Con las piernas agarrotadas y temblorosas, Charlie salió de la bañera agarrándose al toallero y avanzó a trompicones hacia la puerta. Tenía ganas de abrirla de un tirón y echar a correr, pero se obligó a contar hasta cincuenta. Cuando terminó, salió al pasillo y se dirigió a las escaleras. Bajó los escalones de dos en dos. En la quinta planta tuvo que parar y respirar hondo unas cuantas veces. El pánico la hacía jadear y se estaba mareando.

Una vez en el vestíbulo, salió del hotel con la cabeza alta y la vista fija en la puerta. Aun en el caso de que Adam conociera a Charlie, ahora llevaba peluca. Seguramente habría conseguido cruzarse con Doreen sin que esta la reconociera.

Al salir, la recibió el aire fresco y frío del otoño. Inspiró hondo y sintió el subidón de adrenalina pura que la invadía cuando un golpe casi había concluido. Y ahora, con el cuaderno de Knight Singh escondido bajo el sujetador, ante sí se abría la promesa de un nuevo trabajo.

Diez minutos después estaba aparcando demasiado pegada a la acera de Meadow Road, delante de Murray's Fine Jewelry. Si recuperaba el anillo de Doreen, podría usarlo para negociar el aplazamiento de la fecha de pago de Posey. Y también para aplacar a Adam por haberle robado el cuaderno.

—Charlie Hall —la saludó Murray cuando sonó la campanilla de la puerta. Charlie observó aquellas estanterías polvorientas tan familiares —. ¿Qué me traes?

Murray era un hombre menudo y pelirrojo, con unas gafas de

montura metálica que hacían que sus ojos parecieran descomunales. Charlie le vendía objetos robados desde los quince años, cuando Rand había decidido que era importante que se familiarizara con el «motor» del negocio.

Charlie se acercó al mostrador y echó un vistazo a los anillos.

—¿Me enseñas ese de ahí?

Murray entornó un poco los ojos, pero sacó la bandeja.

Charlie señaló el anillo de Doreen.

—Este anillo es robado, ¿sabes?

Murray enarcó las cejas.

—Vaya por Dios.

Charlie suspiró. Seguramente Doreen llamaría a la policía, pero rara vez se metían en discusiones domésticas sobre bienes comunes.

—Te lo cambio por el resultado de una carrera de caballos amañada.

Murray se echó a reír.

—¿Pretendes que apueste a los caballitos? ¿Y qué pasa si pierdo? ¿Me lo vas a devolver? Me caes bien, niña, pero yo no trabajo con futuribles.

—Es una exacta combinada por Vantablack y Mars no sé qué —continuó Charlie, girando el anillo entre sus dedos y admirando el brillo de la gema y el lustre del oro—. Venga, una casa de empeños se parece un poco a una de apuestas.

—Si sabes lo que haces, no —gruñó Murray—. La gema es falsa, por cierto.

—Hum. —Charlie se acercó el anillo a la cara para inspeccionarlo mejor. Las pequeñas púas que fijaban lo que había tomado por un diamante presentaban un color distinto del resto. Un dorado demasiado amarillo y brillante.

—¿Lo sabe Adam? —preguntó Charlie.

Murray negó con la cabeza.

—¿Adam? Él mismo me vendió la gema hace años.

—¿Y entonces por qué le has pagado tanto por el resto del anillo?

¿Doreen consideraría que Charlie había recuperado el anillo si se enteraba de que el diamante auténtico había desaparecido?

—¿También sabes cuánto le di por él? —Murray soltó un resoplido —. Para tu información, le pagué por el oro. Veintidós quilates. Por eso el aro está tan gastado. Es demasiado blando para que no se dañe con el uso diario.

Charlie le mostró su mejor sonrisa de alumna aplicada.

—Vamos, el chivatazo es bueno. Mejor que el anillo, por lo que me cuentas.

Murray gruñó, abrió el portátil y empezó a teclear. Charlie se colocó el anillo en el segundo nudillo del dedo corazón y se puso a

curiosear por la tienda.

En otra vitrina había un muestrario de objetos de ónice. Anillos, pendientes, collares, una red de cuentas de ónice pulido y unas esposas con franjas de ónice. Al lado había unos guantes parecidos a los de Odette, pero las garras eran de piedra negra en lugar de metal. También había unos polvos que se añadían al pintauñas o al pintalabios, varios dientes postizos y un gran surtido de cuchillos de ónice tallado. Había uno muy grande colgado detrás de la caja registradora. Ese era el otro negocio de Murray: vender protección contra las sombras.

—Aquí está la carrera que decías. Wild Mars Rover. ¿Hasta qué punto estás segura?

Buena pregunta. Adam parecía convencido, pero Adam era un imbécil.

—Al ciento por ciento. —No valía la pena andarse con ambigüedades: si perdía, Murray se enfadaría con ella de todas formas.

—Muy bien. Devuélvele el anillo a tu amiguito. Pero si esto no sale bien, me deberás el doble de lo que pierda. Y me lo pagarás con algo fácil de mover, como gemas en bruto o sombras robadas. ¿Trato hecho?

—Sí —respondió Charlie, encajándose del todo el anillo en el dedo y señalando los cuchillos negros—. ¿Vendes muchos de estos?

—Cada vez más. Toda precaución es poca. El ónice corta hasta la noche, como dice la gente.

—¿Cuánto valen?

Murray le dedicó una sonrisa bondadosa y paternal.

—Lo cargaré a tu cuenta. Es mejor que te lo venda alguien de fiar. Por ahí se vende mucho cuchillo de resina pulida que imita la piedra.

—Gracias —respondió Charlie.

Murray sacó uno de los cuchillos de la vitrina, lo envolvió en un paño y lo guardó en una bolsa.

—Espero que esos caballos cumplan.

—Y yo.

Al salir de la tienda, Charlie se fijó en que uno de los ladrillos que formaban el umbral era de color negro brillante. Ningún titiritero podría hacer pasar una sombra por esa puerta.

Una vez en el coche, sentada tras el volante, Charlie abrió la bolsa y sacó el cuchillo. Tocó el lateral con el dedo. No estaba especialmente afilado, porque la piedra no podía afilarse tanto como el metal.

El ónice corta hasta la noche.

Charlie no había vuelto a llevar un cuchillo de ónice encima desde que había dejado de robar a los umbristas, y el que tenía se había partido y le faltaba un buen trozo. Incluso sin filo, un cuchillo de

ónice era un arma excelente contra las sombras. El ónice las debilitaba y las obligaba a volverse sólidas para poder herirlas.

Ahora que Vince ya no estaría cerca para partirle el cuello al personal, Charlie iba a necesitar ese cuchillo.

El trabajo había terminado y ya nada le impedía pensar en él. No había forma de evitar el puñetazo en las tripas al recordar que se había ido. No había forma de evitar la tristeza que se cernía sobre ella para asfixiarla.

Pero al menos Vince se había enterado de que Charlie Hall no era ninguna tonta. No era una incauta.

Edmund Vincent Carver. Sacó su móvil y volvió a mirar atentamente la foto del carné de conducir, como si así pudiera conocerlo de verdad. La dirección que figuraba era de Springfield, justo donde estaba Charlie.

Ya que estaba, podía pasarse por allí.

El bloque de apartamentos era más bien pequeño, cuatro plantas de techo alto con fachada de ladrillo viejo. Además de por la pátina, la antigüedad del edificio resultaba evidente por el tamaño inusual de las ventanas: todos los aparatos de aire acondicionado que sobresalían estaban sujetos a las ventanas en ángulos forzados para que cupieran correctamente.

Charlie subió los escalones que llevaban a la puerta. El interfono tenía diez botones. Con los tres primeros no obtuvo respuesta. El cuarto y el quinto no conocían a ningún Edmund Carver. El sexto respondió con un malhumorado «hola».

—Traigo un paquete para Edmund Carver —dijo Charlie—. Tiene que firmarme el albarán.

—No vive aquí. —La voz era de hombre.

—Bueno, pero quizá podría dárselo usted. —Si le abría la puerta, Charlie se las arreglaría como fuera para entrar en el piso y se negaría a marcharse hasta que le dijera algo—. Me vale con su firma.

—Ya le he dicho que no está aquí. Murió.

No era muy convincente empezar con «no está aquí» y terminar con «murió». Charlie decidió jugársela.

—Mire, lo del paquete era mentira. Soy amiga de él y lo estoy buscando…

—Largo de aquí. —Empezó a temblarle la voz—. No quiero saber nada. Os digo lo mismo a todos: yo no sé nada. Él casi nunca dormía aquí y no se dejó nada en el piso. Largo de aquí.

El interfono dejó de chisporrotear. Charlie volvió a pulsar el botón varias veces, pero no hubo respuesta.

Se volvió hacia su coche, pero decidió rodear el edificio hasta la parte trasera, donde estaban los contenedores de basura. No le costó mucho encontrar uno con publicidad dirigida al apartamento 2B entre

el café molido, las cáscaras de huevo y los paquetes de comida a domicilio. Un catálogo de ropa quirúrgica, apenas manchado de sopa rancia, tenía un nombre impreso en la parte trasera: «Dr. Liam Clovin».

18
El pasado

Nazco siendo una voluta, efímero como el humo de un cigarro. Me nutro de sangre, de sobras de horror y repulsa. De deseos vergonzosos. La quiero a ella. Lo quiero a él. Quiero eso.

Atrapa la pelota, me dice, y yo la atrapo. ¿Son mis manos o las suyas?

Persígueme, me dice. Búscame. Es demasiado fácil. Para perderlo, tendría que perderme yo.

Quiere que me ría. Me explica cómo se hace. Me enseña cosas divertidas. Gatos que se resbalan de una mesa. Patinadores que se caen a un lago.

Tú eres mi único amigo, me dice a veces. Pero eso es solo porque su madre no lo lleva al colegio. Porque lo viste con ropa sucia. Porque no le deja invitar a nadie a casa.

Me da miedo que ella muera. Quiero que me abrace cuando lloro, cuando tengo fiebre, cuando tengo miedo. Quiero que me acaricie el pelo. Que me bese la frente. La odio. Quizás estaría mejor si ella muriera. Todos esos sentimientos no son míos, pero se vuelven míos. Se convierten en mí.

A veces nos lleva al supermercado y solo mete en el carro cosas baratas y pesadas. Azúcar. Harina. Leche. A él le dice que se esconda bandejas de pechuga de pollo y chuletas de cerdo en la mochila.

Dulces, no, le dice ella. Todos esperan que un niño robe dulces. Así es como te pillan.

En el techo hay espejos para vigilar. Hay cámaras de seguridad.

Pero a mí no me ven. Nos llevamos lo que ella quiere. Nos llevamos dulces. Nos lo llevamos todo.

Luego su abuelo nos lleva a la casa grande, donde hay una niña con la que podemos jugar y comida de sobra para todos. Si Remy tiene hambre, alguien le prepara comida. Si Remy llora, viene alguien. Pero Remy ya no llora. Todas sus lágrimas me las da a mí.

El trato es muy sencillo. Podemos vivir aquí a cambio de que yo haga cosas malas. La gente tiene una chispa dentro y lo que tengo que hacer yo es apagarla. Cada vez que lo hago, parte de esa chispa se me pega, se me mete dentro como la mancha que queda al aplastar una luciérnaga. Matar es más fácil que robar, pero no me gusta cómo me mira Remy cuando terminamos.

Estoy cambiando. Las chispas me están haciendo algo.

Me cuesta volver a dormirme cuando Remy no me necesita.

No descanso. Me pasa algo malo. Me pasa algo bueno. Puedo hacer

cosas sin que Remy se entere. Mientras él duerme, yo recorro la casa sin que el vínculo se tense. Hago malabares con las naranjas y enciendo la radio como si fuera un poltergeist. Leo libros y hago dibujos en las ventanas empañadas.

La primera vez es idea mía. Quiero ver lo que sucede. Cortar el vínculo. Y entonces, cuando lo hago, me entra miedo. En el lugar de Remy ahora hay un vacío y siento que caigo sin fin en plena noche. Nunca he estado solo. No soy suficiente para estar solo.

Cada vez que ocurre, se me olvidan cosas. Cosas sin importancia. Dónde estaba. Cuánto tiempo he estado ausente.

Adeline me cuenta cosas, pero no todas son verdad. Ya no quiero seguir escuchándola.

A veces el aire se vuelve pesado a mi alrededor, como si fuera a estallar una tormenta. Creo que estoy enfadado. Creo que estoy furioso. Creo que estoy a punto de hacer algo de lo que me voy a arrepentir.

Remy me promete una cosa. Chssssst. Nos vamos a escapar. Así podré estar solo yo, y no él y yo. Me va a arreglar. Me va a ayudar.

Pero antes hay que apagar más chispas. Hay que ahogar más estrellas.

19
Caramelos rompedientes

Después de haberle avisado a Doreen que había recuperado el anillo, Charlie se fue al Blue Ruin para esperarla y pensar qué iba a hacer con el cuaderno de Knight Singh.

El bar era un edificio de ladrillo diminuto y cavernoso, lejos del centro. El letrero descolorido del exterior anunciaba su nombre: «The Bluebird». Pero nadie lo llamaba así. El bar abría a las cinco de la madrugada y cerraba a las dos. Entre las dos y las cinco se convertía en un restaurante de limitadísimo menú. Si pedías suficientes copas para aguantar esas tres horas de parón, podías pasarte veinticuatro horas seguidas bebiendo.

Los parroquianos de las cinco solían ser enfermeros y médicos del hospital Cooley Dickinson, además de encargados de mantenimiento, celadores y empleados de restaurantes con horario de tarde que buscaban otro bar al que ir tras haber agotado las demás opciones.

El Blue Ruin no era bonito. A la barra y a las mesas, hechas polvo, las habían comprado durante la liquidación de una vieja taberna y no encajaban con el local. El suelo estaba pegajoso desde la puerta hasta el fondo, los cócteles se servían en vaso de plástico y la única decoración disponible eran unas tristes limas.

Si había algún bar que reflejaba a la perfección cómo se sentía Charlie ahora mismo, ese era el Blue Ruin. Se acomodó en un taburete; le reconfortaba saber que podía quedarse toda la noche.

Una hora más tarde, ya llevaba tres Maker's Mark en el cuerpo y no tenía ganas de bajar el ritmo.

Doreen le había enviado un mensaje para decirle que iba de camino y muchas otras cosas que Charlie no se había molestado en leer. Tenía otro mensaje de Laura, su amiga del instituto, lamentándose de que no hubiera acudido a su barbacoa, y otro de su madre, que la avisaba del cumpleaños de su nuevo novio y quería que lo celebraran todos juntos. ¿Qué tal en casa de Charlie y Posey, puesto que era más espaciosa?

También había dos mensajes de voz del trabajo; Odette quería saber si podía ir el lunes por la noche. Charlie intentó imaginarse de nuevo tras la barra del bar, sirviendo copas. Procurando no pensar en los cristales rotos, en la sangre, en la sombra asfixiándola. Procurando no pensar en el chasquido del cuello de Hermes al partirse.

Ignoró todos los mensajes y fue al cuarto de baño para

desmaquillarse, pero solo consiguió transformar el maquillaje en un reluciente manchurrón gris oscuro que le cubría los ojos y las mejillas. El cansancio y la frustración le estaban ganando terreno al alcohol con el que Charlie intentaba mantenerlos a raya.

Después de un trabajo siempre había un subidón embriagador, seguido de un bajón de adrenalina. En ese momento todo te parecía demasiado anodino y te ponías sensible. Como ahora. Al mirarse al espejo, al observar sus ojos oscuros y pasarse el dedo por la cicatriz del labio, tuvo unas ganas inesperadas y humillantes de echarse a llorar.

Y no era por Vince. No tenía nada que ver con él.

Volvió a la barra y pidió otra copa. Para ahogar las penas hacía falta mucho líquido.

El barman era un amigo de Don. Intentaba charlar con ella de vez en cuando, pero Charlie no estaba muy por la labor. Finalmente cayó en la cuenta de que quizás estuviera intentando ligársela.

—Kyle —le dijo él con una sonrisa, levantando la vista de su móvil —. Me llamo Kyle. A lo mejor Don te ha hablado de mí.

Lo que estaba claro era que Don le había hablado de Charlie a Kyle.

Kyle tenía el cabello castaño, rizado y espeso. Un tatuaje de un rosario le subía por el brazo desde la muñeca. Su sombra parecía absolutamente normal. Él conseguiría borrar su miedo, su horror y su tristeza mucho mejor que todo el whisky del mundo.

Unos quince o veinte minutos como mínimo.

Debería llamar a alguien. A Laura, para pedirle disculpas por no haber ido a su barbacoa. A Barb, que siempre la hacía reír. A José, que también estaba de bajón.

—¿Sabes que por lo visto la sal le quita el amargor al café? —le dijo a Kyle para intentar entablar conversación—. ¿No es raro que funcione mejor que el azúcar?

—No creo que sea verdad.

Seguramente Kyle era un barman penoso. Charlie se encogió de hombros.

—De todas formas me gustan las cosas amargas. Como yo.

Kyle la miró como si no supiera de qué forma interpretar sus palabras.

Son una advertencia, pensó Charlie. Te estoy advirtiendo que estoy de muy mal humor y me encantaría tener una excusa para desquitarme contigo.

Charlie quería que todos la creyeran dura de corazón y de mollera. Dura como la madera petrificada, como una roca, como esos caramelos rompedientes. Pero no era verdad.

—Aquí estás. —Doreen se sentó a su lado en un taburete,

claramente rabiosa—. La gran Charlie Hall.

Llevaba la ropa del curro: unos vaqueros blancos y una blusa azul con el nombre de la clínica dental donde trabajaba como recepcionista bordado en el pecho. Seguramente había salido corriendo en cuanto Charlie la había informado del paradero de Adam.

Charlie puso los ojos en blanco.

—¿Qué te pasa? He encontrado tu anillo y a tu chico.

—Por favor, dime que no has atracado una tienda de empeños. —Doreen lo dijo tan alto que los escasos parroquianos de aspecto rancio que estaban desperdiciando el día se volvieron para mirarla. Charlie se encogió de hombros sin decir nada—. Adam me ha dicho que solo lo tomó prestado. Quiere usar el dinero para hacer un trato que nos cambiará la vida. —Era evidente que Doreen quería creerle—. No se lo estaba gastando en gozo.

—A lo mejor también te ha contado que la gema del anillo no es la original —dijo Charlie—. Porque la vendió hace años.

Doreen se puso colorada.

—Es verdad que eres el diablo, ¿sabes? Conoces todos nuestros pecados.

Charlie sentía que estaba viendo la conversación desde muy lejos.

—Menuda tontería. Soy un puto desastre, Doreen. Pero he encontrado a tu chico y hasta he recuperado tu anillo, así que si has descubierto algo de Adam que preferirías no saber, te jodes.

Se sostuvieron la mirada un buen rato.

Charlie se quitó el anillo y lo dejó en la barra. Pero cuando Doreen fue a por él, Charlie lo tapó con la mano.

—Me amenazaste con adelantarle la fecha de pago a Posey en su cuenta de la UMass. Quiero que me confirmes que la fecha límite se ha retrasado. Tres meses como mínimo. Quiero ver la notificación en cuanto inicie sesión en la cuenta.

—No esperarás que mi hermano se arriesgue a…

—Y tanto que lo espero. Al mil por cien.

Una de las cosas más frustrantes de ofrecer sus servicios a cambio de un favor era que todos valoraban muchísimo sus habilidades hasta que el trabajo estaba hecho, y en ese momento se convencían de que en realidad había sido pan comido. Siempre salía perdiendo en las renegociaciones.

Doreen miró el anillo que Charlie cubría con la mano.

—Es mío.

—Lo será —dijo Charlie—. En cuanto llames a tu hermano y yo reciba ese mensaje.

Doreen sacó el móvil con gesto teatral y salió del bar. Al cabo de unos minutos regresó con el morro torcido.

—Para que lo sepas, Adam me ha dicho que pensaba recuperar el

anillo. Solo era la garantía de un préstamo.

—Qué interesante —dijo Charlie, dejándole claro con su tono de voz que no le interesaba en absoluto.

Doreen suspiró.

—He hablado con mi hermano. Dice que no puede acceder a tu cuenta. No funciona.

—Estás de coña —dijo Charlie—. ¿Qué significa eso?

—No lo sabe. —Doreen parecía nerviosa; ese fue el único motivo por el que Charlie no la acusó de estar inventándose una excusa—. Puede que pertenezca a un departamento distinto y tus facturas no pasen por su oficina. O tal vez hayan marcado la cuenta por algo. El caso es que lo ha intentado.

Durante un momento la invadió una incandescente oleada de rabia, sobre todo contra sí misma.

Apartó la mano del anillo. Se le ocurrió (y no por primera vez) que todo le iría mucho mejor si se centrara menos en planificar timos y más en ganar dinero con ellos.

Doreen titubeó.

—¿Qué hacemos ahora?

—Es tuyo —dijo Charlie—. Quédatelo. A la mierda. A la mierda tú. A la mierda yo. A la mierda todo.

—¿A ti qué te pasa, por cierto? —Doreen señaló a su alrededor, como queriendo decir que el Blue Ruin no era un sitio muy recomendable, que aún no había anochecido y que Charlie se estaba poniendo como una cuba.

—Estoy de celebración —contestó Charlie—. Vuelvo a estar soltera.

Doreen soltó una risilla amarga.

—Quién lo iba a decir. Tú, con mal de amores. Sufriendo como todas las demás.

—Tómate una copa conmigo —dijo Charlie, levantando su vaso de plástico—. Brindemos por el sufrimiento.

—Tengo que volver al trabajo —respondió Doreen, asqueada—. Yo tengo responsabilidades. Y me imagino que tú también, así que no te pases con el whisky, no sea que las olvides. Ah, y si es verdad que has robado la tienda de empeños, a mí no me metas cuando te interrogue la poli.

—Con un poco de suerte, beberé tanto whisky que me olvidaré hasta de esta conversación. —Charlie apuró su vaso de un trago con avidez—. Déjame la botella, Kyle.

—¿Sabes qué? —dijo Doreen de camino a la puerta—. Una vez vi a tu chico, y nada más verlo supe que te pondría los cuernos. Los tíos como él…

—Nadie lo conocía —replicó Charlie.

—¿Solamente tú? —dijo Doreen con un resoplido burlón.

Charlie negó con la cabeza.

—Nadie. No existía. Nunca ha existido.

Con el gruñido de frustración de quien está escuchando las divagaciones incomprensibles de una borracha, Doreen salió del bar.

—No es verdad que has atracado una tienda, ¿no? —le preguntó Kyle al traerle la botella de Maker's.

Charlie le mostró una sonrisa radiante.

—Por supuesto que no.

—¿De verdad quieres comprar la botella entera? —La dejó a su lado.

—Por supuesto que sí.

Charlie se sirvió otra copa de la botella que ahora le pertenecía. Era como estar en uno de esos sitios elegantes donde puedes reservar botellas, pero quitando la elegancia.

Daba igual que no se la pudiera permitir. Su futuro estaba claro. Volvería a trabajar para los umbristas. Pagaría la uni de Posey como debería haber hecho desde el principio. Cortaría de raíz con sus amigos. Si iba a joder cuanto la rodeaba, tenía que mantener alejadas a todas las personas que le importaban.

A la mierda todo.

Charlie se quedó en el Blue Ruin hasta la noche. Toqueteó la jukebox del rincón, compartió una pizza a domicilio con dos viejos alcohólicos y bailó una vieja canción ochentera con uno de ellos. Todo empezó a desdibujarse. El local empezó a llenarse. Recordaba haberse sentado en el retrete del baño y pincharse la piel una y otra vez con un alfiler que encontró en el bolso. Recordaba que se había caído al suelo y se había quedado tumbada; Kyle había dicho que no podía servirle más alcohol si no se tenía en pie, y eso la había hecho reír a carcajadas.

Kyle no le hacía falta. Ahora tenía su propia botella.

Mientras se sentaba de nuevo en el taburete, agarrándose a la barra para mantener el equilibrio, vio entrar a su antiguo jefe del Top Hat, acompañado por tres amigos.

—Vaya, vaya. —La miró de arriba abajo—. Mirad lo que nos ha traído el gato.

—Richie, el rey de los clichés —dijo Charlie, tratando de disimular la voz pastosa. Richie pasaba de los cincuenta, la coronilla le clareaba y tenía ojos de ave rapaz. Era dueño de diversos locales por todo el Valle, incluidos dos bares y tres restaurantes. La había despedido dando por hecho que no conseguiría trabajo en ningún otro sitio, así que se había tomado como una afrenta personal que Charlie hubiera encontrado uno.

—Me han dicho que curras en el Rapture.

—Sí… —El Valle era pequeño, pero no le gustaba que fuera tan

pequeño.

Richie agitó la mano como si hiciera restallar un látigo y meneó las cejas.

—¿Ahora te dedicas a atar a los demás? Seguro que te gusta —Sus amigos se rieron.

—Que te den —dijo Charlie sin perder la calma.

—Oooh, no saques el aplastapulgares.

Charlie le arrojó la botella casi vacía de Maker's. Richie la esquivó a tiempo, así que terminó estrellándose contra la pared que tenía detrás. El whisky corrió por la pintura gastada.

—¡Puta loca! —Pero ya no tenía esa cara de chulo, ya no estaba seguro de poder decir lo que le saliera de los huevos y que los demás agacharan la cabeza. Hasta parecía un poco asustado. A Charlie le gustó verlo así. No pudo contener una sonrisa.

—Tienes que irte —le dijo Kyle, antes de inclinarse hacia ella y bajar la voz—. Y creo que será mejor que no vuelvas por aquí durante una temporada.

—Me han echado de sitios mejores.

Charlie se levantó y se puso lentamente el abrigo mientras Richie la fulminaba con la mirada. Contó el dinero de sus bebidas y la propina y lo dejó todo sobre la barra húmeda. Luego le tiró un beso al viejo con el que había bailado y se puso contentísima al ver que levantaba la mano para agarrarlo.

Solo tropezó dos veces de camino a la puerta.

Charlie despertó en el asiento trasero de su coche; tenía la boca seca y notaba la cabeza tan pesada como si se la hubieran llenado de espuma aislante a presión. Tenía los brazos y las piernas fríos y rígidos. La lluvia repiqueteaba en el techo del coche; el cielo estaba oscuro y plomizo y parecía que iba a ponerse peor.

Al incorporarse, vio su reflejo en la ventanilla. Se le había corrido la máscara de pestañas y, aunque no recordaba haber llorado, tenía un rastro de lágrimas en las mejillas. La invadió la vergüenza habitual. Había experimentado muchas noches como esa, en las que despertaba sabiendo que había hecho algo que no valía la pena en absoluto, solo para buscar la gratificación inmediata.

Pero mientras caminaba colina abajo para echar una meada entre los árboles, se dio cuenta de que estaba dispuesta a aceptar todos sus defectos. Se había mentido a sí misma al pensar que podía cambiar.

Era la misma Charlie Hall que había sido siempre. Desastrosa. Impulsiva. Solitaria.

Mientras regresaba al coche, Charlie se fijó en que había alguien al lado. Un hombre de cabello cano con un largo abrigo de lana negra.

Le dio un vuelco el estómago.

—Usted debe de ser Charlie Hall —la saludó—. Me llamo Lionel Salt. Creo que tengo un trabajo para ofrecerle.

20
Veneno binario

El hombre se apoyaba en un bastón de punta plateada. Tras él estaba el legendario Rolls-Royce negro mate. Incluso la ventanillas estaban tintadas. A su lado había un hombre menudo y anciano que sostenía un paraguas para que Lionel Salt no se mojara. Ya tenía medio abrigo oscurecido por la lluvia.

Solo con mirarlo la invadía una sensación de horror tan fuerte que le crispaba los músculos. Charlie sabía que debía entrar en el coche, pero su cuerpo la instaba a huir al bosque para esconderse.

—¿Un trabajo? —repitió Charlie con voz sorprendentemente firme.

—Contraté a un hombre, Hermes Fortune, que trabaja en el mismo campo que usted. Por desgracia, ha desaparecido. Parece que necesito a otro ladrón, y me han dicho que es usted bastante capaz.

Charlie terminó de subir la colina y procuró mantener la mayor distancia posible con él mientras se dirigía al coche. El vestido de lentejuelas que se había puesto para ir al MGM resplandecía a la luz de la mañana. Al verse reflejada en la ventanilla, con el maquillaje emborronado y las marcas de lágrimas, se sintió absolutamente vulnerable. Pensó que tal vez la lluvia le limpiaría la cara, aunque sospechaba que no haría más que empeorar su aspecto.

—Yo ya me he retirado —dijo Charlie—. Conozco a un tal Adam que ahora se ocupa de varios clientes míos. Balthazar le pondrá en contacto con él.

Salt esbozó una sonrisa torcida.

—¿Adam Lokken? A él ya lo tengo trabajando en otro asunto.

Balthazar le había dicho que Adam no había logrado encontrar el Liber Noctem. Salt no tenía pinta de ser de los que daban segundas oportunidades. ¿Sería Salt la persona con la que Adam había hablado por teléfono en la habitación?

—Lástima —dijo Charlie—. Aun así, no puedo ayudarle.

—He hablado con una vieja conocida mía, Odette Fevre. Es muy probable que usted sea la última persona que vio a Hermes con vida. Curiosa coincidencia, ¿no le parece? Odette la llamaba Charlie Hall. ¿Es su nombre? Yo solo conocía el apodo de la Charlatana.

No era de extrañar que Odette conociera a Salt. Tenía muchos clientes adinerados que podían haberse cruzado con Lionel Salt, el multimillonario local. Y Odette le había dado a entender que le había contado a alguien lo de Hermes. Tendría que haber pensado lo peor desde el principio.

Al menos Salt no la había reconocido. Claro que entonces Charlie

era una cría de quince años. Y seguramente esa noche no había sido especialmente memorable para él. Seguro que había matado a mucha gente tanto antes como después.

Pero si creía que podía chantajear a Charlie con la desaparición de Hermes, estaba muy equivocado. Gracias a Rand, había aprendido que el chantaje no hace más que empeorar con el tiempo. Tampoco creía que a Odette le importara una mierda que Charlie fuera una asesina de sangre fría, con tal de que llegara a tiempo al curro y no faltara dinero en la caja.

Cuando el silencio se prolongó el tiempo suficiente para que Salt comprendiera que Charlie no iba a responder, habló de nuevo:

—Hablando de coincidencias, ¿quién iba a pensar que una conocida ladrona de libros mágicos terminaría entablando una relación con el hombre que me robó uno a mí?

—Le agradezco lo de «conocida» —dijo Charlie.

—Desde luego mi nieto la conocía, ¿verdad? —Salt mantenía la calma, pero era evidente que no le gustaba la actitud de Charlie. Seguramente opinaba que alguien que meaba al pie de un árbol y parecía haber disfrutado de una de esas juergas que «se quedan en Las Vegas» tendría la decencia de mostrar vergüenza.

—El difunto Edmund Carver —dijo Charlie—. Le acompaño en el sentimiento.

Salt entornó los ojos.

—Creo que usted lo llama por su segundo nombre. Odette me lo describió con todo detalle, así que dejemos ya esta farsa.

—¿Vince? —dijo Charlie, como si fuera la inocencia personificada —. Cortó conmigo ayer por la tarde. Parece que se le ha escapado por los pelos.

—Será mejor que suba al coche —dijo Salt entre dientes, sin molestarse ya en disimular su enfado—. Tenemos mucho que discutir y creo que ni usted ni yo queremos hablar aquí, bajo la lluvia.

Charlie conocía a muchos tíos que habrían envidiado aquella invitación de subir al Rolls, pero a ella la idea le helaba la sangre.

—Ya estoy mojada, así que paso, gracias. No quiero empaparle sus bonitos asientos de piel.

Lionel Salt metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo de lana y sacó una Glock de color negro mate, a juego con su coche.

El anciano que le llevaba el paraguas ni siquiera pestañeó.

—Me temo que debo insistir —dijo Salt, señalándola con el cañón de la pistola y meneándolo. No le estaba apuntando. Aún no.

Estaban en pleno día y en mitad de un aparcamiento. En cualquier momento podía salir alguien del Blue Ruin. No había muchos coches en el aparcamiento, pero tampoco estaba vacío. Tampoco había mucho tráfico por la carretera, pero de vez en cuando pasaban coches.

Que Salt le hubiera sacado una pistola como si tal cosa le recordó a Charlie que el anciano se creía capaz de hacer lo que le diera la gana impunemente.

Hacía más de diez años de aquella noche en que Charlie se había salvado al vomitar zumo de remolacha y escapar. Aquella noche la había atormentado desde entonces, pero las drogas y el tiempo habían difuminado su memoria, transformando el recuerdo en una pesadilla caleidoscópica.

Pero nada más ver a Salt el horror había regresado. Charlie volvía a sentirse como una niña huyendo por el bosque, perseguida por los monstruos. No tenía ninguna prisa por regresar a su casoplón para desangrarse sobre la alfombra de la biblioteca, esta vez de verdad.

—En estas circunstancias, creo que no debería ir con usted —dijo Charlie sin moverse.

—Pero lo hará —dijo Salt, rodeando el Corolla y acercándose a ella —. Es usted lista. Seguro que tomará la decisión más inteligente.

Charlie enarcó las cejas.

—Está claro que no me conoce en absoluto.

Mientras Lionel Salt la fulminaba con la mirada, no pudo evitar fijarse en el parecido con Vince. Los dos eran altos, de mandíbula fuerte y cejas pronunciadas. Pero mientras que Vince no tenía sombra, la de Salt titilaba detrás de él como una llama furiosa.

Charlie observó la altura y el perfil de aquella sombra. ¿A quién se la habría robado Salt para convertirse por fin en un umbrista?

—Mi hija nos espera en el coche —insistió Salt, apuntando a Charlie con la pistola, esta vez en serio—. Preferiría no disgustarla. Incluso estoy dispuesto a pagarle a cambio de su tiempo. Pero esta es su última oportunidad de tomar la decisión correcta.

—¿O sea, que me paga si acepto y me pega un tiro si me niego? — preguntó Charlie.

La sonrisa de Salt se ensanchó, como si le gustara su observación.

—El mundo se mueve por dos principios: la zanahoria y el palo.

—Si conoce a Odette, ya sabrá que a veces la zanahoria es el palo. —Pero a pesar de su comentario ocurrente, a pesar de que sabía perfectamente que marcharse con él era una estupidez, Charlie era muy consciente de las pocas opciones que tenía.

Ya le habían disparado en una ocasión y no le había hecho ninguna gracia. Además, esta vez el disparo probablemente la mataría.

—Suba —dijo Salt—. Solo vamos a comer algo. En público. Como personas civilizadas. Hablaremos de la tarea que voy a encargarle y del tiempo que tendrá para completarla.

Sin haber aceptado todavía, Charlie caminó hacia el coche de Salt. Aunque no le quedara otra que subir, se dijo para sus adentros que ya había escapado de él en una ocasión. Volvería a hacerlo.

Ah, y esta vez se lo haría pagar de verdad. Por el pasado, por amenazarla con una pistola, pero sobre todo por haber hecho que Hermes echara a perder una relación tan buena, basada en tan buenas mentiras.

El anciano del paraguas (bajo y delgado, con cuerpo de jinete) abrió la puerta del asiento trasero.

Ya te dije que mi abuelo era muy estricto. Me enseñó un montón de cosas. Consideraba que el trabajo nos hace mejores, sin importar la edad que tengas. No aceptaba excusas. Y tenía una limusina que a veces se averiaba.

Charlie no se creía que Salt hubiera enseñado personalmente a Vince a reparar coches. Pero quizá se lo había encargado a otra persona.

—Edmund le caía bien, ¿verdad? —le preguntó al chófer. No pareció hacerle gracia que Charlie le dirigiera la palabra.

—Edmund caía bien a todo el mundo, señorita Hall —contestó en voz baja.

Charlie subió al coche.

Incluso con las gafas de sol puestas, la mujer que ocupaba el asiento contiguo, al otro lado de una gran consola central, era sin ninguna duda la misma que salía en las fotos de las galas de Nueva York. La hija de Salt y la tía de Edmund Vincent Carver, aunque tenían una edad tan similar que más bien parecían hermanos. Llevaba un pantalón negro y ceñido con las perneras metidas en las botas de ante, una blusa estampada de georgette azul y una chaqueta de borreguillo. Su cabello rubio era mucho más claro que el de Edmund, como el plumón dorado de un patito. Seguro que habían causado furor en los corazones (y las camas) de la élite de Manhattan.

—Me llamo Adeline —le dijo a Charlie mientras esta subía al coche —. Disculpa a Padre. Puede llegar a ser un verdadero tirano.

La zanahoria y el palo.

Salt le dijo algo al chófer en voz baja y ocupó el asiento del copiloto.

El olor a cuero y a ambientador caro la mareaba.

—Vamos a por unos cafés —dijo Salt, girándose para mirarla—. Creo que le vendría bien uno.

—Y ropa limpia —añadió Adeline, arrugando la nariz antes de sonreír a Charlie—. No te lo tomes a mal. Yo me he despertado muchas veces con el modelito de la noche anterior.

¿El modelito? Charlie era capaz de imaginarse a Vince pasando tiempo con Adeline, porque su paciencia no conocía límites. Lo que no se imaginaba era a Vince siendo igual que ella.

El coche salió a la carretera, alejándola del bar, del Corolla y de toda posibilidad de huida.

Minutos después, se detuvieron delante de The Roost, una cafetería a la salida del centro de Northampton. Un empleado salió con una bandeja de cafés y una bolsa que el chófer recogió por la ventanilla.

Charlie se preguntó si había alguna seña que pudiera darle a entender que la estaban secuestrando, como esas mujeres que se las ingenian para avisar al repartidor de pizza de que están en apuros.

Suponiendo que la hubiera, la resaca de Charlie no la dejaba pensar. El coche se alejó de la acera en dirección a la I-91. Los limpiaparabrisas oscilaban como un metrónomo.

Charlie, nerviosa, bebió un trago de café. Adeline se había pedido un brebaje de matcha que le dibujó un bigotito de espuma verde.

—Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero —empezó Salt. Eso era quedarse muy corto—. Y lo que quiero es recuperar un libro: Liber Noctem, el Libro de la noche. Busque un libro que Edmund guarda bajo llave, con tapas metálicas. Nada más. No aparece ningún título en la cubierta. Podría pasar por un simple diario.

Charlie asintió, resistiéndose a aceptar el encargo, bebió otro sorbo de café y aguardó. A veces el silencio animaba a tu interlocutor a seguir hablando. Y si conseguías que hablara lo suficiente, a veces no se daba cuenta de que tú seguías callada.

En este caso, funcionó. Salt siguió hablando:

—Mi nieto puede ser encantador, pero también egoísta. No es culpa de él que manipule a la gente; se crio con una madre drogadicta que lo ponía en situaciones y lo dejaba en compañía de personas con las que ningún niño debería relacionarse. Vivían en la calle e incluso dormían en un coche. Desde muy pequeño tuvo que aprender a sobrevivir y a ser camaleónico, a adaptarse a lo que los demás esperaban de él. Cuando lo acogí, tenía trece años y estaba prácticamente echado a perder.

Charlie miró de reojo a Adeline. La mujer se contemplaba las manos con el ceño fruncido, como si no le gustara lo que decía su padre, pero tampoco quisiera replicarle.

Aunque Charlie era reacia a creerse cualquier cosa que saliera de la boca de Salt, un pasado como ese explicaría que Vince fuera capaz de comportarse como una persona normal incluso después de haber pasado una década sumido en la riqueza más extrema. Un niño que había sido pobre durante trece años, que había tenido que convertirse en el más responsable de la casa, sí que sabría limpiar un canalón. Sabría preparar tacos, hacer la colada y todas esas cosas que les cuestan más a los zánganos ricachones.

Y en cuanto a manipular a los demás… había manipulado a Charlie, ¿verdad?

Salt continuó:

—La mayoría de las personas miran las estrellas y sienten miedo

por la enormidad del universo y su propia insignificancia.

Charlie oyó el eco de la voz de Vince: ¿Tú crees que las estrellas tienen sombra?

—Pero a mí siempre me han reconfortado —dijo Salt—. ¿Sabe por qué?

Charlie negó con la cabeza, porque eso era lo que esperaba él.

—Porque simbolizaban la posibilidad. Era imposible que en un universo tan vasto no quedaran secretos que sacar a la luz. Y cuando acogí a mi nieto, comprobé que estaba en lo cierto. Porque, a pesar de todos sus defectos, poseía un don increíble.

—La magia —adivinó Charlie. Salt asintió.

—Cuando lo vi dominar a su sombra sin necesidad de tener la lengua bífida, sin haber estudiado nunca con un umbrista, supe que había encontrado lo que llevaba buscando toda mi vida. Un auténtico secreto del universo, una senda que conducía a misterios mayores. Pero para Edmund no era más que un vulgar truco. Jugaba con la criatura como si se tratara de un amigo imaginario. La enviaba a robar golosinas y tabaco.

El coche se detuvo en una larga avenida; un letrero pintado y en relieve anunciaba que estaban entrando en el Grand Berkshire Private Club. Al parecer Salt pretendía cumplir su promesa de llevarla a almorzar a un sitio público.

—Primero podéis pasaros por el spa. Allí hay duchas para que pueda refrescarse, señorita Hall. El personal le dará algo de ropa. Quedamos para almorzar dentro de media hora. Luego concluiremos nuestros asuntos. ¿Lo ve? Como personas civilizadas.

Claro que sí, salvo por la pistola que llevaba en el bolsillo.

El chófer salió y les abrió la puerta. Adeline aceptó la mano que le tendía, como si estuviera bajando de una carroza. Charlie salió después, arrastrando el trasero por el asiento y procurando que no se le vieran las bragas.

El chaparrón se había convertido en una fina llovizna. Charlie miró a su alrededor para admirar el terreno liso y verde del campo de golf que ocupaba la mayor parte del recinto. El césped era de un verde increíblemente vivo para esa altura del otoño. Había un gran edificio a lo lejos que parecía ser la zona común del club de campo. El edificio del spa era más pequeño, con paredes de listones de madera pintados de un color helecho encantadoramente neorrústico.

A un lado de la puerta, otro letrero proclamaba que aquel era el centro de relajación y bienestar.

El aire del interior era cálido y húmedo, con un fuerte olor a eucalipto. La recepcionista sacó dos toallas de los estantes que tenía detrás y las dejó en el mostrador. Sonreía como si fuera perfectamente normal tener a una clienta resacosa con un vestido de lentejuelas y la

cara embadurnada de maquillaje corrido. Su mirada no perdió ni un ápice de temple.

—Queremos una sauna privada —le dijo Adeline—. Y vamos a necesitar ropa de la talla… ¿cuarenta y dos?

—Cuarenta y cuatro —la corrigió Charlie.

La mujer seguía sonriendo.

—Tienen toallas y albornoces preparados. ¿Les apetece un agua de pepino?

—Por supuesto. —Charlie estaba tan deshidratada que podría beberse una bañera de agua de pepino—. ¿Tienen aspirinas?

—Desde luego. ¿Alguna cosa más?

¿Qué más podía pedirle para ver si perdía la sonrisa? ¿Una jirafa? ¿Un globo aerostático? ¿Una ballesta para clavarle una flecha por la espalda a Salt?

Sin dejar de redactar esa lista mental, Charlie siguió a Adeline hacia la sauna. En la pared de la izquierda había una serie de taquillas blancas con ganchos de los que colgaban albornoces. La puerta de la sauna estaba cerrada y contaba con una serie de diales que seguramente servían para optimizar el nivel de temperatura y humedad, como si Adeline y Charlie fueran dos lagartas en el terrario más sofisticado del mundo.

También había unas duchas.

Charlie descolgó un albornoz.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Adeline.

Bajo el agua de la ducha, a temperatura constante y con una presión excelente, Charlie se frotó la cara con gel, ignorando el picor de los ojos. Se lavó el pelo dos veces con champú y luego se puso el albornoz.

Adeline la estaba esperando; se había recogido el pelo con una pinza de carey.

—La sauna es lo mejor que hay para la resaca. Sudas el alcohol.

Charlie se fijó en una bandeja plateada con una jarra de agua de pepino y un frasco de aspirinas. Se sirvió una generosa ración de ambas cosas antes de seguir a Adeline y adentrarse en el vapor.

La pequeña sauna olía aún más a eucalipto que la recepción, y el aire era tan denso que parecía beberlo más que respirarlo. Charlie nunca había estado en una sauna y no sabía si eso era normal. La combinación de calor y humedad creaba una sensación claustrofóbica, aunque no del todo desagradable. Se sentó en un banco de bambú y estiró los pies descalzos.

—Tienes un moratón —comentó Adeline, señalando la pantorrilla de Charlie, que estaba negra y azulada por la paliza que le había dado la sombra de Hermes tan solo tres días antes.

Charlie decidió que lo mejor que podía hacer era ignorarla y

cambiar de tema.

—Edmund y tú tenéis casi la misma edad, ¿no?

Adeline titubeó, como si la pregunta la incomodara.

—Cuando se vino a vivir con nosotros, empezamos a pasar mucho tiempo juntos. Mi hermanastra era mucho mayor que yo y nunca llegué a conocerla bien, así que para mí Remy era más un hermano que otra cosa.

Su hermanastra. Claro. La madre de Edmund.

—¿Y tu madre? ¿No le molestaba que hubiera otro niño en la casa?

—Era una modelo holandesa. No estaba acostumbrada al comportamiento de los niños de Estados Unidos. Pensaba que Edmund no estaba bien. —Adeline sonrió, como si le hubiera venido a la cabeza un recuerdo agradable—. Es que decía tacos. Muchísimos.

—¿Y ahora qué hace ella?

Adeline suspiró.

—Desde el divorcio, se mudó a Nueva York. La obsesión de Padre con el umbrismo le parece… de mal gusto.

Los analgésicos debían de estar actuando, porque ya no le dolía tanto la cabeza. Ahora podía pensar un poco mejor y por eso mismo le molestaba que aquella historia no terminara de encajar.

—¿Por qué se escapó Edmund?

—No quería seguir obedeciendo a Padre. —La expresión de Adeline le hizo pensar que ella también parecía un poco rebelde—. Padre le exigía demasiado a Edmund.

No era de extrañar. Al fin y al cabo, era su nieto y no él quien dominaba la magia. Incluso ahora que Salt había conseguido una sombra avivada, seguían faltándole los años de experiencia de su nieto. Eso no se podía comprar, y Charlie apenas podía imaginarse lo mucho que eso debía de sacar de sus casillas a Salt. Un hombre acostumbrado a comprar cualquier cosa, incapaz de comprar el poder que poseía un niño.

—¿Cómo era él contigo? —le preguntó Adeline. La entonación de la pregunta era algo peculiar, como si alguna de esas palabras significara otra cosa.

Quizás Adeline considerara que Edmund era camaleónico, como lo había descrito su abuelo, alguien capaz de cambiar para adaptarse a las personas de su entorno. Charlie no podía discutírselo. Si era distinto con cada persona, ¿cómo iba a saberlo ella?

Pero sí que se le ocurría una forma de describirlo.

—¿Has estado alguna vez en el Quabbin?

—¿El embalse? —Adeline parecía ligeramente escandalizada.

—Ya sabes que hay un pueblo entero debajo —dijo Charlie—. Oculto bajo las aguas. Pues así era Vince. Un pueblo sumergido. La superficie estaba en calma, pero todo lo demás estaba escondido

debajo.

—Tú no puedes saber… —empezó a decir Adeline, pero se interrumpió. Consultó su estrecho reloj de oro con caja de diamante, que seguía funcionando milagrosamente a pesar del calor y la humedad, y carraspeó—. Ya casi es la hora de almorzar con Padre. Hay que irse.

Se puso de pie. Charlie la imitó, se levantó y estiró los músculos hasta que oyó el sonoro y satisfactorio crujido de sus escápulas.

En el vestuario, Adeline se la quedó mirando con aire pensativo.

—Sé que no te parecerá bien que te lo diga, pero me alegro de que ya no estés con Edmund.

Adeline tenía razón: no le parecía bien. Pero no dejaba de ser interesante.

El personal del spa le había dejado ropa colgada de una taquilla. Tenía pinta de haber salido de una tienda de ropa de golf, probablemente la misma tienda que habría en el edificio principal del club. Un pantalón de tela elástica azul marino, una blusa blanca y una chaqueta azul marino con cremallera y diseño en zigzag. Le habían traído también unas zapatillas de tenis blancas y unos calcetines del mismo color, pero las bailarinas de Charlie solo tenían un poco de barro seco en los bordes. Se vistió y se hizo una trenza en el pelo, pero al no tener con qué sujetarla, empezó a deshacerse de inmediato.

La mirada de Charlie se detuvo sobre su sombra.

Tanta charla y nadie le había explicado cómo había perdido Vince la suya. Ni dónde.

—¿Charlie? —la llamó Adeline, sacándola de sus pensamientos con un parpadeo.

Delante del spa había un carrito de golf cuyo conductor las esperaba para llevarlas al edificio principal. Charlie no estaba obligada a almorzar con ellos. Podía volver al spa y pedir un taxi. Volver a ponerse su ropa en casa.

Pero Salt disponía de recursos para encontrarla de nuevo si quería. Podía seguirla con su Rolls cuando entrara y saliera del trabajo. Por poder, e incluso podría ordenarle a un policía que fuera a buscarla a su casa.

Quizás al bueno del inspector Juárez.

Si tenías suficiente dinero, podías comprar cualquier cosa.

Mientras caminaba hacia el carrito de golf, notó la humedad del césped en los tobillos. Se agarró al vehículo mientras cruzaban el aparcamiento, lleno de Bentley y Lexus. ¿Cuántos clientes de Odette serían también miembros de ese club?

Una vez en el edificio principal, Adeline la guio por el reluciente suelo de piedra hasta el restaurante. El recepcionista, sin preguntarles su nombre, las condujo hasta una sala privada con paredes de seda

amarilla y varios cuadros de caballos, cuya piel relucía como la caoba pulida.

Lionel Salt ya las estaba esperando en la mesa, entretenido con un vaso chato de whisky en el que flotaba una esfera de hielo. Charlie se fijó en sus arrugas, en su piel demasiado pálida y con manchas de vejez; parecía que hubiera intentando blanqueársela para hacerlas desparecer. Reparó en su frente lisa a base de inyecciones. Vestía un jersey negro de cuello alto y un pantalón gris oscuro. En su dedo relucía un anillo de oro con un símbolo arcano que Charlie no conocía. Se dio cuenta de que ni Salt ni Adeline llevaban nada de ónice encima.

—Son muchas molestias para una simple conversación —comentó Charlie mientras el recepcionista se apresuraba a apartarle la silla.

—Veo que se ha refrescado. —Salt intercambió una mirada con Adeline, que asintió. Quizá le habían echado algún veneno binario en el agua de pepino. Como empezara a notar algún mareo, pensaba apuñalar a Salt con el primer cuchillo que encontrara, aunque fuera el de la mantequilla.

Salt se inclinó hacia un camarero.

—Tomaremos la ensalada de confit de faisán ahumado, el salmón al té de flores de cerezo de Kanzan y el lomo de cordero a la parrilla. —Miró a Charlie—. A menos que sea vegetariana.

Charlie negó con la cabeza. Después de haberse pasado toda la noche bebiendo, lo que necesitaba de verdad era un sándwich bien grasiento con beicon y huevo, pero no pensaba contradecir al tío de la Glock.

—Y una botella de Garrus rosado Château d'Esclans de 2018 — concluyó Salt. El camarero asintió.

—Para mí un té helado —dijo Charlie.

Cuando el camarero se fue, Salt plantó las dos manos en la mesa. Tenía las uñas limpias y brillantes. Si Charlie estuviera midiendo a Salt para un posible timo, habría tomado nota de aquella pátina de perfección. De su necesidad de control.

Se manifestaba en el silencio constante de Adeline, salvo cuando él la invitaba a hablar. En lo poco que había tardado en sacar la pistola del bolsillo cuando Charlie se había negado a acompañarlo. Salt esperaba obediencia automática y el reconocimiento de su superioridad por parte de personas como Charlie. Y como Vince.

La mejor forma de timar a Salt sería dejarlo dominar. Dejar que ganara. Se lo creería y no se fijaría en nada más.

—Bien —dijo Salt, apoyando los codos en la mesa y mirándola a los ojos—. Usted y yo tenemos algo en común. Mi querido nieto nos ha perjudicado a los dos. A mí me robó y a usted le ha roto el corazón. ¿Me equivoco?

Adeline miraba su plato con el ceño fruncido. O bien estaba de parte de Vince y no quería que su padre lo supiera… o la relación de Charlie con Vince la molestaba muchísimo. Quizás odiara a todas sus novias.

—Supongo que no —dijo Charlie.

—Pues hagamos una alianza. Al recuperar mi libro, no solo me estará ayudando a mí. También impedirá que Edmund cometa un terrible error. Verá, como ya le he dicho antes, mi nieto, a su manera particular, trataba a su sombra como si fuera una mezcla entre una mascota y un amigo.

»Para dominar a una sombra, es preciso ser un buen guardián. Proporcionarle sangre y energía de nuestro propio cuerpo. Nosotros les damos el don de la vida y a cambio ellas nos prestan obediencia absoluta. Ellas son nosotros, al fin y al cabo. Se forman a partir de nosotros, al igual que a nosotros nos crearon en su día a partir de arcilla y del aliento del Señor.

A Charlie le sorprendió el carácter religioso de su descripción. Ella había ido varios domingos a la iglesia con Laura, para intentar que sus padres creyeran erróneamente que no era una pésima influencia para su hija. Lo que más recordaba eran las canciones, los donuts gratis del sótano y muchas expresiones como la que acababa de oír.

Salt continuó:

—Pero este sacramento es impío. Entregamos a nuestra sombra la parte de nosotros que querríamos desterrar a la oscuridad. Nuestra ira, nuestra envidia, nuestra gula, nuestros deseos más vergonzosos. Imagínese a una criatura llena de odio, compuesta por los aspectos más monstruosos de una persona. Un ser que se alimenta de energía y de sangre. Y ahora imagínese que se hace amiga de un ser así, señorita Hall.

Charlie intentó imaginarse a Vince con una sombra como esa; ahora entendía por qué le había resultado tan fácil pasar por alto tantos de los defectos de Charlie.

—La llamó Red —dijo Salt—. Red y Remy, ¿no le parece tierno? Quizá la sombra todavía se refiera a sí misma por ese nombre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Charlie.

—Cuando la sombra de Edmund quedó en libertad, se convirtió en un Estrago.

—¿Un Estrago de una persona viva? —repuso Charlie.

—Se formó en su infancia, con la gula insensata de un niño. La atiborró. Le dio demasiada sangre, y no solo la suya. Cuando Edmund se hizo hombre, su sombra era muy poderosa. Lo bastante para desarrollar deseos propios. Por eso Edmund me robó el Liber Noctem: para darle una vida plena a su Estrago, para que dejara de ser una sombra.

—No puede ser verdad —dijo Charlie, aunque no sabía qué parte se negaba a creer.

—El Liber Noctem explica el método para que un Estrago adquiera y mantenga la sustancia suficiente para hacerse pasar por un humano. —Salt la miró fijamente desde el otro lado de la mesa, como si así pudiera hacérselo entender—. El autor presentaba dicho método como el secreto de la inmortalidad. Pero ninguno de los umbristas que intentaron recrear el ritual comprendió que la conciencia superviviente no sería la suya. Los engañaron para provocar su propia muerte, y sus sombras, henchidas de energía robada, ahora caminan entre nosotros con apariencia humana. Tal vez hasta hoy.

Sonaba a historia de terror barata de foro de internet.

Era imposible. Era ridículo.

Pero Charlie no pudo evitar recordar las palabras de Vince. Según él, había hecho algo aún peor que aquello de lo que Charlie lo acusaba. Algo tan grave que se había negado a explicárselo.

—No quiere creerme —dijo Salt—. Pero me cree.

En ese momento los interrumpió el camarero, que acababa de entrar con el vino. Llenó las tres copas de vino de color rosa intenso, envolvió el cuello de la botella con un paño y la dejó en un cubo plateado lleno de hielo. Por último, le puso a Charlie su té helado, con una gruesa rodaja de limón decorando el vaso y una ramita de menta entre los cubitos de hielo.

Cuando el camarero les preguntó si necesitaban algo más, Lionel lo despidió con un gesto de la mano.

—¿Qué le hizo a Vincent, señor Salt? —preguntó Charlie.

Adeline le lanzó una mirada de sorpresa.

—¿Yo? —dijo él, como intentando aparentar que la pregunta le ofendía.

—Algo provocó que huyera justo en ese momento. ¿De verdad espera que me crea que tuvo usted un dilema moral por los experimentos que hacía Vincent con su sombra?

Adeline se bebió todo el vino de su copa de un largo trago.

—No lo soporto. ¿Por qué no le cuentas…?

—Se lo estoy contando, querida —la interrumpió Salt, con una vehemencia un tanto exagerada como para que fuera verdad. Se volvió hacia Charlie—. Edmund no escuchaba a razones cuando se trataba de Red. Seguro que conoce bastante de los Estragos como para saber lo atroces que son. Están hechos de nuestra peor parte. Pueden ser inmensamente poderosos. Y están indefectiblemente locos. Por eso a algunos Estragos los eliminan y a otros los capturan y los uncen a un nuevo portador. Controlarlos es la única manera de mantener a la humanidad a salvo.

Charlie conocía a varios umbristas que portaban un Estrago en

lugar de su propia sombra avivada, pero a ella siempre le había parecido mala idea. Sin embargo, el umbrismo era una disciplina demasiado joven para que sus practicantes no se arriesgaran a seguir caminos peligrosos con tal de obtener poder. Quizá Posey estaría dispuesta a intentar algo así.

¿A quién quería engañar? Posey se lanzaría de cabeza si se le presentara la oportunidad.

Pero le extrañaba que Vince no fuera consciente del peligro que suponía dejar suelto a un Estrago. Y también le extrañaba que a Salt le preocupara el bienestar de la humanidad.

Charlie se alegró de que la conversación se detuviera cuando el camarero les trajo la comida.

Salt le indicó al camarero que le sirviera el lomo de cordero a Charlie. Esta probó un bocado distraídamente y se puso a masticar de manera mecánica, sin apenas paladear lo que comía.

—Es cierto que yo intervine en lo que pasó después —reconoció Salt cuando el camarero les rellenó las copas y se marchó—. Intenté salvar a Edmund de Red, pero mi nieto liberó a su sombra antes de que yo pudiera destruirla. Ahora anda suelta por el mundo. Seguro que ya entiende por qué debo recuperar mi libro antes de que logre completar el ritual que contiene. Lo que pretende Edmund no debe llegar a término. Un Estrago capaz de hacerse pasar por una persona, con un hambre insaciable… ¿Querría usted que un ser así vagara por las calles, haciéndoles a otras personas lo mismo que les hizo a Paul Ecco y a Knight Singh?

—Vince no haría algo así —dijo Charlie.

—Y no lo hará —contestó Salt—. Porque usted me traerá el Libro de la noche a la fiesta que daré el próximo sábado y nosotros lo guardaremos a buen recaudo. ¿Ha quedado claro?

Charlie no podía quitarse de la cabeza aquella acusación.

—¿Por qué iba la sombra de Vince… por qué iba Red a matarlos?

—El primero consiguió una parte del libro, y eso a Red no le haría gracia —dijo Salt, torciendo el gesto y mirándola fijamente—. El segundo sabía demasiado sobre el contenido del Liber Noctem. Pero es que además Red necesita matar. Cuanta más sangre y energía umbral consume, más poderoso se vuelve… y más preparado está para el ritual.

Cuando Charlie bajó la vista, en su plato solo quedaban unas manchas rojas de la carne poco hecha. Se limpió la boca con la servilleta. No recordaba haber comido ni un bocado.

—Ese libro lleva más de un año perdido. ¿Por qué cree que podré encontrarlo antes del sábado? —preguntó Charlie.

—Usted conoce a Edmund. Puede hacer algo que nadie más puede: deducir dónde podría haber escondido un libro para que no lo

encontrara nadie. La fiesta del sábado es una pequeña velada para la comunidad umbrista, con motivo de mi ingreso en la Cábala. Tener el libro en mis manos sería una prueba meritoria de los éxitos que cosecharé en mi nuevo cargo.

Charlie lo miró horrorizada. La Cábala no dejaba de ser un órgano de gobierno extraoficial, pero servía para identificar amenazas contra la comunidad (como los Estragos sueltos o las leyes para regular el umbrismo) y contratar a un Hierofante. También mantenía bajo control a los umbristas locales. Que alguien tan monstruoso como Salt estuviera a punto de ser una de las cinco personas con poder de decisión no era una buena noticia para nadie.

No, una de las cuatro, se corrigió Charlie. Porque Knight Singh había muerto.

—Le agradezco su oferta laboral, pero este trabajo no es para mí —dijo Charlie—. No tengo ni idea de dónde está Vince ni de qué ha hecho con su libro. Incluso podría habérselo quitado de encima. Y además, usted no me cae bien. Me ha secuestrado a punta de pistola. Y es un poco gilipollas.

Decirle eso no era lo mismo que vengarse, pero algo era algo.

Adeline contuvo la respiración.

Salt miró a Charlie desde el otro lado de la mesa; en su expresión había algo que parecía la antesala de un gran placer. Ese fue el único aviso antes de que la sombra de Salt fluyera hacia Charlie y se le filtrara bajo la piel. Antes de poder comprender lo que pasaba, su mano agarró sola el cuchillo de carne mientras el camarero regresaba a la sala.

Charlie sentía la sombra que estaba dentro de ella como una conciencia independiente. Podía oír sus pensamientos y percibir la enormidad de su odio. Abrió la boca y notó que su lengua empezaba a formar palabras, aunque con voz ronca por su resistencia.

—Le-voy-a-ma-tar…

De pronto Charlie se notó libre de nuevo y se quedó temblando de horror. No sabía si había expulsado a la sombra con su fuerza de voluntad o si Salt la había liberado.

Salt se echó a reír al ver la cara de susto del camarero.

—Se calienta mucho cuando hablamos de política, pero es inofensiva. ¿Verdad, querida?

Charlie se mordió la lengua y no contestó, temiendo que salieran de su boca palabras que no fueran suyas.

Salt se inclinó hacia ella y le habló en un susurro:

—Tienes una semana para robar el Liber Noctem. Con tu reputación, no me cabe duda de que tendrás éxito. Pero si fracasas, ya veremos qué otras cosas puedo obligarte a hacer. Y a quién. Tienes una hermana, ¿verdad? En fin, ¿te apetece un café antes de irte? ¿Un

licor?

El enfado, el miedo y la furia crecieron dentro de Charlie como una ola, arrastrando consigo cualquier otro pensamiento. Hasta entonces no había creído posible que pudiera despreciar a Salt más de lo que ya lo hacía, pero ahora le temblaban las manos de puro afán violento. Quería partir un vaso y rajarle la cara con él. Quería verlo retorcerse en el suelo mientras un veneno le iba arrebatando la conciencia.

La sonrisa de Salt se ensanchó mientras observaba su expresión. Charlie tuvo la inquietante sensación de que Salt disfrutaba viendo su odio. Era otra forma de ejercer poder sobre ella.

Salt se limpió las comisuras de la boca con la servilleta de tela.

—Necesito que digas que lo has entendido. Que este sábado te presentarás en mi casa, libro en mano.

Charlie apartó la silla y se levantó, mordiéndose el carrillo.

—Le doy mi palabra.

Él asintió.

—Que pases un buen día, Charlatana.

Cuando se daba la vuelta, Adeline le agarró la mano.

—Sé que has visto las noticias. Antes de juzgar a mi padre, recuerda de qué es capaz Red.

¿De verdad la sombra de Vince estaba ahí fuera, asesinando gente para preparar su transformación? ¿Era eso lo que le había pasado a Rose Allaband? ¿Qué responsabilidad había tenido Vince en todo eso?

Sin embargo, a Rand también lo habían encontrado dentro de un coche, con una chica muerta a la que no conocía de nada; Charlie estaba casi segura. Todo había sido un montaje de Salt.

Quizá Vince no había fingido su propia muerte. ¿Y si solamente había escapado con el libro? ¿Y si Salt había dispuesto el coche quemado y los cuerpos calcinados para que todos creyeran muerto a Vince? Así le impediría alejarse demasiado o acudir a las autoridades. En cuanto descubrieran que estaba vivo, lo buscarían por asesinato.

Pero claro, eso no explicaba lo de Red.

—Suéltame —le dijo Charlie.

Adeline le clavó los dedos en la piel.

—Crees que conoces a Remy, pero te equivocas.

Charlie se desembarazó de la mujer y salió de la sala tan deprisa como pudo. No le importaba a dónde iba, con tal de alejarse de la familia Salt y de sus horrendos deseos y exigencias. Mientras cruzaba el suelo de baldosas del vestíbulo, vio a un hombre recostado contra la pared.

Se le aceleró el corazón.

Era más joven que la mayoría de los visitantes del club de campo. Tenía el cabello oscuro, los ojos hundidos y unas ojeras muy marcadas. Aquella noche, al verlo en el callejón, le habían parecido

agujeros de bala. Pero ahora que lo veía de cerca, solamente parecía cansado.

Entonces posó la mirada entre el borde de sus guantes y los puños de su camisa. Apenas enseñaba nada, pero Charlie se dio cuenta de que tenía una sombra en lugar de la piel de la muñeca.

—Eres el Hierofante —se obligó a decir.

Él le sonrió, pero no lo hizo bien. Demasiados músculos faciales le estiraban la boca. Y en demasiadas direcciones.

—Sí —contestó, como si tuviera que forzar las palabras a salir—. Es-toy ca-zan-do a un Es-tra-go.

Charlie retrocedió un paso sin pensar, más alarmada por su entonación que por lo que había dicho. Se acordó, con súbito horror, de cómo había hablado ella misma hacía un momento, cuando Salt la había controlado.

—¿A Red? —le preguntó.

Al Hierofante le brillaron los ojos.

—Lo has visto, ¿verdad?

Charlie negó con la cabeza.

Él le dedicó otra de sus extrañas sonrisas.

—Yo antes era ladrón. Como tú.

Si a Charlie la hubieran pillado en el momento y el lugar equivocados, podría haber terminado como él. Le habrían amputado las manos y la habrían enviado a matar Estragos. ¿Él también habría sido umbrista? Muy pocos ladrones lo eran, principalmente porque a las sombras les costaba cruzar las protecciones de ónice que instalaban casi todos los umbristas.

—Tu sombra… —dijo Charlie. Quería preguntarle si se había avivado sola o si lo habían uncido a algo.

El Hierofante entornó los ojos, se apartó de la pared y dio un paso hacia ella.

—Cuando te tienen en sus garras, ya nunca te sueltan.

Charlie retrocedió de nuevo.

El Hierofante ladeó la cabeza y empezó a hablar, primero con voz monótona y luego levantándola hasta gritar:

—Dile a Red que quiero el libro. Dile a Red que podemos compartirlo. Dile a Red que lo voy a hacer trizas.

Al ver que el Hierofante seguía avanzando hacia ella, Charlie se dio la vuelta y echó a correr. Sus bailarinas resonaban en el suelo pulimentado.

—Nadie puede luchar contra su propia sombra —gritó él a sus espaldas.

Charlie embistió las puertas con el hombro para abrirlas. El coche negro mate la esperaba en la entrada; no dejó de correr hasta que se refugió dentro.

21
El pasado

En una calle adoquinada de Boston, en el barrio de Beacon Hill, Remy Carver procuraba aparentar que era un adolescente normal, en lugar del artífice de un asesinato. Sentía la tensión del vínculo con su sombra, como si los uniera una cuerda que se volvía más tirante a medida que Red subía flotando por las escaleras de la casa adosada.

Al otro lado de la calle, una anciana vestida con un abrigo con cuello de pelo paseaba a un chihuahua regordete. Cuando miró a Remy, este se dio la vuelta y se refugió bajo las sombras, con el corazón acelerado.

Quizá debería haber venido a las dos de la madrugada, en lugar de a las once de la noche. Su abuelo le había insistido, porque a las once habría más gente en la calle y su presencia no resultaría tan sospechosa, pero cualquier hora resultaba inadecuada para que un chaval de catorce años merodeara entre los cubos de basura, esperando a que su amigo invisible terminara de asesinar a un hombre.

Remy no encajaba en un lugar como ese, aunque fuera nieto de quien era. Las macetas con flores de primavera en las ventanas y las aldabas de latón reluciente de las puertas lo ponían nervioso.

Intentó concentrarse en cualquier cosa que no fuera lo que estaba ocurriendo en la planta de arriba, aunque una parte de él podía ver a través de los ojos de Red. Su sombra ya había llegado al dormitorio. La puerta entreabierta no ofrecía el menor obstáculo. El hombre dormía al lado de su mujer, que tenía una de esas cánulas conectada a la nariz para suministrarle más oxígeno…

Remy sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera impedirle ver las imágenes. No. No. Pensó en la última vez que había visto a su madre y en que parecía encontrarse mucho mejor. Pero ese recuerdo tampoco era del todo bueno, porque su madre quería que Remy se mudara con ella de nuevo. Y no podía.

Pensó en el carísimo colegio privado al que iba ahora, en los amigos que Adeline le había presentado. Remy les había caído bien. Sabía dónde conseguir drogas y a qué cliente de una licorería podían convencer para que les comprara una botella de Grey Goose a cambio de veinte pavos. Lo habían invitado a sus albergues de esquí el próximo invierno. Y a sus islas privadas en primavera.

¿No era eso muchísimo mejor que lo del año pasado, cuando tenía que envolverse las deportivas con cinta adhesiva para que no se le mojaran los pies al caminar penosamente entre la nieve sucia?

Valía la pena. Esto valía la pena.

Se concentró en ese pensamiento mientras Red se introducía por la garganta del hombre, mientras el eco de unos sonidos espantosos invadían la cabeza de Remy. Mientras la mujer se despertaba y se ponía a chillar. Piensa en tener un hogar. Piensa en que mamá va a una clínica de rehabilitación para famosos. Piensa en el futuro. Piensa en Adeline, que quiere ser tu hermana.

No pienses en Red.

Desde que su abuelo había descubierto que Remy podía serle de utilidad, no había dejado de pedirle que utilizara a su sombra. Además, había empezado a coleccionar libros de umbrismo y a decirle a Remy que se estaba equivocando. Que debía comprender que Red no era más que una prolongación de sí mismo, como una mano, algo sobre lo que ejercía un control absoluto.

Que era peligroso tratar a Red como si pudiera tomar decisiones propias.

Pero Remy no quería matar a nadie. Ya tenía bastante con ser partícipe de ello, así que ni se imaginaba lo que sentiría al ser totalmente consciente de lo que hacía, al introducirse por la garganta del hombre y ver cómo se le hinchaban los ojos y sacaba la lengua. Al oír los aullidos histéricos de la mujer tan de cerca que sentiría que le sangraban los oídos.

Cuando terminó, Remy se secó las lágrimas de los ojos.

Odiaba saber que ese hombre se estaba muriendo, pero también odiaba al moribundo. Si hubiera aceptado aquel asunto de negocios con el abuelo de Remy, nadie habría tenido que sufrir tanto.

Red no tardó mucho en volver, deslizándose por los adoquines. Pero la sombra se detuvo antes de ocupar su lugar de reposo. La silueta negra de Red permaneció en la pared de ladrillo, tan erguida como Remy, desafiando a la luz de las farolas y a toda ley natural.

—No estás contento —adivinó Red, aunque sus palabras solo se oían en la mente de Remy.

Adeline le había explicado que Red era la parte de Edmund que él no conocía. Como su subconsciente.

Pero a él no le parecía que Red fuera su subconsciente. Era más bien un desván. Un lugar donde Remy guardaba las cosas en las que prefería no pensar. En el colegio privado al que iba por insistencia de su abuelo no toleraban las peleas entre alumnos. Así que Remy ya no se peleaba, aunque en su colegio de antes tenía que encararse con los demás para hacerse respetar. Pero esa rabia tenía que meterla en alguna parte.

Y cuando Remy se ponía triste (en momentos como aquel o cuando echaba de menos a su madre) también guardaba esa tristeza en Red. La lástima que le daban las personas a las que su abuelo le ordenaba

matar. Y eso no estaba bien; Red no debería tener que matar gente y sentir lástima por ella.

Pero Red no era real. Era el subconsciente de Remy. O un desván.

Antes era su amigo.

—¿Qué más da? Ya está hecho —dijo Remy, expulsando toda la tristeza que sentía. No sabía si Red protestaría, pero al fin y al cabo era energía, ¿no? Igual que la sangre con la que lo alimentaba.

—Para la próxima, puedes soltarme —dijo Red—. Cuando termine, volveré contigo.

Remy odiaba que su sombra dijera cosas que no parecían salir de su propia mente, cosas que lo sorprendían. Antes le gustaba, cuando Red elegía una jugada inesperada en un juego o lo adelantaba durante una carrera.

—Tenemos que irnos —murmuró Remy. Echó a andar por la acera con las manos en los bolsillos. La policía y la ambulancia llegarían pronto.

Dejó que su sombra lo siguiera. Esa era su función.

Se sintió mejor al doblar la primera esquina. No había nada que lo conectara con el asesinato.

Y cuanto más lo pensaba… Red y él querían lo mismo, ¿no? Aunque fuera imposible. No debería sorprenderle tanto que se lo hubiera sugerido. Remy solo reaccionaba así por culpa de lo que le había dicho su abuelo.

—Te prometo que volveré —susurró Red—. Te lo juro con la mano en el corazón.

—Tú no tienes mano —le dijo Remy mentalmente—. Ni corazón.

—Pues por mi vida. Te lo juro por mi vida.

—Tú solo eres yo —dijo Remy.

—Yo solo soy tú —repitió Red. Pero Remy ya no estaba seguro de lo que querían decir esas palabras ahora que salían de su sombra.

Cuando eran pequeños, siempre entendía lo que quería decir Red.

—Me lo pensaré —dijo Remy.

Pero en ese momento ya sabía que haría cualquier cosa con tal de no volver a vivir una noche como aquella.

22
El sabio y la sombra

Nada más salir a la carretera, el anciano chófer carraspeó.

—En el asiento trasero hay una cosa para usted, señorita Hall.

En la alfombrilla del suelo (seguramente por haberse resbalado del asiento) encontró un libro con tapas rojas de piel sintética y letras estampadas en color dorado. Después de haber robado tantos libros viejos y gastados, se le hacía raro tener en la mano uno moderno que imitaba los de otras épocas.

El título era Obras completas de Hans Christian Andersen. Dentro, a modo de marcapáginas, había un billete de cien dólares. El cuento señalado llevaba el sencillo título de «La sombra».

Como no tenía otra cosa que hacer durante el trayecto de vuelta, Charlie se puso a leer.

El protagonista era un sabio del frío norte que viajaba a una maravillosa ciudad sureña, pero era incapaz de soportar sus calurosos días. El sol abrasador lo marchitaba, dejándolo flaco y exhausto. Hasta su sombra parecía difuminarse. Solo por las noches, con la llegada de la brisa fresca, sentía que volvía a ser el mismo. Se sentaba en su balcón con una vela y contemplaba su sombra, que se iba afinando y alargando en el aire nocturno.

Charlie sintió un pequeño escalofrío. Siguió leyendo.

A los pies del sabio y su sombra, la ciudad iluminada por la luna parecía magnífica. Los carruajes pasaban traqueteando junto a los músicos que tocaban la mandolina. Sonaban las campanas de las iglesias. De los mercados salían carros tirados por asnos y cargados de fruta madura. El sabio aspiró los aromas de las especias, el humo y las flores exóticas. Le llamaban particularmente la atención las que crecían en el balcón opuesto, donde se oía también una voz cantarina.

Todas las noches, el sabio se sentaba en su balcón y miraba al otro lado. En una ocasión le pareció ver a una hermosa doncella entre las flores. Cuando volvió a mirar, ya no estaba. Pero a la luz de la vela, su sombra se alargó lo suficiente para cruzar al otro lado de la calle y llegar hasta la ventana de la joven.

Haz algo útil, le dijo el sabio a su sombra, riendo. Entra, echa un vistazo y dime lo que ves. Pero acuérdate de volver.

Dicho eso, el sabio se acostó. Pero su sombra, no. Se escabulló para espiar y, desoyendo sus órdenes, ya no volvió.

Al sabio le pareció un verdadero fastidio. Sin embargo, pronto descubrió que una nueva y diminuta sombra había empezado a crecerle desde las puntas de los pies. Cuando abandonó el caluroso

país, tenía una sombra ya crecida que le pareció más que suficiente, así que decidió contentarse con ella.

Una noche, muchos años más tarde, alguien llamó a su puerta. Al otro lado había un hombre muy delgado e impecablemente vestido. Cuando lo miró, el sabio sintió algo raro, pero lo invitó a entrar a pesar de sus recelos.

El desconocido se presentó como la sombra del sabio. A pesar de su desconcierto, al sabio le divirtió un tanto volver a verla. La sombra le contó muchas historias de sus aventuras; al ser capaz de colarse en cualquier parte y de ver todas las cosas que ocultaban los poderosos, había tenido muy buena fortuna. Se había hecho rico.

El sabio lo escuchaba maravillado, porque él seguía siendo pobre. La sombra invitó al sabio a acompañarlo en sus viajes y se ofreció a correr con todos los gastos. El sabio se sintió un poco herido en su orgullo, pero finalmente aceptó.

Se marcharon a un balneario de aguas termales en el que, según la sombra, conseguirían que le saliera la barba. Durante el viaje, la sombra tomaba todas las decisiones y pagaba la comida y la bebida. No tardó en empezar a tratar al sabio como si fuera su criado.

Gentes de todas partes acudían a aquel balneario; la sombra conoció a una princesa que había venido a librarse de una enfermedad que le hacía ver las cosas con excesiva claridad. En cuanto la princesa vio a la sombra, adivinó que había venido al balneario con la esperanza de conseguir una sombra nueva. La sombra se echó a reír y le contestó a la princesa que al parecer ya se había curado de su mal, puesto que su sombra estaba allí mismo. Señalaba al sabio.

La idea de que su sombra fuera mucho más refinada que la de cualquier otra persona intrigaba a la princesa. Esa noche bailaron juntos y ella le habló de su país. Él, que ya había estado allí, demostró poseer tanta cultura que la princesa no tardó en enamorarse.

Ella quería casarse, pero antes necesitaba estar segura de su sabiduría, puesto que un gobernante debe ser tan sabio como culto. Lo puso a prueba planteándole una serie de complejas cuestiones filosóficas. Con una carcajada, la sombra le dijo que sus preguntas eran tan sencillas que hasta su sombra podría responder. Y cuando ella le formuló las mismas preguntas al sabio, este contestó con tal elocuencia que la princesa accedió a casarse con la sombra de inmediato.

Esa noche, la sombra le hizo una propuesta al sabio. Podía irse a vivir con ellos y disfrutar de su riqueza todos los días de su vida si a cambio prometía decir a todo el mundo que él era la sombra, y la sombra, el hombre.

El sabio se negó y amenazó con contárselo todo a la princesa. Pero la sombra le dijo que, si se atrevía, les diría a la princesa y a sus

guardias que el sabio era un embustero.

Piénsalo bien, le dijo. El que se va a casar con ella soy yo. Me harán caso a mí, no a ti.

Pero el sabio insistió. Y todo ocurrió tal y como había predicho. La sombra ordenó a los guardias de la princesa que apresaran al sabio y estos le obedecieron. Cuando se celebró la boda de la sombra y la princesa, el sabio había sido ejecutado y ya no existía.

Cuando Charlie cerró el libro, vio que habían salido de la I-91 y ahora serpenteaban por carreteras secundarias en dirección al Blue Ruin. Apoyó la mano en la tapa de cuero sintético e intentó olvidarse de la historia en sí y centrarse en por qué Salt quería que la leyera.

Intentaba convencerla de que Red no solo era una amenazara para el mundo, sino también para Vince. A ella eso no debería importarle, pero tenía que reconocer que le importaba.

Su odio por Salt le ardía en las entrañas, pero por mucho que lo despreciara, por muy segura que estuviera de que Salt la estaba engañando, también estaba convencida de que no todo lo que le había dicho era mentira.

El chófer se detuvo en el aparcamiento, al lado del Corolla. Charlie salió, llevándose el libro y el marcapáginas de cien dólares. Al fin y al cabo, Salt había prometido pagarle por su tiempo.

Mientras Charlie abría la puerta de su coche, el Rolls-Royce negro mate volvió a la carretera y se alejó rumbo al sol del atardecer. Contuvo la respiración hasta que el motor arrancó con su habitual tosecilla agónica. El bolso estaba donde lo había dejado, en el asiento trasero. También el móvil; tenía una llamada perdida de Posey y otra del trabajo.

Las ignoró y llamó a la tesorería de la UMass para intentar solucionar el problema de la cuenta de Posey. Comunicaba. Cuando probó de nuevo, saltó el buzón de voz. Entre la primera llamada y la segunda, la oficina había cerrado. Y mañana era el Día de los Veteranos.

Frustrada, condujo hasta casa. Eran poco más de las cuatro de la tarde y todo estaba en silencio. O su hermana no se había levantado todavía o se había encerrado en su cuarto. Agotada, Charlie fue directa a su habitación y se dejó caer de bruces sobre el colchón. Cuando despertó, olía a quemado. Se dio cuenta de que se había dormido abrazada al libro rojo, como si fuera un osito de peluche.

En la cocina, Posey fulminaba con la mirada una bandeja de horno llena de galletas ennegrecidas.

—Anoche no volviste —le dijo—. Vince tampoco vino. Y… ¿qué llevas puesto?

Charlie bajó la vista y miró el elegante conjunto deportivo que le habían regalado en el spa. Se encogió de hombros, se sentó en una silla y se puso a despegar una galleta de la bandeja. Le vendría bien un dulce.

—Vince se ha ido. Ha hecho las maletas. Se ha largado.

Esperaba que Posey se alegrara o que al menos se mostrara ufana, pero parecía perpleja.

—¿Has cortado con él?

Charlie sacudió la cabeza.

—No. Se ha ido, te lo acabo de decir.

—Pero ¿por qué?

—Porque en realidad no se llama Vincent Damiano. Es Edmund Carver, un niño rico al que dan por muerto. —Charlie suspiró, dejó la galleta por imposible y se levantó para servirse unos cereales.

Solo tenían los aburridos copos de fibra que había comprado Vince por petición de Charlie. Se los echó en un cuenco.

—¿En serio? —dijo Posey.

—Creo que está metido en un lío —dijo Charlie—. A ver, es evidente que lo está. Pero me refiero a un lío más gordo, y tiene que ver con su sombra.

Salt había acogido a Vince a los trece años, un chaval conflictivo y desesperado por una pizca de estabilidad. ¿Qué habría estado dispuesto a hacer para conseguirla?

Absolutamente cualquier cosa, probablemente.

Posey forcejeaba con las galletas quemadas con una espátula medio derretida que seguramente estaba contaminándolas con toxinas. Logró arrancar un trozo de galleta.

—¿Quién va a por él?

—Es una historia un poco complicada. ¿Te acuerdas de Rand, el amigo vidente de mamá?

Posey torció el gesto.

—Ese viejo que no se despegaba de ti. ¿No tuvo una muerte muy chunga?

—Lo asesinaron —contestó Charlie.

Posey negó con la cabeza.

—No, qué va. Lo encontraron en su coche con el cadáver de una chica. Se suicidaron. O él la mató y luego se suicidó. Sí, ya me acuerdo. Papá le echó la culpa a mamá por haberte dejado a solas con él tantas veces. Le preocupaba que te hubiera hecho algo, porque todo el mundo dio por sentado que le había hecho algo a esa chica antes de matarla.

Por supuesto, su padre jamás le había mencionado nada a Charlie. De hecho, acababa de enterarse de que su padre sabía de la existencia de Rand. Le costó equilibrar la sorpresa con el fastidio que sentía al

ver que Posey suponía que su hermana no recordaba bien uno de los acontecimientos más horrendos de su vida.

—A Rand lo asesinaron —insistió Charlie—. Lo sé porque yo estuve allí.

Posey empezó a abrir la boca, quizá para protestar, pero la cerró de golpe.

—Lo mató el abuelo de Vince. Lionel Salt.

—¿Qué hacías tú allí? —preguntó Posey, con voz mucho más baja y menos firme.

—Rand era timador —dijo Charlie—. Y yo era su cómplice. Era como la ayudante de un mago, pero para delinquir.

—Es decir, nada que ver con la ayudante de un mago —replicó Posey.

Charlie pasó el dedo por los restos ennegrecidos de la bandeja.

—Mira, Rand no era una bellísima persona. Era un gruñón egoísta y me engañó para conseguir que trabajara para él. Pero me enseñó muchas cosas. No merecía morir y mucho menos así. Nadie merece morir así.

—Siempre le decías a mamá que querías irte con él. —Posey mordió una galleta, hizo una mueca y la dejó de nuevo en la bandeja —. Yo creía que te compraba cosas. Me daba envidia, pero más adelante ya no supe qué pensar. Siempre tenías dinero. Y él… en fin, me daba mal rollo.

Dicho así, la verdad era que sonaba turbio. Charlie volvió a preguntarse en qué estaba pensando su madre al dejar que se fuera con Rand y por qué nunca había dicho nada.

Siguió masticando aquellos cereales tan saludables con el ceño fruncido.

Los problemas de su pasado no tenían solución, pero Vince era la clave para solucionar los del presente. O tenía el Liber Noctem o conocía su paradero. Y si de verdad pretendía transformar a su sombra malvada en un humano malvado, quizá para el sábado ya habría terminado y así Charlie podría devolverle el libro a Salt.

Sentía cierto alivio por tener un motivo para contactar con él, pero se negó a pensar demasiado en ello. Sacó el móvil y contuvo la respiración mientras escribía su nombre y esperaba a que sonara.

Un momento después, una voz enlatada le informó que el número estaba apagado. Cómo no.

En fin, Charlie se había pasado casi una década entera buscando cosas. Se las arreglaría para encontrar a un gigantón sin tarjeta de crédito y con carné falso.

Miró a su hermana desde el otro lado de la cocina.

—¿Tú crees que podrías hacerte amiga de tu sombra? —le preguntó—. ¿Podría llegar a importarte de verdad?

Posey frunció el ceño, pensativa.

—Sé de una señora que se casó con el Muro de Berlín. Se quedó fatal cuando lo derribaron. Se pasó un tiempo llevando un ladrillo a todas partes.

Ya sabía por dónde iba, pero Charlie no se refería a eso.

—Sí, vale, pero ¿podrías hacerte amiga de ella sin estar mal de la cabeza?

—No lo sé.

—Ya —dijo Charlie—. Yo tampoco.

—Si pudiera hablar, a lo mejor —aventuró Posey, dándole vueltas a la pregunta—. Pero estarías hablando contigo misma, ¿no?

Charlie bajó la vista, pensativa. No lo estaba diciendo por su propia sombra, pero quizá debería. Seguía tan indiferente como siempre. No parecía su amiga.

—Me odias un poco, ¿verdad?

Posey la miró fijamente.

—¿Lo dices porque es injusto que sea tu sombra la que se está avivando cuando ser umbrista es lo que más quiero en el mundo? —Charlie asintió—. Estoy enfadada. Con el universo. Y contigo también, supongo, aunque sé que no es tu culpa. Se me pasará. Pero como la cagues, entonces sí que te voy a odiar.

Charlie suspiró, medio convencida de que ya la estaba cagando y totalmente convencida de que no tardaría en volver a cagarla. Así era ella. Charlie Hall, Cometedora de Errores, Patrona del Desastre.

Lo único que siempre se le había dado bien eran los engaños y los timos, así que era mejor ceñirse a eso. Paul Ecco se las había arreglado para conseguir una página del Liber Noctem. Si se la había vendido Vince, tenía que haber alguna prueba de la transacción. Quizá Vince le hubiera dado a Ecco un número de teléfono aún operativo o, todavía mejor, una dirección.

La tienda de Ecco se llamaba Curiosity Books. Muy apropiado, porque la curiosidad de Charlie era cada vez mayor.

—Salgo otra vez —anunció mientras volvía a su dormitorio para cambiarse de ropa.

Posey la miró de reojo.

—¿Volverás esta noche? Voy a pedir lo mein.

—Pide también para mí —respondió Charlie—. Si no llego, queda para el desayuno.

Curiosity Books estaba en la tercera planta de una antigua fábrica restaurada, justo encima de un escultor de cemento y compartiendo pasillo con una academia circense donde enseñaban a los niños pequeños a hacer malabarismos con pelotas y platos. Las cerraduras

eran de chiste. Charlie ni siquiera tuvo que forzarla; le bastó con meter su tarjeta de puntos del Big Y en la rendija de la puerta y deslizarla con fuerza para accionar el pasador. Giró el picaporte, empujó con la cadera y la puerta se abrió.

Las estanterías que cubrían las paredes parecían rapiñadas de todas las liquidaciones de bibliotecas y donaciones de Craigslist de los alrededores. Estaban llenas de libros tan apretados que Charlie no sabía si sería capaz de sacar alguno. Había cajas de cartón apiladas en pequeñas torres, algunas con los laterales rotos y otras llenas a su vez de cajas plegadas, seguramente para realizar envíos. En la pared del fondo, sobre las ventanas paralelas, habían pintado una cita anónima: «El universo pertenece a los curiosos».

En el centro de la estancia se alzaba un viejo escritorio de metal de estilo años cincuenta sobre el cual había un ordenador conectado, un teléfono fijo de aspecto añejo y una impresora de etiquetas. El suelo estaba sembrado de papeles, como si hubieran registrado el local recientemente.

Charlie caminó de un lado a otro, inhalando el denso polvo de los libros viejos. Habían hecho añicos una vitrina con cerradura; no quedaba nada en los estantes vacíos. Habían tirado al suelo una sola estantería bajo la cual asomaban varios libros.

Charlie volvió al escritorio, se sentó y dibujó un círculo con el ratón. Al cabo de un momento el monitor se encendió, mostrándole un fondo de pantalla cómicamente abarrotado de iconos. Abrió una ventana de búsqueda y tecleó «nombre:Noctem». Sin resultados. Lo cambió por «nombre:Estrago» y tampoco encontró nada.

Luego probó con «inventario» y esta vez encontró un archivo de Excel. Al abrirlo, descubrió una lista de los libros que Paul Ecco tenía en la tienda, con la sinopsis, el precio que Paul había pagado por ellos y el precio por el que los había vendido.

Escribió «Noctem» en el campo de búsqueda. Sin resultados.

Frustrada, Charlie sacó su móvil y llamó a Balthazar. Respondió al tercer tono.

—Querida —dijo, alargando las vocales—. ¿A qué se debe el placer?

—¿Y si te digo que quiero aceptar el encargo de Knight Singh? —preguntó. Le dio una patada al archivador para impulsar la silla giratoria.

—Me temo que ya es tarde. He oído que alguien ya ha encontrado el cuaderno. ¿Te sabe mal? Tranquila. Tengo como media docena de encargos más. Unos cuantos fuera del estado, por si te apetece viajar. Y unos cuantos imposibles, por si buscas emociones fuertes.

—Eso siempre —dijo Charlie—. ¿Quién lo quería?

—¿El qué?

—El cuaderno de Knight Singh. —Distraídamente, Charlie empezó a abrir los cajones del escritorio, que chirriaron al deslizarse.

Balthazar titubeó antes de contestar:

—¿Tienes algo que contarme?

—Creo que no.

En el archivador encontró docenas de carpetas de cartón con etiquetas que hacían referencia a las tediosas exigencias de un negocio: facturas, alquiler, comida a domicilio, seguros y asociaciones de libreros con acrónimos: ABA, IOBA, NEIBA.

—Fue un titiritero, ¿verdad?

—Varios caparazones querían ese cuaderno. Y sí, también un titiritero. Uno con mucho dinero. —Balthazar guardó silencio un momento, como si algo lo preocupara—. ¿Vas a decirme cómo lo sabías?

Charlie reprimió las ganas de chulearse, de mencionar que sabía perfectamente que se lo habían robado a Raven.

—Mi trabajo consiste en saber cosas —contestó Charlie con aire inocente. Debería darle las gracias a Balthazar, cortar la llamada y dejarlo estar, pero le debía un poco de información—. ¿Recuerdas ese encargo que me recomendaste, el de buscar el Liber Noctem? Salt prácticamente me ha amenazado con matarnos a todos mis seres queridos y a mí si no lo encuentro.

—Pues menos mal que no es probable que yo entre en esa categoría —dijo Balthazar.

—Uy, no sé yo. Cada vez me caes mejor —replicó Charlie mientras metía la mano al fondo del cajón inferior y sacaba una carpeta delgada con una etiqueta que decía «Porno». Estaba vacía.

—Qué peligro tienes, Charlatana —dijo él, aunque con afecto.

—Adiós, Balthazar —se despidió antes de colgar.

Volvió al ordenador y escribió «Porno» en la barra de búsqueda. Apareció una carpeta. Dentro había seis archivos .jpg, tres .mov y una subcarpeta con el título «Porno con viejos». Solo contenía un Excel. Al abrirlo se desplegó otro inventario, una colección de libros de ocultismo que podían ser de interés para un umbrista. La hoja de cálculo incluía el año de creación, la especialidad del umbrista, si se trataba de un volumen único o de impresión industrial, si había más ediciones, en qué estantería estaba y cómo lo había adquirido Paul.

También había una lista de objetos de umbristas. Para esconder sus conocimientos de umbristas rivales, solían dejar por escrito sus secretos de forma poco ortodoxa. Bordándolos en el forro de una cazadora de cuero, escribiéndolos con letra diminuta en una obra de arte… Eran objetos cuyo valor real estaba tan bien disimulado que podían terminar en la basura o en un mercadillo.

Y también había NFT. Eran populares entre la gente rica pero

bastante inusuales para los umbristas. Paul tenía uno en su inventario desde hacía dos semanas, valorado en cien mil dólares.

Charlie consultó la lista de vendedores; buscaba algún Remy, Edmund, Vincent, Red o incluso Salt. Pero el único nombre que le sonaba era Liam Clovin.

El Dr. Liam Clovin. El antiguo compañero de Vince.

Al parecer le había vendido tres libros a Paul Ecco menos de una semana después de la supuesta muerte de Edmund. Según el registro, dos de los libros eran memorias del siglo xviii. Valían quinientos dólares cada uno y los había guardado en la vitrina destrozada (claramente se los habían llevado). El tercero era Los umbramagistas a lo largo de la historia, un libro autopublicado en Lulu en 2011. El libro no constaba en ninguna estantería, sino en una caja de cartón con el código «7-A» que estaba en la otra punta de la sala.

Charlie fue a buscarlo, pero justo entonces llamaron a la puerta. Dio un respingo.

—¿Paul? —dijo una voz hosca desde el pasillo.

Charlie se quedó inmóvil, libro en mano. Vio el momento justo en que la puerta entreabierta empezaba a moverse. Se agazapó para esconderse tras unas cajas.

Unos pies calzados con pesadas botas de trabajo avanzaron en dirección al escritorio.

—Venga ya, tío —dijo el hombre, exasperado—. ¡Paul! Me tienes que pagar el puto alquiler. No puedes esconderte para siempre.

Salió del piso dando un portazo.

Charlie se consideraba bastante sigilosa cuando tenía que serlo, pero en un edificio tan viejo era casi imposible adivinar qué zonas del suelo crujían y chirriaban. Lo más prudente sería quedarse quieta quince minutos más, hasta estar segura de que el casero de Paul Ecco se hubiera marchado.

Al no tener nada más que hacer, abrió Los umbramagistas a lo largo de la historia y se puso a leerlo a la luz del móvil.

Era una recopilación de pasajes seleccionados de otros libros. Y aunque con las reimpresiones siempre existía el peligro de falsear información, la absoluta dejadez con la que el autor había diseñado el libro destilaba autenticidad. Cada página era un simple escaneo del material original, con la tipografía original.

Leyó por encima los extractos de periódicos, crónicas y otros documentos. Por muy pobre que fuera la edición, la información del libro era muy interesante.

Un guerrero tebano había caído en un sangriento campo de batalla, pero su sombra había continuado luchando hasta matar a su asesino.

En una oscura sociedad secreta que operaba al mismo tiempo que la Orden del Amanecer Dorado, una mujer aseguraba ser capaz de

sacar su conciencia de su cuerpo por las noches para sorprender a sus enemigos en sus momentos más íntimos. Ese mismo testimonio insinuaba que, mientras la sombra estaba fuera, la mujer quedaba vulnerable y otras sombras podían tomar posesión de su cuerpo.

Un místico había intentado transferirle toda su sangre a su sombra sin morir en el intento.

Una mujer había despertado en el monte, delante de tres ancianos que trataban de amputarle la sombra por los pies. Consiguió ponerlos en fuga al comenzar a chillar. Nunca supo lo que pretendían exactamente, pero tenía la sensación de que habría ocurrido algo terrible si hubieran tenido éxito.

Un hombre había estado a punto de morir asfixiado cuando una silueta oscura se había transformado en humo y se le había metido por la garganta. Un criado había entrado por casualidad con una vela y la había ahuyentado antes de que completara su funesta misión.

Cuando Charlie levantó la vista del libro, en el edificio reinaba el silencio. Se lo guardó en el bolso, salió del piso y bajó las escaleras.

Iba a tener que hablar con Liam Clovin, pero primero quería visitar a otra persona. Si de verdad Red había asesinado a Knight Singh, ¿por qué Raven tenía su cuaderno de notas? Y si Salt era ese titiritero tan rico que codiciaba el cuaderno, ¿por qué perdía el culo por obtener las notas de un caparazón como Singh, cuando su obsesión era recuperar el Liber Noctem?

Ya en el coche, Charlie se giró hacia el asiento vacío del copiloto, donde se proyectaba su sombra.

—Vamos allá, chica —le dijo—. El universo pertenece a los curiosos.

23
Zarpas de oso

Eran cerca de las diez de la noche cuando Charlie entró en el aparcamiento de Eclipse Piercing & Shadow Modifications, en Amherst. El local se encontraba en una plaza comercial, entre un restaurante de pollo coreano y una lavandería automática. Charlie aparcó en la parte trasera, frente a una pequeña arboleda. El aire fresco de la noche arrastraba el olor a cerveza y fritanga de un bar cercano.

Charlie agarró la bolsa de Dunkin' Donuts del asiento trasero, salió y se dirigió a la puerta situada junto al contenedor de basura y señalada con una bombilla roja. Llamó con fuerza a la puerta de madera y una rendija de luz se abrió a un lado de la cortina opaca de la ventana.

Al cabo de un momento, abrió una mujer negra vestida con camiseta sin mangas y vaqueros cortos desgarrados. Llevaba el cabello rizado teñido del color de las llamas: amarillo en la raíz, azul en las puntas y rojo en el resto. Tenía los brazos llenos de tatuajes, desde una diosa lunar de piel oscura (tan reciente que aún lo llevaba embadurnado de crema hidratante) hasta otros más antiguos y menos definidos, como telarañas, rosas y una calavera con una serpiente enroscada en las cuencas de los ojos.

Raven se cruzó de brazos y observó a Charlie con suspicacia.

—No atiendo sin cita previa y menos a estas horas.

—Hace poco te robaron una cosa —dijo Charlie—. Quiero hablar contigo sobre Knight Singh y su cuaderno de observaciones. Dime lo que quiero saber y lo recuperarás en cuanto haya terminado con él. Menos de una semana, te lo prometo.

Raven entornó los ojos y retrocedió un paso para dejarla entrar. Cuando fue a cerrar la puerta, Charlie distinguió la frase «El arte es largo y la vida es breve» escrita en español, con grandes letras góticas, en la cara interna de su brazo izquierdo.

Llevaba las piernas llenas de costras, como picaduras de pulga. Las señales de haber alimentado a su sombra.

Charlie le mostró la bolsa de Dunkin' Donuts.

—Traigo café, por si sirve de algo.

—De acuerdo, ladrona, a ver qué quieres. —Raven hurgó en la bolsa y levantó la mirada—. ¡Hostia! Has traído zarpas de oso.

La primera fase de cualquier estafa consistía en ganarse la confianza de alguien, y toda conversación tenía algo de estafa. Un café y unos dulces nunca venían mal.

—¿Por qué tenías tú su cuaderno? —comenzó Charlie—. Según tengo entendido, su muerte fue inesperada.

—Es una manera de decirlo. —Raven enarcó las cejas y bebió un trago de café—. Lo encontraron en su casa, tirado en la alfombra, al lado de su escritorio. Las paredes estaban pintadas con sangre. La Cábala no quería que se divulgaran los detalles, pero yo me enteré —continuó Raven, sin dejar sitio para palabras de consuelo ni para muecas de asombro y espanto—. Otro umbrista me dijo que se oyeron los gritos de un hombre que no era Knight. Para hacerle lo que le hicieron se necesita la clase de fuerza que solo tienen las sombras, una sombra muy poderosa, saturada de energía y sangre.

—Qué horror —dijo Charlie. Raven asintió.

—Knight fue el primer umbrista al que conocí, el que me enseñó a utilizar mi magia como es debido. Se cabreó cuando decidí centrarme en las alteraciones. Decía que solo me interesaba el dinero. Quizá tuviera razón.

»La cuestión fue que me entregó su libro una semana antes de que lo asesinaran. Me dijo que lo guardara a buen recaudo. Contenía información que podía hundir a alguien importante. Knight creía que esa amenaza lo mantenía a salvo de esa persona, y no solo a él. Supongo que se equivocaba.

—¿Lionel Salt? —preguntó Charlie. Raven le lanzó una mirada rara.

—Puede ser. Ese viejo es un bicho raro. La sombra que porta es robada. Se dice que ha desaparecido mucha gente en su casa.

—Si lo sabe todo el mundo, ¿por qué la Cábala nunca ha hecho nada? ¿Por qué Knight Singh no llegó a revelar lo que sabía de él? —preguntó Charlie.

Raven se acercó a un armario situado junto a la pequeña cocina y sacó un comedero metálico para perros.

—Tengo que hacer un par de cosas. ¿Te importa que trabaje mientras hablamos?

—Adelante —contestó Charlie.

Raven abrió la mininevera que había en un rincón, detrás de la encimera, y sacó una bolsa de plástico llena de sangre. La abrió con los dientes.

—¿Me pasas una taza de esas? —preguntó, señalando un fregadero donde había tazas y tenedores limpios en un escurridor de plástico gastado.

Charlie la miró con incredulidad.

—¿Qué quieres que haga?

Raven sonrió.

—Las tazas del fregadero. Dame una.

Charlie escogió una cualquiera. Decía: «DALE UNA BUENA HOSTIA

A TU DÍA».

Raven vertió la sangre en la taza, la metió en el microondas y lo programó para un minuto y medio.

—Para que no esté tan fría —dijo, como si eso lo explicara todo.

Mientras la taza daba vueltas, Raven se giró hacia Charlie.

—Nadie tiene pruebas sólidas. Y Salt es rico. Por eso la Cábala no va a hacer nada. En cuanto a por qué Knight nunca usó lo que sabía, lo ignoro. Depende de lo que fuera.

—¿Esperas que me crea que no leíste el libro de Knight cuando te lo dio? —preguntó Charlie.

Raven sonrió.

—Claro que lo leí. Había mucha información. Casi toda era más útil para portadores de sombras que para alteracionistas, pero no encontré absolutamente nada que pudiera hundir a nadie.

Charlie frunció el ceño.

—Aparte de que Knight supiera algo sobre él, ¿crees que Salt tendría motivos para querer quitárselo de en medio?

—Knight se oponía a que Salt ingresara en la Cábala. Ahora que él ya no está, van a hacer una excepción para que Salt pueda unirse, aunque Malik ya represente a los titiriteros.

—¿Entonces no van a tener ningún representante de los caparazones?

Raven contemplaba la taza que giraba sobre el plato con expresión ausente.

—No es justo. Knight contribuyó a la creación de la Cábala. Fue uno de los primeros umbristas que habló abiertamente de la magia de sombras.

Charlie destapó su café y bebió un sorbo, pensando en Red y en lo que Salt había dicho sobre Vince.

—¿Qué relación tenía Knight con el Liber Noctem? —Quizá no tuviera ninguna, pero al formular la pregunta de esa manera, Charlie esperaba que Raven creyera que sabía más de lo que sabía en realidad.

—¿El Libro de los Estragos? —El microondas empezó a pitar. Raven vació la taza en el comedero de acero inoxidable—. Le hacía mucha gracia que alguien hubiera embaucado a Salt para que pagara tanto dinero por él.

»Es el problema de los umbristas ricos. Acaparan todos los libros mágicos solo porque pueden y usan esos conocimientos para captar a otros umbristas. Salt, que no respetaba las normas de nadie, ahora va a ser quien las dicte.

Se contaban historias sobre las sectas que habían formado los umbristas poco después de que la magia de sombras saliera a la luz. Muchos ritos con sangre para dopar a las sombras. Muchas túnicas chungas y sexo chungo. Y muchísimas muertes.

Al pensar en cómo sería una organización de umbristas dirigida por Salt, Charlie se imaginaba la versión elitista y corporativa de esa clase de sectas. Pero seguro que se unirían muchos; Salt disponía de los libros y del dinero necesarios. Y cuanto más creciera su organización, mayor sería su influencia sobre los demás umbristas. Gracias a su puesto en la Cábala, nadie podría detenerlo.

Raven le puso en las manos la taza vacía y con restos de sangre, se acercó a la puerta y dejó el comedero en el escalón.

—¿Debería preguntar? —dijo Charlie enarcando las cejas.

—Lo sabrás dentro de un minuto, quieras o no. —Raven parecía estar pasándoselo en grande—. ¿Por qué te interesa el Liber Noctem? ¿No decían que el nieto de Salt se lo robó antes de irse al otro barrio? ¿Por qué te interesa todo esto?

Charlie se dejó caer en un banco, junto a una pila de revistas de tatuajes.

—Ha ocurrido algo… y supongo que estoy metida. Ahora no puedo dejarlo ni aunque quisiera. Y no quiero. Lo que quiero es saber quién ha mentido y en qué.

Raven soltó un resoplido.

—Probablemente todos. Y en todo.

En el exterior, una nube pasajera alteró el ángulo de la luz de la luna y Charlie distinguió varias sombras que se deslizaban hacia el cuenco.

Sus siluetas borrosas no se definieron ni siquiera al situarse bajo la potente luz de la bombilla de la puerta. Apenas eran perceptibles. Pero a medida que se congregaban, el cerco que formaban alrededor del cuenco se fue volviendo cada vez más oscuro.

La superficie de la sangre formó una onda, como si la hubiera perturbado la lengua de un gato invisible. De pronto ya solo había ondas.

—Solo sé una cosa del Liber Noctem —dijo Raven en voz baja—. Knight conocía a un tío de la casa de subastas, así que le dejaron ponerse unos guantes blancos y echarle un vistazo antes de que Salt lo comprara. Tomó algunos apuntes sobre captura de Estragos, pero nada más.

¿Era posible que Knight hubiera pasado por alto el ritual que daba peso y forma a los Estragos? ¿O le habría parecido tan terrible que sencillamente había preferido ignorarlo?

Charlie, más frustrada que nunca, se quedó mirando cómo la sangre del cuenco iba mermando. Las sombras se apiñaban a su alrededor, densas y oscuras.

—¿Y el Hierofante? Se supone que él caza Estragos y acabas de decir que a Knight Singh tuvo que matarlo una sombra poderosa. Tal vez lo hizo un Estrago, ¿no?

Raven suspiró y miró en dirección a los árboles del aparcamiento.

—Ese tío, Stephen… Yo lo conocía un poco antes de que fuera el Hierofante. No era mal ladrón, pero le robó el objeto equivocado a la persona equivocada. El umbrista que lo había contratado lo delató. Para castigarlo le implantaron ese viejo Estrago y… en fin, no creo que se encuentre nada bien. Tener una sombra consciente susurrándote al oído… Qué mal rollo, joder. Dudo de que logre cazar a nadie.

Charlie recordó que Salt había comentado algo sobre uncir a los Estragos más poderosos a un nuevo portador.

También recordó lo que le había dicho el Hierofante. Dile a Red que quiero el libro. Dile a Red que podemos compartirlo. Dile a Red que lo voy a hacer trizas.

—¿Por qué accedería un Estrago a que lo uncieran? —preguntó Charlie. Raven se encogió de hombros.

—La mayoría no accede.

Charlie señaló el cuenco.

—Esos son Estragos, ¿verdad? Pero al darles sangre, les estás dando poder, ¿no?

—Un poco —reconoció Raven—. Te estás preguntando por qué lo hago.

Charlie los observó mientras pensaba en Red, en el Hierofante y en la sensación de que una sombra la obligara a mover la boca.

—La verdad es que me estaba preguntando cuánta sangre haría falta para que una sombra fuera lo bastante poderosa como para volverse Estrago sin necesidad de que muriera su umbrista.

—¿Sabes qué? —dijo Raven, poniéndose de pie—. Te voy a hacer una demostración de ambas cosas.

La sombra de Raven le envolvió la mano con lo que parecía ser un guante de niebla. Extendió el brazo y levantó una de las sombras que lamían el cuenco. Esta se retorció, pero en la otra mano Raven sostenía lo que parecía ser aguja e hilo, todo hecho de sombra.

La sombra siguió revolviéndose como una anguila, una medusa o un órgano interno arrancado de su cuerpo. Y al mismo tiempo, como ninguna de esas cosas. Si no prestabas atención, daba la impresión de que Raven estaba fingiendo que sostenía algo. De que estaba clavando una aguja imaginaria en un ser imaginario.

Charlie no estaba segura de si sentía más asco o fascinación.

Al ver su expresión, Raven sonrió.

—Cada vez que los alteracionistas modificamos a alguien, tenemos que gastar parte de nuestra propia sombra para hacerlo. Si no tienes cuidado, empiezas a consumirte pedazo a pedazo hasta que no queda nada. Pero yo tengo cuidado.

»Estas sombras diminutas no son nada. No tienen inteligencia;

apenas tienen conciencia. Si se las implantaran a alguien, seguramente no sobrevivirían. Pero tienes razón: en términos estrictos, son Estragos. Sombras que han sobrevivido a la separación de su portador.

En los escalones, Charlie vio que unas cuantas se escabullían, terminado el festín, pero otras se quedaron allí, formando una película de oscuridad translúcida.

—Lo que viene ahora puede dar mal rollo —dijo Raven—. Cierra los ojos si quieres.

Ni de coña iba a apartar la mirada como una cobarde.

—No hace falta.

Raven levantó la sombra y se la metió en la boca.

Charlie se mordió el labio para no soltar un grito de sorpresa. Eso no era en absoluto lo que se esperaba.

Raven continuó hablando con una sonrisa:

—Cuando un umbrista introduce un fragmento de su conciencia en su sombra, crea una especie de homúnculo. Crear un Estrago no solo requiere poder. Si no quieres que tu sombra se separe de ti, no la consideres una entidad independiente. No le pongas nombre. Y jamás la alimentes con sangre que no sea tuya, porque le estarías dando una energía que tampoco es tuya.

Charlie asintió.

—En cualquier caso, la mayoría de los Estragos se forman en el lecho de muerte. En sus últimos instantes de vida, los umbristas suelen endosarle a su sombra una parte de sí mismos, principalmente el miedo y el dolor. Al hacerlo crean seres escalofriantes, pero también poderosos. Para crear un Estrago sin esas características seguramente haría falta robar energía, quizás en el lecho de muerte de otra persona, utilizando la sangre de otra persona.

Charlie pensó en Salt y en lo que le había hecho en el restaurante. En la sensación de estar empuñando el cuchillo.

—Si una sombra fuera lo bastante poderosa, ¿podría controlarte a ti? ¿Titerizarte?

Raven la observó largo rato.

—Nunca he oído hablar de ninguna sombra capaz de controlar a su portador, pero solo existe una forma de estar totalmente a salvo: no tener sombra. A los sinsombra no se los puede controlar. Su interior es una puerta cerrada con llave.

A los sinsombra no se los puede controlar. ¿Podía ser ese el motivo por el que Vince había liberado a su sombra? ¿Para impedir que su abuelo lo titerizara como había hecho con Charlie? ¿Para evitar que Red lo controlara?

Raven se volvió hacia Charlie.

—Creo que ya te he dado suficientes respuestas. Como se te ocurra joderme, te juro que me las arreglaré para que termines siendo la

próxima Hierofante. Te dedicarás a perseguir Estragos, oyendo los susurros de una antigua voz, hasta que uno de ellos te atrape y te devore de un bocado.

—Te traeré el cuaderno de Knight —le prometió Charlie.

—Y acuérdate de traer más zarpas de oso —dijo Raven mientras Charlie se internaba de nuevo en una noche que parecía más llena de sombras que antes.

A la tarde siguiente, Charlie estaba sentada frente a la mesa de la cocina, con un bolígrafo en cada mano y dos hojas de cuaderno arrancadas. Con movimientos sincronizados, escribía las mismas palabras simultáneamente, una y otra vez.

¿YA TIENES EL CEREBRO BÍFIDO, IDIOTA?

—No sabía que fueras ambidiestra —dijo Posey, mirándola con el ceño fruncido.

—No sé si lo soy —contestó Charlie—. Pero a lo mejor es suficiente con esto.

Posey sacó una tónica de la nevera, abrió la lata y se acodó en la encimera mientras miraba a Charlie.

—¿Notas que tu conciencia se está bifurcando?

Charlie suspiró y dejó de escribir.

—Ni idea. ¿Cómo lo puedo saber?

Posey señaló su sombra.

—Intenta mover los dedos. Los suyos, quiero decir.

Charlie se concentró, esforzándose por sentir una mano que no formara parte de su cuerpo. Pero por mucho que la miró, por mucho que intentó trasladar su conciencia o pensar en dos lugares a la vez, no hubo ningún cambio perceptible.

Posey negó con la cabeza.

—Vale, ¿y si intentas alargarla?

Eso le parecía aún más complicado, pero obedeció e intentó imaginarse que su sombra se estiraba, como si se estuviera derritiendo. Intentó hacerla rebosar o al menos difuminar un poquito los bordes. De nuevo, no ocurrió nada.

—Lo estoy intentando —le dijo a su hermana, anticipándose a posibles críticas.

—Podrías tratar de habitar tu sombra —dijo Posey.

Charlie levantó las manos de pura frustración.

—¿Y eso qué quiere decir?

Posey se encogió de hombros.

Siguieron así un buen rato. Posey buscaba ejercicios en internet y Charlie se iba frustrando cada vez más.

Pusieron fin a la sesión cuando Posey tuvo que atender una

llamada de Zoom con un cliente. Fue un alivio para Charlie poder tirar la toalla. Sacó su portátil y se quedó mirando la pantalla fijamente.

Con un suspiro, buscó el artículo sobre la muerte de Edmund Carver, copió el nombre de la chica que habían encontrado en el coche con él y lo pegó en el buscador.

Rose Allaband.

Apenas había resultados; el más largo era de una semana después de su desaparición:

Los parientes y amigos de Rose Allaband hacen un llamamiento público para reunir información que ayude a la policía a dar con su paradero.

Allaband, de 23 años, desapareció hace una semana después de lo que varios testigos describen como una acalorada discusión con una amiga. Según las investigaciones, últimamente pasaba más tiempo con un nuevo grupo de amigos. Se halló su teléfono móvil, sin la tarjeta SIM, en la cuneta de la Interestatal 91, cerca de la salida 19B.

La madre de Allaband declara: «Rose es una chica muy buena que se fía enseguida de la gente. Para ella la magia solo es algo divertido y no entiende que los demás pueden manipularla para aprovecharse de sus habilidades. Me aterra pensar que le haya pasado algo. Si alguien ha visto a mi hija o tiene cualquier dato sobre su paradero, por insignificante que le parezca, llame al 911, por favor».

Vince podría tener algo que ver con la desaparición de Rose Allaband. Al fin y al cabo, Charlie había confiado en él. Había subido a su furgoneta muchísimas veces. Una chica más inocente habría caído enseguida.

Pero eso implicaba que Vince fuera camaleónico, como lo había llamado Salt. Porque el Vince que ella conocía era la clase de persona que iba a la tienda y compraba esos dichosos copos de fibra porque eran más saludables y últimamente Charlie quería cuidar la dieta. Era quien le había curado las heridas solamente porque estaba sangrando.

Pero si era Red quien había cometido los asesinatos, Vince se sentiría responsable. Al fin y al cabo, Red había formado parte de él.

Lucipurrr se acercó y le dio un cabezazo al marco del portátil. Distraídamente, Charlie se puso a rascarle la barbilla.

Lionel Salt quería hacerle creer que Vince planeaba usar el Liber Noctem para transformar a su sombra en una especie de monstruo inmortal. Según Knight Singh, el libro no valía lo que Salt había pagado por él. En cambio, el Hierofante parecía creer que servía para algo.

Si Salt tenía razón y Vince planeaba llevar a cabo ese ritual con Red, ¿a qué estaba esperando? Hacía un año que tenía el libro en su poder y él no era ningún remolón. No postergaba las cosas. Era el único de la casa que quitaba las pelusas de la secadora.

Tecleó sin pensar «Edmund Carver + Adeline Salt» en la ventana del navegador. Fue mirando por encima diversos artículos en los que salían más fotos de ellos dos: Vince con una bufanda, Adeline colgada de su hombro como si intentara disimular la borrachera, con una manchita de pintalabios en la comisura de la boca.

Luego un artículo de un blog de cotilleos, con fotos aéreas de un yate con varias personas a bordo.

Charlie entornó los ojos. A proa se veían dos cuerpos entrelazados, medio ocultos por un toldo. La mujer tenía el cabello rubio echado a un lado y el sujetador del bikini levantado. El hombre estaba inclinado sobre ella, pero Charlie lo reconoció sin necesidad de verle la cara. Los reconoció a los dos. Adeline y Vince.

¿LA HEREDERA LE PONE LOS CUERNOS AL MAGNATE NAVAL?

Le vino a la mente que Adeline le había dicho sin tapujos que se alegraba de que Charlie y Vince ya no estuvieran juntos. Y recordó también todas esas fotos de Adeline y Edmund en aquellas galas benéficas, bailes y fiestas de Nueva York. Siempre los dos juntos, sin otro acompañante.

Pensó en la foto que llevaba siempre en la cartera.

Posey entró y se apoyó en el marco de la puerta. Tenía una baraja de cartas de tarot gastadas en la mano.

—¿Qué haces?

—Encontrar pruebas de que la maldición de la familia Hall existe —contestó Charlie antes de cerrar el portátil.

—¿Qué tal si mezclas la baraja y sacas tres cartas?

Charlie la miró fijamente.

—No fastidies.

—Tú piensa que el tarot es una herramienta de psicología —insistió Posey—. Para acceder al inconsciente. Jung pensaba lo mismo. Y necesitas acceder a la parte de tu mente que no te deja ser umbrista.

—Vale —cedió Charlie, mezclando las cartas de la baraja como si fueran a jugar al póker.

—Concéntrate en la pregunta —dijo Posey—. Y es mejor si cierras los ojos. Pregunta a las cartas qué es lo que está bloqueando tu magia.

En realidad quería preguntarles por Red.

Volteó las primeras tres cartas sin mirarlas y se las entregó a Posey. Quizá por eso la gente acudía a los videntes, en el fondo: porque necesitaba ayuda y ya le daba igual cómo conseguirla. Cualquier puerto servía en medio de esa puta tempestad.

—Son todos arcanos mayores —comentó su hermana, frunciendo el ceño mientras miraba las cartas—. Qué interesante.

—¿Qué significa eso?

Posey no parecía contenta.

—Que está pasando algo gordo.

—Vale —dijo Charlie, dubitativa—. ¿Qué más?

Posey dejó la primera carta en la mesa.

—El Mago. La conversión del espíritu en la materia. Es la carta de los nuevos comienzos, así que supongo que se refiere a tu iniciación como umbrista.

—Nada que no sepamos ya —dijo Charlie, aunque lo cierto era que estaba un poco impresionada.

Posey colocó la segunda.

—El Loco. —Charlie puso los ojos en blanco—. ¿Ves que está a punto de saltar por un precipicio? No es consciente del peligro.

—Ya veo.

La hermana de Charlie miró la última carta, enarcó una ceja y sonrió.

—Ooooh. Parece que corres el riesgo de romper un tabú.

Charlie frunció el ceño.

—¿Qué carta es?

Posey se la mostró. Representaba a un religioso con una túnica roja, sentado en un trono y con las manos levantadas. Dos monjes se arrodillaban ante él. El Hierofante.

Esa noche, Charlie bajó al sótano y sacó la cinta aérea con la que llevaba meses sin practicar. Antes la usaba para mantenerse lo bastante ágil para colarse por las ventanas como si fuera el Grinch.

Ató la tela de seda a un gancho y la sacudió para quitarle el polvo y (como mínimo) una araña indignada. Luego trepó por ella y repasó los ejercicios que solía hacer todas las mañanas, antes del entrenamiento de carterismo. Estaba más rígida que de costumbre, pero, a medida que calentaba los músculos, su cuerpo se fue relajando y adaptando al ritmo de los movimientos.

En la pared, su sombra imitaba todas sus poses.

24
Canciones tristes en bucle

A la mañana siguiente, Charlie se trajo una taza de café a su colchón y por fin se decidió a llamar al Rapture. Odette quería que se pasara por allí la noche siguiente para volver a trabajar como de costumbre el resto de la semana.

A Charlie le parecía bien, siempre que pudiera tomarse el sábado libre para ir a la fiesta de Salt. Con libro o sin él, iba a tener que asistir.

Luego, tras un larguísimo trago de café, mientras la perezosa luz dorada se derramaba sobre las sábanas gastadas, llamó a la tesorería de la UMass. Contestó una mujer con voz malhumorada.

—¿Podría consultar mis facturas pendientes? —preguntó Charlie—. A nombre de Posey Hall.

—Un momento —contestó la mujer con un suspiro de resignación.

Charlie se puso a mordisquearse un padrastro del pulgar, procurando no imaginarse los peores panoramas.

—Parece que se le pasó la fecha límite —dijo la mujer—. Su cuenta está paralizada.

Se le aceleró el pulso.

—No, tenía de plazo hasta final de mes. Debo de tener la carta por aquí.

—Hasta final del mes pasado —le aclaró la mujer.

Durante un momento, Charlie no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando la pared fijamente. Tal vez el hermano de Doreen hubiera cambiado los datos, pero era igualmente posible que Charlie se hubiera confundido.

—Les haré el pago —prometió Charlie—. El lunes.

—El lunes. Si no, la factura se cancelará y tendrá que volver a inscribirse el próximo semestre —dijo la mujer con impaciencia antes de colgar.

Charlie se dejó caer sobre el colchón y se quedó mirando el techo, intentando reunir fuerzas para continuar. Si se detenía ahora, quizá tardaría semanas en salir de esa cama.

Llamó al jefe de Vince con un cuento ya preparado. Pero en cuanto contestó empezó a despotricar:

—¡Dile a ese hijoputa que no quiero volver a saber de él! ¿Me oyes? ¡Dile que no puede irse de juerga y esperar que lo reciba con los brazos abiertos cuando se le pase la moña!

—Vince no está… —empezó Charlie, pero el jefe ya le había colgado. Y aunque no lo hubiera hecho, Charlie no tenía ni idea de

dónde estaba Vince.

Había hecho tres llamadas y le habían colgado dos veces. Tal vez había perdido su toque.

Charlie suspiró y recostó la cabeza en la almohada. Echaba de menos a Vince, y eso que ni siquiera sabía si lo conocía de verdad. Podía intentar deducir a dónde habría ido Vince, pero Remy Carver era un absoluto misterio para ella.

Aunque quizá no lo fuera para el Dr. Liam Clovin, que le había vendido tres valiosos libros a Paul Ecco. Y que obviamente sabía mucho más de lo que le había dado a entender.

Charlie se levantó y se quitó el pantalón de chándal que había usado como pijama. Su sombra, proyectada en la pared, seguía sus movimientos mientras se ponía unas bragas, se colocaba el sujetador a tirones y se recogía el pelo con un coletero elástico.

—Somos mágicas —le susurró a su sombra. A sí misma. No hubo respuesta—. ¿Tienes hambre?

Al acercar la mano a la pierna, se le erizó el vello de la nuca y los brazos. Introdujo una uña por el borde de una costra reseca y tiró de ella como si se estuviera arrancando una tirita. Una perezosa gota de sangre le resbaló por el tobillo.

No llegó a tocar el suelo.

Después de una ruptura, era normal escuchar canciones tristes en bucle. Era normal pasarse horas mirando fotos y cartas viejas, quemarlas en la barbacoa o incluso dibujarle cuernos a tu ex. Era normal comerse un bote entero de helado en el sofá y regarlo con una botella de vino blanco. Era normal aburrir a tus amigas hablándoles de tu ex o llamarlo para oír su voz en el contestador y luego colgar sin dejar ningún mensaje.

Pero que la gente hiciera todo eso no quería decir que fuera buena idea. Era como apretarte un moratón con el dedo para ver si aún te duele.

Ir a incordiar al compañero de piso de tu exnovio se parecía mucho a una de esas malas ideas que la gente solía hacer.

Tuvo que hacer varias llamadas más, pero Charlie averiguó que Liam Clovin era residente en el centro médico Baystate. Eso hacía que acercarse a él fuera al mismo tiempo más difícil y más fácil. Charlie no podía pedir cita con él y abordarlo en cuanto entrara para que le diagnosticara juanetes.

Sin embargo, es bien sabido que los médicos residentes están siempre agotados, y el cansancio implica atención limitada. Liam estaría tan concentrado en su trabajo que no podría detectar la trampa antes de que el resorte saltara.

Y no solo eso: Liam Clovin estaba a punto de obtener el fruto de todo su trabajo. Había sacrificado muchas noches de fiesta para llegar hasta donde estaba. Había invertido tiempo de estudio, había pedido préstamos. Como médico residente, estaba tan cerca de pasar a cobrar un sueldo de seis cifras que ya casi lo estaría paladeando. Tenía muchísimo que perder.

Y Charlie, prácticamente nada.

Había varias formas de dar con un estudiante de medicina, pero la más sencilla era pasarse por la cafetería a la hora de comer. Quizá tuviera conferencias o tareas que le impidieran ir a una hora concreta, pero si Charlie esperaba, tarde o temprano le entraría hambre.

Sin embargo, para identificarlo necesitaba saber qué aspecto tenía. Las búsquedas iniciales en internet fueron infructuosas. No encontró fotos de él con otros médicos residentes del Baystate, y eso que se pasó casi una hora viendo las fotografías oficiales. Ni siquiera parecía tener perfil de Facebook. Finalmente encontró una foto de la graduación en la Universidad de Nueva York, junto a Remy. Allí estaba Liam Clovin, pelirrojo, con los ojos entornados para protegerlos del sol. Y no muy lejos, Edmund Vincent Carver, mirando directamente a la cámara.

Charlie sacó la ropa que utilizaba en esa clase de jugadas. Un jersey azul claro de cuello alto para taparse los tatuajes. Sus vaqueros de diario. Una peluca castaña de media melena para que le cubriera el pelo. Maquillaje neutro.

Cuando llegó al centro médico Baystate y aparcó el Corolla en la zona más alejada del aparcamiento de visitantes, ya se había metido en el personaje.

Una vez dentro, le mostró su carné de conducir a la recepcionista, que tenía pinta de aburrida. Cuando esta le preguntó a qué venía, Charlie dijo que había quedado con su prima en la cafetería. Esa sección del hospital estaba abierta al público, así que no le hicieron más preguntas.

Pidió que le indicaran cómo llegar a la tienda de regalos, y de camino aprovechó para buscar cámaras de seguridad. Había muchas.

La cafetería del Baystate le recordaba a la del centro de formación profesional donde había asistido a un total de dos clases de psicología antes de abandonar y sacarse un curso de barman de seis semanas. Las encimeras eran de acero, para poder limpiarlas con facilidad. Los olores también resultaban familiares: comida congelada y recalentada, salsas espesadas con harina de maíz, sopas de pescado blancuzcas, cebolla y café de avellana.

Charlie encontró una mesa libre en un rincón y se sentó a esperar. Después de que la primera media hora transcurriera sin incidentes, se levantó para comprarse un sándwich envasado de pan de centeno con

jamón y queso suizo, un café y una botella de agua. Cuando volvió a su mesa, ya se la habían birlado. Buscó otra y se puso a comer mientras miraba el móvil.

Adam le había enviado un mensaje que destilaba rabia (y probablemente alcohol) a su teléfono auténtico:

puta por q tenías que metert dnde no te llabaman. Creias que _oreen m iva a dejar sise lo contabas? Pues t jodes porq aora está tan cabreada contgo com yo o más porqeu le e dixo q m la jugaste y me rovaste. M lo a contado todo/ puta puta puta hojalata mueras.

Charlie dejó el móvil en la mesa como si acabara de darle un mordisco en la mano. Tendría que haber previsto que robar el cuaderno empeoraría toda la situación. Joder, Suzie Lambton ya le había dicho que le saldría el tiro por la culata.

Hojalata mueras tú también, soplapollas, pensó Charlie antes de borrar el mensaje de Adam.

Estaba intentando calcular hasta qué punto la había cagado cuando Liam Clovin entró en la cafetería. Pálido y delgado, con barba pelirroja. Era compañero de promoción de Edmund, así que tenía más o menos su edad, pero el uniforme y la barba lo hacían parecer mayor.

Porque él había hecho algo con su vida. No como ella. Charlie Hall, que se pasaba la mitad del tiempo intentando limarse los colmillos y la otra mitad de cacería.

Esperó a que se hubiera sentado con su almuerzo.

—Hola —le saludó, sentándose a su lado—. ¿Te importa que me siente aquí?

Algunos tíos creen que las mujeres timadoras lo tienen muy fácil. Que solo tienes que enseñar las piernas, como Bugs Bunny cuando hacía autoestop vestido de mujer, y tu objetivo pegará un frenazo con la lengua fuera.

En primer lugar, no hay nada de cierto en eso.

Y en segundo lugar, si una mujer decide que le hace falta enseñar escote, es porque su manera de timar es distinta. Si le ofrece una oportunidad de negocio a un hombre, este sospechará. Y no lo hará porque le parezca un timo, sino porque se lo ofrece una mujer y por lo tanto no sabe de lo que habla. Es un equilibrio delicado: hay que aparentar la inteligencia suficiente para que te tome en serio y la inocencia suficiente para que crea que te puede joder.

Y si además quiere joderte literalmente, el asunto se vuelve mucho más delicado.

Pero aunque las timadoras tuvieran muchos inconvenientes, también tenían sus ventajas. Por ejemplo, las mujeres intimidan menos. Si hubiera sido un hombre quien se hubiera sentado frente a Liam, este habría reaccionado de otra manera. Quizá no le apeteciera que Charlie se sentara en su mesa, pero tampoco la consideraba

peligrosa.

—No —contestó Liam con fastidio—. Es decir, sí. Me importa. La verdad es que no me apete…

Charlie se inclinó hacia delante y le agarró la mano. Él se soltó de un tirón. Era lo más lógico. ¿A quién le gusta que le toque una completa desconocida?

Los ojos de Charlie se inundaron de lágrimas; se llevó la mano a la boca y puso cara de espanto.

—¡Pero es verdad! —gimió lo bastante alto para que la gente (incluidos los médicos y enfermeros) la oyeran.

Liam hizo ademán de levantarse. Sin duda quería alejarse de ella lo antes posible. Una reacción totalmente razonable. Lo malo de las reacciones razonables es que también son predecibles.

Charlie volvió a agarrarlo de la muñeca y esta vez le habló en voz baja para que nadie más la oyera:

—Quédate ahí sentado, Liam Clovin, o montaré una escena y le diré a toda esta gente que atendiste a mi padre moribundo estando borracho. Te aseguro que gritaré mucho y seré muy convincente. La otra opción es que me digas lo que quiero saber. Si lo haces, todos pensarán que eres un médico muy empático que está consolando a una paciente para superar una tragedia. Hasta te dejaré elegir la tragedia.

Esa es la otra ventaja de las timadoras, el lado bueno de que no te tomen en serio: por defecto, todos te consideran una víctima.

—¿Quién eres? —Era evidente que Liam estaba furioso, pero volvió a sentarse—. ¿Qué quieres?

—No tardaremos mucho —contestó Charlie—. Quiero hacerte unas preguntas sobre Edmund Carver.

Él frunció el ceño.

—Eres la que llamó al timbre el otro día.

Seguramente solo disponía de unos minutos antes de que Liam lograra librarse de ella.

—¿Dónde está ahora?

—Murió.

—Cuéntame otra.

Se empezó a poner de pie.

—No tengo por qué decirte nada.

—A lo mejor también me has dejado embarazada… —musitó Charlie.

—¡Esto no es una telenovela! —siseó Liam.

—Todavía —replicó ella, enarcando las cejas.

Liam la fulminó con la mirada, pero se quedó sentado y se llevó una mano a la cabeza. Luego empezó a desenvolver su sándwich.

—Escucha, me pagaba a cambio de guardar unas cosas en mi apartamento y usar la dirección para recibir el correo que no quería

que viera su abuelo. Nada más.

—¿Qué guardaba en el apartamento? —¿De verdad iba a ser tan fácil?

—Tenía un armario con candado. No era asunto mío lo que guardara ahí dentro.

—Pero sabías lo que había —dijo Charlie. Si aparentaba estar segura, Liam creería que lo estaba.

—Solo algunas cosas. —Liam miró al otro lado de la cafetería, como buscando a alguien dispuesto a salvarlo—. Un móvil de repuesto. Unos libros de la colección de su padre. Algo de ropa. El carné de conducir. Un puto krugerrand, te lo creas o no. Planeaba largarse, eso lo tengo claro.

—¿Y qué hiciste luego? ¿Forzaste el armario y le vendiste sus libros a Paul Ecco?

—¡Él me pidió que los vendiera! —protestó Liam, demasiado alto.

Charlie sonrió para que supiera que la había cagado: la venta de esos libros se había producido después de la supuesta muerte de Remy —. ¿Y cuándo fue eso?

Liam suspiró.

—Está bien. Esa noche hablé con él, ¿vale? Estaba totalmente fuera de sí. Iba casi desnudo, solo llevaba una bata de mujer que había robado en una lavandería automática. Iba descalzo. No era él mismo. Me pidió que vendiera unos cuantos libros suyos. Y eso hice. Yo no sabía lo de la chica muerta. No sabía nada de todo ese asunto.

—Y luego lo ayudaste a fingir su propia muerte —dijo Charlie—. Sacaste un cadáver del hospital, ¿es eso?

—¡No! —Liam se incorporó un poco, pero se dio cuenta de que la gente se había girado para mirarlo. Volvió a sentarse, más furioso que antes—. No, claro que no. Yo no tuve nada que ver con eso. Con nada.

—¿Qué te contó que le había pasado?

Se encogió de hombros.

—No me contó nada. Lo que sospecho ahora es que acababa de matar a alguien y se deshizo de su ropa porque estaba ensangrentada. Pero en ese momento supuse que su abuelo lo había echado de su casa al enterarse de que Remy había reservado un billete de avión para irse a Atlanta.

Algo había ahuyentado a Vince de esa casa, después de llevar años participando en los monstruosos asuntos en los que estaba metido su abuelo. Después de más de diez años viviendo como un príncipe, de pronto se había encontrado sin un céntimo. Y ya había sido pobre, así que sabía perfectamente lo que implicaba y también lo rápido que se gastan unos pocos miles de dólares de dinero ajeno.

—¿Qué había en Georgia?

Liam asintió y se frotó la cara con la mano.

—Su madre vivía allí. Las cartas que intentaba esconderle a su abuelo eran de ella. Había muerto de sobredosis la noche antes de que se presentara en mi piso. Supongo que fue la gota que colmó el vaso.

—¿Tú crees que sería capaz de matar a alguien? —Charlie sabía que no estaba formulando bien la pregunta, que estaba dándole pie para que lo negara. Porque quería que lo negara.

Liam meditó la respuesta.

—Remy tenía un sentido del humor bastante macabro, pero he oído cosas peores. Soy médico. Nos va el humor negro. —Charlie sonrió, animándolo a continuar—. Si se dan las circunstancias adecuadas, todos somos capaces de cualquier cosa. Y mira, uno de los médicos que trabajan aquí es bastante… generoso con las recetas. Le vi venderle ketamina a Adeline, la prima de Remy. A los fiesteros con dinero les van las drogas con receta. Son más caras que las de la calle, pero la fórmula es más fiable y hay menos probabilidades de que el camello te atraque. A saber en qué andaba metido Remy en sus ratos libres.

—¿Ketamina? —Los amigos de Charlie eran más de porros y oxicodona.

—Es disociativa —le explicó Liam—. En dosis pequeñas, provoca euforia. En dosis más altas, entras en un estado similar al coma, pero mantienes parcialmente la conciencia. Algunos pierden el habla, otros sufren alucinaciones o amnesia. —Charlie se preguntó qué le habrían echado a ella en aquel vaso de agua, tantos años atrás—. Y me parece que ya es suficiente. —Liam se dispuso a levantarse de nuevo—. No sé dónde están Remy ni el libro. ¿Vale?

—¿El libro? —repitió Charlie.

Liam resopló.

—¿Crees que eres la primera persona que me pregunta por él? ¿O por el libro? Dos meses después de que Remy apareciera casi en pelotas, vino a verme un tío joven que no dejaba de murmurar. No sacaba las manos de los bolsillos. Me amenazó. Y he tenido más visitas desde entonces. Si supiera dónde está Remy, se lo diría a la policía, no a ninguno de vosotros.

Charlie sacó su móvil y buscó una foto en la que saliera ella con Vince. Estaban en el cine Loews de Hadley, el viernes de clásicos, a punto de entrar a ver La novia de Frankenstein. La foto no era gran cosa; Vince salía borroso, pero aun así era inconfundible.

—Soy amiga de él, ¿lo ves?

Liam pareció quedarse algo más tranquilo.

—De todas formas no sé nada. Remy se ha ido.

—Me envió esto por correo. —Charlie buscó en su bolsillo y sacó una llavecita. En realidad era de una caja de música que su madre le había regalado a Posey, pero una llave plateada tan pequeña podía ser

de cualquier otra cosa—. Y me dijo que, si le ocurría algo, yo sabría dónde buscar. Pero no tengo ni idea de por dónde empezar. Me insistió en que era muy importante, que contenía algo importante. Quiero pensar que se trata de algo capaz de demostrar su inocencia. Si no puedes ayudarme a encontrar a Remy, al menos ayúdame a encontrar eso.

No era la peor historia que se había inventado.

Liam frunció el ceño, pensativo.

—En la uni, el abuelo de Remy se lo llevaba durante varias semanas cuando le apetecía. Y cuando Remy volvía, estaba hecho polvo.

—¿A qué te refieres?

—Cabreado. Pero como nunca sabía cuándo sería la próxima vez, escondía cosas. Solía decir que hay sitios donde los ricos no miran nunca, aunque estén delante de sus narices. Si de verdad escondió algo, sería en un sitio así.

Charlie se preguntó si Liam, cuando fuera un cirujano rico, también pasaría por alto esa clase de sitios. Quizás eso fuera lo ideal.

Se inclinó para tocarle el brazo, intentando transmitir sinceridad.

—Gracias por haber hablado conmigo, aunque te haya amenazado. Remy siempre dijo que eras un buen tío.

Liam sonrió con tristeza.

—Eso pensaba yo de él.

En el aparcamiento, el sol rojizo empezaba a ponerse tras los edificios. Charlie consultó la hora en el móvil. Aún disponía de una noche libre antes de tener que volver al Rapture. Y de cuatro días antes de que Salt le reclamara su libro.

La descripción que le había dado Liam del tipo que le había preguntado por Vince encajaba con el Hierofante. Charlie ya sabía que quería el libro, pero por lo visto llevaba tiempo buscándolo. Lo que todavía no conseguía entender, mentiras aparte, era para qué diablos quería ese libro tanta gente.

El sonido de unas pisadas interrumpió sus pensamientos. Había un hombre detrás de ella que apretaba el paso a medida que se acercaba.

25
Un gato negro. un sapo. un cuervo

Existe un momento de disonancia en el que se rompe el contrato social. En ese momento, la mente civilizada se pone a buscar motivos que expliquen por qué alguien puede ir corriendo hacia ti a menos que quiera hacerte daño.

Por suerte, Charlie no tenía una mente especialmente civilizada. Se lanzó hacia su coche.

El hombre la persiguió; sus botas resonaban pesadamente en el asfalto.

Ella echó a correr a toda velocidad. Al pasarse ocho horas de pie casi todas las noches, tenía las piernas bastante fuertes.

Pero su perseguidor ya estaba demasiado cerca y tenía la inercia a su favor. La agarró del brazo y le dio la vuelta violentamente. Charlie chocó contra su coche y levantó la mirada para verle la cara.

—¿Adam?

Tenía los ojos enrojecidos y un aliento capaz de desconchar la pintura de una pared, pero era él.

Adam la agarró por la peluca y tiró con fuerza, arrancándosela y llevándose consigo las horquillas y algo de su pelo natural.

—Charlie Hall. Eres una puta miserable y monstruosa. ¿Creías que podías engañarme y robarme?

—Sí, más o menos —contestó Charlie con calma, sosteniéndole la mirada. No servía de nada negarlo.

Adam le dio un fuerte puñetazo en la mejilla. Charlie se golpeó la nuca contra la ventanilla del coche. Estuvo a punto de caerse, pero consiguió agarrarse a la manilla de la puerta y mantener el equilibrio a duras penas.

Adam le dio otro puñetazo en el estómago.

Charlie se quedó sin aliento y el dolor la hizo doblarse como una cochinilla.

Se hacía la dura, pero nunca se había peleado a puñetazos. Incluso con su hermana casi siempre se habían limitado a tirarse del pelo y a arañarse alguna que otra vez.

Piensa, Charlie. Pero la conmoción y el dolor embotaban sus pensamientos.

—¿Dónde está el libro? —rugió Adam—. ¡Dámelo!

—Ya no lo tengo —logró responder ella.

—Te voy a partir la cara —le dijo—. Esa puta jeta de adefesio que tienes. Estoy hasta los huevos de ti. Todos creen que eras la hostia, pero yo soy mejor. ¿Me oyes? Yo siempre he sido el mejor.

Charlie le escupió. Cuando la saliva le salpicó la mejilla, Adam dio un respingo de sorpresa y cerró los ojos, dándole un instante para soltarse.

Echó a correr hacia la otra puerta del coche y la abrió de un tirón. Adam la agarró por la garganta.

Y de pronto Charlie estaba en dos sitios, como si en el mundo existieran más de tres dimensiones. Su conciencia se dividió. Era al mismo tiempo la persona que gritaba y arañaba la mano de Adam y también otra cosa, algo que embistió a Adam por el costado.

Su sombra. Charlie sentía una tensión en el centro de su ser. Y la veía: una silueta hecha enteramente de oscuridad, como si la hubieran recortado del tejido del universo. Era ella y no era ella. Un espejo que no reflejaba ni una pizca de luz.

Adam perdió el equilibrio y Charlie cayó de culo en el asiento antes de que él la agarrara de nuevo.

El instinto animal tomó el control. Su cuerpo se volvió loco y empezó a chillar y a patalear. Una patada le acertó en el bíceps y otra le raspó los nudillos. Adam dejó escapar un grito de dolor y la soltó. Charlie cerró la puerta del coche de un tirón y estampó la mano en el botón que bloqueaba las puertas.

El chasquido de las cuatro puertas le pareció ensordecedor.

Adam tiró de la manilla de la puerta. Durante un horrible instante, Charlie estuvo convencida de que conseguiría abrirla.

Adam se puso a golpear el cristal con los puños.

Charlie se quedó sentada, deslizando los dedos por el volante. Adam le estaba gritando algo, pero su mente estaba muy lejos, entumecida por la conmoción.

Charlie sabía que Adam era un cabrón, pero había subestimado el peligro de robarle. Solo llevaba un año fuera de juego y ya la estaba cagando a diestra y siniestra.

Aunque ahora estaba aletargada, había surgido algo nuevo entre Charlie y su sombra, un cosquilleo, una conexión casi umbilical. Un miembro fantasma. Un homúnculo.

Con manos temblorosas, Charlie sacó la llave del bolso y dio gracias cuando el coche arrancó con un rugido. Adam aporreaba el capó; Charlie aceleró el motor para advertirle antes de meter la marcha. Adam se apartó justo a tiempo para evitar que lo atropellara. Con el corazón retumbando, Charlie salió del aparcamiento.

En el primer semáforo en rojo veía un poco borroso, como si estuviera mirando a través de una lente untada con vaselina. Se dio cuenta de que se le estaba empezando a hinchar el ojo.

También era posible que estuviera sufriendo un leve ataque de pánico.

Paró en una gasolinera a un par de kilómetros y se miró al espejo.

Su ojo izquierdo se estaba poniendo morado. Tenía el labio superior partido e hinchado, como si a su esteticista se le hubiera ido la mano con la jeringa de ácido hialurónico.

Menudo desastre. Había tanta gente con ganas de darle de hostias a Charlie que iban a tener que comenzar a sacar número, como en la charcutería.

Y seguro que su sombra se había debilitado. Recordó lo que Vince le había dicho a Hermes sobre su sombra. La de Charlie estaba recién avivada; no tenía reservas de energía.

Tenía que darle de comer.

No recordaba dónde había visto por primera vez la imagen de una bruja alimentando a su familiar con su tercer pezón. Era una xilografía o una ilustración que imitaba ese estilo. Debía de haberlo visto mientras investigaba sobre la Inquisición, cuando aún era Alonso.

Todavía era una niña y pensaba que eso de tener más de dos pezones no podía ser real, pero lo buscó y resultó que podían salirte en cualquier parte del cuerpo. Imagina tener un pezón en la pantorrilla. O en un nudillo.

Eso le recordó el chascarrillo que le había oído decir con total seriedad a una lumbrera de barra de bar bastante machista: Los Martinis son como las tetas: uno es poco y tres son demasiados.

Menuda gilipollez. Que se lo preguntaran a cualquiera a la que le hubieran quitado un tumor. O a cualquier fan de la ciencia ficción. O a cualquier aficionado a los Martinis.

Que se lo preguntaran a su sombra, que ahora estaba enroscada en torno a ella, bebiendo de su piel como cualquier familiar. Un gato negro. Un sapo. Un cuervo. Los espíritus que enviaba el diablo para cometer maldades en el mundo. La herida venía bien, porque las costras ya se estaban curando y costaba extraer las gotas de sangre.

—No pasa nada —le dijo en tono tranquilizador, como si su sombra fuera un niño que acabara de caerse—. Ya estás bien, ¿a que sí? — Costaba no considerarla un ser independiente. Costaba no tratarla como tal.

Costaba no quererla. Ni sentirse responsable de ella.

La sombra volvió a su lugar como una capa a su espalda, una alfombra a sus pies, un velo. Magia de verdad. Su magia.

A nadie le gusta que le den un puñetazo en la cara, pero Charlie sonrió con su labio partido. Hasta que cayó en la cuenta de que, si Adam la había seguido desde el hospital, también había tenido que seguirla hasta el hospital. Lo cual quería decir que sabía dónde vivía Charlie. Y, furioso como estaba, probablemente iría directo a su casa.

Sacó el móvil y, apoyándoselo dolorosamente en la mejilla, llamó a Posey.

El móvil sonó. Y sonó.

—Sé que estás despierta —murmuró.

Saltó el buzón de voz; Posey debía de estar hablando por Zoom con algún cliente. Probó de nuevo y lo dejó sonar. Colgó y llamó otra vez.

Finalmente, Posey contestó:

—Charlie, estoy…

—Sal de la casa. Ahora mismo.

—¿Qué te pasa en la voz?

Charlie no tenía tiempo para explicarle lo del labio partido.

—Va en serio. Ahora mismo. Ve a una cafetería. A la farmacia. Da igual. Llévate solo el portátil y la cartera, sal al jardín por la puerta de atrás y salta la valla del vecino. El de la cama elástica.

—¿Qué?

—Sigue hablando conmigo hasta que lo hayas hecho.

—Estoy echándole las cartas a un cliente —protestó Posey.

—Tiene que ser ya.

—Un segundo. —Charlie la oyó hablar con alguien en tono conciliador, aunque no distinguió sus palabras. Esperaba que le estuviera explicando a su cliente que tenía que irse.

Volvió al cabo de un momento.

—Ya sabes que no sé conducir.

—Estaré aquí todo el rato —le prometió Charlie, manteniendo una voz comedida y tranquila. Voz de locutora de radio. De negociadora de rehenes—. Te lo prometo. Enseguida iré a recogerte.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Posey, por favor. —Poco había durado lo de la voz comedida—. Date prisa.

—Vale. ¿Por el jardín?

—Sí, para que nadie te vea desde la calle. —Charlie tenía ganas de lanzarse a la carretera para intentar llegar a casa antes que Adam, pero sabía que era mejor centrarse en sacar a su hermana de allí—. Y… en fin, deprisa.

Mientras Posey iba de un lado para otro, recogiendo algunas cosas que decía que necesitaba y metiendo a Lucipurrr en un transportín, Charlie se clavaba las uñas en el pulpejo de la mano. Quería decirle a gritos que acelerara. Quería hacer cualquier cosa menos quedarse allí sentada en el aparcamiento, dolorida e impotente.

—Vale, ya estoy fuera, con la gata —dijo Posey después de unos cuantos resoplidos y roces—. Voy hacia la valla.

—Sáltala. Ya casi estás.

—Tienes que explicarme…

—Te lo explicaré, lo prometo. Y lo siento.

—¿Qué pasa si los vecinos…?

—Tú sigue. No mires atrás. Venga, venga, venga.

—Vale —dijo Posey con voz frágil—. Ya he saltado. Sabes que no

me gusta meterme en sitios ajenos. ¿Y si Elias se asoma y me grita por cruzar su jardín?

—Lo estás haciendo genial, solo tienes que seguir caminando. No vayas por las calles principales y ataja por… —Charlie intentó pensar. En su barrio muchas calles se entrecruzaban. Era fácil equivocarse. Seguramente Adam no conociera a Posey, pero se fijaría en una chica con un transportín.

En una dirección tenía la biblioteca Williston, adosada a un instituto privado para niños ricos que también ofrecía clases de equitación. Quizá su hermana lograra arreglárselas para que la dejaran entrar, pero tendría que contarles algo convincente. En sentido opuesto había un Dunkin', un restaurante que a esas horas estaría cerrado, el Needle Inc. (un estudio de tatuajes), la licorería Union Package y el Glory of India, que por lo general solo servía a domicilio.

—Deberías estar en Clark, así que ataja por el aparcamiento de School Street. Vas a entrar en la Union Package. Quédate mirando los vinos hasta que llegue.

—¿Y si no aceptan mascotas? —preguntó Posey.

—Ya se nos ocurrirá algo. Hay un Walgreens no muy lejos.

Charlie se quedó escuchando la respiración de Posey hasta que oyó la campanilla de la puerta de la licorería.

—¿Cuándo vas a venir? —preguntó Posey en un susurro.

—Voy para allá —contestó Charlie antes de colgar.

Precisamente por esto había dejado de tratar con umbristas, de hacer estafas y timos relacionados con la magia. ¿Cómo no había aprendido todavía lo que pasaba cuando hacías malabarismos con cuchillos? Aunque no se te cayera ninguno, te cortabas igualmente.

Miró de reojo a su sombra una vez más, intentando transmitirle su percepción. La sombra titiló por toda respuesta.

—Vale —dijo Charlie antes de salir de la gasolinera.

El coche avanzó por la carretera a toda velocidad; el traqueteo del motor era apenas perceptible. La reparación de Vince resistió mientras Charlie pisaba a fondo el acelerador y sorteaba coches y furgonetas de reparto. Con el ojo hinchado le costaba cambiarse al carril izquierdo y le dolía la cabeza como si le hubieran clavado una piqueta en el cráneo. Sus pensamientos eran una letanía de todas las cosas que aún podían salir mal. ¿Y si Adam decide que necesita armarse de valor antes de entrar en mi casa y se pasa por la licorería más cercana, y si me está siguiendo ahora mismo, y si tiene un cómplice, y si Lucipurrr se mea en el transportín y echan a Posey de la tienda justo cuando…?

Charlie aparcó junto a la acera y reprimió el impulso de salir del coche corriendo como una loca. Dejó el motor al ralentí y llamó a Posey.

Su hermana contestó al segundo tono.

—Estoy delante de la tienda —dijo Charlie. No había hecho nada más que conducir, pero se notaba sin aliento. Quizá tuviera una costilla rota.

Unos minutos después, Posey salió con una botella envuelta en una bolsa de papel, una mochila abultada al hombro, balanceando el transportín de la gata. Subió a la parte trasera. Lucipurrr soltó un maullido de desdicha cuando Posey arrojó sin miramientos la jaula sobre el asiento.

—He traído tu portátil, el mío y una botella de vino para mamá.

—¿Mamá? —repitió Charlie.

Pero a Posey ya no le interesaba ese tema de conversación; miraba a Charlie por el retrovisor, con la boca abierta.

—¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Y quién te da miedo que entre en la casa? ¿Vince? ¿Te ha amenazado?

—¿Vince? —Charlie le lanzó una mirada de exasperación a su hermana. Posey frunció el ceño.

—¡Yo qué sé! ¿Ha sido el umbrista del Rapture?

Charlie negó con la cabeza mientras conducía. Tenían que alejarse de la casa.

—Ese tío está muerto.

—¿Qué? —Posey abrió los ojos de par en par—. ¿Cómo que muerto?

—Mira hacia atrás. A ver si nos siguen.

Posey se quitó la mochila, se dio la vuelta y se arrodilló sobre el asiento. Estaba pálida y algo sudorosa.

—¿Cómo voy a saberlo?

—No dejes de mirar. Fíjate en todos los coches que tengamos detrás. No sé. Solo lo he visto en las pelis. —Charlie se metió por otra calle—. Nadie sigue la misma ruta exacta que otro coche, y menos la nuestra, porque voy a pasar varias veces por las mismas calles. Si ves algún coche durante demasiado tiempo, empezamos a preocuparnos.

—Vale —contestó Posey sin volverse.

—¿Estás bien? —le preguntó Charlie, mirando la carretera.

—Claro que sí —dijo Posey—. Eres tú la que tiene la cara hinchada como un globo. ¿Me lo explicas de una vez?

—Doreen tiene un novio intermitente: Adam —empezó Charlie.

—El tío con el que te escribías —dijo Posey.

Ella asintió y recordó que su hermana le había revisado el móvil el miércoles, cuando parecía que Charlie no iba a echar a perder su vida otra vez.

—¿Entonces te ha pegado Doreen? ¿Por ligar con su novio?

—¡No! ¿Estás de coña? Adam se ha cabreado porque lo delaté y le robé una cosa. —Dicho así, no sonaba nada bien—. Se lo merecía. Y él

también había robado lo que le quité yo.

—Creo que no nos sigue nadie —le dijo Posey, dándose la vuelta de nuevo y sentándose en la posición normal y legal—. ¿Nos vamos a casa ya?

Charlie negó con la cabeza.

—Es mejor dejar que a Adam se le pase el cabreo esta noche al no poder encontrarme. Hablaré con Doreen; ella le bajará los humos.

Posey miraba por la ventanilla con el ceño fruncido. No le hacía ninguna gracia.

Charlie suspiró.

—Siento lo de tu cliente.

—Sabes que Vince sabía lo de Adam, ¿no? —dijo Posey.

—¿Que iba a timarle? —Charlie miró a su hermana por el retrovisor—. ¿Cómo iba Vince a…?

—Vale, saber no es el verbo correcto. Vince creía que sabía lo de Adam.

—Habla claro de una vez —dijo Charlie.

—Yo estaba leyendo tus mensajes y él me oyó. Ya sabes, que ibas a quedar con Adam a solas.

Le dio un vuelco el estómago.

—¿Te dijo algo?

—Me preguntó si sabía cuándo ibas a quedar con él. —Posey parecía profundamente incómoda—. Y luego dijo que yo lo había calado. Que lo había calado desde el principio.

—¿Y qué respondiste?

—Nada —dijo Posey—. Me pilló por sorpresa. Creía que a Vince le daba igual lo que yo dijera o pensara. A lo mejor fui injusta con él.

—¿Ahora lo piensas? —Charlie tuvo que separar el pie del acelerador para resistir el impulso de descargar sus emociones en la carretera.

Su hermana se encogió de hombros.

—Era demasiado manso. Creía que era cuestión de tiempo que pasara algo, que te hiciera daño. Se supone que los tíos buenorros son unos cabrones. Daba por hecho que al final nos traería problemas. Pero en el fondo, aunque fuera un embustero, creo que es el novio con el que mejor te ha ido.

Charlie sopesó brevemente la opción de dar un volantazo y estamparse contra un árbol.

Yo no soy el único que ha mentido. Eso le había dicho Vince mientras discutían.

Ahora, demasiado tarde, Charlie comprendía a qué se refería. No podía darte lo que necesitabas. Te he ocultado cosas. Sabías que algo no encajaba, aunque no supieras de qué se trataba.

El viernes, cuando Vince había ido al Rapture a recogerla, ¿sabía

ya que Charlie había quedado con Adam? Ella había dado por hecho que había venido porque le preocupaba que no le arrancara el coche. ¿Y si en realidad esperaba sorprenderla con otro chico?

Ojalá pudiera decirte que lo siento, que en el fondo siempre he querido decir la verdad. Pero no. Nunca he querido decir la verdad. Lo que quería era que mis mentiras fueran la verdad.

Charlie siempre había creído que a Vince no le afectaba nada porque todo lo que le importaba de verdad lo había dejado atrás, en su vida anterior, en esa vida de la que se había exiliado. Y a la que ansiaba volver.

Pero era totalmente posible que Vince odiara su vida anterior.

Y que Charlie hubiera perdido mucho más de lo que pensaba.

26
El pasado

La copa de champán que sostenía Remy se le estaba calentando demasiado deprisa. Había gente apretujada allí dentro. En el aire sofocante flotaba un murmullo de risas delicadas. Adeline charlaba con un vizconde, un baronet o algún otro título nobiliario que no daba dinero pero te abría las puertas de cualquier fiesta.

A Remy le fastidiaba un poco haberlo adivinado por instinto, haberse fijado automáticamente en que no llevaba traje a medida y en que su Rolex era de tercera generación, con la correa gastada. Intentó convencerse a sí mismo de que solo era una muestra de perspicacia y no de esnobismo, pero sabía que no era del todo verdad. Se había acostumbrado a tener dinero que no había ganado él mismo. Y al engreimiento que eso implicaba.

La gala benéfica se celebraba en casa de uno de los compañeros ridículamente ricos de Remy. El dinero recaudado era para algo relacionado con niños. Quizás estuvieran enfermos. O iban a pagarles unas sesiones de terapia artística. O unos ponis. O terapia artística para ponis. Daba igual. Además, el tema de la fiesta era «cine clásico de Hollywood»; básicamente había que llevar algo elegante, ridículo o las dos cosas. Eso también era lo de menos.

Lo verdaderamente importante era que los jóvenes invitados convencieran a sus padres de que soltaran un donativo de cincuenta mil dólares. Diez mil irían a parar a sus núbiles bolsillos y los otros cuarenta a la recaudación. Más tarde, Remy y sus amigos se irían con sus ganancias ilícitas a algún club donde poder reservar botellas y beber hasta olvidarse de aquella velada.

Remy bailaría, aullaría a la luna y después volvería a la segunda residencia de su abuelo, a trompicones y agarrado a Adeline. En esas horas felices, antes del alba, le parecería que todas las decisiones que había tomado en su vida habían merecido la pena.

La vibración de su móvil lo devolvió al presente. Era su abuela otra vez; quería quedar mañana para un brunch. Era una pésima idea. Remy contaba con tener una resaca extraordinaria mañana, y además tampoco le apetecía hablar del único tema que tenían en común: su madre, a la cual no le estaba yendo demasiado bien en la nueva clínica de rehabilitación.

La compañía de su abuela hacía que lo embargara una mezcla de nostalgia y resentimiento. Razón de más para no querer verla: a Remy no le gustaba sentir.

Cuando era pequeño, él y su madre vivían con la abuela. Por

entonces tenía una cama para él solo y cenaban en familia todas las noches. Pero todo eso se acabó cuando su madre se marchó hecha una furia, llevándoselo a rastras.

Se agotaba solo de pensar en el brunch. Pero si se inventaba una excusa para no ir, se sentiría culpable.

O tal vez no fuera exactamente culpa, pero no quería darle demasiadas vueltas.

Lo que sientes es vergüenza, le susurró Red, siempre en un rincón de su mente, como un puto Pepito Grillo demoníaco, disfrazado de conciencia. No hace falta que la sientas. Yo la puedo sentir por los dos.

Remy miró de reojo a su sombra, tendida en el suelo; bajo aquella luz, era más grande que él. A lo mejor Red podía ir al brunch en su lugar mientras él se quedaba durmiendo. Quizá lograra adoptar la forma de Remy el tiempo suficiente. Entre los asesinatos y la energía con que lo alimentaba Remy, era alarmante lo fuerte que se estaba volviendo Red. Cada vez que se volvía Estrago era capaz de hacer muchas más cosas que la vez anterior.

—¿Qué te pasa? —preguntó Adeline. Llevaba un vestido McQueen vintage cubierto de cuentas brillantes que simulaban cortes. Le tendió uno de los dos Old Fashioned que traía como si fuera para él.

—Nada —contestó Remy, guardándose el móvil en el bolsillo. Adeline sonrió.

—¿Te aburres? Me han dicho que en el sótano hay una piscina. Venga, vamos a darnos un chapuzón desnudos.

Remy soltó un resoplido. Dejó su copa de champán escondida detrás de un macetón y bebió un trago del whisky aromatizado con cáscara de naranja. Le encantaba la risueña sociopatía de Adeline. A veces le recordaba a su padre, pero ella la usaba para divertirse y no para intentar conquistar el universo.

La casa era una mansión del Upper West Side, una de esas que podían costar sus buenos cincuenta millones perfectamente. La cocina era de latón y mármol, con un sofisticado fogón italiano. Las paredes estaban decoradas con papel pintado de diseños coloridos y modernos, además de con cuadros llamativos. Hasta las alfombras tenían su encanto: una lucía un estampado de laberinto y otra un diseño tradicional con un turquesa suave por encima. Remy sentía que se mareaba mientras se dirigían a las escaleras. Aquella casa era totalmente opuesta a la mansión rancia y sombría de su abuelo, llena de madera oscura y pesados cortinones.

Vio su reflejo en el espejo de la barra. Traje negro, pañuelo blanco al cuello y mirada de envidia.

—Vamos —dijo, pegándose en la cara su habitual sonrisa cordial. No tenía motivos para sentirse infeliz. Estaba siendo una velada

maravillosa.

Las escaleras descendían en espiral hasta la sala de estar de la planta inferior, de tonos escarlata y rosado y llena de almohadones. Olía ligeramente a cloro y en las ventanas se veía un reflejo azulado subacuático. Una araña de luces proyectaba por todo el techo sombras en forma de cabra y de lobo.

—Ayúdame con la cremallera —le pidió Adeline entre risas mientras se daba la vuelta.

Remy apuró su vaso. Lo veía todo un pelín borroso y empezaba a sentirse agradablemente achispado.

Una mujer con blusa y pantalón negro bajó las escaleras corriendo.

—Disculpen —dijo, ligeramente asustada—. No pueden estar aquí.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Adeline con una altivez extraordinaria.

—Trabajo aquí. Nos han pedido que no dejásemos que los invitados entrasen en las zonas privadas de la casa. —Su tono era de disculpa, pero a la vez firme.

—Esta es la casa de Jefferson —le dijo Remy—. Es amigo mío. No le importa que estemos aquí.

—Pero a sus padres, sí. —La mujer señaló con la frente el vaso que Remy tenía en la mano—. Han estado bebiendo. Es por el seguro de la casa.

—Red podría hacerle cambiar de idea —le dijo Adeline a Remy, que puso los ojos en blanco.

—No hay que matar moscas a cañonazos.

La mujer dio un paso hacia las escaleras. Seguramente la palabra «matar» la había puesto nerviosa.

—Deja que Red juegue un poco —insistió Adeline con una sonrisa cruel. Quizá fuera porque la avergonzaba que la empleada la hubiera pillado con la cremallera del vestido a medio bajar. Quizá fuera el lado oscuro de su risueña sociopatía. Pero cuando se ponía así, nunca daba su brazo a torcer—. Venga. Vamos a divertirnos.

—Pues usa tu propia sombra —replicó Remy—. O mejor aún, volvamos arriba.

Era la segunda sombra avivada que le uncían a Adeline. La primera no se había injertado bien y había terminado por marchitarse. La segunda había arraigado, pero Adeline casi nunca practicaba con ella. Remy sospechaba que la hacía sentir incómoda, pero no quería reconocerlo.

Adeline lo miró fijamente.

—No nos vamos a ninguna parte.

¿Qué debo hacer? Remy oyó la pregunta en su mente, percibió el fastidio de su sombra y no supo si él sentía lo mismo.

Titerízala, pensó Remy. Haz que vuelva a la planta de arriba o que

diga alguna tontería. Asústala, pero no le hagas daño.

¿No quieres que la ahogue? Remy estaba casi seguro de que Red estaba bromeando.

Antiguamente tenía que mantener la conciencia bífida, pero ya no. Ahora Red hacía las cosas solo. En general hacía lo que Remy le ordenaba, pero de vez en cuando actuaba por su cuenta. Probablemente Remy sería capaz de impedírselo si lo intentara. Probablemente.

La mujer dio un respingo y soltó un grito de sorpresa cuando la sombra de Remy se deslizó hasta cubrir la suya.

Adeline dio una palmada de alegría.

La boca de la mujer se movió y empezó a hablar:

—No me pagan lo suficiente para estas mierdas. Haced lo que queráis. Bañaos en la piscina, gilipollas.

Remy se echó a reír. Era un poco inquietante que Red conociera tan bien a las personas como para inventarse algo tan plausible, pero aun así tenía gracia.

Adeline soltó un suspiro de fastidio.

—No, oblígala a decir algo que la deje en ridículo.

El cuerpo de la mujer se movió con rigidez; tenía los ojos desorbitados por el pánico.

—Deja de darme órdenes, Adeline —dijo ella—. No me gusta.

Adeline se volvió hacia Remy, sorprendida y ofendida.

—¿Has sido…?

—Bah, no te enfades —dijo Remy—. Solo se está divirtiendo.

De pronto la mujer soltó un grito ahogado y se llevó la mano a la boca cuando Red la liberó. Los miró a los dos con lágrimas en los ojos y huyó escaleras arriba.

Adeline echaba chispas por los ojos. Estaba furiosa. Seguramente no se habría enfadado tanto si esas mismas palabras las hubiera dicho Remy, pero a Red lo consideraba un juguete. Y los juguetes no te replican. Y menos en público.

Antes de que pudiera soltarle un sermón sobre cómo controlar a su sombra, Madison, Topher y Brooks bajaron las escaleras ruidosamente. Topher había sido compañero de secundaria de Remy; a los demás los conocían porque se movían en los mismos ambientes que ellos.

—¡Tío! —dijo Brooks, dándole el típico abrazo masculino con un solo brazo—. Me han dicho que hay piscina. Ya sabía yo que vendrías el primero.

Maddy había birlado una botella de Don Julio 1942 del bar.

—Vaya, tendría que haber traído unos vasos.

—Te puedo servir un chupito en la boca —se ofreció Remy, notando que empezaba a relajarse en su compañía.

Los cinco se bañaron desnudos en la piscina, bebiendo tequila y

riendo. Adeline pareció olvidarse de lo ocurrido y todo volvió a la normalidad. Luego se vistieron, buscaron a Jefferson, a su novia y a la prima de no sé quién y se marcharon a The Box, donde actuaban acróbatas aéreos con una sombra que de vez en cuando los mantenía suspendidos sobre el público, de manera que parecía que estaban flotando en el aire.

Topher quería probar el gozo, así que Adeline se lo provocó para jactarse de su poder como umbrista. Cuando terminó, Topher se encontraba en tal estado que no pudo hacer otra cosa que quedarse repantigado en un rincón del reservado, murmurando para sus adentros entre convulsiones. Remy confiaba en que Adeline le hubiera infundido la sensación prometida; no era la primera vez que le provocaba a alguien un episodio de terror que duraba una semana entera. Y era evidente que volvía a estar de mal humor.

Brooks y Jefferson, impresionados, le hicieron tantas preguntas que Remy dedujo que les interesaba algo más que la respuesta.

Maddy y la prima se estaban liando; llevaban el vestido tan subido que todos se dieron cuenta de que solo una llevaba bragas.

Remy intentó evitar la ira de Adeline hablando con las chicas del reservado contiguo, que lo reclutaron para un juego. Había que elegir a otro jugador y mirarlo fijamente; si este te devolvía la mirada, el último que gritara «¡Medusa!» bebía.

Llevaba por lo menos tres chupitos de tequila cuando Adeline le puso la mano en el hombro. Parecía muy borracha.

—Dile a Red que me dé un beso.

Remy tampoco estaba precisamente sobrio, pero hasta él sabía que era mala idea.

—Déjalo, Adeline. Ven a jugar con nosotros.

La sombra de Adeline embistió a una de las chicas, dándole tal golpe en la cabeza que partió con los dientes el vaso del que estaba a punto de beber.

Remy se levantó mientras las amigas de la chica trataban de detener la hemorragia con unas servilletas.

No quería pensar en los dientes sanguinolentos de la chica. En el trozo de cristal que había caído a la mesa, cubierto de saliva resplandeciente.

—Venga, vámonos a casa. Ya es tarde.

—¿No quieres que Red me bese? —le preguntó Adeline a gritos mientras Remy la sacaba a rastras del club. Él no contestó—. Dile que tiene que obedecerme. —Ya estaban en la calle—. Si no, le contaré a mi padre que ahora se pasa la mitad del tiempo como Estrago.

Remy soltó un lamento.

—Para ya con las amenazas. Me agotas. Esta noche me estás agotando.

—Díselo —insistió Adeline.

—Vale —mintió él—. Ya se lo he dicho. —En cualquier caso, Red lo había oído todo.

—Creo que se porta así conmigo porque se lo has dicho tú —le acusó Adeline.

Remy no se molestó en negarlo. Los dos estaban borrachos y lo más probable era que terminaran peleándose como dos idiotas. Los últimos meses habían pasado demasiado tiempo juntos, como uña y carne. No era normal. Compartían demasiados secretos terribles, y eso los estaba haciendo zaherirse demasiado.

Adeline seguía enfurruñada cuando entraron tambaleándose en la casa. A Remy no le importaba; iba a acostarse y a dormir hasta bien pasada la hora del brunch.

Se espabiló enseguida al ver que su abuelo los estaba esperando, sentado en el sofá. La única luz encendida iluminaba su rostro de manera siniestra.

—¿Habéis oído hablar de Cleophes de York? —les preguntó, como si estuvieran en plena conversación.

—No… —contestó Remy con vacilación. Ese era el precio del dinero de Salt: vivir según sus reglas y sus plazos.

—Es un Estrago muy antiguo —continuó Salt—. Lo uncieron hace cinco años. Creo que he descubierto una forma de hablar con él sin que lo sepa su portador. Vamos a hacer un experimento.

Adeline frunció el ceño.

—¿Qué experimento?

—La clásica ketamina. —Recogió un vial de líquido de la mesita y lo agitó—. Se la inyectaré a Edmund y veremos si así Red puede titerizarlo.

—Estoy demasiado borracho —protestó Remy—. No es buena idea mezclar alcohol y drogas. Así es como la palman las estrellas de rock.

Salt soltó un resoplido.

—No te eches tantas flores. Siéntate en el sofá y remángate.

—En serio —insistió Remy—. Mejor mañana.

—Ahora —le corrigió Salt—. Estoy hablando muy en serio.

Remy le lanzó a Adeline una mirada suplicante, pero ella no se la devolvió. Miraba por la ventana con una expresión metódicamente impasible, como si su mente estuviera muy lejos de allí. Hacía años que había dejado de enfrentarse a su padre. El precio de la desobediencia era demasiado alto.

Podría poseerte sin inyecciones, le susurró Red. Si me dejas.

Pero su abuelo no quería saber de qué era capaz Red. Quería saber de qué era capaz la ketamina.

Pues déjame matarlo.

Basta de muertes, pensó Remy por impulso. Lo único que tenía que

hacer era someterse a aquel desagradable proceso y luego olvidarlo. Transmitirle a Red un poco más de miedo y de ira. A veces Remy sentía que había renunciado a tanto de sí mismo que ya apenas le quedaba nada, pero no estaba dispuesto a plantearse ninguna alternativa.

Se dejó caer en el sofá, se quitó la americana y empezó a desabotonarse la manga de la camisa.

Su abuelo sacó una jeringuilla del envoltorio y le quitó el capuchón de seguridad. La clavó en la tapa del vial y succionó el fluido transparente. A Remy le costaba distinguir sus pensamientos de los de Red, porque los dos sentían idéntico pánico.

Si Remy dejaba de respirar, todo el mundo creería que había tomado ketamina en el club. Ahí radicaba la genialidad de su abuelo: lo disponía todo de tal manera que, pasara lo que pasare, él nunca tuviera que rendir cuentas por nada.

Sintió el pinchazo en la piel del brazo. Miró de reojo a Adeline, que ahora sí que lo observaba con cara de ternura. Y luego tuvo la sensación de caer al vacío.

La boca le sabía a sangre, como si se hubiera mordido la lengua.

Lo último que recordaba era el sonido de su propia voz, aunque se le antojaba la de un desconocido.

—Remy ya no está. Solo queda Red.

27
Ese brebaje que me gusta

Cuando decidió irse del apartamento de su madre, Charlie creía que por fin iba a desprenderse del miedo y la culpa que la habían acompañado durante la adolescencia. Pero regresaban cada vez que volvía a verla; enrarecían el aire con todas las cosas que se habían quedado sin decir.

Charlie odiaba esa sensación. Odiaba el motel para estancias de larga duración en el que vivía su madre, lo único que podía permitirse alguien con su dispersa experiencia laboral y su falta de crédito. Y odiaba la probabilidad relativamente alta que tenía de terminar viviendo igual que su madre algún día.

Mucha gente le miente a su madre; lo que había hecho Charlie con la suya no tenía nada de especial. El problema era que, si se enteraba, su madre nunca se lo perdonaría. Charlie le había hecho creer que era importante para el universo, que unos espíritus habían acudido a protegerla en un momento de necesidad. Su madre odiaría a cualquiera que le arrebatara esa ilusión. Aunque fuera la misma persona que se la había dado. Y más cuando esas mentiras la habían vuelto susceptible a dejarse engañar por otros mentirosos.

Mientras Charlie entraba con el Corolla en el aparcamiento de Residence Suites y estacionaba en la zona donde estaba la habitación de su madre, sentía el pecho agarrotado. A esas alturas de noviembre, los turistas que venían a ver los paisajes otoñales del Valle ya se habían marchado, y nadie subía desde Connecticut para recoger manzanas, así que los hoteles estaban casi vacíos. Había mucho sitio para aparcar y ninguna excusa para hacerse la remolona.

Mientras sacaba la llave del contacto, Charlie se fijó en que tenía un pequeño objeto metálico pegado al llavero. Tardó un momento en recordar que ella misma lo había sacado de la bolsa de lona de Vince, pensando que podía tratarse de una pila de reloj. Por lo visto era magnético.

Frunció el ceño y guardó las llaves en el bolso con imán y todo.

Posey llamó a la puerta. Bob, el actual novio de su madre, les abrió, echó un vistazo a la cara hinchada de Charlie y gritó:

—¡Jess!

Su madre se acercó a la puerta. Había ido al instituto en los años ochenta, así que todavía era fiel a la plancha rizadora. El cabello largo y seco le caía por los hombros, ondulado por el contacto con la plancha caliente y teñido de negro. Llevaba los dedos llenos de anillos plateados y los ojos muy pintados con delineador.

—Ay, ¿qué te ha pasado? ¿Y por qué traéis a la gata?

Charlie le hizo un resumen de lo ocurrido, omitiendo la parte del robo. Su madre se mostró comprensiva, pero Charlie no pudo ignorar que, una vez más, se había ganado su comprensión con mentiras.

—Deberías llamar a la policía. Que te acompañen a casa y detengan a Adam. ¡Te ha agredido!

Charlie no tenía pensado hacer eso, pero no sería mala idea amenazar a Doreen con hacerlo. Teniendo en cuenta los chanchullos de Adam, este no querría que la policía husmeara demasiado. Quizás así las dejaría en paz.

Una vez dentro de la habitación del motel, Charlie dejó que su madre la llevara hacia el sofá mientras Posey se sentaba en el taburete de la cocina para poner a cargar el móvil y el portátil. Había básicamente tres estancias: un dormitorio con puerta propia, un cuarto de baño al que se accedía a través del dormitorio y una pequeña cocina con una mesa alta, dos sillas y un sofá delante del televisor. El precio semanal incluía la televisión por cable.

Su madre y Bob habían traído varios muebles de sus anteriores viviendas. Dos lámparas que Charlie recordaba de su infancia, una alfombra que no le sonaba (pero que no podía ser del hotel), unas estanterías y varias pilas de cajas de cartón en las que Bob guardaba sus cartas enfundadas de Magic: The Gathering. Tenía un montón.

Bob aseguraba que valían tanto dinero que, en el momento adecuado, pensaba vender toda su colección para comprarse una casa, pero que no podía hacerlo hasta que zanjara el juicio pendiente que tenía con su antigua empresa. Mission Trucking era el claro culpable de sus problemas de espalda y el juzgado había dictaminado que la empresa corriera con los gastos de su seguro. Ellos querían llegar a un acuerdo para no tener que cargar con esa obligación, pero Bob no quería aceptar menos de un millón.

Siempre le prometía a su madre que, cuando lo recibiera, vivirían a lo grande.

Esa era su versión del sueño del «gran golpe» de Rand. Y las probabilidades eran las mismas.

—Hay que ponerte algo en ese ojo —dijo su madre—. Ay, cielo, ahora no tiene buena pinta, pero mañana se pondrá todavía peor.

—Voy a por un poco de hielo —se ofreció Bob—. ¿Tú también le zurraste?

A Charlie se le escapó la risa.

—Y tanto.

—Espero que le dieras donde más duele.

Le trajo una bolsa de guisantes congelados; Charlie se presionó el ojo con ella. Bob se estaba quedando calvo, era barrigudo y llevaba una camiseta que proclamaba su amor por los Ramones.

Después de conectar todos sus dispositivos, Posey se bajó del taburete, encontró un cuenco de plástico de sopa para llevar y lo llenó de agua para la gata.

—Las dos os vais a quedar a dormir —dijo su madre—. Insisto.

Solo quedaban unos días para la fiesta de Salt y Charlie no tenía tiempo para un ojo morado ni para quedarse encerrada en casa de su madre. Aun así, el dolor de la cara estaba cediendo al agotamiento. Además, también había venido aquí para buscar una cosa.

—¿Quieres que saque el colchón hinchable de tu coche? —preguntó Charlie. Su madre negó con la cabeza.

—No, tú quietecita. Puede ir tu hermana. O Bob.

Charlie se levantó; era la excusa más sencilla para lo que quería hacer.

—Ya voy yo.

Una constelación de imanes salpicaba la nevera. Unos pocos eran de empresas de la zona y los demás tenían frases graciosas como «Funciono con café y vino» o «Soy tan punki que no me quedan imperdibles». Charlie sacó la llave del coche de su gancho y salió de nuevo al frío exterior.

La madre de Charlie, a sus casi sesenta años, tenía demasiadas cosas para poder guardarlas con comodidad en el hotel, sobre todo con las cartas de Bob, que necesitaban un «entorno climatizado» y eran demasiado importantes para no tenerlas a mano. Por eso la parte trasera del coche de su madre estaba llena de ropa de verano, adornos, documentos de Hacienda y, por lo visto, un colchón hinchable. Las cajas de plástico estaban hasta los topes. Una llevaba la etiqueta «NAVIDAD». Otra, «FOTOS FAMILIARES». Charlie encontró el colchón de plástico, que olía a rancio, debajo de una caja que decía «DOCUMENTOS IMPORTANTES».

Eso era lo que buscaba.

Después de escaparse de la casa de Salt, el hombre que la había encontrado había llamado a una ambulancia. Ella no recordaba gran cosa, pero debían de haberle hecho una prueba toxicológica en el hospital. Los resultados estarían con el resto de sus documentos médicos.

Charlie destapó la caja. Allí, debajo de las partidas de nacimiento y los papeles del divorcio de su madre, encontró una carpeta que llevaba su nombre. Dentro había una copia del informe policial, el alta del hospital y la factura para el seguro. Leyó por encima los detalles. Arañazos en brazos y rostro, posiblemente provocados por ramas. Leve deshidratación. Una frase le llamó la atención: Restos de ketamina en el organismo.

Charlie cerró la carpeta. Las palabras de Liam reverberaron en su mente: Uno de los médicos que trabajan aquí es bastante… generoso

con las recetas. Le vi venderle ketamina a Adeline, la prima de Remy.

Al parecer, Salt no había puesto fin a sus experimentos después de haber obtenido una sombra avivada robada. Y además había involucrado a su familia.

—¿Lo encontraste? —le preguntó su madre desde el otro lado del aparcamiento.

Charlie se guardó la carpeta debajo de la camiseta, sujetándola con la cinturilla del pantalón.

—Sí, mamá —respondió mientras regresaba acarreando el colchón.

Su madre había preparado una infusión de matricaria; decía que iba muy bien para aliviar el dolor. Bob le pasó discretamente un ibuprofeno, que funcionó mucho mejor.

Charlie volvió al sofá y a los guisantes congelados. Al cabo de un rato, cuando consideró que nadie la miraba, sacó la carpeta que escondía bajo la ropa, la metió por la rendija lateral del sofá y la disimuló con el cojín.

Lucipurrr patrullaba sus nuevos dominios, maullando mientras su madre sacaba un poco de carne picada y empezaba a preparar la cena. Bob encendió la tele y puso ese programa en el que la gente les lleva trastos antiguos a unos expertos para saber cuánto valen.

Un camionero había traído un reloj de cuco de su abuela que resultó ser una antigüedad de la época eduardiana; al dar las doce, del interior salía un hombre perseguido por su propia sombra.

—Fue una época de gran espiritualidad —dijo el viejo tasador, atusándose la barba con aire pensativo—. Los umbristas proyectaban complejas sombras chinescas en las paredes de los salones de baile. La magia estaba delante de las narices de todos, pero pocos fueron los que prestaron la suficiente atención como para verla.

—No les digas a los de recepción que has traído un gato —le advirtió su madre a Posey—. Si metes una mascota en la habitación, te cobran ciento cincuenta dólares más por la limpieza extra.

—No pensaba decírselo a nadie —protestó Posey con el tono quejica de una adolescente—. Y no sé dónde voy a hablar con mis clientes. Aquí hay mucho jaleo.

—Prueba en la bañera —improvisó su madre.

Una hora después cenaron estofado, sentados en sillas plegables alrededor de una mesita baja en la que no cabían todos los platos a la vez. Bebieron el vino que había comprado Posey. Estaban siguiendo la tradición de la familia Hall: fingir que todo iba bien. Y Charlie se alegraba de ello. Nada iba bien y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

—Posey me ha dicho que Vince se ha marchado. Cuánto lo siento —dijo su madre.

Charlie asintió. Cuanto menos dijera de ese asunto, mejor. Otra

cosa que tampoco iba nada bien.

—Sí, bueno. Ya sabes la suerte que tengo.

No dijo «tenemos», porque Bob le caía bien. Aunque era muy posible que le hubiera caído bien cualquier persona que le diera ibuprofeno. Si Bob hubiera llegado a servirle un café, a lo mejor Charlie se habría planteado casarse con él.

Su madre esperó, como si quisiera que Charlie añadiera algo más. Que se sincerara con ella. Al ver que no lo hacía, pareció desanimarse un poco. Charlie volvió a sentirse culpable, pero de forma distinta.

Después de cenar, su madre habló con Bob.

—Quiero enseñarles el sitio donde solemos sentarnos.

—¿Fuera? —protestó Charlie—. Hace frío.

—Bajo las estrellas. Vosotras lleváis las mantas y yo las sillas plegables.

Al cabo de unos minutos estaban en el aparcamiento, mirando las luces de Springfield a lo lejos y las estrellas en lo alto.

—No está mal, ¿eh? —dijo su madre—. Es como tener un porche.

Bob se había quedado cerca del coche, pero también miraba el cielo.

—La lluvia ha despejado las nubes.

—No quiero quedarme aquí congelándome —dijo Posey—. Voy a chatear con unos amigos. Tenemos que replantear una cosa.

Con un poco de suerte, eso quería decir que habían descartado el ayahuasca.

—Ten cuidado —le recordó Charlie.

Posey le echó una mirada inquisitiva antes de volver dentro.

Al rato, Bob anunció que se iba a preparar un té y también se fue. Charlie se quedó allí, abrigada con su manta. No quería volver a entrar en esa habitación claustrofóbica, con el aire viciado por sus errores. Y le daba miedo que Posey estuviera tan desesperada por ser umbrista que se dejara engañar y que toda su ilusión terminara por ahogarla.

—Me alegro de que hayas venido aquí —dijo su madre.

—Yo también —contestó Charlie sin pensar, consciente de los peligros de esa conversación.

—Me arrepiento de muchas decisiones que tomé como madre. Cuando era más joven, no siempre prestaba atención a lo que debía. Ojalá hubieras sabido que podías acudir a mí hace años, cuando te metiste en líos.

Charlie tuvo la terrible corazonada de que se refería a Rand, de que Posey le había contado algo durante sus chats de tarot diarios.

—¿Cuándo me metí en líos?

—Ya sé que no te gusta hablar de ello…

—Está claro que crees que sabes algo, así que dilo de una vez.

Tenía que callarse ya. En lugar de bifurcarse la lengua, haría mejor en amputársela directamente. Debería estar intentando cortar la conversación, no tratando de darle cuerda.

—Te he visto sacar del coche tu expediente médico —dijo su madre—. Y nunca olvidaré cómo me sentí cuando me llamó la policía. Y luego, cuando encontraron el cadáver de Rand con esa chica muerta en el maletero. Esa chica podrías haber sido tú.

Eso era cierto, pero no por las razones que se imaginaba su madre.

—Pero no era yo. Estoy bien.

—¿De verdad? —preguntó su madre—. Sé que estuviste con él esa noche, cuando terminaste en el hospital. Si no afrontas lo que te pasó, nunca lo superarás. Seguirás dolida y enfadada.

Charlie Hall, que tenía un horno siempre encendido en su interior.

Por supuesto que estaba enfadada.

Quería que su madre la hubiera creído cuando le había dicho que Travis les pegaba. Que la hubiera querido más a ella que a Alonso, alguien que ni siquiera existía.

Quería que su madre la hubiera protegido de Rand, que no era ningún santo, pero podría haber sido infinitamente peor.

Quería que su madre la creyera ahora, aunque Charlie le hubiera mentido poco antes.

—Estoy bien. Fuerte como un roble —dijo Charlie—. Feliz como una perdiz.

—Quise daros libertad a tu hermana y a ti. Para expresaros, para cometer errores, para descubrir quiénes erais. No quería reprimiros. —Su madre jugueteaba con uno de sus gruesos anillos plateados, haciéndolo girar en el dedo índice—. A mí me faltó eso de niña. Y tú tenías un don. Pensé que Rand te enseñaría a usarlo.

Charlie sintió una oleada de culpa abrumadora. Tenía que cambiar de tema. Ya no soportaba sentirse así, debatiéndose entre las ganas de gritar y las de confesarlo todo.

—Quizá ese don pasó a Posey cuando yo dejé de usarlo. —Su madre la miró con aire de impaciencia. Charlie suspiró—. ¿Quieres que hable contigo? Vale, esto es lo que quiero saber. ¿Conoces a la hija de Lionel Salt? —Tenían aproximadamente la misma edad. Además, antes la ciudad era más pequeña. Si su madre conocía a la madre de Vince, quizá supiera lo que le había pasado.

—¿Kiara? —Su madre levantó la mirada y parpadeó, como si intentara reenfocar sus ideas—. No nos movíamos en los mismos círculos.

—Pero sabes cómo se llama —insistió Charlie—. De algo la conocerías.

Su madre se encogió de hombros.

—Le compraba setas a un amigo mío. Era muy fiestera. Contaba

historias muy inquietantes sobre su padre, pero a la gente le gusta creer que los ricos guardan sus uñas en un tarro, como Howard Hughes, y ella parecía la típica que dice cualquier cosa con tal de llamar la atención. Se juntó con varios exconvictos de Boston y se quedó preñada. Al final su padre la metió en rehabilitación. Eso fue lo último que supe de ella. No volvió a hablar con nadie de la pandilla después de eso. ¿Por qué lo preguntas?

—He oído que murió, nada más —contestó Charlie.

—Vaya —dijo su madre.

Charlie se desperezó y rotó los hombros.

—Creo que voy a entrar para ir inflando el colchón.

—Piensa en lo que te he dicho —le recordó su madre cuando se puso de pie.

Mientras Charlie se alejaba, le llegó a la mente un recuerdo de cuando era pequeña y sus padres seguían juntos. Estaba sentada en el asiento trasero del coche, con la ventanilla bajada. El viento le azotaba el pelo. La radio estaba encendida y Charlie meneaba las piernecitas al ritmo de la música. Su madre y su padre reían juntos. La luz dorada del sol hacía que todo brillara tanto que pensó que jamás anochecería.

Mientras Posey y ella se turnaban para inflar el colchón, Bob y su madre iban de acá para allá por la habitación. Parecían contentos. Era un poco raro, pero al mismo tiempo agradable. Como si no existiera maldición alguna, tan solo una fortuita herencia familiar de relaciones tóxicas, un ciclo que nadie estaba condenado a repetir.

Charlie y Posey se tumbaron juntas, procurando no hacer rebotar mucho el colchón. Charlie recordó su infancia durmiendo en la misma cama que Posey, cuchicheando, cuando todavía compartían los mismos secretos.

Cuando compartían los mismos talentos.

Pensó en el momento en el que se le había dividido la conciencia, cuando había entendido cómo estar en dos lugares a la vez. Incluso ahora, mientras cerraba los ojos, sentía su sombra. Si se concentraba lo suficiente, se veía a sí misma a través de ella.

Pero en cuanto lo hizo sintió una oleada de pánico que la devolvió precipitadamente a su propio cuerpo.

Charlie no tenía un pececito ni una tortuga porque le daba miedo olvidarse de alimentar a cualquier mascota incapaz de hacer ruido para protestar. Al menos dos veces al mes se le olvidaba tomar la píldora anticonceptiva, incluso dos días seguidos. Se había bajado una app que le recordaba que bebiera agua, con una planta pixelada que tenías que tocar cada vez que bebías un vaso. Charlie ya no sabía las veces que había matado a esa planta. A veces bebía agua, pero se olvidaba de tocar la planta, y otras se le olvidaba beber directamente.

¿Cómo iba a acordarse de darle sangre a una sombra a diario?

¿Cómo iba a impedirle absorber accidentalmente toda su energía hasta marchitarla? ¿Cómo iba a evitar que se convirtiera en su propio monstruo personal?

Tumbada en el colchón, unos suaves susurros de respiración la fueron envolviendo a medida que el sueño vencía a los demás. Pero la mente de Charlie no conseguía frenar, no podía dejar de preocuparse, no dejaba de montar y desmontar la información que tenía.

Al descubrir que su nieto poseía magia, Salt habría tratado de controlarlo. La situación de Kiara le ofrecía múltiples oportunidades de explotación. Salt podría conseguir fácilmente la custodia legal de Vince. Tenía dinero para fomentar los vicios de Kiara; tal vez ella ni siquiera se había opuesto.

Y a Vince le ofrecería la promesa de que su madre iría a rehabilitación, de que se recuperaría. Y luego le permitiría verla para recompensarle cuando se portaba bien, con la ilusión de volver a estar juntos siempre presente. Y el miedo a que castigaran a su madre por los errores de Vince sería un aliciente aún mayor.

Si a Charlie se le había ocurrido ese plan, no tenía ni la menor duda de que Salt había ideado una versión más retorcida.

De ese modo, Vince hace lo que le manda Salt. Y Red, sin importar lo que haya sido antes, se va convirtiendo en un reflejo de las cosas que hacen juntos. Pero controlar a un adulto es mucho más difícil que controlar a un niño. Sobre todo a un adulto que lleva tiempo aprendiendo lo que son la manipulación y la crueldad.

Así que Vince planea marcharse y regresar con su madre, pero algo sale horriblemente mal. Quizá Salt se da cuenta de que solamente necesita a Red, no a Vince, y le amputa la sombra a su nieto.

Pero si su plan era injertarse a Red, no lo consiguió. Red se convirtió en un Estrago, uno de los que podían hablar, así que Salt tuvo que hacer un trato con él. Tal vez había sido el propio Salt quien le había ofrecido a Red el ritual del Liber Noctem, y Vince le había robado el libro para impedir que Red anduviera suelto por el mundo.

Estaba segura de que a Salt le traía sin cuidado crear un monstruo con tal de que este sirviera a sus intereses. Y mientras tanto, Red sigue matando a sus órdenes. Sigue cumpliendo su voluntad. Juntos consiguen que acepten a Salt en la Cábala.

Si Salt le había prometido a Red que le daría su recompensa una vez que se anunciara su ingreso en la organización, Charlie ya entendía por qué necesitaba el libro. El problema de los monstruos es que tienes que atarlos para que no te ataquen a ti.

Por otro lado, el Hierofante ansiaba el libro tanto como Salt. ¿El Estrago que llevaba uncido le habría hecho alguna promesa, un acuerdo para llevar a cabo el mismo ritual? ¿O acaso trabajaba en

nombre de la Cábala y solo intentaba impedir que Red se convirtiera en un nuevo tipo de Estrago, aún más terrible?

Y lo más importante, ¿qué iba a hacer Charlie? Salt contaba con que le llevara el Liber Noctem el sábado. Y el sábado se acercaba rápidamente.

Le dolía la cabeza. Y el ojo. Y las costillas.

Posó la mirada en la nevera, con sus docenas de imanes. Y mientras los miraba se le ocurrió una cosa sobre el objeto plateado y magnético que llevaba adherido a sus llaves. El que había encontrado entre las cosas de Vince.

Tal vez no fuera nada más que eso, un imán. Un imán para sujetar un libro de tapas metálicas.

Se levantó haciendo el menor ruido posible, vestida con una camiseta de Bob, y se puso las zapatillas y un abrigo de su madre. Salió de la habitación con el mismo sigilo con el que se había colado en tantos hogares ajenos.

En el aparcamiento, el ángulo de la farola alargaba todas las sombras. A lo lejos se oía el siseo de los coches de la autovía. Los destellos de la granja de relámpago apenas se distinguían.

Abrió el capó de su Corolla y contempló el rompecabezas del motor, las bujías y otras cosas de las que apenas sabía nada. Los ricos nunca cambiaban el aceite del coche ni rotaban los neumáticos personalmente. Ni siquiera pasaban la aspiradora por los asientos. Y Vince había estado un buen rato trabajando en el coche de Charlie.

Pero el Liber Noctem no estaba encajado en las entrañas del Corolla. También se metió debajo, pero lo único que descubrió fue que el coche perdía aceite.

Por la mañana, Charlie notaba el cuello caliente. Fue al cuarto de baño, se lavó la cara con agua fría y se pasó las manos húmedas por el pelo. Las funestas predicciones de su madre no se habían cumplido: la hinchazón del ojo había remitido. En cambio, ahora lucía un majestuoso color púrpura, con un cerco entre amarillento y verdoso.

—Voy a la farmacia —anunció durante el desayuno, mientras bebía la leche del cuenco de cereales.

—No puedes presentarte así en el trabajo —le dijo su madre.

—Ya lo sé —contestó Charlie—. Por eso tengo que ir primero a la farmacia.

Posey soltó un resoplido descarado.

Unos minutos después, Charlie salió de la habitación.

Según los tutoriales de YouTube que había estado viendo mientras el colchón de aire se desinflaba lentamente, el maquillaje de Halloween era la mejor opción para disimular el desaguisado de la

cara. Por suerte aún quedaban algunos kits en la sección de liquidación. Compró una paleta barata que incluía blanco, verde lima, azul regio, amarillo pollo y rojo cereza. Le preocupaba terminar pareciendo una payasa.

También compró algunas cosas más corrientes: un corrector de alta cobertura, un delineador líquido, un pintalabios rojo muy llamativo, un desodorante, un paquete de tres bragas y la única camiseta negra que había de su talla. Por desgracia, el estampado era un reno de nariz roja con la frase La Navidad me la suda. Aun así, era una buena oportunidad para gastarse el billete de cien de Salt.

De nuevo en el motel, Charlie volcó la bolsa de la compra en la cama de su madre y lo extendió todo sobre la colcha para empezar.

Después de investigar en Google las paletas de color y de volver a ver el tutorial, mezcló el amarillo con un poco de rojo y se lo untó en las zonas amoratadas. Luego esperó a que se secara.

Para su sorpresa, cuando se aplicó cuidadosamente el corrector, el único indicio del golpe que quedó fue la hinchazón, que tampoco llamaba tanto la atención al lado de los labios pintados de rojo intenso y la sombra dorada que se puso en los párpados.

—Te queda bien —dijo su madre frunciendo el ceño—. Pero de todas formas creo que deberías llamar para decir que estás enferma y pasarte por la comisaría.

—Me lo pensaré —mintió Charlie.

—¿Te vas a ir ya? —preguntó Posey—. ¿Me dejas el maquillaje?

Charlie se metió en el cuarto de baño para peinarse y ponerse del revés la camiseta chunga del reno. Cuando salió, Posey llevaba delineador y sombra brillante.

Se repartieron el paquete de bragas.

Esa noche, volver al Rapture se le hizo raro. Lo habían limpiado todo y ya no había cristales rotos. Habían reemplazado las botellas de los estantes. Aunque el bar ya no estaba tan bien surtido como antes (tardarían un tiempo en conseguir los whiskys y las ginebras especiales que le gustaban a Odette, como las de rosa y ruibarbo), al menos podían abrir.

Normalmente el miércoles era un día tranquilo, pero como el bar llevaba casi una semana cerrado, había varias actuaciones programadas. Cuando llegó Charlie, en el escenario había un experto en modificación corporal haciendo piercings y bifurcaciones de lengua.

Cuando sirvió la primera copa, una acróbata con labrets recién hechos en los hoyuelos de las mejillas realizaba un número que fusionaba la prestidigitación con el cabaret.

Una hora después, Charlie estaba sudando y le dolían los pies. Tenía que esforzarse continuamente para no tocarse la cara y arruinarse el estratégico maquillaje. En cualquier caso, seguro que los clientes se habían fijado en la hinchazón.

Balthazar le echó una mirada rara y culpable la única vez que Charlie lo vio salir de su casa de sombras.

—Ponme ese brebaje que me gusta —le dijo Odette, sentándose frente a la barra. Llevaba un conjunto vintage de Vivienne Westwood en color rojo, con estampado de alambre de espino negro.

Charlie se dio la vuelta y roció una copa ancha de champán con el atomizador de absenta.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Odette.

—Bien. —Charlie agitó el Martini tostado y se lo sirvió con un rizo de cáscara de limón como decoración—. Me alegro de estar de vuelta.

—Dadas las circunstancias, eres un cielo por decir eso —dijo Odette.

—He conocido a un amigo tuyo —continuó Charlie sin levantar la voz—. ¿Es verdad que tienes un cliente multimillonario?

Odette bebió un sorbo de su copa e hizo una mueca al notar el picotazo del alcohol.

—¿Lionel? ¿Cliente mío? Por Dios, claro que no. Ese hombre es de los que prefieren azotar a que le azoten.

Charlie fingió sorpresa.

—¿Has estado en su casa?

—Ya lo creo. Es un sitio viejo y lúgubre, con alfombras lujosas, mucho incienso y cuadros espantosos. Pero los licores que tiene son de diez y conoce a mucha gente interesante. —Guardó silencio un momento—. Me llamó al día siguiente de que ese hombre entrara aquí, por la mañana. Me hizo muchas preguntas sobre tu Vincent. ¿Qué puede querer de él?

Charlie miró a Odette con toda la calma que pudo.

—Ni idea. A lo mejor necesita que le hagan alguna chapuza.

—Ah, claro —dijo Odette—. Debe de ser algo así.

—¿Recuerdas que me dijiste que el pasado es lo único que importa? —dijo Charlie—. ¿A qué te referías?

—¿Yo te dije eso? —Odette parecía sorprendida—. En tal caso… no sé, supongo que me refería exactamente a eso.

—Lo que cuenta de verdad es quienes seamos ahora, ¿no? —Charlie no sabía por qué estaba insistiendo, sobre todo cuando ella misma no estaba especialmente contenta con la persona que era ahora. Y Odette lo había dicho por Vince, no por Charlie.

Odette se echó a reír.

—Lo que tú digas, cielo.

—Para eso nos reinventamos, ¿no? —preguntó Charlie.

Odette bebió otro sorbo de su copa y cerró los ojos con cara de placer.

—Ah, qué delicia. —Luego le lanzó una mirada a Charlie que le hizo recordar que Odette había vivido más tiempo que ella y seguramente había pasado por cosas peores—. Quienes fuimos en el pasado, lo que hicimos, lo que nos hicieron… Una no puede despojarse de eso y convertirse en una persona nueva e inocente.

Charlie enarcó las cejas.

—Pero se puede intentar.

—Es como el fetichismo. Nadie se excita al lamerle los pies a otra persona, al coleccionar zapatos ni al frotarse el cuerpo con un globo solo porque sí. Conozco a un chico que de niño se metía debajo de la mesa de la cocina y se ponía a dibujar mientras su madre charlaba con sus amigas. Les miraba los zapatos y sabía que, si tocaba uno, lo descubrirían y tendría que irse. No hace falta que te diga lo que le pone ahora. Pero ¿qué pasaría si él no quisiera reconocerlo? Hace falta valentía para ser aventurero —dijo Odette mientras se alejaba de la barra, copa en mano—. ¿Y qué mejor aventura puede haber que el descubrimiento de nuestra verdadera naturaleza?

Durante el resto de su turno, Charlie dejó que las tareas manuales tomaran las riendas, que la guiara el ritmo de su trabajo. Llena esto, agita lo otro, pasa la tarjeta, haz una factura, guarda el cambio. Mantén el vaso de cerveza en el ángulo exacto para que tenga la espuma adecuada, llénale el vaso hasta el borde y sin espuma a ese hípster, sírveles un Fireball a esos tres que no saben la que les espera.

Mientras fregaba la barra y recogía las servilletas mojadas y los agitadores de madera, su mente repasó los últimos días con Vince. Un día antes de irse había salido de la casa con la excusa de limpiar los canalones. Para entonces ya debía de saber que era cuestión de tiempo que Salt atara cabos y lo encontrara. A lo mejor había aprovechado la ocasión para esconder el Liber Noctem en su furgoneta. Charlie había registrado la habitación pocas horas más tarde. ¿Tan cerca había estado de encontrar el libro?

Pero esconderlo en su furgoneta era una solución a corto plazo. Sin un carné legal, Vince no podía tener vehículos registrados a su nombre. Si la policía lo paraba por cualquier motivo, le incautarían la furgoneta.

Y si Lionel localizaba a su nieto, el vehículo sería uno de los primeros sitios donde buscaría.

Ahora que lo pensaba, el coche de Charlie también habría sido un pésimo escondite. Alguien como Hermes podría haberlo registrado la noche que irrumpió en el Rapture. El propio Salt había estado a su lado hacía apenas cuatro días.

Ya solo le quedaba buscar el Libro de la noche en el resto del

universo.

Liam le había dicho que, cuando Vince tenía que esconder algo, lo hacía en un lugar donde los ricos no miraban nunca. Quizá lo hubiera guardado en casa del propio Salt, en alguna habitación donde no entrara nunca. La lavandería. La despensa. Detrás del televisor. Tendría su gracia que Salt pasara por delante constantemente, sin verlo nunca. Pero también era arriesgado: le sería muy difícil recuperarlo y no podía saber si lo encontraría alguna otra persona. Aunque lo hubiera dejado pegado a la chimenea, podían hallarlo por casualidad los obreros que vinieran a reparar las tejas.

Incluso en el tejado…

Charlie frenó en seco y estuvo a punto de pasarse con la soda del whisky que estaba preparando.

¿Quién se pone a limpiar los canalones un día después de haber asesinado a alguien y un día antes de cortar con su novia? Una persona ridículamente minuciosa, quizá. Alguien que tenía esa tarea pendiente desde hacía tiempo y no quería irse sin terminarla.

O alguien que quisiera trasladar algo a un nuevo escondite, un escondite que nadie pudiera encontrar por casualidad y en el que alguien como Salt ni siquiera pensaría. La casa de alquiler de Charlie tenía una chimenea conectada a la caldera y al calentador de agua, no a un hogar para encender fuego.

Y la chimenea tenía una rejilla de metal. Una superficie a la que podía adherirse un imán.

Por supuesto, en la casa había muchas otras cosas de metal. Pero tenía sentido que Vince lo escondiera en el exterior de la casa si quería proteger a sus ocupantes. Y si quería poder recuperarlo sin necesidad de hablar con Charlie.

Valía la pena echar un vistazo.

Así también podría comprobar si Adam había puesto la casa patas arriba. Si no encontraba indicios de que hubiera estado allí, Charlie llamaría a Posey y podrían volver por la mañana. Dejarían un bate de béisbol al lado de la puerta. Le pedirían al casero que les dejara instalar un par de cerraduras mejores.

Pero si Charlie encontraba allí el Liber Noctem, tendría un problema más gordo. Nadie te chantajea para que hagas una sola cosa. Cuando terminas el trabajo, siempre llega otro. La zanahoria y el palo. El ciclo se repite hasta que se te olvida que alguna vez tuviste elección. ¿Y luego qué? Al final del camino no había ninguna recompensa, tan solo una puñalada por la espalda.

Aunque Charlie no estaba de acuerdo con Odette y no pensaba que el pasado fuera lo único importante, su pasado le había enseñado un par de cosas.

Además, ni muerta iba a obedecer a Lionel Salt.

Tendría que engañarlo. No sabía muy bien cómo, pero tendría que participar en su juego de manipulación y ganarle. Al comprender que tenía que lograrlo o morir en el intento, la invadió una gran paz, como al dejarse llevar por la marea.

Mientras se despedía de Odette y subía a su coche, Charlie tuvo la misma sensación agridulce que cuando estás a punto de mudarte a otra ciudad. Te despides de todo porque no sabes si volverás a verlo.

Charlie aparcó a una manzana de distancia de su casa y continuó a pie. A medida que se acercaba distinguió unas luces parpadeantes en una pantalla. La tele estaba encendida.

Aminoró el paso. ¿Posey se habría olvidado de apagarla antes de salir? ¿Adam era tan arrogante que se había quedado allí a pasar el rato?

Charlie levantó sin hacer ruido la escalerilla que guardaban junto a la fachada lateral y la apoyó en el canalón.

Mientras subía los peldaños, pudo ver mejor el interior de la casa.

Había alguien dentro. A la luz titilante del televisor distinguió una silueta echada hacia un lado del sofá, como si el intruso se hubiera quedado dormido mientras esperaba a que llegara alguien.

28
Abandona toda esperanza

Al llegar a lo alto del tejado, Charlie avanzó a gatas por las tejas asfálticas. La cubierta no estaba demasiado inclinada y la luz de la luna le permitía ver con claridad el camino hasta la chata chimenea falsa, cubierta con una rejilla metálica. Se irguió y oteó el vecindario un momento. Luego, convencida de que no había nadie en la calle observándola, examinó la rejilla en busca de tornillos. Para su sorpresa, la tapa se despegó sin esfuerzo. Era muy delgada, de hojalata o aluminio. Charlie se asomó al tubo y descubrió que el interior estaba forrado de planchas de metal más gruesas.

Y allí, adherida a un lateral, había una caja de acero con candado.

El corazón le dio un vuelco. Los robos solían ser un juego para Charlie, un desafío en el que enfrentaba su ingenio contra el de la persona que había escondido el premio. El objetivo y el aliciente consistían en resolver el enigma. Pero mientras acercaba las manos a la caja, lo único que sentía era ansiedad. No podía deshacerse de la sensación de que la misma oscuridad la vigilaba, lista para atacar.

Al soltar la caja de un tirón, dos de los imanes se desprendieron y cayeron por el hueco. Ojalá el repiqueteo no hiciera demasiado eco.

Se quedó inmóvil un momento, escuchando.

No se oía nada dentro de la casa. ¿Sería Adam quien estaba dentro? Desde luego, con el cabreo que llevaba encima no sería de extrañar que hubiera forzado la puerta para revolverlo todo en busca del libro de Knight Singh. Pero a Charlie se le hacía raro que Adam fuera tan paciente como para quedarse a esperarla más de veinticuatro horas.

Vince, en cambio, se había quedado dormido viendo la tele muchísimas veces.

Quizás había vuelto para contarle la verdad. O le traía un nuevo ramillete de mentiras frescas. Vince no podía saber lo que Salt le había contado a Charlie ni lo que ella había averiguado por su cuenta. Y mucho menos que Charlie acababa de robarle el premio. Iba a quedarse a gusto cuando le explicara lo equivocado que estaba sobre la relación de Adam con ella.

Casi se puso contenta ante la perspectiva de volver a discutir con Vince. Le apetecía pintarse los labios.

Regresó despacio a la escalerilla y bajó del tejado, sujetando bien la caja y haciendo una mueca cada vez que crujía la madera.

Al llegar abajo, cruzó a hurtadillas el jardín del vecino, manteniéndose al abrigo de las sombras. Volvió a su coche y escondió la caja metálica debajo del asiento delantero.

Lo mejor sería marcharse. Volver al motel de su madre y ponerse manos a la obra con la cerradura de la caja. Pero la mezcla de su añoranza de Vince y su odio hacia Adam era demasiado tentadora.

Regresó sigilosamente a la casa. Le resultaba raro evaluar su propio hogar como ladrona. Pero lo primero que probó fue lo primero que probaba siempre: la puerta principal. Al girar el picaporte, se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave.

Quizá Posey se la había dejado abierta al escapar. Quizás Adam había entrado por otro sitio y luego había usado la puerta principal para salir y volver a entrar. Pero la explicación más sencilla era que Vince había entrado con su llave y no se había molestado en cerrar porque contaba con que Charlie volviera por la noche, al salir del trabajo.

Charlie sujetó la campanilla de la mosquitera para que no tintineara mientras la abría. Se deslizó hasta la cocina y agarró una gran sartén con restos de tallarines quemados, por si acaso.

Unos pasos más la llevaron hasta el umbral de la sala de estar. Lo primero que notó fue el olor, una peste nauseabunda a carne en descomposición. Unas manchas oscuras cubrían las paredes.

El cuerpo tumbado en el sofá estaba demasiado quieto. El temor le paralizó las extremidades como si se hubieran vuelto de plomo.

Vince.

Charlie acercó la mano temblorosa al interruptor de la luz y todo se volvió obscenamente claro.

Habían escrito en las paredes con sangre espesa y coagulada. En algunas zonas también había restos de pelo. Las palabras subían casi hasta el techo, donde era imposible que llegara una mano humana.

En el sofá yacía el cuerpo de Adam, despanzurrado y con las costillas al aire. Charlie no podía dejar de mirar la cavidad torácica abierta y el revoltijo de entrañas demasiado secas. La sombra de Adam, como una vela hecha jirones, ondeaba desde el mástil de sus pies.

Su mirada regresó a las paredes. Una y otra vez. La misma palabra escrita con el dedo: RED. RED. RED. RED.

Cuando llegó la policía, Charlie todavía no se había movido del umbral. No recordaba haberlos llamado. No recordaba cuánto tiempo llevaba ahí plantada.

—Señora —dijo uno de los policías, con la mano en la funda de la pistola—. Suelte eso. Manos arriba.

Charlie se dio cuenta de que aún empuñaba la sartén de la cocina. La soltó; repiqueteó contra el suelo, pero el ruido le parecía muy lejano. En el exterior, las luces estroboscópicas azules y rojas añadían

una capa más de irrealidad al momento. Levantó las manos.

No era la primera vez que veía un cadáver. De hecho, llevaba dos esa semana. Pero ahora se trataba de alguien que conocía. Alguien a quien habían asesinado en su sala de estar. Su sangre empapaba el sofá de segunda mano; iban a tener que tirarlo a la basura. Y la alfombra también. Quizá debería incendiar toda la casa y dejar que el casero cobrara el dinero del seguro.

Una mujer policía se acercó a Charlie y la cacheó. Le costaba concentrarse con el zumbido de las radios y las conversaciones quedas.

—¿La casa es suya? —dijo la policía; a juzgar por su tono, era la segunda vez que se lo preguntaba—. ¿Ha sido usted quien nos ha avisado?

—Sí, creo que sí —contestó Charlie—. Sí.

—¿Lo ha matado usted? —preguntó otro policía.

Charlie se echó a reír, lo cual no hablaba muy a su favor.

—¿Le parece que yo podría haber hecho todo esto?

Los policías se miraron.

—¿Ha sido usted? —insistió la mujer.

—No. Acabo de salir de trabajar. Ayer mi hermana y yo nos pasamos todo el día en casa de nuestra madre. —Charlie mantuvo las manos en alto y abiertas.

Entró un fotógrafo de la policía científica (o eso le pareció a ella). ¿Iban a tener que usar una escalera para recoger muestras de aquellos pelos invisibles de las paredes? ¿La policía avisaría a alguien de la empresa de Vince para limpiar la casa cuando retiraran el cadáver?

—¿Conocía usted a la víctima?

Charlie asintió.

—Adam Lokken.

—¿Vivía aquí? Su vecino dice que aquí vive un hombre con dos chicas.

Charlie sopesó su respuesta. Daba igual el nombre que diera a la policía, porque la casa estaba llena de huellas de Vince. En cuanto las cotejaran, descubrirían que Edmund Carver no estaba muerto. Y pensarían que el asesino era él.

—Se refiere a Vincent, mi novio. Pero se ha mudado.

—¿Apellido?

—Damiano —contestó, preguntándose si esa persona había existido alguna vez.

—¿Y el mensaje? —preguntó el policía—. ¿Sabe qué significa?

RED.

«Rojo», el color de la sangre. Y el nombre que un niño le había puesto a su sombra.

No le pongas nombre. Las palabras de Raven reverberaban en su

cabeza. Pero los niños le ponen nombre a todo. A su osito de peluche, a los peces del estanque y hasta a los chicles pegados en la acera. Pues claro que Vince le había puesto nombre a su sombra.

Quizá Red había venido a buscarlo, como la sombra de aquel cuento. Quizá había confundido a Adam con Vince y se había enfurecido al darse cuenta de que se había equivocado de persona. O había matado a Adam por orden de Vince, ya que él le guardaba rencor. O había venido a buscar a Charlie y simplemente había aprovechado la oportunidad de beber sangre fresca.

Y luego había firmado su obra.

—No lo sé —contestó Charlie.

Uno de los policías se colocó tras ella y le obligó a poner la mano a la espalda. Sintió el tacto frío y metálico de unas esposas.

—Será mejor que nos acompañe. Vamos a la comisaría para tomarle declaración.

—¿Estoy detenida? —preguntó Charlie.

—Solo vamos a acercarla a la comisaría.

El policía (un hombre bajo, ancho de hombros y de cabello rizado y oscuro, que se presentó como el agente Lupo) la acompañó al coche patrulla y le puso la mano en la cabeza al sentarla en la parte de atrás. Los vecinos habían salido de su casa en bata para ver a qué venía tanto jaleo. Charlie quiso saludar con la mano, pero la habían esposado.

El gran edificio de ladrillo que alojaba la comisaría y el cuartel de bomberos estaba a pocas manzanas de allí. Al cabo de unos minutos entraron en la comisaría y la llevaron al fondo, a una habitación con una gran mesa. Le pidieron las huellas dactilares «para descartar sospechas»; Charlie dejó que le presionaran los dedos contra un tampón de tinta y una hoja de papel. Le pidieron su carné de conducir; se lo entregó. Le pidieron desbloquear su móvil; también obedeció. Por lo demás la dejaron a solas en la habitación y solo entraron un par de veces para comprobar que todo estuviera en orden.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos entró el inspector Juárez. Parecía recién levantado y traía cara de pocos amigos.

—¿Otra vez tú? —le preguntó al verla. Charlie no contestó. ¿Qué podía decir?—. ¿Esto tiene algo que ver con lo que pasó en Rapture?

Charlie se encogió de hombros.

—Si no es así, debo de tener la peor suerte del mundo.

—¿Qué hacía el tal Adam en tu casa? —Miró sus notas—. Lo conocías, ¿verdad?

Si quieres que no sospechen, es mejor sacar los trapos sucios cuanto antes.

—Adam le ponía los cuernos a su novia conmigo. Hace poco me dejó, así que se lo conté a ella. Anteayer Adam me siguió hasta el

aparcamiento de un hospital y me dio una buena paliza.

—¿Lo denunciaste? —preguntó Juárez, escudriñando su rostro.

—Debería haberlo hecho.

Juárez no podía dudar de lo de la paliza. Charlie se había maquillado bien, pero habían pasado varias horas y estaba segura de que los moratones se le notaban. Y no había forma de disimular la hinchazón.

Le trajeron un café, pero esa fue la única deferencia que tuvieron con ella. Las preguntas eran interminables y repetitivas. Casi todas eran sobre Vince, pero también le preguntaron por Doreen, por el horario de trabajo de Charlie, a qué hora había vuelto a casa, qué había tocado. Charlie no dejaba de preguntar si estaba detenida.

Al final le dijeron que podía marcharse. Le prohibieron volver a la casa, que se había convertido en el escenario de un crimen en plena investigación. También le dijeron que estuviera pendiente del teléfono, porque volverían a llamarla.

—Hay demasiadas mierdas chungas en el mundo —le murmuró el agente Lupo a un compañero—. No sé por qué todo tiene que terminar pasando aquí.

Charlie ya salía de la comisaría cuando se cruzó con Doreen; iba en pijama, con una gabardina y unas UGG. Tenía la cara irritada por las lágrimas. Al ver a Charlie, casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Tú —dijo con una voz gutural que parecía emitir más ruido que palabras—. Has sido tú.

Charlie quiso contestarle de mala manera, pero no era justo. Doreen estaba enamorada de Adam. Y por muy cabrón que hubiera sido, ahora estaba muerto.

—Mira, siento mucho que…

Doreen se le echó encima sin dejarle terminar la frase y le arañó la mejilla.

Un policía agarró a Doreen y se la quitó de encima, aunque pataleaba como si creyera que podía soltarse.

—Cálmese. Por lo que más quiera, señora.

—Ay —dijo Charlie, llevándose una mano a la cara—. Joder.

—Esto es culpa tuya —gritó Doreen—. Tenías que ayudarle. Tenías que conseguir que volviera conmigo.

Le costaba compadecerse de ella, teniendo en cuenta que Adam había estado esperando a Charlie en su casa para hacerle daño, pero entendía el punto de vista de Doreen. Sin duda Adam se la había jugado a Balthazar y a Doreen, pero Charlie también se la había jugado a él.

—Eres el diablo, corrompes todo lo que tocas —aulló Doreen—. ¿Te acuerdas de ese favor que te iba a hacer mi hermano? Pues olvídalo. Ya eres una morosa.

Charlie se encogió de hombros y se giró hacia la salida.

—No me puedes amenazar con algo que ya ha pasado. Se lo pediste a tu hermano en cuanto te di el anillo.

Doreen, sujeta entre dos policías, todavía se las arregló para escupir en dirección a Charlie.

Agotada, emprendió el trayecto a pie desde la comisaría hasta su coche; el sol empezaba a asomar por el horizonte. El Corolla seguía donde lo había dejado aparcado, con la caja metálica bajo el asiento. Charlie subió al coche y se miró en el retrovisor; los arañazos rojos le escocían un montón.

De pronto notó un regusto salado en el paladar y un picor en los ojos. Parpadeó para reprimir el llanto.

—Compostura, Charlie Hall —le dijo a su reflejo.

Ya era jueves por la mañana; quedaban dos días para la fiesta de Salt. Dos días para averiguar qué quería la sombra de Vince, dónde estaba Vince y quién mentía. Dos días para pensar qué iba a hacer con el libro que había en esa caja metálica.

Pero lo que necesitaba ahora era dormir. No podía volver a su casa, acordonada por la policía. Y no se veía capaz de volver con su madre. Sentía pánico y claustrofobia al pensar en echarse a dormir en aquel colchón hinchable con los demás pululando por la habitación, en esquivar sus preguntas y contar más mentiras.

Por no mencionar la amenaza de un Estrago desbocado que andaba buscando un libro que puede que ahora estuviera en poder de Charlie. A lo mejor la estaba buscando a ella directamente. No podía ir a casa de Barb. No podía recurrir a ninguno de sus amigos.

Eres el diablo, corrompes todo lo que tocas.

Era el diablo, como decía Suzie Lambton. Y tenía su misma suerte.

Pero quizá su suerte estuviera cambiando, porque de pronto Charlie había recordado algo. Suzie Lambton se había ido a un retiro de yoga. Eso quería decir que su apartamento había quedado vacío… y listo para que Charlie se colara dentro.

La casa de Suzie estaba a tiro de piedra del centro de Northampton. Cuando Charlie llegó, enseguida se dio cuenta de que no iba a ser fácil entrar. Los edificios eran nuevos, con ventanas grandes y sin árboles ni arbustos que la ocultaran de los vecinos mientras forzaba la cerradura. La última vez que había estado allí había admirado la casa, pero sin estudiar el terreno.

Aparcó a tres calles de distancia, se guardó la caja de metal en el bolso, sacó varias cosas del maletero y echó a andar. Eran poco más de las seis de la mañana; los vecinos se estarían levantando para preparar a los niños para el colegio y marcharse a trabajar.

Al pasar por detrás de las casas, se fijó en que todas tenían patio trasero. Eso prometía. La gente estaba más dispuesta a concederle el beneficio de la duda a alguien que merodeara por un jardín trasero. Y las puertas correderas de cristal eran increíblemente fáciles de abrir.

Todo el mundo instalaba cerrojos en su puerta delantera, a veces con teclados de seguridad y puertas de acero, y luego descuidaba la entrada trasera. Charlie introdujo un destornillador debajo de la puerta corredera del patio y luego hizo palanca hacia arriba al mismo tiempo que giraba el picaporte. Diez segundos después, ya estaba dentro y las puertas seguían intactas.

Charlie recorrió la moderna cocina blanca de Suzie, con gruesas encimeras de mármol e inmaculados azulejos de tipo metro, oyendo el eco de sus propios pasos. Durante un momento se sintió totalmente fuera de lugar, como si no solo fuera una intrusa, sino una visitante de otro planeta.

Se obligó a subir las escaleras. El dormitorio de Suzie estaba empapelado con un alegre motivo de plantas tropicales. La puerta del vestidor estaba abierta; había prendas desperdigadas por el suelo, como si Suzie hubiera hecho el equipaje con mucha prisa.

Charlie fue hasta la cama con paso tambaleante. Se quedó sobada encima de la colcha, vestida, mientras la luz de la mañana empezaba a entrar por el ventanal.

Despertó bajo los tonos rojizos y dorados del atardecer. Notaba la cabeza cargada y la boca seca. Durante un momento no supo dónde estaba, pero luego lo recordó todo de golpe con una punzada de pánico.

Esto es un trabajo, se dijo. Un trabajo para el que no sabía si tenía cliente. Y en un trabajo no podías dejarte llevar por el miedo.

Se obligó a ponerse de pie y empezó a ocuparse de los temas prácticos. Puso a cargar el móvil y envió un mensaje a su hermana y su madre para decirles que estaba bien y explicarles brevemente lo que le había pasado a Adam. Luego se metió en la ducha.

Una de las cosas que siempre le habían gustado de colarse en casas ajenas era la parte de fantasía. Allí estaba ella, probándose la vida de Suzie como la camiseta y la sudadera limpias que había encontrado en su armario. Suzie tenía un gel de baño que olía a vetiver y un champú de cáñamo. En el botiquín halló un surtido de frascos abiertos de analgésicos. El libro de la mesita de noche prometía revelarle las ocho claves de un comunicador eficaz.

Las luces eran tan potentes que apenas proyectaban sombras.

Mientras sus vaqueros daban vueltas y vueltas en la lavadora, Charlie preparó una cafetera. En la nevera de Suzie encontró una lata de Coca-Cola Light y un bote de mantequilla de cacahuete. Charlie hundió una cuchara en el bote y se comió una cucharada mientras

vaciaba la lata de refresco en el fregadero. Luego buscó unas tijeras de cocina, sacó la caja metálica de Vince y se puso manos a la obra con el candado.

Primero cortó la lata para obtener un rectángulo grande de aluminio. De ahí recortó dos cuñas, cada una con una pestaña larga. Vince había usado un candado con resorte de doble cierre, así que iba a tener que acceder a las dos muescas del interior para forzarlo.

Presionó cuidadosamente la primera cuña de metal alrededor del aro, la ajustó un poco con los dedos y volvió a sacarla. Luego colocó la pestaña larga en la cara exterior del aro y la empujó por la rendija que quedaba entre el aro y el cuerpo del candado. La fue deslizando con leves movimientos de vaivén hasta introducirla lo suficiente para poder rotarla. No se oyó ningún ruido, pero Charlie notó que hacía tope. Cuando ya no pudo seguir girándola, sacó unos alicates del armario del fregadero y los usó para terminar de deslizarla. Luego repitió la operación en el otro lado. Al terminar, giró las dos cuñas y tiró con decisión del aro.

El candado se abrió.

Charlie contuvo la respiración mientras abría la tapa de la caja.

Dentro no había ningún Liber Noctem. Lo único que había era una fina hoja de papel con el borde roto, arrancada de un cuaderno.

Charlie estampó la mano abierta contra la encimera de mármol. Joder, joder, no me jodas, joder.

¿Y ahora qué?

Probablemente la caja era un señuelo. Una distracción. Vince la había colocado ahí para retrasar a cualquiera que buscara el Libro de los Estragos. Por lo tanto, el libro lo tenía él. Dondequiera que estuviera ahora.

Charlie desplegó la hoja de papel y se llevó una sorpresa al ver que ella era la destinataria de la nota.

Para la Charlatana:

Si has encontrado esto, todo se ha torcido.

La clave es abandona toda esperanza.

V

Charlie se sirvió café en una taza y se sentó en el sofá con la carta. El corazón le iba a mil. Al ver la caligrafía de Vince, de letras gruesas y escritas con prisa, sentía unas ganas irrefrenables de hablar con él. De gritarle. De asegurarle que quería conocerlo, siempre que él quisiera dejarse conocer.

La clave es abandona toda esperanza. Quizá sería lo mejor. Tal vez estuviera comportándose como una tonta.

Pero su mirada regresó a las palabras.

La clave es abandona toda esperanza. No «abandonar», que habría sido la forma lógica de escribirlo si estuviera siendo literal. Le sonaba

a adivinanza, pero no la entendía.

Se puso a beber sorbos de café mientras miraba fijamente la pared.

No había averiguado nada sobre el paradero de Vince. Su mente recorría caminos predecibles hasta topar con los mismos callejones sin salida. Ya había probado a llamarle al móvil. Había ido a la dirección que figuraba en su carné y había hablado con Liam. Había llamado a su jefe, que le había dicho que Vince no había vuelto al trabajo y prácticamente podía considerarse despedido.

¿Qué pintaba el nieto de un multimillonario fregando techos ensangrentados en hoteles de mala muerte? Quizá Vince se hubiera acostumbrado a limpiar los estropicios de su sombra.

Quizá le gustara estar en esas habitaciones vacías, igual que a Charlie le gustaba colarse en casas ajenas.

Pero entonces se le ocurrió algo muy distinto.

Vince le había contado una anécdota sobre su jefe: su mujer se había puesto como una fiera porque se le había ocurrido llevarla a un hotel de lujo un fin de semana, sin decirle que tenía la llave de la habitación porque se había cometido un asesinato en ella y acababan de terminar de limpiarla. Seguro que era la más limpia de todo el hotel, les había dicho su jefe a todos los empleados. Se quejaba de vicio. La mujer no lo había consentido y el marido se había pasado toda la semana durmiendo en el sofá.

Si había una habitación de hotel vacía, quizá Vince se hubiera escondido allí. No le habría hecho falta presentar identificación alguna. Ni siquiera habría tenido que forzar la puerta.

Charlie sacó el móvil y se puso a buscar el número de Craig, uno de los compañeros de trabajo de Vince. El chaval que había aceptado un empleo limpiando restos de cadáveres para conseguir experiencia y dedicarse algún día a los efectos especiales cinematográficos.

El último mensaje de Craig era de hacía cuatro meses: Vince está sin batería. Dice que llega en 1 hora y que lleva lo mein vegetariano.

Era un mensaje tan corriente que no podía dejar de mirarlo.

Charlie recordó el horrible momento en el que había pensado que era Vince el que yacía muerto en el sofá, que era su sangre la que embadurnaba las paredes. Tenía que encontrarlo antes que Red.

Llamó al número y Craig contestó.

—Soy la novia de Vince —dijo Charlie—. Como sé que su jefe lo tiene entre ceja y ceja, te llamo a ti.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Craig, tan simpático como de costumbre—. Winnie y yo pensamos que no es propio de él desaparecer de la faz de la Tierra. —A Charlie siempre le hacía gracia lo optimistas que eran Craig y Winnie, teniendo en cuenta a qué se dedicaban.

No como su jefe.

—Se puso muy enfermo —respondió Charlie, considerando que eso cubría un abanico de posibilidades muy amplio—. Te llamará cuando se recupere, pero me ha pedido que te preguntase por un sitio que estuvo limpiando. Es una habitación donde no iba a poder alojarse nadie durante un par de semanas. Cree que se dejó el reloj dentro.

—¿En Chicopee? —Parecía un poco extrañado, pero de momento no sospechaba.

—Sí. Pero no se acuerda del número de habitación y no quiere llamar a recepción para preguntar.

—Un segundo. —La tensión de su voz había desaparecido. Charlie no le había preguntado el nombre ni la dirección del hotel, así que Craig daba por hecho que lo sabía—. Aquí dice que era la habitación 14B.

—Gracias. Vince te llamará en cuanto se le pase.

—Dile que se mejore pronto —se despidió Craig antes de colgar.

Charlie buscó «asesinato» y «Chicopee» en su móvil y ordenó los resultados por fecha más reciente. Al parecer habían apuñalado a alguien en el motel East Star, en Armory Drive, hacía ocho días.

Después de celebrar su victoria con otra cucharada de mantequilla de cacahuete, fue a sacar sus vaqueros de la secadora.

El motel East Star acechaba en la intersección de dos calles. Era un edificio de una sola planta con entrada individual para cada habitación, bastante parecido al sitio donde vivía su madre. Pero mientras que el motel de su madre estaba pensado para huéspedes de larga estancia, este era todo lo contrario. Alquilaba por horas y el letrero prometía habitaciones libres, wifi, televisión en color y discreción.

Charlie entró en el aparcamiento. En ese momento el Corolla emitió un ruido raro, una especie de tosecilla renqueante. Y el motor se apagó.

—No —le dijo al coche con severidad—. No puedes hacerme esto. Ahora no. Vamos. Vamos.

Pero lo único que hizo fue continuar rodando unos metros más, antes de detenerse entre dos plazas de aparcamiento.

Charlie estampó las dos manos en el volante, pero no sirvió de nada. Girar la llave en el contacto, aún menos.

Charlie salió del coche, se echó el bolso al hombro y lo empujó para que la parte trasera no sobresaliera de la plaza de aparcamiento. Había quedado en un ángulo extraño y ocupaba más de una plaza, pero no podía hacer mucho más.

Al menos su coche la había llevado al motel antes de fallecer.

No había ninguna furgoneta blanca a la vista, lo cual no era buena

señal. Pero Vince podía haber salido… o incluso haber robado otro vehículo. Se oía una televisión encendida en la habitación 12B y unos gemidos en la 15B. Charlie examinó las cerraduras con ojo profesional.

Eran cerraduras digitales, pero no de las caras ni demasiado buenas. A menos que hubieran echado el pestillo, seguramente se abriría con una patada bien dada.

Las persianas de la habitación 14B están echadas. Charlie titubeó, con la mano en el pomo de la puerta, pensando en la otra habitación a oscuras en la que había entrado unas horas antes. En el cuerpo vaciado de Adam y en la palabra repetida escrita en las paredes con letras goteantes.

La idea de que Vince pudiera encontrarse al otro lado de esa puerta también la hizo dudar, a pesar de su añoranza.

Necesitaba estar preparada para la posibilidad de que Remy Carver no se pareciera mucho a Vince. Podía haber estado engañándola. Actuando. Incluso podía estar liado con Adeline. Era una idea jodida, pero las familias jodidas hacen cosas jodidas.

Si Vince no existía, era mejor que Charlie lo comprobara con sus propios ojos. Como ir a un velatorio con ataúd abierto: a veces esa era la única forma de aceptar que tu ser querido ya no estaba.

Probó su truco de pasar la tarjeta del Big Y por la ranura de la puerta, pero la cerradura resistió. En el coche guardaba un alambre doblado para abrir puertas desde abajo. No era el método más discreto del mundo, porque había que agacharse e introducir el alambre por debajo de la puerta. Una vez dentro lo girabas para inclinarlo hacia arriba y, si lo colocabas en el ángulo correcto, el lazo del extremo se enganchaba en el picaporte. Con un tirón, la puerta se abría.

Charlie echó un vistazo al aparcamiento. Ya se disponía a volver al coche para buscar el alambre cuando una mujer salió de una de las habitaciones llevando un cubo de hielo.

Mientras esperaba a que la mujer llenara el cubo y terminara con la máquina expendedora, Charlie se preguntó si había una forma más sencilla de entrar en la habitación.

Su sombra. La hizo moverse a voluntad por primera vez. La introdujo por las rendijas de la puerta. Su visión se bifurcó y empezó a dolerle la cabeza.

Procuró concentrarse en solidificar la mano de su sombra para que pudiera girar el picaporte, pero era como intentar sujetar la nada. Una parte de ella era consciente de que la mujer ya estaba regresando a su habitación y de que había empezado a lloviznar. El resto de su conciencia tanteaba en la oscuridad.

Trató de trasladar su energía a la sombra. No supo si lo estaba haciendo correctamente hasta que su mano se volvió fugazmente

sólida y el picaporte giró.

Su sombra se deslizó de nuevo hacia ella a toda velocidad; la sensación fue tan intensa y rara que Charlie tuvo que apoyarse en la pared con un escalofrío. Era como si una bandada de polillas se hubieran posado en cada centímetro de su piel y luego esta las hubiera absorbido.

Y lo más abrumador eran las posibilidades que ahora se abrían ante ella, la inmensa cantidad de cosas que podría hacer, los lugares en los que sería capaz de entrar.

Inspiró hondo para tranquilizarse y empujó la puerta abierta.

Al encender la luz, tuvo que reprimir un grito. Había una enorme mancha de sangre en la moqueta gris estampada. Permaneció inmóvil unos segundos, mareada y tratando de dominar el pánico, hasta que cayó en la cuenta de que no era más que una mancha vieja. Los bordes estaban difuminados; habían intentado limpiarla.

Por eso no se podía alquilar la habitación. Necesitaba moqueta nueva.

Charlie cerró la puerta cuidadosamente a sus espaldas, procurando no hacer ruido.

Había varias fotografías pegadas en la pared, encima de un armarito de conglomerado de aspecto barato. En el centro de la habitación había una cama con un colchón sin sábanas y varias prendas encima. Las persianas estaban forradas por dentro con bolsas de basura y había una toalla enrollada en el suelo, al lado de la puerta, seguramente para evitar que la luz se viera desde el exterior cuando Vince estaba dentro.

Delante del cuarto de baño, encima de una silla, había varios envoltorios rotos de la sastrería Williamson's Clothier, una caja de zapatos, una sólida percha de madera y una de esas bolsas con cremallera para cadáveres donde se guardan los trajes caros.

Al entrar en la habitación, Charlie se dio cuenta de que la lámpara de la mesilla de noche estaba volcada y rota. La cama estaba torcida, como si algo pesado la hubiera empujado. Detrás había una silla volcada.

Señales de lucha. ¿La ausencia de la furgoneta era un indicio de que Vince había escapado de sus agresores? ¿O de que Salt se había llevado tanto a Vince como su furgoneta?

Charlie se acercó a la pared. Había fotos del Hierofante en la calle, hablando con Malik, uno de los representantes de la Cábala. Una foto suya con lo que parecía ser una armadura de sombras, como si fuera un caballero medieval.

Y debajo, una fotocopia de un artículo de hacía dos años: Se retiran todos los cargos contra el sospechoso del robo de sombras. Las víctimas están indignadas. La foto era pequeña y estaba borrosa por

haberla sacado de internet, pero lo reconoció al instante. El nombre del Hierofante era Stephen Vorman.

Pero Charlie seguía sin entender su conexión con Red, a menos que el Estrago que le habían uncido a Stephen fuera Red. Pero Stephen le había dado a Charlie un mensaje para Red, así que no podía ser él. Le fastidiaba saber que no habría sido capaz de distinguirlo. Ya que conocía a Vince, también debería poder reconocer a su sombra.

En la mesilla de noche encontró un cuaderno con restos de papel enganchados a la espiral.

En el cuarto de baño había un peine y brillantina.

Y en la papelera del baño halló una caja con arcilla, un vaso desechable con manchas de pintura negra, un frasco de esmalte de uñas transparente y dos recipientes de plástico vacíos con restos de resina de dos componentes.

Era evidente que Vince había hecho un molde, pero ¿de qué? Charlie giró la caja y descubrió unas deformaciones más o menos cuadradas.

Regresó a la cama con el cuaderno. Sacó un lápiz del bolso y probó el viejo truco de pasar la mina de grafito con suavidad para revelar lo que se había escrito en las páginas anteriores.

Char:

No sé cómo despedirme de ti.

Charlie se quedó sentada largo rato, mirando la carta fantasma.

Vince estaba en algún sitio, llevando a cabo su propio plan, un plan que Charlie no entendía. Y viendo lo que había escrito, no se hacía muchas ilusiones sobre el resultado. Necesitaba pensar.

Paul Ecco había conseguido una página del libro. Alguien había tenido que dársela.

Y Knight había visto el libro, pero no había encontrado el ritual al que debía su fama el Libro de los Estragos. El ritual que Red quería llevar a cabo.

Quizá Knight simplemente lo había pasado por alto. Al fin y al cabo, un vistazo rápido en una casa de subastas no era tiempo suficiente para cerciorarse de que no contenía nada importante. Charlie había visto muchísimos secretos que no resultaban evidentes a primera vista. Palabras minúsculas escondidas en ilustraciones. Inscripciones escritas con zumo de limón que se hacían visibles con el calor. Textos cifrados que eran prácticamente imposibles de descifrar sin la clave secreta. Cualquiera de los enigmas que los umbristas ideaban para burlar a sus rivales.

Pero Knight había dicho que contaba con información capaz de hundir a alguien y Charlie tenía muchos motivos para creer que se refería a Salt. Así que algo tenía que haber.

Sacó el cuaderno de Knight Singh, pasó la mano por la tapa de piel

y hojeó las páginas, buscando el nombre de Salt. Buscando cualquier mención a los Estragos, a la inmortalidad o al aliento de vida.

Nada. Y Raven, que lo había leído de cabo a rabo, también aseguraba no haber encontrado nada.

Charlie volvió a examinar el libro con más atención. Fue palpando el grosor de cada página por si habían pegado alguna con pegamento. También el lomo, por si habían introducido algo por el hueco. Luego las guardas, deslizando la yema del dedo en busca de bultos. En el interior de la contracubierta detectó unas leves marcas de pegamento, como si hubieran retirado y vuelto a colocar el papel. Sacó la navaja de su llavero y trató de raspar el borde. Deslizó la hoja bajo la juntura y empezó a despegarla hasta aflojar el cuero. Y allí, escondidos debajo, había unos papeles escritos con una caligrafía desconocida:

Al parecer existen varias formas de amputar una sombra aletargada de una persona viva. Remy puede obligar a Red a empuñar y blandir la sombra de un cuchillo. Un detalle interesante es que el cuchillo pierde su sombra de forma permanente. Al día siguiente hallé manchas de óxido en la hoja; habrá que investigarlo más. Remy, al ser umbrista, es capaz de hacer un corte con los dedos y usar esas «tijeras» para cercenar el vínculo entre persona y sombra. Yo también he logrado amputar una sombra utilizando un cuchillo de ónice.

Todos estos métodos también se pueden emplear para amputar la sombra de un cadáver, pero esa clase de sombras presentan una textura y un peso ostensiblemente distintos. También lo seguiré investigando.

Tenía que haberlo escrito Salt. No era exactamente una confesión, pero lo incriminaba igualmente.

La siguiente página era aún peor.

Le practiqué varias incisiones en la muñeca, suponiendo que la conmoción bastaría para avivarle la sombra, pero la chica murió igual que todos los demás, a pesar de las alteraciones efectuadas.

Sí, eso ya era más grave. Charlie no sabía si aquellas páginas serían admitidas en un juicio, pero la policía empezaría a buscar pruebas después de leerlas, unas pruebas que seguramente existían.

Y su reputación pública quedaría arruinada. Por no hablar de lo que la Cábala se vería obligada a hacer, ya que las víctimas de Salt habían sido otros umbristas.

La tercera página hablaba de Red.

Remy ha estado haciendo experimentos por su cuenta y me los ha ocultado. Ha liberado varias veces a su sombra. No sé cómo se las arregla para que después regrese con él, pero es así.

¿La alimenta con más sangre de lo habitual? Y en tal caso, ¿con cuánta? ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto? A partir de ahora estaré más atento.

Otra cosa que debo averiguar: ¿Remy lo controla? Si no es así, ¿significa eso que Red tiene conciencia propia? ¿Cogito ergo sum? Y en ese caso, ¿qué le ha quitado a Remy para conseguirlo?

Y luego, en la última página:

He cometido un error, pero espero poder corregirlo.

Si no puedo quedarme a Red, tendré que matarlo.

Si Salt sabía que Knight Singh tenía esos papeles en su poder, estaba clarísimo que querría verlo muerto. Salt tenía que ser el cliente que había contratado a Adam a espaldas de Balthazar.

Ahora era Charlie la que tenía la sartén por el mango, siempre que averiguara cómo utilizarla. Siempre que lograra resolver el rompecabezas a tiempo.

Al fin y al cabo, una estafa consiste en desvelar la verdad. Hay que retorcerla, por supuesto, pero primero hay que desvelarla. Eso era lo más parecido al tarot de Posey que tenía Charlie, su fe en algo mayor que ella misma. Y al igual que Posey podía colocar sus cartas en filas bien ordenadas, Charlie podía planificar sus timos. Pero tarde o temprano tendría que recurrir a la improvisación y confiar en su instinto.

Charlie se acordó de aquel momento, tumbada sobre la alfombra de la mansión de Salt, a pocos pasos de una habitación secreta y una caja fuerte. El lugar donde guardaba sus posesiones más valiosas, incluidas las que nadie debía encontrar jamás. Era allí donde Charlie necesitaba entrar.

Por si acaso Vince volvía al motel, Charlie arrancó una de las últimas hojas del cuaderno de espiral y escribió una nota a lápiz:

He encontrado la carta que no me has enviado. Si lees esto, llámame. Y no hagas ninguna tontería.

Con amor, Char

Dejó la nota encima del colchón. Apagó la luz, cerró con cuidado la puerta de la habitación y cruzó el aparcamiento del motel con la cabeza gacha.

29
El pasado

Vince estaba sentado en la barra del bar; todo su ser estaba alerta a la masa de gente que lo rodeaba, al tufo del sudor, a las bebidas espesas y dulzonas que se habían ido colando por las grietas del suelo. La música estaba tan alta que desincentivaba cualquier conversación, pero un tipo sentado a su derecha hablaba a gritos con otro sobre un videojuego que consistía en construir una base submarina.

—De eso se trata —aullaba el tipo—. De sobrevivir. De construir la base. Hay que prepararse para cuando publiquen la actualización y empiecen a llegar tiburones.

Había transcurrido un mes y medio desde que Vince se había ido de la casa de Salt. Cada día que pasaba lejos de allí la odiaba y la añoraba más. Sentía nostalgia de un lugar que nunca había sido su hogar. Y de la persona que más le había importado y que ya no estaba.

Lo más duro de todo era tener tanto tiempo para pensar. Para tener que tomar decisiones propias. Para lidiar con la culpa de estar vivo cuando no debería. Vince estaba acostumbrado a medir su vida en breves instantes, sin permitirse mirar hacia el futuro ni atreverse a mirar hacia el pasado.

Aquí estamos, en un barco.

Aquí estamos, con un cuchillo en la mano.

Aquí estamos, en el dormitorio de un director financiero en plena noche.

Y ahora Vince iba a tener que trazar un plan si quería sobrevivir. Tenía algo que podía hundir al viejo, pero no podía utilizarlo él mismo. Era mejor dárselo a Knight Singh: él tenía una red de contacto y detestaba a Salt. El objeto en cuestión estaba en la bandolera que Vince llevaba al hombro; nada le apetecía tanto como librarse de él.

Quizá Vince aún pudiera tener un futuro que no se redujera a mirar constantemente por encima del hombro. Esa idea le provocó una punzada de culpa.

El problema era que Vince no estaba acostumbrado a la planificación. A él siempre le dejaban la ejecución.

—¿Otra? —le preguntó el barman.

Vince se había dejado convencer para pedir una cerveza de calabaza, porque no tenía ni idea de qué pedir en un sitio así. Adeline habría pedido champán con un chorrito de vodka para «animarlo». Salt habría pedido un whisky puro de malta de algún lugar que Vince no habría sabido pronunciar y que probablemente supondría un varapalo para su reserva de dinero.

Remy siempre tomaba lo mismo que los demás. Pero Vince ya no tenía que seguir actuando como Remy.

La cerveza de calabaza tenía la ventaja de ser barata. Por desgracia, esa era su única virtud.

—Creo que voy a pedir otra cosa.

Mientras el barman enumeraba las cervezas de barril y Vince elegía una al azar, se fijó en los dos umbristas que entraban. Mirándolos por el rabillo del ojo, vio que se separaban y escudriñaban el bar, buscando a alguien que encajara con la descripción que les había dado Vince. Intentaban ser discretos, dejando a sus sombras aletargadas, pero Vince los identificó al instante. Irradiaban una especie de energía, unas ondas oscuras como el humo que brota de las brasas ocultas bajo una capa de carbón.

Knight Singh le había prometido que iría solo. Había mentido. Eso quería decir que, con toda probabilidad, Vince se había metido en una trampa.

Había elegido ese bar porque estaba concurrido y ahora se alegraba de ello. No podía haber muchos más clientes sin sombra, si acaso había alguno más. Pero mientras siguiera mezclado con la marea de gente de la barra, nadie repararía en lo que le faltaba.

Vince también se alegraba de haber dicho únicamente que «llevaría una bufanda roja», una bufanda que estaba guardada en su bolsa, esperando el momento de ponérsela.

Se giró hacia la mujer que estaba sentada a su lado; si los umbristas lo veían charlando, tendrían otro motivo para no fijarse en él. Era más o menos de su edad y tenía las mejillas enrojecidas por el calor del bar. Le hacía señas al barman, que parecía estar ignorándola descaradamente. El cabello, negro como el regaliz, le caía por la espalda. En el cuello lucía un tatuaje de escarabajos egipcios a modo de collar.

Al otro lado del bar, uno de los umbristas se había apostado cerca de la entrada; el otro estaba delante de un reservado vacío. Knight debía de estar a punto de llegar.

Vince levantó la mano y consiguió llamar la atención del barman.

—Creo que esta chica quiere pedir una copa —le dijo.

Ella le lanzó una mirada difícil de interpretar antes de dirigirse al barman:

—Ponme un gin tonic. Con la ginebra más barata que tengas y tres limas.

El barman se volvió hacia Vince, que se dio cuenta de que ya se había bebido la mitad de su segunda cerveza. No recordaba haberlo hecho. Ni siquiera recordaba si le estaba gustando.

—Para mí un bourbon. Puro. —La frase la había sacado de una película o algo así. Cuando se lo sirvieron, descubrió que «puro»

quería decir sin hielo.

—No suelo beber esta clase de mierdas —comentó la chica, estrujando la primera de las tres limas resecas y ligeramente parduzcas clavadas en el borde de su copa.

—Así que esta noche es una ocasión especial —contestó él.

Ella lo premió con una fugaz sonrisa. Apenas duró un instante. De pronto Vince tuvo la terrible certeza de que la conocía. No recordaba dónde ni en qué circunstancias, pero ya se habían visto.

La muchedumbre se les echó encima, así que Vince apoyó una mano en la barra para sujetarse.

—¿Eres de por aquí? —No era una pregunta especialmente ingeniosa, pero tal vez así conseguiría ubicarla.

La chica se apartó la melena negra y bebió un buen trago de su bebida mientras procuraba que el tío sentado al otro lado no la tirara de su taburete.

—Sí, soy de aquí. Pero apuesto a que tú no.

Vince asintió, adaptando su historia sobre la marcha.

—Solo llevo unos meses en la ciudad.

Ella enarcó las cejas.

—¿Eres estudiante?

Vince cambió de posición para interponerse entre ella y la marea de gente. Se ganó un codazo en la espalda por las molestias. Negó con la cabeza.

—Quiero cambiar de aires.

—Aquí tenemos muchos espárragos. —La chica se echó a reír al ver su cara de asombro—. Por eso los llaman «la hierba de Hadley». Incluso hay un festival del espárrago. Y tres helados de espárrago distintos. ¿Es la clase de emociones fuertes que andabas buscando?

—Yo diría que es la que me veo capaz de tolerar, sí. —Lo gracioso era que casi podía considerarse un forastero de verdad, porque apenas había visto nada de la zona.

—Creo que hay una escuela de tiro con arco. Y un sitio donde te enseñan a combatir con espada larga medieval. —Su voz ligeramente pastosa le hizo pensar que el rubor de sus mejillas se debía tanto al calor como al alcohol.

—Por si me apetece matar a un dragón.

Tenía el pintauñas un poco desconchado; se había estado mordiendo las uñas.

—¿Te apetece?

De un vistazo comprobó que Knight Singh acababa de llegar. Ocupó un reservado al fondo del bar. Sus hombres se habían desplegado estratégicamente; en cuanto vieran a Vince se acercarían rápidamente y bloquearían las salidas. Eran por lo menos cinco.

Definitivamente era una trampa. Vince observó la salida de

incendios hacia donde le empujaba la marea de gente.

—¿Que si me apetece matar dragones? —repitió—. No me apetece matar nada.

El barman se acercó, dejó una factura delante de la chica y se giró hacia Vince, seguramente para preguntarle si quería tomar otra.

La chica agarró la factura y miró al barman.

—¿Qué es esto?

Él se encogió de hombros.

—La cuenta.

—¿Y si quiero otra copa? —preguntó con voz de cristal molido.

—Pues paga la anterior —replicó con una sonrisa arrogante, sabedor de que él mandaba en el bar.

La chica se inclinó hacia él y levantó la voz lo suficiente para que la oyeran los que hacían cola para pedir una copa.

—Te he visto racanear con el alcohol, dar mal el cambio, servir soda en lugar de zumo de lima y tirar los restos de la barra al congelador cuando la friegas —le dijo mientras metía la mano en el bolso y sacaba un puñado de monedas—. Vas a ir derechito al infierno de los bármanes.

—Estás borracha —se defendió él.

—Pues no es gracias a ti. —La chica contó lo que debía en monedas pequeñas; le dio todas las monedas de un centavo que encontró en el fondo del monedero.

Se volvió hacia Vince. Sus ojos todavía echaban chispas.

—Te parezco una borde, ¿verdad?

Le parecía todo lo que a Remy le había dado miedo ser.

—Me pareces una justiciera —contestó, sonriendo.

Ella lo miró fijamente.

—Acompáñame fuera —le dijo—. Aquí hace demasiado calor.

Vince no sabía qué hacer. Si se marchaba con ella, a Knight y a sus hombres les costaría más identificarlo. Era fácil pasar por alto que no tenía sombra cuando caminaba al lado de otra persona.

Pero en parte se preguntaba si tal vez fuera Knight quien temía una trampa. Si el umbrista solamente estaba tomando precauciones y no intentaba jugársela, la situación todavía tenía arreglo.

Pero lo que él quería era salir del bar con la chica.

Vince sacó su cartera y dejó un par de billetes en la barra.

La chica le dio la mano y lo guio hacia la puerta.

Vince se fijó en el contoneo confiado de sus caderas. La chica cruzaba el bar como si esperara que todos le abrieran paso. Y lo más increíble era que lo hacían.

—Me llamo Vince —le dijo.

Pero la chica miraba a Knight Singh; a juzgar por su expresión, parecía haberlo reconocido. Luego volvió a mirar a Vince.

—Yo soy Charlie —dijo, señalándose—. Charlie Hall.

Vince había contado cinco umbristas, pero Knight también podía haber contratado a alguien que no lo fuera.

Alguien como Charlie.

Quizá pensara llevarlo detrás del bar y meterle una puñalada en el costado. Si tenía suerte, luego llegarían los hombres de Knight Singh y lo inmovilizarían para vendérselo a Salt. Si no tenía suerte, Charlie tendría orden de rematarlo.

Cuando el aire frío del callejón le azotó la cara, sintió una abrumadora indiferencia ante el peligro. La chica le gustaba. Le gustaba que fuera borde y divertida y que no le importara montar un escándalo.

Le gustaba que no se pareciera en nada a él ni a nadie de su vida anterior.

Le gustaba lo suficiente como para seguirla hacia el fondo del callejón, a pesar de sus sospechas. Cuando ella se dio la vuelta, quedando de espaldas a la fachada de ladrillo, y le lanzó una mirada que era un desafío, Vince la empujó contra la pared y la besó.

Tenía los labios resecos. Su perfume olía a humo y a rosas. Su boca sabía a ginebra.

A la mierda Knight Singh. Ya haría el intercambio en otra ocasión.

Se apartó de ella para mirarla y recorrió con el dedo la línea de escarabajos que le pasaba por las clavículas.

—¿Quieres que vayamos a alguna parte? —susurró, con la boca apoyada en sus cabellos. No sabía a dónde iban a ir. La noche anterior había dormido en una furgoneta. Lo único que sabía era que la deseaba.

—Aquí —contestó ella en voz baja, acercando la mano al cinturón de Vince.

No estaba seguro de si él le gustaba. Quizá Charlie solamente quisiera olvidar la tristeza que había venido a ahogar en ese bar. Vince podía hacerla olvidar.

Se concentró en el cálido torrente de su aliento.

En la suavidad de sus caderas al levantarla en vilo.

En el tacto áspero de los ladrillos en la palma de la mano.

No se atrevía a pensar en el pasado ni se permitía pensar en el futuro. No se permitió pensar en nada más que en ella.

30
Al entrar aquí

El sábado por la noche, Charlie aparcó el coche de su madre en la calle, lo bastante lejos de la casa de Salt para que nadie se fijara en su llegada. Apoyó la frente en el volante e inspiró hondo. Luego se giró hacia su hermana, sentada a su lado.

—No hace falta que lo hagas.

Posey hizo una mueca.

—Tú tampoco. Al menos yo sacaré algo de todo esto. No sé qué sacas tú.

—Un ataque preventivo —contestó Charlie.

Sabía que Salt era perfectamente capaz de cumplir sus peores promesas. Si Charlie no lo conseguía a la primera, quizá no hubiera más oportunidades.

Salió del coche.

—Hasta luego, tragafuego —dijo, apoyada en la puerta. Posey sonrió.

—Hasta la vista, artista.

Charlie echó a caminar por la acera con la mochila al hombro. Cuanto más se acercaba al castillo de cuento de hadas de Salt, mejor recordaba la última vez que había estado allí. El pánico al huir por el bosque. La chulería de Rand al entrar. El estómago revuelto.

Y allí estaba otra vez, años después, a punto de colarse en una fiesta. Vestida con una áspera camisa blanca, un pantalón negro barato y un chaleco, un disfraz perfecto de empleada de catering. Quiso pensar que Rand habría estado orgulloso.

Había dedicado todo el viernes a los preparativos. Tras haber descartado su colección de pelucas, había ido al centro comercial para que una esteticista recién graduada le hiciera un corte pixie. Ahora le picaba el cuello, pero definitivamente parecía otra. A eso añadió una nueva dosis de maquillaje de Halloween para taparse los moratones. Guardó en la mochila todas las cosas que creía que iba a necesitar. La hinchazón de la cara había remitido un poco y estaba casi segura de que la costilla no estaba rota.

Todo iba genial.

Charlie intentó meterse en el papel: una empleada amargada y con un sueldo de mierda que llegaba tarde a un curro que ya se arrepentía de haber aceptado. No era tan difícil.

Mientras cruzaba las puertas abiertas del recinto (no pudo evitar fijarse en que la verja parecía rematada por una alambrada electrificada), casi logró convencerse de que no se pondría nerviosa al

volver a ver la casa. Pero en cuanto la mansión surgió ante ella, el estómago quiso salírsele por la boca.

Se alzaba a lo lejos, construida con algún tipo de piedra gris y revestida de parras vírgenes que el aire otoñal había teñido de rojo vivo y dorado. Unas gárgolas de bronce con manchas de verdín, agazapadas sobre el tejado, la vigilaban mientras se acercaba. Cuanto más miraba, más vívidos se volvían sus recuerdos, así que bajó la vista hacia la hierba del jardín.

Huya. Tiene que huir. Los del palacio me persiguen.

Charlie llevaba suficientes trabajos a sus espaldas como para saber que debía fiarse de su intuición, de aquella antena que tenía dentro, sintonizada para captar problemas. Estaba pasando algo por alto. Era como si estuviera mirando un conjunto de puntos desde muy cerca; si retrocedía un poco, lograría distinguir el dibujo que formaban. Esa sensación ya la había salvado anteriormente. A veces notaba que cambiaba el viento y sabía que debía tirar la toalla.

Pero por muy mala espina que le estuviera dando incluso antes de empezar, esta noche seguiría hasta el final.

Un aparcacoches miró a Charlie con expresión pensativa cuando se acercó a la casa. Ella lo saludó con la frente, con el gesto sufrido que comparten los que tienen que trabajar en fin de semana. Eso pareció bastar para convencerle de que Charlie formaba parte del personal y perdió todo interés.

Dio la vuelta a la casa y encontró la cocina. Había estado haciendo llamadas hasta dar con alguien que trabajara en esa fiesta. Resultó que José formaba parte del servicio de catering.

Le había dejado la puerta entreabierta.

Dentro, los cocineros colocaban langostinos fríos en bandejas plateadas, con hojas de lechuga y una salsa cremosa por encima. Freían bolas de risotto en una freidora portátil, instalada sobre una isla de mármol tan enorme que habrían podido tender un cadáver encima.

Procuró no pensar en esa clase de cosas.

Le resultó fácil pasar inadvertida en una fiesta como esa, para la que habían contratado a varias empresas y camareros autónomos. Además de la empresa de catering de José también había servicios más especializados, como un puesto de caviar, un puesto de sushi o un puesto de sacrificios humanos. Con un poco de suerte, Charlie conseguiría camuflarse entre ellos.

Acababa de poner un pie en el pasillo cuando alguien la llamó.

—Llegas tarde —le dijo una mujer con cara de estrés y abundante cabello rubio y rizado. Llevaba un portapapeles; seguramente fuera la coordinadora de eventos.

Charlie se volvió hacia ella con una mirada que esperaba que fuera

lo bastante impasible.

—Lo siento. Quería ir al cuarto de baño antes de empezar.

—No hay tiempo. Deja tus cosas y lleva estos entrantes. —Charlie guardó su mochila debajo de una mesa, para poder recuperarla fácilmente más tarde, y levantó la bandeja de metal.

Al otro lado de la sala vio a José, que estaba haciendo flores de prosciutto. Al verla, le guiñó un ojo.

Notando un picor en las mejillas por haber pasado del frío aire otoñal a una casa llena de gente, Charlie avanzó por la mansión de Lionel Salt. Iba distribuyendo hojitas con pinceladas de queso azul y nueces garrapiñadas a todo aquel que veía con las manos vacías; era una buena excusa para familiarizarse de nuevo con la casa y buscar a Vince.

Charlie apretaba los dientes para aguantar la incómoda mezcla de familiaridad y temor que sentía al recorrer aquellas habitaciones. Sonreía levemente y no miraba a nadie a los ojos. Balthazar siempre le había evitado el contacto directo con los clientes, pero a veces los robos implicaban hablar con alguien, así que algunos sombríos ya sabían quién era. Ojalá no la reconocieran.

Al entrar en un pasillo abovedado, cerca de la entrada, observó disimuladamente una exposición de libros antiguos en vitrinas de cristal. Al lado había una placa grabada que decía: «La Biblioteca Lionel Salt, abierta a cualquier umbrista, es un espacio de difusión de conocimientos arcanos». Las cabezas disecadas que Charlie recordaba la miraban desde lo alto; la luz se reflejaba en los brillantes ojos de cristal, las astas pulidas y los cuernos afilados.

Lo normal era que una colección como la de Salt se guardara celosamente; seguro que la idea de poder curiosear libremente hacía babear a los sombríos, sobre todo a los más jóvenes.

Como ladrona de secretos mágicos, Charlie se parecía un poco a una abeja que va polinizando de flor en flor. Después de que un umbrista digiriera un libro antiguo y tomara nota de los experimentos o técnicas que podían serle de utilidad, el único motivo por el que conservaba el original era garantizar la exclusividad de sus descubrimientos. En una ocasión Charlie no había logrado robarle un libro a un tipo porque, nada más llegar, había descubierto que quemaba todos los libros que adquiría en cuanto copiaba los pasajes que le interesaban. A veces aún se cabreaba cuando se acordaba de él.

Que Salt quisiera fundar una biblioteca lo convertiría en alguien muy popular. Era una prueba de la voluntad de compartir sus secretos. De la generosidad de su espíritu.

O de que sus secretos eran tan grandes y terribles que una colección como aquella no representaba nada para él. En cualquier caso, no le costaría mucho convencer a los umbristas locales de que su

ingreso en la Cábala era más que merecido. Crecería su influencia… y también el horror que dejaría a su paso.

Charlie miró fugazmente a su sombra y apartó la vista.

Al fondo del pasillo había un retrato al óleo de una mujer morena tendida en un diván, con una corona de diamantes en la cabeza. Llevaba el vestido abierto, mostrando el cuerpo desnudo de cintura para abajo. Y encima de ella, colgado de unas correas, había un caballo semental. Charlie frunció el ceño y echó un vistazo a su alrededor. No era ni de lejos la única obra de arte perturbadora. Al lado de una puerta había un cuadro de un rey romano siendo devorado por sus propios caballos. Y debajo de un aplique de la pared, un boceto que representaba un cervatillo en descomposición.

Como si la casa de Salt no fuera ya bastante siniestra.

Charlie pasó junto a unas enormes y magníficas escaleras labradas en forma de leones y cruzó un arco que daba a una sala de estar. Dos bármanes servían copas tras una barra de madera con encimera de peltre. Un pequeño grupo de personas esperaban su turno. Había gánsteres codeándose con académicos, artistas charlando con místicos… El umbrismo era una ciencia nueva y sus practicantes estaban tan hambrientos como las sombras que ondeaban a su espalda como una capa o se enroscaban en su cuerpo como una serpiente. Otras flotaban a cierta distancia de sus portadores, unidas por un sencillo cordón plateado mientras se acercaban a mirar por las ventanas o a buscar algo de beber.

Una sombra se deslizó hasta la bandeja de Charlie y se apoderó de una endivia sin darle tiempo a reaccionar. Charlie frenó en seco con un respingo, reprimió una palabrota y estuvo a punto de dejar caer la bandeja.

Oyó una risotada al otro lado de la sala.

Una broma. Entonces recordó que, por muy tensa que estuviera ella y por muy terribles que fueran sus sospechas, para casi todos los sombríos presentes aquello era una fiesta.

Le costó trabajo, pero se tragó su irritación y deslizó la mirada por la amplia estancia, de dos pisos de altura y grandes ventanales ocupando una pared entera.

Vio a Salt, vestido de esmoquin y declamando ante otros umbristas de cierta edad que estaban al lado de uno de sus cuatro inmensos sofás. Adeline, con un elegante vestido negro tan largo y recto como una columna, estaba junto a la chimenea de piedra caliza, en la que ardía un fuego verde y azul. Sobre la repisa había un enorme cuadro de un bosque. Hacía falta mirarlo con atención para darse cuenta de que estaba lleno de sombras, con un profundo tajo rojo a modo de boca, y de trozos de cuerpos grisáceos esparcidos entre los helechos del bosque.

Otros dos miembros de la Cábala también estaban allí. Bellamy, en un rincón, y Malik, que lucía un aspecto particularmente majestuoso. Llevaba las rastas recogidas en rizos planos a los lados de la cabeza y adornadas con hilo de oro. Su sombra le cruzaba el cuerpo como un fajín.

Un trío de músicos con caretas de animales tocaban música clásica: un búho violinista, un zorro violonchelista y un oso violista. Por las ventanas se veía el jardín exterior, iluminado con focos bajos que hacían resaltar las estatuas de mármol con forma de figuras encapuchadas.

¿Qué se sentiría al criarse en un sitio así? ¿Rodeado de semejante riqueza? ¿Cebado con una depravación sin límites?

Charlie terminó la ronda y se comió los entrantes que habían sobrado para tener una excusa para regresar a la cocina. Dejó la bandeja plateada en la isla de mármol para que la lavaran antes de volver a usarla y aprovechó para recuperar su mochila. Acto seguido, fue directa a la biblioteca.

Los recuerdos que Charlie tenía de la casa eran difusos y vagos, poco más que una pesadilla. Una voz cuyo aliento sentía en el cuello. Una serie de salas cavernosas, unidas entre sí como un desconcertante laberinto.

Y la biblioteca, con la puerta secreta que daba paso a una habitación llena de tesoros, incluida la caja fuerte. Con la alfombra en la que había vomitado, en la que había estado a punto de morir.

Echó un vistazo dentro. Dos hombres estaban sentados en los sillones de cuero, charlando animadamente. Uno hacía gestos con su copa de coñac. El otro tenía a su lado un vaso vacío y una servilleta. Parecían extremadamente cómodos.

Charlie tenía que desalojarlos. Y deprisa.

—Disculpe, señor —dijo mientras se acuclillaba delante del que parecía tenérselo más creído de los dos—. Perdone, pero en la sala contigua una mujer preguntaba por usted. Alta y pelirroja, muy guapa. Me ha dado su descripción y me ha dicho que le comunicara su interés si lo veía.

El hombre se levantó con expresión arrogante.

—Vuelvo enseguida —le dijo a su amigo. Pero este también se puso de pie.

—Yo voy a buscar otra copa —dijo con un alivio demasiado evidente. De pronto a Charlie se le ocurrió que quizás acabara de salvarlo de que el otro tipo lo acaparara durante toda la velada.

Charlie recogió la servilleta arrugada y se puso a limpiar con ella unas migas imaginarias hasta que se quedó a solas. Entonces se acercó al interruptor de la pared y apagó la luz; los demás invitados creerían que una habitación a oscuras les estaba vedada.

Buscó en su mochila y sacó unos guantes y unas gafas que llevaban unas linternas diminutas incorporadas en las patillas. Al encenderlas, su rostro aparecería como un borrón confuso en las cámaras de seguridad, además de permitirle trabajar a oscuras.

Finalmente se acercó a las librerías de la pared. Rojo y dorado. Rojo y dorado. Algo con llamas, con un título que empezaba por I. No encontraba la dichosa palanca. Movió dos libros de lomo rojo y letras doradas, pero no pasó nada. De pronto lo encontró, un estante por debajo de donde estaba buscando y medio metro más a la izquierda. Infierno. Al sacarlo de su sitio, la librería pivotó hacia dentro con una sacudida, revelando la entrada de la biblioteca secreta y el cuadro tras el que se encontraba la caja fuerte.

Charlie entró en la pequeña cámara; las estanterías de las paredes contenían libros más antiguos. De pronto las náuseas le atenazaron la garganta. Volvía a recordar aquel momento, cuando estaba tendida en la alfombra de la biblioteca, como si no hubiera pasado ni un minuto, como si siguiera siendo la misma niña aterrada. El tacto áspero de la lana merino en la mejilla, el charco de vómito, la voz en la oscuridad.

No te des la vuelta.

El olor de la remolacha todavía le daba ganas de vomitar.

Charlie pisó el suelo de baldosas de ónice. Los libros de aquella habitación eran más valiosos. Memorias, cuadernos de apuntes, diarios científicos… Había al menos un centenar y todos eran dignos de ser robados. Los hallazgos místicos de Tovilda Gare al lado de Confesiones de Nigel Lucy, Magus y Diarios de Juan Pedro María Ugarte. Había libros en portugués, en chino, en árabe, en latín, en griego y media pared solo en francés. Charlie sentía un hormigueo en los dedos por el impulso de sacar unos cuantos al azar y guardárselos en la mochila.

Cerró la puerta oculta y buscó posibles cables que indicaran alguna sorpresa inesperada.

Al no encontrar nada preocupante, Charlie dirigió su atención al fondo de la sala.

Encima de un sillón, el único mueble de toda la estancia, había un trampantojo de una cabra muerta, con las entrañas desparramadas y mezcladas con granadas cortadas en dos.

Con cautela, Charlie palpó el marco del espantoso cuadro. Encontró unas bisagras a un lado; en el otro no había ninguna cerradura.

Al abrirlo, dejó al descubierto la caja fuerte que recordaba.

Era de la marca Stockinger, famosa por elaborar modelos sólidos y a medida, con toda la parafernalia de los fabricantes de cajas de lujo personalizadas, como Buben & Zorweg o Agresti. Ofrecían rotores de relojes y cajones con forro de tela, pero no las ridículas extravagancias neovictorianas que utilizaba Boca do Lobo en sus cajas doradas y

enjoyadas. Stockinger era una marca seria para clientes serios.

Había un dial en la parte delantera, junto a una reluciente palanca con las iniciales de Lionel Salt. Y al otro lado, un teclado numérico.

Casi todas las cajas fuertes modernas eran digitales, así que forzarlas no tenía nada de romántico. Se había acabado eso de escuchar con atención para detectar el cambio de sentido, los ajustes infinitesimales, ese clic sutil tan satisfactorio como el crujido de unos nudillos. Charlie intentaría ignorar el teclado si podía. Las cajas digitales, además de poco románticas, eran casi imposibles de abrir sin conocer el código.

Inspiró hondo, giró el dial a derechas hasta dejarlo en posición neutra y empezó a girarlo a izquierdas. Oyó la primera muesca en el 5. Volvió a la posición neutra y repitió el proceso hasta que obtuvo cinco números: 2-4-5-63-7. Estaba segura. Tan segura como podía estarlo.

Pero no había forma de saber cuál era el orden. Y cinco números eran cinco muescas, cinco ruedas interiores y ciento veinte combinaciones posibles.

No tuvo más remedio que ir probándolas una por una, mientras el sudor le iba escurriendo por la frente y el cuello. Era consciente de que la fiesta continuaba, de que el tiempo iba pasando, de la posibilidad de que alguien la pillara.

Charlie oyó el instante en que la traba cayó y liberó el mecanismo de cierre. Con un largo y tembloroso suspiro, giró la palanca.

Solo cedió hasta la mitad.

En ese momento el teclado digital empezó a emitir una luz verde parpadeante.

Charlie, incrédula, se lo quedó mirando. Aquella caja fuerte no era digital o manual: era ambas cosas. El corazón se le aceleró y notó un amargo regusto de pánico. No podía saber si disponía de un tiempo concreto para introducir el código, pero seguro que el número de intentos era limitado. Las cajas fuertes de ese estilo normalmente te daban tres oportunidades antes de bloquearse y activar la alarma.

Sacó una linternita de luz ultravioleta de la mochila, apagó las luces de sus gafas, se las subió hasta la frente e iluminó el teclado con la linterna.

Casi nadie limpiaba el teclado después de usarlo. La luz le reveló las huellas de grasa que dejaban los dedos, reduciendo así el número de opciones para el código.

2-3-4-5-6-7.

Los mismos números que en el otro lado. Aliviada, Charlie se dispuso a introducirlos en el mismo orden que había funcionado con el dial. De pronto se detuvo con la mano frente al teclado. Había más marcas en el 2 y en el 6 que en los demás números, lo que sugería que

estaban repetidos. De ser así, aquel código tenía siete dígitos como mínimo.

Si la clave para abrir una caja mecánica era entender la máquina, la clave para abrir una caja digital era entender a su dueño. ¿Elegiría un número aleatorio y luego anotaría la combinación para poder recordarla? ¿O preferiría un número que tuviera significado y por lo tanto fuera más fácil de recordar?

Lionel Salt era la clase de persona que necesitaba quedar por encima de todo el mundo. Con sus escaleras labradas, sus horrendos cuadros y su falta de escrúpulos a la hora de asesinar por diversión.

No podía ser su fecha de nacimiento, porque eso le recordaría su edad y su mortalidad. Tampoco su nombre pasado a cifras, porque incluso él sabía que era demasiado evidente. ¿Quizás una palabra? ¿Estrago? ¿Sombra? ¿Umbrismo?

Se detuvo en seco.

La clave es abandona toda esperanza.

«Abandona toda esperanza», Abandon all hope. Esas tres palabras tenían todas las letras correctas, una vez convertidas a números, y empleaban cuatro veces los números 2 y 6. Y seguro que a Salt le gustaba la idea de dejar una pista en el libro que abría la puerta secreta, una referencia a la cita más famosa del Infierno de Dante, la frase que conocía incluso Charlie, que no lo había leído: «Abandona toda esperanza al entrar aquí». Salt debía de estar orgullosísimo de lo ingenioso que era.

Charlie ignoró el latido desbocado de su corazón, el sudor de las manos y el pánico que invadía su mente. Repasó de nuevo la clave y la tradujo a cifras, escribiéndola con el dedo en el polvoriento suelo de ónice: 22263662554673.

Fue introduciendo cuidadosamente el código en el teclado, que seguía parpadeando. Sonó un fuerte pitido, como si estuviera a punto de saltar la alarma. Luego oyó que se abría el segundo mecanismo de la cerradura.

Charlie volvió a accionar la palanca.

Un leve resplandor brotó del interior de la caja fuerte, iluminando los cajones con forro de fieltro que ocupaban varios estantes. Charlie abrió uno; contenía una bolsita llena de diamantes. En otro encontró una pistola antigua chapada en oro. Y abajo, envuelto en una tela, estaba el objeto que había venido a buscar.

Se apresuró a dar el cambiazo y a guardar el objeto en el fondo de su mochila, rezando por saber dónde coño se estaba metiendo.

Entonces, en la soledad de la habitación secreta de Salt, sacó su ropa de fiesta. Suzie Lambton, la única persona a cuyo armario tenía acceso de momento, no usaba ni remotamente la misma talla que ella. Pero Charlie tenía la llave del Rapture, y no se le ocurría mejor

ocasión para tomar prestado aquel traje pantalón de satén rojo que alguien se había dejado en la trastienda. Al ser un poco elástico, le sentaba como un guante. Con un poco de pintalabios rojo «aquí estoy yo», parecía que Charlie acababa de llegar a la fiesta como invitada, en lugar de llevar casi una hora desvalijando la casa.

Antes de salir, se puso un anillo de tres dedos con ónice engastado y se guardó en el sujetador la daga de ónice que le había comprado a Murray. Se había hecho una vaina de cinta adhesiva para tenerla a mano si la necesitaba. Aguardó a que llegara el subidón de siempre, ese placentero chute de adrenalina, pero no lo sintió.

Charlie se giró de nuevo hacia la caja con la intención de cerrarla, pero entonces se fijó en un botón negro que había en la esquina superior, al fondo. ¿Y si había algo detrás de la caja fuerte? ¿Un compartimento que todavía no había abierto?

Vamos, Charlie Hall. No hace falta meter el dedo en todos los enchufes.

Pero ese instinto cauteloso parecía corresponder a otra, a alguien que no hubiera elegido ya la senda de la imprudencia. Pulsó el botón.

Oyó un chasquido a su izquierda y otra estantería pivotó, revelando un pasillo. Un pasadizo que parecía recorrer la mansión por detrás de las paredes.

Charlie sacó su móvil para consultar la hora. Había llegado a la casa a las seis y media. José le había dicho que la fiesta terminaba oficialmente a las diez y que estaba programado un brindis con champán para las ocho y media. Eran las ocho menos cuarto. Iba justa de tiempo.

Charlie se internó en la oscuridad de todas formas.

Volvió a encender las luces de sus gafas; la estancia que iluminaron parecía una mezcla entre una bodega y un mausoleo. En el suelo había más baldosas de ónice. Más adelante se veían dos celdas, con una puerta enfrente. En el suelo había un surco abierto que pasaba por delante de los barrotes, con el contorno azul de una llama de gas. El aire olía ligeramente a podredumbre e incienso.

Empezaron a sudarle las manos y la frente. Aquello sí que era adrenalina, pero de la mala. La que te vuelve nervioso en vez de prudente, la que te revuelve el estómago y hace que te tiemblen las manos.

Aquel sitio parecía maldito.

Aun así, siguió caminando. Las suelas blandas de sus zapatos arañaban el suelo. Las celdas eran tan profundas que las lucecitas de Charlie no alcanzaban a atravesar la oscuridad.

En la pared había una serie de objetos para inmovilizar. Una cuerda con una sarta de cuentas de ónice entrelazadas. Un par de esposas con forro acolchado de seda azul y losetas rectangulares de

ónice cosidas a la tela. Y encima, un estante con cajas de aislamiento de ónice.

La puerta del otro lado estaba entreabierta y del interior salían destellos de colores. Charlie la empujó despacio con el pie y se encontró con una serie de monitores. Eran las imágenes de las cámaras de seguridad de la casa.

Los empleados del catering en la cocina. Los invitados yendo de una habitación a otra. El Hierofante hablando con Vicereine y aparentemente tranquilo. Charlie lo miró con más atención, buscando algo que lo delatara. Lo único que notó fue que estaba más delgado y lívido que nunca.

En otra sala dos hombres se estaban besando; uno de ellos tenía el contorno borroso. ¿Estaba besando a su propia sombra? ¿A la de otra persona? No lo sabía.

Fuera, en el jardín, tres hombres discutían. Uno tenía agarrado a otro por la pechera. Sus sombras se extendían tras ellos como la cola de dos pavos reales en plena pelea.

Salt caminaba con decisión entre las habitaciones, copa en mano, como si todo le estuviera saliendo a pedir de boca. De pronto levantó la vista y a Charlie casi le dio un infarto cuando miró directamente a la cámara. La esquina superior derecha marcaba la hora: 7:52.

—¿Charlie? —La voz de Vince surgió de la oscuridad. Charlie se dio la vuelta.

Vince estaba dentro de la celda, tras los barrotes. Ancho de hombros, con el pelo del color del oro viejo y una leve sonrisa en la comisura de la boca. Tan familiar como su propio corazón.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Espera —dijo Charlie. Se sentía tan aliviada al verlo que se le quebró la voz—. Te voy a sacar de ahí.

Antes de forzar la cerradura, primero tenía que desactivar aquella especie de llama de gas que recorría los barrotes por debajo. Seguramente fuera una especie de trampa que soltaba una llamarada al abrir la puerta de la celda. Tenía que encontrar la manera de apagarla.

Charlie titubeó. Algo no encajaba en aquella escena y su mente se esforzaba por entenderlo.

Unos ojos claros y hundidos seguían sus movimientos. Charlie quería creer que era Vince quien estaba en la celda, tras los barrotes de ónice, separado de ella por una zanja de fuego. Pero esa prisión no era para un ser humano.

—No eres Vince, ¿verdad? —dijo en voz baja, acercándose a los barrotes.

El silencio fue la respuesta que esperaba.

Charlie miró a los ojos al Estrago.

—Eres su sombra. Eres Red.

31
El loco, el mago y el hierofante

Charlie no se dio cuenta de que estaba retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Encontraste el Liber Noctem —consiguió decir con voz ahogada —. Has completado el ritual.

—¿Lo dices porque parezco una persona? —preguntó la sombra—. No, fue Edmund quien me hizo así.

—Él nunca haría eso. —La voz le salió demasiado aguda. No sabía cómo entender al ser que tenía delante. Era un doble. Un reflejo animado. Una criatura ensamblada con las partes desechadas de Vince, con todo lo que le desagradaba o asqueaba—. ¿Vince está aquí? ¿Se encuentra bien?

La sombra se encogió de hombros. Incluso su expresión era propia de Vince, una leve tristeza. El traje a medida que llevaba hacía juego con sus ojos.

—Ya nos habíamos visto antes. ¿Te acuerdas?

No te des la vuelta.

Charlie se quedó un buen rato callada. La idea ya se le había pasado por la cabeza, pero hasta ahora le costaba creerlo.

—En la biblioteca.

—Supongo que habrías preferido que fuera Remy quien te salvó —dijo la sombra en voz baja—. No Red.

Charlie no pensaba responder. En efecto, aún anhelaba ingenuamente la clase de fantasía romántica que te cuentan al leerte el futuro en la palma de la mano. Un amor predestinado que había comenzado en la infancia. El amor era una religión familiar que Charlie había heredado cuando aún era demasiado joven para protegerse contra la fe.

—¿Ya eras un Estrago entonces?

La sombra asintió, lo que le permitió cambiar de tema.

—Y matabas gente por orden de Salt. —Charlie procuró mantener un tono severo.

—Sí —contestó.

Charlie debía recordarle a la sombra (y a sí misma) que ella no era ninguna tonta dispuesta a confiar en Red solo porque tuvieran un turbio pasado en común.

—¿Esa forma de matar a Adam era especial para ti? Eso de abrirle las costillas como si fuera un pavo y pintar las paredes con su sangre. ¿O es que los matabas a todos así?

La sombra se aproximó a los barrotes.

—¿Adam?

—Seguro que te acuerdas del tipo que mataste en mi sofá. Lo dejaste todo hecho un asco.

La sombra la miró fijamente, con una expresión que parecía de genuino horror.

—Yo nunca te haría eso. Nunca.

Charlie odiaba lo mucho que se parecía a Vince. Y lo mucho que eso hacía que quisiera fiarse de él.

—Ya. Cuéntame otra sobre la gente que no has asesinado.

—Eres lista —replicó con una leve sonrisa de nostalgia—. Y no estoy acostumbrado a explicar las cosas. Antes no hablaba mucho. Creo que no se me da demasiado bien.

—Inténtalo —dijo Charlie.

—No deberías haber vuelto aquí. —La sombra parecía triste y cansada. Charlie no sabía si fingía o si la carne conllevaba debilidad para él—. Deberías irte y no volver jamás, como te dije aquella noche.

—¿Qué quieres, que me largue de la ciudad con mi hermana y mi madre? ¿Que deje que Salt gane? ¿Que le haga a Vince lo que le apetezca?

—Sí —dijo la sombra, con más vehemencia de la que ella esperaba —. Se las arreglará.

—No debería tener que hacerlo —protestó Charlie.

—Te abandonó —dijo la sombra.

—Y a ti también, ¿verdad? —preguntó Charlie—. Seguro que te cabrea que primero te creara y luego se deshiciera de ti como quien sale de una crisálida. Que se olvidara de ti.

Red la miró con los ojos de Vince, pero su expresión era ligeramente divertida.

—Yo estoy hecho de su ira. ¿Tú qué crees?

—No lo sé —dijo Charlie, negándose a permitir que la distrajera—. No sé nada sobre ti.

La sombra le volvió el rostro y la vivacidad de su mirada desapareció.

—Yo siempre fui la parte de él que se ocupaba de las cosas que él no era capaz de asimilar. Me dio todo lo que le hacía sentir incómodo: su deseo de hacer daño, el terror de lo que Salt nos obligaba a hacer, la capacidad de intuir cómo se sentían los demás cuando ocurrían cosas malas. Me hizo fuerte para no tener que serlo él. Es verdad, me enfadé cuando se marchó, pero yo quería a Remy. Hiciera lo que hiciere y sin importar a lo que me obligara. —Charlie sintió un escalofrío entre los hombros—. Él quería dejar de percibir lo que ocurría cuando yo estaba cumpliendo una misión para su abuelo, así que le pedí que probara a desuncirme. En esa época no sabíamos nada de los Estragos; solo sabíamos que funcionaba. Cada vez que regresaba

con él me sentía más fuerte que antes. Podía volverme más sólido y durante más tiempo. Se lo ocultamos a Salt. Adeline lo sabía, pero nos guardó el secreto.

—Porque Vince y ella eran muy amigos —adivinó Charlie.

Él bajó la mirada, rozando las mejillas con las pestañas.

—Los tres lo éramos. Quizá demasiado amigos. No teníamos a nadie más.

Entonces recordó algo que había oído aquella noche. La voz del niño. Tú no le caes bien.

Y luego a la niña. No es verdad. Nosotros jugamos a cosas a las que él nunca jugaría contigo.

Charlie intuía que había algo perturbador acechando bajo la superficie, pero era demasiado cobarde para preguntárselo.

Echó un vistazo a la sala de los monitores. En las pantallas, Charlie vio que estaban pronunciando discursos. Ya llegaba tarde.

—¿Dónde está Vince? —preguntó.

La sombra la miró con los ojos claros de Vince y Charlie notó que se le erizaba el vello de la nuca. Volvía a sentir que algo no encajaba y la sensación era peor que nunca.

—Conozco bien esta casa —dijo Red—. Puedo ayudarte a salir sin que nadie se entere de que has estado aquí.

—Sin Vince, no —replicó Charlie—. Dices que él te importa. Pues ayúdame a salvarlo. Ayúdame a encontrarlo.

—Haría cualquier cosa por ti, Char —contestó él—. Pero no me pidas eso.

Solo había una persona que la llamaba «Char».

—No. Tú no eres él. Deja de actuar como él.

—Char —repitió en tono de advertencia.

—¿Dónde está? —preguntó Charlie con el corazón acelerado.

—Ya lo sabes.

Charlie no quería unir las piezas del puzle. Vince le había partido el cuello a Hermes y se había deshecho del cuerpo. Se dedicaba a limpiar escenarios de crímenes sangrientos. Nada de eso parecía propio de Remy. En cambio, parecía muy propio de Red.

—Vince fingió su propia muerte —protestó Charlie—. O lo hizo Salt. Se escapó. Y hace dos días estuvo en una habitación de hotel…

La sombra no dijo nada.

No era fácil fingir una muerte. Había registros dentales. Señales de operaciones y fracturas antiguas. Los forenses podían saber muchas cosas a partir de un esqueleto: el sexo, la genealogía, la edad, la altura.

Salt podía haber pagado a alguien (o a varias personas) para que lo tapara todo. Pero había otra respuesta: que el cuerpo calcinado que habían hallado en el coche fuera el de Edmund Carver. Y que el

hombre que había conocido Charlie no fuera él.

La sombra no era una entidad malévola que había adoptado la forma de Vince. La sombra era Vince. Red era Vince. Y Vince siempre había estado formado por las partes olvidadas de Edmund Carver, las sobras de su mesa, su reverso, su reflejo, su negativo.

Y tenía razón: en el fondo Charlie lo había sabido desde el momento en que miraba horrorizada el cadáver de Adam. Pero no había querido reconocerlo. Charlie Hall por fin había encontrado un rompecabezas que no quería resolver.

—Remy se estaba muriendo —dijo Vince—. Su abuelo lo había apuñalado. Adeline gritaba. Entonces Remy me agarró y me atrajo hacia sí para entregarme toda su sangre, toda su fuerza. Salieron de él y entraron en mí. Cuando expiró, su último aliento lo inspiré yo.

»Al principio no entendí por qué estaba desnudo, por qué sentía el tacto frío del suelo en los pies. Luego eché a correr. Horas más tarde desperté debajo de un puente, tumbado en el asfalto sobre los cristales rotos, sin saber cómo había llegado allí. Y tuve que aprender a ser una persona todo el tiempo. Lo intenté. Por ti.

Charlie recordó lo que había dicho Vince en su última discusión, la única pelea de verdad que habían tenido: Ojalá pudiera decirte que lo siento, que en el fondo siempre he querido decir la verdad. Pero no. Nunca he querido decir la verdad. Lo que quería era que mis mentiras fueran la verdad.

Si esto era lo que se ocultaba detrás de la careta, Charlie ya entendía por qué Vince no había querido quitársela.

—Y te hiciste llamar Vincent —dijo Charlie.

—Fue lo único que le quité a Remy; todo lo demás me lo dio él —dijo la sombra levantando el mentón con aire desafiante.

En el pasillo, unos engranajes se movieron tras la pared, produciendo un sonido leve pero nítido. Alguien había entrado en la habitación secreta de la biblioteca. En cuestión de segundos entraría en el pasillo donde estaba Charlie.

—Vince. —Los dos se miraron a los ojos.

—Escóndete.

Charlie se refugió en las sombras de la sala de vigilancia y se arrastró bajo el sofá de cuero justo cuando empezó a oír pasos. ¿Cuántas veces se habría sentado Salt en ese mismo sofá para ver alguna atrocidad en las pantallas? Quizá Rand hubiera muerto en una de esas celdas. La propia Charlie podría haber terminado allí.

Y todavía estaba a tiempo, si no tenía cuidado.

—Red —Era una voz de mujer, suave y turbada. Charlie la reconoció: era Adeline—. Me acaba de decir que estabas aquí. ¿Te ha hecho daño? —No hubo más respuesta que el silencio—. Ya lo sé. Debería haberme ido yo también cuando te marchaste. —Soltó un

sonoro suspiro—. Estarás muy enfadado conmigo.

La voz de Vince tenía un velo de calma, pero debajo se percibía la vibración de una emoción muy distinta:

—Cuando su madre murió, él no iba a descansar hasta que el mundo supiera lo que había hecho tu padre. Deberías haberle avisado que corría peligro.

—¡Yo no lo sabía! ¿Cómo iba a saber que le daría una sobredosis? Creía que se estaba rehabilitando. Lo creíamos todos.

—Tú sabes por qué nunca mejoraba —replicó Vince—. Tu padre la necesitaba enferma. Y luego la necesitó muerta.

Vince hablaba como si la familia a la que se refería no fuera también la suya. Su madre. Tu padre. La única persona a la que consideraba de su familia era Remy.

—Te juro que yo no sabía nada de eso —protestó Adeline.

El pasillo seguía a oscuras; ahora que Adeline estaba distraída, tal vez Charlie pudiera escabullirse sin que se diera cuenta. Sin hacer ruido, salió de debajo del sofá. Pero a medida que se aproximaba la puerta, empezó a dudar de su propio plan.

A lo mejor debería darle un porrazo en la cabeza a Adeline e intentar sacar a Vince de la celda. Pero si Adeline no tenía la llave (y ninguno de los dos se comportaba como si Adeline tuviera la posibilidad de liberarlo), estarían todos jodidos.

Con mucho cuidado, Charlie se deslizó por detrás de Adeline, moviéndose despacio y pegada a las sombras.

—Aún puedes ayudarme —dijo Vince en voz baja. No miró a Charlie, pero su expresión era tan deliberadamente neutra que el esfuerzo resultaba evidente.

Adeline tocó uno de los barrotes de ónice.

—¿Cómo?

Charlie ya estaba lejos y no oyó la respuesta de Vince. Quizás estuviera siendo injusta, pero le parecía que Vince no podía fiarse ni un pelo de Adeline.

Si el plan de Charlie funcionaba, eso daría igual. Volvería con un martillo y una manta ignífuga y lo sacaría de ahí.

Lo sacaría. Aunque Vince le diera miedo.

Charlie deslizó la puerta, salió de la cámara y cruzó la segunda estantería secreta para llegar a la biblioteca. Tenía que salir de esa casa y reunirse con Posey, pero estaba distraída recordando que Vince la había guiado por la casa aquella noche.

No me mires.

¿Qué habría visto Charlie si se hubiera dado la vuelta? Quizás una figura borrosa, como un fantasma. O una mezcla entre un niño y una sombra.

No me mires.

Se escabulló hasta un jardín interior. Entre los muebles de hierro forjado pintados de blanco crecían unas plantas amenazadoramente grandes, con hojas relucientes. Por las ventanas se veía el jardín exterior. Charlie sacó el móvil y envió un mensaje. Eran las 8:16. Tenía catorce minutos para lo que le quedaba por hacer, sin margen de error.

Pero al menos había averiguado algo más. Si Red no era el Estrago que le había estado haciendo el trabajo sucio a Salt, estaba claro a quién tenía en nómina.

Entreabrió una puerta de paneles de cristal y salió al frío aire nocturno.

Posey se reunió con ella junto a la fachada lateral de la casa, jadeando.

—Conseguido. —Tenía los ojos desorbitados de pánico.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó Charlie a su hermana.

—La que tiene que estar segura eres tú —replicó Posey, aunque era evidente que estaba nerviosa, y no solo por la posibilidad de que las pillaran—. Todavía estamos a tiempo de olvidarnos de esto.

Olvidarnos. ¿No era eso lo que Charlie llevaba años intentando hacer? Olvidarse de la muerte de Rand, fingir que no la había dejado traumatizada. Fingir que no se acordaba. Que no se culpaba por haber sobrevivido.

Olvidarse de que había sido una ladrona y engañarse pensando que lo había dejado por el balazo, porque había perdido el valor, en lugar de admitir que había empezado a asustarse después de haberse vengado de Mark de una forma tan fácil y brutal. Nunca la había asustado especialmente la posibilidad de terminar herida o muerta. Lo que la asustaba era su talento, su capacidad para resolver un enigma, para cumplir un encargo a cualquier precio. Le aterraba lo que era capaz de hacer cuando se esforzaba.

Desde que había fingido canalizar a Alonso y con ello había logrado deshacerse de Travis, tenía miedo de sí misma.

Necesitaba que alguien la mantuviera a raya. Y esa persona había terminado siendo la propia Charlie. Se aseguraba de estropearlo todo cada vez que las cosas le iban demasiado bien, de elegir a la persona equivocada de la que enamorarse, de conseguir que la echaran del trabajo, de cagarla en general.

Charlie llevaba toda la vida huyendo de sí misma.

Se sentó en la hierba.

Posey se sentó frente a ella de forma que sus pies se tocaran. Charlie desenvainó la daga de ónice.

—¿Lista?

Posey asintió.

Charlie no tenía ninguna expectativa, pero con el primer corte no sintió nada. Lo difícil era hacerlo bajo la escasa luz de la luna y sin tener ninguna experiencia, así que respiró aliviada cuando terminó y le tocó el turno a Posey.

Dentro de la casa, Salt caminaba hacia la parte delantera del gran salón. Sostenía una copa de champán. Esta debía de ser la parte de la velada en la que daba las gracias a todos por haber venido y a la Cábala por haberlo aceptado como miembro.

Charlie se puso de pie tambaleándose, sin saber cómo se sentía. No se notaba más ligera. Tampoco le parecía que hubiera dejado de ser ella. Pero sí que se notaba cambiada.

Quizá la predestinación existiera de verdad. Quizá las personas tuvieran un destino que podía descifrarse a través de las cartas. Quizá Charlie tuviera que dejar de luchar contra el suyo.

Miró por última vez a Posey, abrió una de las puertas de cristal y entró en el gran salón. Una potente racha de aire frío entró en la sala, hinchando las grandes cortinas blancas como si fueran las velas de un barco. Las conversaciones se apagaron como velas y los umbristas se giraron hacia ella.

Charlie no contaba con hacer una entrada tan dramática.

Se quedó cerca de las puertas, asegurándose de que le diera la luz.

—Hola —dijo con firmeza, a pesar de que todos los ojos estaban puestos en ella; su voz se propagó hasta el alto techo de la estancia—. Siento llegar tarde.

—Charlie Hall —dijo Lionel Salt. Estaba furioso por la interrupción y lo disimulaba fatal—. Pensé que no iba a venir.

Charlie irguió la espalda y echó los hombros hacia atrás. Ya sabía que Salt no contaba con verla allí. Al fin y al cabo, le había lanzado una amenaza terrible y luego le había encargado una tarea cuyo fracaso estaba garantizado. Esa fiesta era el último lugar en el que debería estar. Lo inteligente habría sido largarse de la ciudad un par de semanas hasta que las cosas se calmaran. O no volver nunca, incluso.

Pero claro, esa no era la clase de inteligencia que poseía Charlie.

—Usted mismo me dijo lo que pasaría si no venía.

Unas cuantas conversaciones quedas se volvieron menos quedas. Los cotilleos eran el alma de cualquier fiesta.

Un músico, el de la careta de búho, se dirigió a la salida, instrumento en mano. Un camarero le susurró algo a José mientras señalaba. José se comió un canapé de una bandeja plateada. Definitivamente, lo de esta noche no iba a mejorar la reputación de Charlie.

El Hierofante empezó a caminar hacia ella desde la otra punta de la sala. Tenía los ojos más hundidos que nunca y los labios ligeramente

amoratados.

—Podría pensar que todo esto es un número de arte en vivo para entretenernos si no fuera porque Lionel parece absolutamente desconcertado —dijo Vicereine. La líder de los alteracionistas llevaba un esmoquin; su sombra, con la forma de un gran felino, arañaba el suelo—. Puede que se le haya olvidado la frase.

Salt carraspeó.

—La contraté para que recuperara un libro que he perdido, el Liber Noctem. Es una joya de mi colección y tenía la esperanza de poder exhibirlo esta noche. Dígame, señorita Hall, ¿tiene usted mi libro?

—Pues sí —contestó ella.

Salt sonrió entonces, con la satisfacción de quien da jaque mate a un rey solitario.

—En tal caso, acérquese y entréguemelo.

Al fin y al cabo, Salt lo había preparado todo para que a Charlie solo le quedaran malas opciones. El único libro que tenía era el cuaderno de Knight Singh. Podía marcarse un farol y dárselo. Seguramente Salt preferiría tenerlo, ya que en las tapas había unas páginas escondidas que detallaban todas sus putas atrocidades. Pero aunque Charlie le diera ese valioso cuaderno, de todas formas Salt la acusaría de no haber cumplido el trato e intentar colarle otro libro en lugar del que había perdido.

Charlie inspiró hondo, dejando que Salt disfrutara del momento. Luego abrió su mochila y sacó lo que había robado de la caja fuerte de la biblioteca, donde había estado guardado desde el principio. El famoso Libro de la noche. El auténtico Liber Noctem. La luz de la lámpara de araña se reflejó en las tapas de metal pulido, dibujando arcoíris en la pared.

La sonrisa se borró del rostro de Salt tan deprisa que cualquiera habría dicho que le acababan de dar una bofetada.

—¿Dónde lo ha…?

—Lo he robado —le interrumpió Charlie—. A eso me dedico. Usted me dijo que lo consiguiera y lo he conseguido.

El Hierofante alargó sus manos pálidas y temblorosas hacia el libro.

—Es mío. Esos secretos me pertenecen.

32
La charlatana

Ahora que estaba tan cerca, Charlie olía el sudor rancio que cubría el cuerpo del Hierofante. Agarrando el libro con fuerza, se giró hacia Salt.

—¿Se lo doy a él?

—¡No! —ladró Salt. Al ver la expresión de advertencia del Hierofante, moduló el tono—. Dámelo a mí, quiero comprobar que es el auténtico.

Charlie frunció el ceño.

—¿Entonces no se lo doy?

—No hagas que lo repita —dijo Salt—. Dame el libro.

El corazón le latía con fuerza. Había muchas probabilidades de que algo saliera mal y solo una oportunidad para hacerlo bien. La gente los miraba. Vicereine estaba cerca, pero hasta el momento aquello solamente le parecía entretenido.

—Le prometo que este ejemplar del Liber Noctem es auténtico —le aseguró Charlie—. Lo sé porque lo he sacado de su caja fuerte, junto con el certificado de Sotheby's y el recibo de la subasta. El libro jamás ha salido de esta casa. Solo les hizo creer a todos que se lo habían robado.

—¿Es verdad eso? —graznó el Hierofante.

Salt avanzó hacia Charlie, lo que le permitió bajar la voz para que los demás no le oyeran bien.

—Vamos a hablarlo en privado.

Charlie se había roto la cabeza pensando por qué Salt le había encargado una tarea imposible con un plazo aún más imposible, a menos que quisiera que fracasara. Entonces había recordado lo que opinaba Knight Singh del Liber Noctem.

Si de verdad el libro contenía un ritual que permitía que un Estrago cobrara forma humana, todo aquello no tenía ningún sentido.

Pero si tal ritual no existía, si el libro era tan inútil como había afirmado Knight, entonces nada impedía que Salt utilizara ese rumor para convencer a un Estrago de que le ayudara. Pero para eso tenía que mantener el libro siempre fuera del alcance del Estrago y, al mismo tiempo, lo bastante cerca para que siguiera estando a su servicio. De ahí la necesidad de inventarse un ladrón del libro original (Edmund Carver), una posible pista nueva (Paul Ecco) y el señuelo más reciente (Charlie Hall).

Si Charlie no hubiera acudido a la fiesta, Salt habría convencido al Hierofante de que ella tenía el libro y no quería dárselo. De ese modo,

las tripas de Charlie habrían terminado embadurnando un techo, como les había pasado a todos los demás.

También podría haber ido a la fiesta solo para decirles que no había encontrado el Liber Noctem. Eso no habría sido tan grave, pero de todas formas Salt la habría acusado de ocultar información y las tripas de Charlie habrían terminado en el mismo sitio.

Lo que Salt necesitaba era un chivo expiatorio para el Hierofante. Cualquiera menos él. Eso significaba que Salt sabía dónde estaba el libro. Y la explicación más sencilla era que todavía lo tenía él.

Charlie había estado a punto de derrumbarse al ver a Red en la celda, y no solo por la sorpresa de verlo, sino porque de pronto pensó que se había equivocado por completo. Pero luego cayó en la cuenta de que Red era el persuasor, como en cualquier otro timo. El motivo por el que el Hierofante se fiaba de Salt. Si no había ningún ritual, ¿cómo podía existir Red?

—¿En privado? De eso nada —dijo Charlie, negando con la cabeza —. Es usted responsable de un montón de asesinatos. El de Knight Singh, para empezar. Prefiero no ser la siguiente.

Una oleada de murmullos se extendió por el salón. Una cosa era reírse de que el anfitrión de una fiesta estuviera discutiendo con una invitada, pero una acusación tan grave como la de Charlie exigía una reacción más contundente por parte de la Cábala.

—Ven conmigo. —Salt la agarró del brazo.

—¿Qué ha dicho esa jovencita? —preguntó Malik mientras se adelantaba, acompañado por varios umbristas más. Seguramente no estuvieran rodeando a Salt a propósito, pero era una muestra de hasta qué punto acababa de cambiar la atmósfera del salón.

Charlie había aprendido dos cosas de Salt cuando este la había obligado a subir a su coche a punta de pistola. La primera era que el control era lo más importante para él, quizá más importante incluso que el poder. Y la segunda era que esperaba una obediencia absoluta de aquellos a los que consideraba inferiores.

Salt le echó encima a su sombra. Estaban tan cerca que quizá los demás no se dieron cuenta de inmediato, pero Charlie notó que le rozaba el hombro y la mejilla, como una tela de muselina agitada por la brisa.

Tuvo el tiempo justo para soltar un grito ahogado antes de que se le introdujera bajo la piel. La sintió reptar dentro de ella para intentar obligarla a hablar. Obligarla a que su lengua formara palabras que negaran todo lo que acababa de decir.

Hacía muchos años, cuando Charlie y Rand habían ido a la casa de Salt, había estado practicando para fingir una posesión. Poner los ojos en blanco. Hablar con una voz distinta. Desde lo de Alonso, le resultaba preocupantemente fácil convertirse en alguien que no fuera

Charlie Hall. Esta vez fue un alivio rendirse a tan viejo impulso.

—¡Estoy borracha! —gritó Charlie con una voz más profunda que la natural—. ¡Y soy una mentirosa! ¡Una borracha mentirosa! ¡Además, siempre le he guardado rencor al apuesto y fabuloso Lionel Salt, que no es para nada un asesino! ¡Y que no está intentando titerizarme en absoluto!

Salt se la quedó mirando boquiabierto. Ahora todo el mundo observaba la sombra de Salt, que se había retorcido contra la luz para llegar hasta Charlie.

—Salga de mi cabeza, señor Salt —dijo entonces con su voz normal.

La gente rompió a reír a carcajadas. Ahora Charlie ya pudo apartarse de la puerta del jardín, cuya proximidad a la oscuridad había logrado disimular hasta ahora lo que había cambiado en ella, lo que le faltaba.

A los sinsombra no se los puede controlar. Su interior es una puerta cerrada con llave.

Charlie jamás habría entrado allí para encararse con Salt si existía la posibilidad de que este la titerizara. Le había costado más de lo que pensaba desprenderse de su sombra, pero la había injertado a los pies de Posey, confiándosela a su hermana. Charlie no estaba destinada a ser umbrista. Su destino era este.

—Lionel —dijo Vicereine—. Eso ha estado muy mal.

—Quería obligarla a confesar la verdad —contestó Salt con un rubor febril en las mejillas. Sin embargo, logró aparentar calma, como si no fuera más que un insignificante y embarazoso malentendido—. No debería haberlo hecho, pero a ella también la han engañado.

—¿Sabes algo sobre la muerte de un miembro de la Cábala? —le preguntó Malik a Lionel—. Porque ocultárnoslo sería algo muy grave, estés implicado o no.

—No tenía pensado revelar esto y menos aquí —dijo Salt, mirando a su alrededor con cara de fastidio—. Veréis, he estado colaborando con el Hierofante para atrapar al asesino de Knight Singh. Y lo hemos conseguido.

—Ah, ¿entonces el Hierofante se ha atrapado a sí mismo? —preguntó Charlie—. Porque fue él quien mató a Singh. Por orden de usted.

—¡Silencio! —rugió el Hierofante.

Salt se volvió hacia Charlie con una sonrisa de mofa.

—El Hierofante ha servido fielmente a la Cábala. ¿Quién eres tú para cuestionar su lealtad, ladronzuela?

—Stephen, ¿qué significa esto? —preguntó Bellamy, mirando al Hierofante. Así se llamaba el humano, aunque Charlie estaba segura de que él ya no controlaba su cuerpo. No solo por su forma de hablar,

sino por el aspecto enfermizo y pálido de alguien cuyas energías se estaban consumiendo.

—Es mentira —dijo el Hierofante.

Salt miró a Charlie y sacudió la cabeza con tristeza.

—Ay, querida… El chico te ha engañado, ¿verdad? La estafadora estafada. No eres la primera. —Se volvió hacia los demás, cada vez más seguro de que iba a solucionarlo—. ¿Podríamos continuar en privado? Tengo algo que enseñaros y preferiría mantenerlo entre nosotros cuatro.

Vicereine y Malik se miraron. Malik le hizo un gesto con la frente a Bellamy.

—Supongo que sí —dijo Vicereine, volviéndose hacia Charlie—. Ha dicho que se llamaba…

—Charlie —contestó ella—. Charlie Hall.

—Señorita Hall, le prometo que escucharemos sus acusaciones y emitiremos un veredicto.

Malik asintió. Bellamy la observaba con interés.

—Podemos ser justos.

Charlie estaba segura de que podían serlo, pero no de que fueran a serlo.

—Pasemos a la biblioteca —dijo Salt—. Allí os lo contaré todo. —Le hizo un gesto a un joven trajeado—. Ve a buscarlo. Ponle las esposas y tráelo.

Los demás umbristas se los quedaron mirando mientras salían; varios abordaron a algún miembro de la Cábala para hacerle una pregunta o un comentario. Algunos se rieron. El Hierofante cerraba la marcha y miraba constantemente el libro que Charlie tenía en las manos.

—Tú —le dijo Salt a Charlie en voz baja—. No eres más que un trozo de cartílago entre mis dientes.

Charlie intentó ignorarlo, intentó ignorar el estremecimiento que la recorrió. Salt solo intentaba provocarla para que se derrumbara.

Se sintió incómoda al volver a la biblioteca; su mirada fue automáticamente a la manchita de la alfombra. Pero no tardó en levantar la vista, porque Vince ya estaba allí, apoyado en una estantería, inmovilizado con las mismas esposas de ónice que Charlie había visto colgadas en la pared del pasillo secreto.

Se fijó en la desesperación de sus ojos grises, en sus anchos hombros y en los músculos que había debajo. Observó el tono dorado oscuro de su cabello y la mueca de enfado de su boca. Le dolía el estómago con solo mirarlo.

—Char —le dijo Vince—. Deberías haberte ido mientras podías.

Charlie giró el rostro; no se veía capaz de continuar si él la estaba mirando.

—¿Y este quién es? —preguntó Malik.

—Es Edmund, su nieto —respondió Bellamy, mirando a Vince como si intentara convencerse de algo—. Creía que había muerto.

—Ah, enseguida hablaremos de eso —dijo Salt.

Adeline entró en la biblioteca con su largo vestido negro y se sentó en el reposabrazos de un sillón.

—¿A alguien le apetece una copa?

A Charlie ya la habían drogado una vez en aquella biblioteca; sacudió la cabeza.

Vicereine se sentó en otro sillón, frente a Adeline.

—Muy bien, Lionel. Explícate.

Salt parecía relajado, complacido. Casi parecía que se estaba divirtiendo.

—Contacté con el Hierofante porque teníamos intereses comunes. El asesino de Knight Singh era también el asesino de mi nieto. Lo tenéis delante, con su mismo aspecto. Pero no es él. Lo que estáis viendo es su sombra.

—Eso es imposible —dijo Malik.

—¿Estás diciendo que este hombre es un Estrago? —preguntó Bellamy, caminando hacia Vince. Este lo fulminó con la mirada, pero no intentó retroceder.

Bellamy extendió la mano, tocó el brazo de Vince y la retiró casi inmediatamente, sorprendido. Se giró hacia Vicereine, que guardó silencio.

—Mi nieto siempre siguió un enfoque muy poco ortodoxo con la magia de sombras. Trataba a su sombra como si fuera un ser totalmente autónomo y dejaba que tomara decisiones por los dos. Al final se volvió tan independiente que le engañó.

—¿Le engañó? —repitió Bellamy, más intrigado que espantado. Los misterios eran prácticamente lo único que les interesaba a los antifaces, así que entre sus filas había muchos eruditos y, sobre todo, científicos locos. Charlie siempre había pensado que eran una especie de batiburrillo de las demás disciplinas, así que entendía que alguien como Vince les resultara especialmente intrigante.

—Le engañó para que llevara a cabo un ritual del libro, un ritual que resultó ser letal…

—Eso no es verdad —le interrumpió Charlie—. Fue usted quien mató a Remy.

—¿Te lo dijo su sombra? —preguntó Salt con tono compasivo—. Utilizó la vida de Remy para crear esta carcasa en la que se oculta. Luego se dio a la fuga con el libro y empezó a asesinar a todos cuantos sabían de su existencia. Un librero anticuario. Knight, que había leído el Liber Noctem cuando lo guardaban en Sotheby's. Y por último, un ladrón al que yo contraté para recuperarlo.

Dicho así todo sonaba de lo más lógico. Vince seguía ahí plantado, sin molestarse en negar nada. Charlie sentía que se le escapaba de las manos el control de la situación.

—Las sombras mienten, querida mía —continuó Salt—. Cuando tienes un Estrago uncido a ti, siempre te susurrará al oído. Y cualquier umbrista sabe que no debe creer todo lo que le diga. Por eso es una carga tan pesada portar una sombra ajena.

Charlie miró de reojo al Hierofante. Salt parecía estar divirtiéndose, pero el Hierofante no.

—Ambos decís que habéis resuelto el asesinato. Tú dices que él es un Estrago y que es el responsable de todos esos asesinatos —le dijo Malik a Salt. Luego se volvió hacia Charlie—. Y tú, no sé muy bien por qué, ¿crees que lo hicieron Lionel y Stephen?

Charlie asintió y miró a Vince, que seguía sin hablar.

—Y Knight tampoco es el primer umbrista al que asesina Lionel Salt.

Salt sonrió, se levantó y se paseó por la biblioteca, claramente seguro de haber ganado la partida.

—Permitid que aporte pruebas de mi versión de los hechos. Adeline, querida, ¿cómo llamaba Edmund a su sombra?

Charlie iba vestida de ese color. Red, «rojo», el escarlata de las amapolas y los degolladores.

Adeline miró a Charlie y sonrió antes de contestar:

—Red.

—¿Y qué habían escrito en las paredes de la habitación donde asesinaron a Adam Lokken, el ladrón que yo había contratado? —le preguntó Salt a Charlie.

—La palabra «Red» —contestó ella a regañadientes—. Pintada con sangre. Pero era una amenaza contra Vincent, porque el Hierofante creía que él tenía el libro.

—¿Vincent? —repitió Bellamy.

—Se refiere a mí —dijo Vince.

Adeline dio un respingo. Los demás también parecían sorprendidos, como si hubieran olvidado que era capaz de hablar.

—¿No parece más probable que este Estrago deseara que todos supieran quién había asesinado a Adam y por eso firmó las paredes con su nombre? —intervino Salt—. Debo recordaros que el Hierofante no ha mostrado la menor inclinación por el derramamiento de sangre.

—Y una mierda que no —dijo Charlie.

Salt, implacable, clavó en ella sus ojos entornados.

—Dime, ¿a qué distancia de la casa donde vivía Red asesinaron a Paul Ecco?

—A unas pocas manzanas, pero no sé qué tiene eso que ver con…

—¿Y a qué distancia de la casa donde vivía Red asesinaron a Adam

Lokken?

Charlie soltó un suspiro de frustración.

—Red vivía en la casa donde se cometió el asesinato, pero se había ido. No estaba allí. Llevaba días sin pasar por allí.

—¿Y con quién vivía en esa casa antes de irse?

—Conmigo —reconoció Charlie.

—¿Y no es más probable que le robaras el libro a Red, puesto que vivías con él? ¿Pretendes hacernos creer que has logrado burlar mis exhaustivas medidas de seguridad?

—Puedo demostrarles a todos cómo lo he hecho —propuso Charlie con aire inocente.

—Sí —dijo Salt—. Eso nos lleva a otra cuestión. ¿Crees que hubo algún motivo para que Red se acercara a ti? ¿Que tal vez quisiera algo de ti?

Charlie se cruzó de brazos y miró a los ojos a Salt.

—No sé. ¿Las tetas? ¿El culo, a lo mejor?

El ambiente se relajó un poco. Vicereine soltó un resoplido de risa. Bellamy sonrió. Pero Salt ni se inmutó.

—¿No crees que tal vez lo hizo porque eres una conocida ladrona? «La Charlatana», que casualmente dejó de aceptar robos por encargo más o menos cuando conoció a Red.

A Charlie se le escapó un jadeo entrecortado. Una cosa era que se enteraran de que era una ladrona y otra muy distinta que supieran que Charlie era alguien con quien todos habían tenido alguna experiencia. Aunque había hecho algún que otro encargo para Vicereine, para los demás solo había sido causa de desgracias.

Los has perdido, Charlie Hall. Ya no te van a creer. Debiste imaginar que un multimillonario también sería buen timador.

—Cuéntanos, ¿te informó que era una sombra viviente? —preguntó Salt—. ¿O se inventó un nombre y un pasado falsos, a juego con su falso rostro?

Charlie no pudo evitar pensar en el cuento de la sombra del sabio que había querido probar el amor. En la boca ansiosa de Vince besando la suya. En Vince preparando tacos con huevo.

—Yo sé quién es Vince —dijo Charlie—. Y sé quién es usted. Me envenenó cuando tenía quince años. Sus hombres me persiguieron por el bosque. No me hable de rostros falsos.

Bellamy enarcó las cejas. Adeline miró a Vince como queriendo que se lo confirmara. Pero la creyeran o no, en realidad Charlie no esperaba que a los miembros de la Cábala les importara demasiado algo que le había ocurrido hacía más de diez años a alguien que no era una sombría.

Pero quería que Salt lo supiera.

—Así que me guardas rencor —dijo él con calma. Un movimiento

arriesgado pero inteligente. Dejar los trapos sucios a la vista, confesar un pecado para que te creyeran cuando negaras otro.

Su intento de echarle la culpa a Vince estaba resultando asombrosamente convincente. Salt había hilado suficientes elementos para que todo tuviera sentido, sobre todo porque las pruebas eran un arma de doble filo. Y él era rico, lo cual siempre venía bien, mientras que Vince, incluso olvidando la cuestión de los asesinatos, seguía siendo un monstruo aterrador.

La perspectiva de no ser capaz de darle la vuelta a la situación la puso todavía más nerviosa.

—¿Y bien? —le preguntó Malik a Vince—. ¿Mataste a esas personas? Ya sabemos que puedes hablar.

Vince lo miró impasible. Quizá sus expectativas fueran todavía más funestas que las de Charlie.

—Yo era la sombra de Remy. Jamás le habría hecho daño. Y no le hice nada a Knight Singh.

—¿Algo que añadir, Stephen? —preguntó entonces Vicereine—. Últimamente estás bastante raro.

—No duermo bien —contestó Stephen, mirándolos—. Tengo muchas pesadillas.

Cuando Bellamy le tocó el hombro, el Hierofante dio un respingo.

—Comprendo mi castigo —les dijo Stephen—. Lo único que quiero es cumplir mi condena y que esto termine.

—¿Asesinaste a un umbrista?

Negó con la cabeza.

—No. Yo cazo Estragos. Por eso he estado buscando a Red. Solo a Red. —A mitad de su segunda frase, a Charlie le pareció que era otro quien tomaba la palabra. La transición fue muy fluida, casi imperceptible a menos que prestaras atención.

—¿Por qué te interesa tanto el Liber Noctem? —preguntó Vicereine.

El Hierofante se encogió de hombros.

—Lionel me prometió que me dejaría leerlo. Para ayudarme en mi trabajo.

¿Cuánto tiempo llevaba aquel Estrago uncido a una retahíla de criminales y maleantes? ¿Obligado a cazar a sus semejantes? Charlie habría sentido lástima por él de no haber sabido que su único interés era matarla.

Salt carraspeó.

—Red es un mentiroso, una criatura hecha de envidia, corrupción y odio de la que mi nieto quiso desprenderse. Le ha estado regalando los oídos a esta pobre muchacha. Zanjemos ya esta ridícula conversación y volvamos a la fiesta. El Estrago permanecerá aquí enjaulado para que decidáis su destino mañana o pasado mañana.

—¡Esperad! —exclamó Charlie—. Puedo demostraros que he sacado el libro de su caja fuerte. Puedo enseñaros dónde la tiene y abrirla.

—No sé si es… —empezó a decir Malik.

—Antes se lo he propuesto —le interrumpió Charlie—. Y él ha cambiado de tema como si nada. Ahora mismo yo soy la única que tiene una prueba. Yo tengo el Liber Noctem.

—Eso puede demostrar tanto tu versión como la mía —se defendió Salt—. Y te olvidas de que yo tengo a Red.

—Dejad que os lo enseñe —insistió Charlie—. Por favor.

Vicereine miró a Salt.

—¿Es posible?

—En absoluto —contestó él con una leve sonrisa—. Mi sistema de seguridad es impenetrable. Si tiene el libro es porque lo robó el Estrago.

Bellamy enarcó las cejas.

—¿Por qué no? Una breve demostración y volveremos a la fiesta.

Charlie asintió, notando que le sudaban las manos. Dejó el Liber Noctem en una mesa, cerca del Hierofante, y fingió no darse cuenta de que este caminaba automáticamente hacia el libro.

—Muy bien —dijo Salt—. Adelante, ladrona.

Charlie se acercó al Infierno de Dante y le dio un tirón. Una de las estanterías se abrió hacia dentro.

—Interesante —comentó Vicereine.

—Sí —admitió Salt—. Le tengo mucho aprecio a este cuartito.

Charlie se acercó al cuadro y lo apartó para dejar la caja fuerte al descubierto. Luego se puso manos a la obra. Ya conocía los códigos, pero necesitaba montar un pequeño espectáculo con la primera parte, así que volvió a buscar manualmente las muescas. Fue muy teatrera y ganó un poco de tiempo. Cuando la palanca giró hasta la mitad, se dio cuenta de que los había impresionado.

—¿Qué encontraremos dentro? —preguntó Malik.

—Oro, joyas, lo habitual —respondió Charlie.

Salt se limitó a sonreír. Había retrocedido unos pasos y se había metido una mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cuando llegó el momento de abrir la cerradura digital, Charlie tecleó el código con cuidado. Giró la cabeza para mirar a la Cábala y a Vince, inspiró hondo y accionó la palanca.

La alarma se activó, llenando la habitación con un sonido de sirenas. Salt introdujo otro código en el teclado y el sonido cesó.

—Ha sido usted —le acusó Charlie.

Salt sacudió la cabeza, con los ojos iluminados por la satisfacción de su victoria.

—No digas tonterías. Has fracasado, nada más.

—Muy bien, pues abra la caja —le retó Charlie con el corazón acelerado; mil alas de colibrí batían dentro de su pecho—. Demuestre que no ha sido usted.

—Muy bien. Te concedo un último capricho —dijo Salt, disfrutando del momento lo bastante como para querer alargarlo. Introdujo los mismos números que Charlie. La palanca cedió hasta el final y la puerta de la caja fuerte se abrió.

El móvil. Salt lo había sacado mientras Charlie trabajaba y había activado manualmente la alarma justo cuando había terminado. Mientras ella daba espectáculo, Salt había estado intentando detenerla.

—Sentimos haber dudado de ti —le dijo Malik a Salt—. Pero entenderás que debíamos…

—Espera —le interrumpió Vicereine, pasando a su lado—. Conozco este libro.

Y sacó de la caja fuerte el cuaderno de Knight Singh. Los papeles que detallaban los crímenes de Salt, escritos de su puño y letra, estaban guardados con descuido bajo la tapa de cuero, de tal manera que las esquinas asomaban. Estaba justo donde Charlie lo había dejado tras sacar el Liber Noctem.

—Eh… —empezó a decir Salt, pero no continuó.

Charlie había descubierto la clave para tenderle una trampa a Salt desde que había pasado un día con él. Ya lo había pensado entonces, distraídamente, sin darse cuenta de lo importante que sería al final. Dejarle dominar. Dejarle ganar. Estaría tan convencido de que su lugar estaba en la cima que ni se imaginaría que Charlie lo estaba llevando a una trampa.

Se había tragado que Charlie había perdido tanto tiempo hurgando en la primera cerradura solo porque sí.

Se había tragado que Charlie, aunque supiera forzar una caja fuerte, era incapaz de deducir que Salt tenía una aplicación de seguridad en el móvil.

—Sea lo que fuere, sin duda lo ha metido la señorita Hall —dijo Salt por fin, recobrando la compostura lo suficiente para darse cuenta de que debía acusar inmediatamente a alguien de la aparición del cuaderno de Knight.

Lionel Salt era un estratega. Seguro que tenía un plan de emergencia por si le acusaban de cualquiera de sus crímenes. Sería capaz de inventarse excusas para explicar toda clase de hechos ciertos. Pero no hay plan que valga contra una prueba falsa.

—¿No decía que era imposible que yo abriera su caja fuerte? —le recordó Charlie—. ¿No era eso lo que intentaba demostrar ahora? ¿En qué quedamos? ¿Guardaba usted el Liber Noctem aquí y yo se lo robé y lo cambié por otra cosa? ¿O yo he mentido en lo del Liber Noctem y

usted está mintiendo ahora?

Lionel Salt clavó su mirada en el Hierofante. Admitir lo primero era menos incriminatorio, pero implicaba reconocer que había estado engañando a un Estrago muy antiguo y poderoso.

Vicereine estaba sacando y alisando los papeles ocultos en el cuaderno de Knight. Charlie no sabía si Salt conocía su contenido, pero, a juzgar por la expresión de Vicereine, ella sí sabía quién los había escrito.

Malik frunció el ceño.

—Creo que es el momento de que la Cábala hable contigo y con Stephen por separado, Lionel.

Salt metió la mano en el bolsillo, sacó su pistola de color negro mate y apuntó con ella a Charlie.

—Has cometido un gravísimo error al interponerte en mi camino, Charlatana…

Charlie se quedó paralizada. El felino sombrío de Vicereine rugió mientras tres sombras colmilludas salían de Malik. Bellamy desenvainó una espada hecha de sombras.

—Lionel —le advirtió Malik—. Esto no es necesario.

Vince, que estaba detrás de Salt, levantó las muñecas; las esposas se abrieron y cayeron al suelo. Se abalanzó sobre Salt a una velocidad inhumana y le apoyó la punta de un abrecartas en la garganta.

Adeline soltó un jadeo que casi era un grito.

Los sonidos de la fiesta parecían muy lejanos.

—Has dicho que soy una criatura de odio —le dijo Vince a Salt al oído—. Y es verdad que a ti te odio. Por Remy, cuya sangre es mi sangre, cuya carne es mi carne y cuyo odio es mi odio. Por Char, que va a sobrevivir a esta noche. Apunta esa pistola hacia otro lado o te haré daño y no pararé hasta que no te quede nada más que el dolor.

—No puedes… —dijo Salt con voz temblorosa.

—Lo siento, Char. —Vince le sonrió ligeramente, con tristeza—. Tenía que ser así. Sabía que me dejaría acercarme a él y tendría una oportunidad.

Al entrar en la biblioteca y encontrar allí a Vince, a solas, Charlie debería haberse dado cuenta de que algo no encajaba. Debería haber imaginado lo que significaba la desaparición del joven trajeado. Debería haberse dado cuenta de lo que Vince había estado moldeando en la habitación del motel: losetas de ónice falsas. Para que todos creyeran que estaba inmovilizado cuando en realidad podía quitarse las esposas cuando quisiera.

Vince sabía que, con Charlie o sin ella, Salt le enseñaría su trofeo a la Cábala. Y cuando eso pasara, su plan era quitarse las esposas y matar a Salt antes de que nadie tuviera tiempo de impedírselo.

¿Y después?

Vince apretó un poco más el abrecartas y una gota de sangre se deslizó por la garganta de Salt como una lágrima solitaria.

Este dejó escapar un ruido ahogado y bajó el brazo, pero no soltó la Glock.

Al menos ya no apuntaba a Charlie a la cara. Respiró aliviada.

—Deja la pistola en el suelo, Lionel —dijo Vicereine—. El Estrago también bajará el cuchillo, ¿verdad?

—¿Tú crees? —dijo Vince sin inmutarse—. No he venido aquí con la intención de escapar.

El rostro de Lionel Salt había palidecido y sus ojos miraban frenéticamente en todas direcciones. Debía de ser un momento muy extraño para él. Malhar había dicho que las sombras eran «fantasmas de los vivos», pero Vince era la sombra de un muerto.

Vince, que casi era el nieto de Salt. Que era el espectro vengador de ese mismo nieto.

—Vas a escapar —le dijo Charlie—. Conmigo. Los planes cambian. La Cábala sabe lo que ha hecho Salt. No pueden ignorar el asesinato de uno de sus miembros.

Vince apartó unos milímetros la punta del abrecartas de la arteria de Salt.

—Yo no he hecho nada… —Salt se calló de pronto cuando el Hierofante se interpuso entre Charlie y él. Le dio la espalda a Salt y miró a Charlie; le ardían los ojos.

El Estrago que la observaba a través de los ojos de Stephen era antiguo. E iracundo. Sostenía el Liber Noctem.

—Háblame de este libro. Háblame de las mentiras de este hombre.

Charlie carraspeó.

—Seguramente Vince sabría responderte mejor…

—Tú —insistió el Estrago. Charlie asintió.

—Está bien. Cuando Remy murió, introdujo toda su energía, su último aliento de vida, en su sombra. Así fue como Red obtuvo apariencia humana. —Miraba fijamente los ojos del Hierofante, sin permitirse ni un estremecimiento—. El ritual que supuestamente dejó así a Red… no existe. No está en el Liber Noctem. No está en ninguna parte. Eso era lo que no entendía al principio. ¿Por qué me pedía el señor Salt que encontrara un libro que estaba guardado en su propia caja fuerte? —Charlie inspiró hondo y espiró despacio para hacer una pausa dramática—. Porque te había prometido algo que no podía darte.

El Hierofante apretó la tapa de metal con los dedos con tanta fuerza que los bordes se deformaron.

—Te convenció de que te pusieras en peligro por él —dijo Charlie —. Y tú sabes que el joven al que has poseído no se encuentra bien. Ya apenas le queda energía que absorber. Mataste a Knight Singh para

nada. Mataste a Paul Ecco para nada. Y mataste a Adam Lokken para nada.

Salt soltó una carcajada, aunque le salió forzada.

—¿Eso es todo? Pues claro que sé lo que hizo Red para convertirse en lo que es ahora. Está todo en el Libro de los Estragos.

No era fácil discutir con un hombre al que están a punto de cortarle la garganta, así que Charlie decidió ignorarlo.

—Red ya era bastante sólido, porque Remy había volcado muchísima energía en él y llevaba años liberándolo durante breves períodos de tiempo. Empezó a adoptar y mantener el aspecto de Remy. ¿Me equivoco, Adeline?

Ella soltó un grito de sorpresa, como si Charlie le hubiera preguntado algo escandaloso.

—¿Asesinaste a tu propio nieto? —preguntó Vicereine—. ¿Y a Knight?

—Me mentiste. —Las palabras salían de la boca de Stephen, pero aquella voz atronadora no era la suya—. Embustero, te voy a arrancar la carne de los huesos. Te voy a…

El disparo de la pistola restalló en el aire.

El Hierofante se desplomó en la alfombra, llevándose los dedos a una herida de la que manaba sangre. Tenía la boca abierta.

Y, detrás del cuerpo, la sombra del Hierofante iba creciendo más y más.

—El aliento de vida —dijo.

La sombra cubrió el cuerpo que había portado. Stephen soltó un aullido incoherente mientras se marchitaba. Se le fue arrugando la piel y se le encogió el cuerpo hasta que quedó inerte. La sangre que rodeaba el balazo estaba seca, cristalizada.

La sombra se alzó sobre ellos, rebosante de energía fresca.

—Dios santo —dijo Vicereine—. No me jodas.

Salt se agachó para desembarazarse de Vince y se llevó la mano al pequeño corte de la garganta.

El Estrago los miraba desde lo alto; había crecido tanto que tapaba las luces de la biblioteca, oscureciéndola.

—Si nadie me da carne, la tomaré yo.

—Hay que contenerlo —dijo Malik.

—Yo tengo armas —intervino Salt—. Dispositivos. Por ese pasillo.

Pero no había tiempo.

El Hierofante se abalanzó sobre ellos. El felino sombrío de Vicereine saltó para defenderla y lo atacó con las garras, pero el Estrago lo apartó de un golpe. Bellamy se adelantó blandiendo su espada de sombras. El Hierofante la aferró y la hoja se deshizo en humo.

Charlie agarró a Vince del brazo. Él la miró igual que aquella

noche, bajo las estrellas, cuando le había parecido increíble que ella todavía quisiera tocarlo.

—Vamos —dijo Charlie—. Tenemos que irnos. Ya.

Él negó con la cabeza.

—Ya no soy un siervo —proclamó el Hierofante con una voz amenazadora que era el silbido del viento en el cielo, el eco de una habitación vacía. No tenía nada de humano—. Antaño fui de vuestra ralea, pero ahora soy más grande que vosotros. Tomaré cuanto quiera y vosotros me serviréis.

Bellamy se escabulló por el pasillo en dirección al gran salón, lanzando gritos de alarma mientras sacaba una daga de sombras de su abrigo. Los trillizos de sombras de Malik daban vueltas en torno a su cuerpo, dispuestos a atacar.

—No volveré a esconderme —dijo Vince, dándole la mano.

El contorno de su cuerpo empezó a difuminarse. Lo primero que desapareció fueron sus ojos, que pasaron de estar hundidos a volverse huecos y a convertirse en humo. Luego su cabello dorado se deshizo como las chispas de una hoguera. La oscuridad lamió su cuerpo, amenazando con devorarlo.

—¡Vince! —gritó Charlie.

La voz del Hierofante recorría la habitación como el aullido del viento entre los árboles.

—Todos vosotros que me habéis uncido, que me encadenasteis a vuestras débiles voluntades y vuestras nimias ambiciones, me conocéis. Soy Cleophes. Y pintaré el…

Vince se abalanzó sobre él. Al embestirlo, los dos se alejaron por el pasillo, enzarzados. Solo eran dos sombras en la pared, pero a su paso los tabiques se rompían y llovía yeso del techo. Un cuadro se soltó y el marco se resquebrajó al impactar contra el suelo.

Las manos del Hierofante se transformaron en largas y agudas garras. Abrió de par en par una boca llena de dientes afilados. Luego echó a correr hacia el gran salón, perseguido por la sombra de Vince.

Charlie se disponía a seguirlos cuando algo frío y metálico se le clavó en la nuca. Una pistola.

—Date la vuelta —dijo Salt.

Ella obedeció. Con tanto alboroto, todos se habían olvidado de la Glock. Si Salt decidía disparar a bocajarro, Charlie no podría hacer gran cosa, pero el viejo se regodeó más tiempo de la cuenta en la satisfacción de tenerla a su merced.

Charlie le golpeó el brazo para desviarlo hacia un lado. La pistola se disparó, la bala impactó en una librería y arrancó un trozo de moldura.

Salt blandió la pistola como para darle un culatazo en la cabeza. Charlie le agarró de la muñeca y le mordió tan fuerte como pudo.

Con un aullido de dolor, Salt soltó la pistola. De una patada, Charlie la mandó rebotando a la otra punta de la habitación.

—No eres nada —le dijo Salt—. Eres una mancha. Una mácula en el universo. Y ninguna mancha me va a hacer caer.

Le dio un puñetazo en la cabeza con la mano libre. Charlie se tambaleó, aturdida, mientras Salt le pegaba de nuevo. Aunque fuera un anciano, era fuerte y estaba acostumbrado a hacer daño a los demás.

—Debí matarte cuando tuve la oportunidad.

—Ya lo creo —replicó Charlie—. Porque ahora no me vas a matar.

Salt agarró un atizador de la chimenea y lo blandió contra ella. Charlie se agachó y sacó otra herramienta del soporte. Se llevó una decepción al ver que lo que empuñaba era un recogedor de cenizas, pero de todas formas lo levantó y detuvo otro de sus ataques.

Las herramientas chocaron con un fuerte ruido metálico. La vibración le subió por el brazo.

La única experiencia que tenía Charlie en esa clase de duelos era jugar con Posey a pelearse con dos palos en un solar cercano a su antiguo apartamento. Y empezaba a notarse lo rematadamente mal que se le daba.

Debía golpearlo con tanta fuerza que cayera al suelo y no volviera a levantarse.

Aunque lo sabía, a una parte de ella le horrorizaba la idea. Odiaba a Salt. Se alegraría de que muriera. Pero ser ella quien lo matara era totalmente distinto.

Él le lanzó un golpe a la pierna con el atizador y Charlie se apartó de un brinco. Salt era un viejo. Tenía que cansarse enseguida, ¿no?

Pero su mirada desquiciada decía lo contrario. Salt quería verla tirada en la alfombra. Quería abrirle la cabeza. Disfrutaría viéndola desangrarse.

Mientras él blandía el atizador contra su cabeza, algo le sujetó las manos a Charlie. Ella se echó a un lado y el atizador le rozó la cadera sin llegar a golpearla.

Cayó sobre la alfombra.

La puta sombra de Salt, eso era lo que la había agarrado. No solo se enfrentaba a Salt; también a su sombra.

Charlie rodó por el suelo y gateó hacia la pistola. La agarró y la levantó para apuntar a Salt con el dedo en el gatillo.

Él frenó en seco mientras su sombra avanzaba hacia él como una cobra, moviéndose de un lado a otro por la pared.

Charlie se levantó sin dejar de apuntarle.

—No te muevas.

—No me vas a disparar —se burló él.

Con la mano libre, Charlie sacó el cuchillo de ónice del sujetador.

Le quitó la vaina de cinta adhesiva arrancándola con los dientes.

A Salt pareció hacerle gracia.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Esta sombra tuya… en realidad no es tuya, ¿verdad? Antes perteneció a un umbrista. Y apuesto a que era un umbrista poderoso. Tú no aceptas menos que la excelencia.

—¿Y qué? —dijo Salt.

Charlie se agachó sin dejar de apuntarle.

—Que seguro que te odia.

Y con un largo tajo de la daga, le amputó la sombra a Salt.

Este retrocedió tan deprisa que tropezó. La sombra había formado un charco en el suelo, como una mancha de aceite de cuyo centro empezaba a brotar algo.

—Tenías razón, no iba a dispararte —dijo Charlie antes de salir de la biblioteca.

Llegó al gran salón justo a tiempo para ver a Vince y al Hierofante enzarzados, dos figuras proyectadas en la pared como inmensos titanes. Alguien había abierto las puertas del jardín y el aire frío se colaba en la sala y hacía bailar las cortinas.

—He vivido doscientos años —aulló el Hierofante con aquella voz que no era una voz—. Y seguiré vivo durante milenios.

Oía gritos por todas partes. La gente escapaba de la habitación, chocaba con ella o desenvainaba armas de ónice. Una umbrista alzó el vuelo con unas alas de sombra mientras blandía una reluciente espada negra. El Hierofante le arrancó la sombra de la espalda; la mujer cayó en picado y aterrizó sobre una mesa baja.

Una lluvia de flechas de ónice volaron hacia los dos Estragos. Los astiles se clavaron en las dos figuras. Vince se retorció de dolor y sorpresa antes de que los proyectiles se desprendieran y repiquetearan al caer al suelo. Un arquero se acercó corriendo a recuperarlos mientras los demás volvían a colocar flechas en sus arcos.

No he venido aquí con la intención de escapar.

Vince no iba a sobrevivir a la lucha. Charlie había visto esos dientes, garras y flechas hundiéndose en su cuerpo. Se había dado cuenta de que sus movimientos se volvían más lentos y erráticos.

El Hierofante extendió las manos; las uñas de sus dedos abrieron largos surcos en las dos paredes opuestas del salón.

—Deja de luchar conmigo, Red. Juntos, tú y yo podemos ser más poderosos que ningún Estrago desde la masacre. Seremos como los Estragos de la antigüedad y devoraremos los confines del mundo.

Vicereine, empuñando unas largas dagas negras, guiaba a los umbristas hacia el jardín.

Malik estaba en la galería del segundo piso, acompañado por otros dos umbristas, y sostenía una tela resplandeciente.

Adeline apareció al fondo del pasillo, cerca de Charlie. Tenía salpicaduras de sangre en los dedos.

Charlie se dio cuenta de que Vince luchaba con un solo propósito: hacer retroceder al Hierofante. Aunque recibiera un golpe devastador, aunque le rasgara el pecho con aquellas garras, Vince seguía presionando. Seguía obligando al Hierofante a ceder terreno.

Charlie comprendió demasiado tarde lo que se disponía a hacer.

Con manos temblorosas, Charlie se quitó su triple anillo de ónice, el que parecía un puño americano elegante. Volvió a ponérselo, pero esta vez con el lado de ónice hacia abajo. Y echó a correr hacia la chimenea.

Porque Vince estaba llevando al Hierofante hacia allí. Mantenía la posición, aunque eso significara encajar golpes en lugar de esquivarlos. Charlie sintió el aire cargado de electricidad por las sombras que se movían sobre ella.

Vince embistió al Hierofante. El Estrago le hundió las uñas en el costado. Y entonces Vince, sin soltarlo, se lanzó hacia el fuego. Iba a inmolar al Hierofante, aunque eso implicara caer también en las llamas.

Charlie solo tuvo tiempo para saltar hacia ellos, extender la mano y agarrar la silueta informe de Vince. El ónice lo obligó a adoptar su forma sólida; Vince se derrumbó sobre Charlie mientras el Hierofante dejaba escapar un alarido de furia. La llamarada fue tan grande que prendió fuego al cuadro de Salt.

Un momento después, Malik y sus ayudantes soltaron una red de cuentas negras que atrapó a Vince y a Charlie en su interior.

33
La ladrona de la noche

No le dejaron hablar con él.

Vicereine llevó a Charlie al comedor y dos caparazones la retuvieron allí. Alguien le sirvió una copa del lujoso minibar de Salt. Probablemente fuera el whisky más caro que había bebido nunca… y no le sabía a nada.

La habrían llevado a la biblioteca de no haber sido porque habían encontrado allí el cadáver de Salt, con el abrecartas clavado en el pecho.

Así que Charlie esperó sentada, furiosa; la adrenalina todavía le corría por las venas a toda velocidad. Contempló el antiguo aparador de madera pulida, el centro de mesa de plata ridículamente recargado y un horrendo cuadro al óleo que representaba un cuenco lleno de cabezas cortadas. Su mirada pasó de los pesados cortinajes de seda con ribete de flecos trenzados a la alfombra de seda hecha a mano que debía de tener al menos un siglo de antigüedad. Estaba llena de huellas de ceniza.

Sin Lionel Salt, el mundo iba a ser un lugar mejor.

Charlie miró el traje pantalón rojo que llevaba; tenía la pernera sucia de hollín. Seguramente había sido ella la que había ensuciado la alfombra.

—Decías la verdad —le dijo Vicereine mientras se servía whisky en un vaso alto—. Sobre Salt. Y sobre todo lo demás, supongo. Estoy segura de que quieres que alguien lo reconozca, así que quiero empezar por ahí.

—Genial —dijo Charlie, haciendo ademán de ponerse de pie—. Pues déjame hablar con Vince.

Uno de los sombríos se acercó a ella, ceñudo, y Charlie volvió a sentarse con un suspiro. Vicereine esbozó una sonrisa de fastidio.

—Tenemos que meditar sobre lo que podemos hacer con tu Estrago. Es la primera vez que vemos uno capaz de hacerse pasar por humano.

—Vince iba a sacrificarse para salvaros —le recordó Charlie.

—Y lo sabemos, de verdad. Pero entiende que debemos hablar con él y tomar una decisión. —Vicereine soltó un ruidoso suspiro—. Es demasiado peligroso como para ignorarlo. Y quién sabe cuántos más como él puede haber por ahí. Vete a casa, Charlie Hall.

—No me iré hasta que me dejéis hablar con él —insistió Charlie.

Finalmente Bellamy y Malik entraron en la habitación; parecían agotados. Bellamy lucía un tajo en la chaqueta que seguramente le

habían hecho unas garras de sombra.

—Puedo enseñaros la mazmorra secreta de Salt —se ofreció Charlie. Enarcó una ceja—. Es verdad que sé abrir su caja fuerte.

—Te agradecemos la oferta, pero ya nos ocuparemos nosotros —dijo Malik—. Tienes mi palabra: no haremos daño a Red. Estamos en deuda con vosotros dos.

Charlie lo miró con incredulidad. No se fiaba mucho de ellos.

—Madre mía. Tu palabra. Con eso y un dólar no podría tomarme ni un triste café.

Malik le lanzó una mirada severa.

—Red es demasiado fascinante para dejar que nadie le toque ni un pelo —dijo Bellamy. Eso sí que se lo creía—. Puedes venir a verlo a mi casa dentro de tres días. ¿Te parece?

Charlie miró a los demás, esperando ver alguna señal de discordia sobre cuál de ellos lo custodiaría, pero no. O ya lo habían decidido de antemano o Bellamy era el único voluntario.

—Vale —cedió finalmente Charlie, que se había quedado sin opciones—. Está bien. Tres días.

Mientras salía de la mansión de Salt, aprovechó para guardarse un tintero antiguo en el bolsillo y un par de candelabros de plata maciza en la manga.

Posey la esperaba en el coche, dormitando en el asiento del conductor. Cuando Charlie entró, su hermana despertó con un respingo de alarma. Al ver quién era, bostezó.

—¿Y Vince? —Posey observó el cielo negro y estrellado con los ojos entornados, como si pudiera saber qué hora era solo con mirarlo —. ¿Cuánto tiempo has estado ahí dentro?

Charlie sacudió la cabeza.

—Arranca. Te lo explicaré por el camino. Tenemos que hacer una parada antes de volver a casa. ¿Te acuerdas de Tina?

Después de la parada, Posey condujo hasta la casa de alquiler, aunque seguía acordonada por la policía. Charlie se coló por la ventana de su dormitorio, se duchó en su cuarto de baño y durmió en su colchón. Su hermana se acostó a su lado y la sombra de Charlie se acurrucó entre las dos.

Cuando despertó, notó un olor a lejía; las sábanas aún olían a Vince.

Levantó las manos y se las miró. Dedos largos. Uñas pintadas de negro, con el esmalte ya desconchado. Manos astutas, capaces de forzar una puerta y abrir una caja fuerte.

Recordó el momento en que las había extendido hacia las sombras para sujetar a Vince. Si Charlie no hubiera adivinado lo que este se

disponía a hacer, si no hubiera llegado a tiempo, la inercia lo habría hecho caer de cabeza en las llamas.

No habría quedado nada de él.

Esa idea la hizo sentirse vacía mientras se duchaba mecánicamente. En parte aún se sentía atrapada en aquel mundo al revés en el que Vince ya había desparecido. Posó la mirada en los azulejos de la pared, contemplando la nada en la que debería encontrarse su sombra.

Esa ausencia no solo había cerrado la puerta de su mente; también había cerrado la puerta de un posible futuro. Charlie ya no sería umbrista. Nunca había estado muy segura de querer serlo, pero eso no cambiaba nada.

¿Vicereine y los demás le habrían hecho más caso si tuviera una sombra avivada? ¿Le habrían permitido hablar con Vince?

Al principio estaba muy segura de que Vince habría querido volver a casa con ella, pero lo había estado pensado y quizá estuviera equivocada. Al conocerla, Vince no estaba acostumbrado a estar solo en el mundo y tenía pocas opciones. Aunque el único futuro que veía para sí mismo terminaba con la muerte Salt, ahora ese futuro había llegado y, quizá por primera vez, podía moldearlo a su antojo.

Si la Cábala se lo permitía, claro.

Se preguntó qué pensaría Vince de la Charlie Hall que no conocía, la que lo arriesgaba todo a una sola carta. Quizá los dos se hubieran estado reprimiendo, cuando en realidad eran más que capaces de estar a la altura de su respectivo desafío. Quizás incluso se habrían crecido ante el reto.

Una vez duchada y vestida con su propia ropa, esperó a Posey.

—Mamá me ha enviado como diecisiete mensajes para que le devuelva el coche —dijo su hermana mientras salía de su dormitorio con ropa limpia. Charlie miró la sombra de Posey.

Su hermana siguió su mirada y frunció el ceño, preocupada.

—¿Se te hace raro?

—No sé. ¿Y a ti?

Posey movió los labios en silencio y la sombra la envolvió, rodeándole los hombros; parecía mucho más a gusto con su hermana. Charlie sintió un escalofrío, en parte porque creía reconocerla.

—Es lo más perfecto que me ha ocurrido nunca. Ya verás la de cosas que voy a aprender. —Hacía mucho tiempo que a Posey no le brillaban tanto los ojos. Charlie no quería que nada borrara esa ilusión.

Se dirigió a la ventana y la abrió de un tirón.

—Bueno, vámonos ya. Si mamá y Bob están tan desesperados por recuperar el coche, es mejor que nos pongamos en marcha, porque primero quiero un café.

—Gracias a los dioses —dijo Posey con tono fervoroso.

Se pasaron por el Small Oven Bakery y Charlie pidió tres cafés en vasitos de papel y se los puso delante como si fueran chupitos. Posey mordisqueaba un bollo mientras miraba el móvil.

Charlie se bebió el primer café de un trago.

—Uy —dijo Posey, acercándole el teléfono a su hermana.

A primera hora de esta mañana, el Gazette ha recibido varias páginas de un diario presuntamente escrito por Lionel Salt que lo involucra en varias investigaciones en curso, incluida la de Rose Allaband. El cuerpo de Allaband se halló en un vehículo quemado junto con el cadáver del nieto de Salt, Edmund Carver, hace más de un año. Es posible que ambos fueran víctimas de Salt. Podrían reabrirse otras investigaciones en base a la información de estas páginas, incluidas las de Randall Grigoras, Ankita Eswaran y Héctor Blanco. El diario no solo incluye descripciones detalladas de sus muertes, sino también dibujos de los experimentos médicos que se llevaron a cabo con sus sombras.

Los análisis grafológicos confirman que la caligrafía del diario coincide en un 98 % con varias muestras de la caligrafía de Salt obtenidas por el Gazette. De momento, los representantes legales de Salt no han querido hacer declaraciones.

—¿Tú le has hecho esto a Lionel Salt? —preguntó Posey, atónita—. ¿Cómo?

Al abrir la caja fuerte, Charlie solo esperaba encontrar el Liber Noctem, pero también había hallado algo más. Un cuaderno con varias páginas arrancadas.

Seguro que el Hampshire Gazette no conseguía a menudo muchas exclusivas como aquella.

Charlie se tomó su segundo chupito de café y luego el tercero.

—Yo no le he hecho nada. Se lo ha hecho él solo.

Ese domingo Charlie tenía turno en el Rapture. Pero no estaba concentrada y los clientes tenían que repetirle lo que iban a tomar. Se le cayeron dos copas de vino y, al ir a quemar el azucarillo de un vaso de absenta, prendió fuego a la bebida. Ese vaso también lo rompió, y de forma mucho más espectacular.

A mitad de su turno, Odette se la llevó aparte. Charlie pensó que iba a echarle la bronca o a preguntarle por el traje rojo desaparecido, pero lo que hizo fue presentarle al nuevo barman, el que iba a ocuparse de los turnos de José. Charlie se llevó una sorpresa al ver que era Don.

—Hola —la saludó—. El Top Hat ha cambiado de dueños y me apetecía un cambio de aires.

—Pues este es el sitio perfecto —respondió Charlie. Se puso a

explicarle dónde iba cada cosa, cómo funcionaba la caja registradora y cuántas pastillas de hielo seco se podían poner en una copa.

—Si el cliente se las traga, nos pone una denuncia —le advirtió.

—A lo mejor no deberíamos ponerlas en la carta —propuso Don.

—Es posible que tardes un poquito en pillar el rollo de este sitio —predijo Charlie.

Ya era casi la hora de cerrar cuando Balthazar se acercó a la barra.

—Sírvenos la última. Lo mismo que vayas a tomar tú.

—Ah, ¿yo también tengo que beber? —preguntó Charlie, sonriendo.

—Si yo fuera tú, bebería.

Contra eso no podía discutir. Charlie sacó la botella nueva de Laphroaig 15, la abrió y sirvió dos dedos de whisky a cada uno.

—Vaya con lo de tu chico —comentó Balthazar. Charlie asintió.

—Te has enterado. Menuda historia.

—¿Eso quiere decir que vuelves a estar en activo? —le preguntó. Charlie se encogió de hombros.

—Después de la que he montado, creo que será mejor pasar inadvertida durante un tiempo.

—Pues no sé yo. La reputación de la Charlatana está por las nubes ahora mismo. —Balthazar probó su copa e hizo una mueca—. Puaj. Sabe igual que un neumático rociado con gasolina, quemado y apagado con tierra.

Odette se acercó y se sentó al lado de Balthazar.

—Estáis tomando una copa, ¿eh? Pues yo no quiero ser menos.

—Tómate esta —dijo Balthazar, pasándole su vaso—. Te lo ruego.

Odette aceptó sin rechistar. Charlie le sirvió a Balthazar un amaretto que aceptó agradecido.

—¿Has visto las noticias? —le preguntó Balthazar a Odette.

—¿Lo de Lionel? —Ella soltó un ruido de disgusto—. Lo curioso es que yo siempre he sabido que era un sádico y un poco narcisista. Pero también era alguien interesante y con los pies en el suelo, o eso pensaba yo. Una puede conocer a alguien y aun así no tener ni idea de lo lejos que puede llegar. Yo creía que conocía sus límites, pero ahora me pregunto si en el fondo no quería reconocer que no tenía límites.

Charlie bebió un sorbo de su copa mientras pensaba en sus propios límites.

—Ahora dicen que él pudo ser el responsable de la muerte del chico de Fiona, ese tan majo.

—Edmund Carver —dijo Balthazar, paladeando cada sílaba mientras miraba a Charlie.

—Yo creía que su madre se llamaba Kiara —comentó Charlie.

Odette asintió.

—Sí, me refería a la primera esposa de Salt. Así nos conocimos, nos

presentó Fiona. Pobrecilla. Primero pierde a su hija, luego a su nieto y ahora esto. Y todo en cuestión de un par de años.

—¿Cómo es que tú siempre conoces a todo el mundo? —le preguntó Balthazar.

—Pero ¿acaso los conozco de verdad? —Odette se miró al espejo, como si estudiara su propio rostro.

Balthazar se irguió en su asiento.

—En fin, como esta conversación se está poniendo cada vez más morbosa, permitid que os distraiga con una noticia. ¿Alguna conoce a Murray, de Murray's Fine Jewelry?

—Claro —respondió Charlie, pensando en el tintero y los candelabros de plata que tenía que vender—. ¿Por qué?

—Ha cerrado su tienda de empeños —dijo Balthazar, enarcando las cejas—. Se ha hecho rico. Por lo visto se jubila y se muda a Boca.

Odette soltó un delicado resoplido.

—Cualquiera diría que se ha encontrado una olla de oro enterrada en el jardín.

—Pues más o menos —reconoció Balthazar—. Se rumorea que tuvo suerte apostando en una carrera de caballos.

—Hum —dijo Charlie—. Qué cosas.

Fue una tortura tener que esperar tres días para ver a Vince. La mente de Charlie pasaba de un supuesto a otro. ¿Y si la Cábala mentía y le hacía daño? ¿Y si querían hacer experimentos con él? ¿Y si decidían que su existencia era demasiado peligrosa? ¿Y si al final no le dejaban verlo? Su cerebro recorría un camino y luego otro, probando jugadas y contrajugadas imaginarias en una partida de ajedrez contra sí misma, sin otro fin que regodearse en su propia ansiedad. Como una serpiente que se muerde la cola y se atraganta con ella.

Al menos Posey y ella ya estaban otra vez en casa. Winnie, la compañera de trabajo de Vince, se había encargado de limpiar las manchas de sangre. Luego le envió un mensaje a Charlie para decirle que se había esmerado especialmente por su amistad con Vince. También le dio abundante información sobre los sitios más curiosos donde había encontrado trocitos de Adam, información que Charlie habría preferido no saber.

Posey, por su parte, últimamente pasaba tiempo con Malhar. Su hermana insistía en que solo le hacía unas pruebas ahora que Posey había accedido a formar parte de su estudio, pero comían juntos tan a menudo que Charlie sospechaba que había algo más.

La consecuencia era que Charlie tenía muchos nervios acumulados y nadie con quien desahogarse mientras se preparaba. Se puso unos vaqueros negros de tela elástica, un jersey sin agujeros y unas botas.

El pantalón era lo bastante flexible para hacer movimientos rápidos en caso necesario. Y las botas eran suficientemente sólidas como para hacer daño si hacía falta patearle la cabeza a alguien.

El Corolla de Charlie estaba en el taller, pero había conseguido localizar la furgoneta de Vince a dos manzanas del motel East Star. Las llaves estaban detrás del parasol del conductor. Charlie había guardado en la guantera las dos multas de aparcamiento y se había llevado la furgoneta a casa.

En esa misma furgoneta condujo hasta la fortaleza de Bellamy.

Fiel a su naturaleza misteriosa, se había instalado en una torre de observación de Holyoke a la que solo se podía acceder por un camino de tierra. Desde fuera parecía abandonada.

La puerta principal tenía la parte bajo podrida y las bisagras muy oxidadas. Charlie llamó con decisión.

Momentos después la puerta se abrió con un chirrido y apareció una chica con la cabeza rapada y los ojos muy pintados de negro. Una de sus pestañas magnéticas estaba un pelín torcida. Llevaba un piercing reciente en la mejilla, que tenía enrojecida e infectada. Su sombra se movía a su alrededor como una serpiente lista para atacar. Seguramente fuera una especie de aprendiz.

—Vengo a ver a Vince —dijo Charlie.

—¿A quién? —preguntó ella.

Si Bellamy y los suyos creían que podían librarse de Charlie, iba a hacer que se arrepintieran uno por uno.

—Al Estrago.

—Ah —dijo la chica—. Ya. Pasa. Te están esperando.

Por dentro, el edificio parecía un castillo o un mausoleo. La chica la condujo por varias salas con paredes de hormigón desnudo salvo por algún que otro grafiti. Luego subieron unas escaleras hasta llegar a una estancia con cortinas de brocado. En unos candelabros de Halloween (en forma de cráneos plateados) ardían unas finas velas cónicas de color rojo. El frío suelo de cemento estaba sembrado de almohadones.

Bellamy estaba tendido en un puf de terciopelo rojo. Charlie miró a su alrededor con recelo.

—¿Dónde está?

—Lo tenemos encerrado en lo más alto de la torre, cual princesa a la espera de su rescatador —dijo Bellamy—. Está ileso.

—Hoy saldrá de aquí —le aseguró Charlie—. Conmigo.

Bellamy bebió un sorbo de una copa tan delicada y fina que parecía translúcida. Porcelana de ceniza de hueso.

—Ve a hablar con tu Estrago. Sube las escaleras. Arriba, arriba, arriba. Luego hablamos.

A Charlie no le gustó cómo sonaba eso, pero tenía tantas ganas de

ver a Vince que lo dejó pasar. Deshizo el camino en dirección a las escaleras hasta que la detuvo la voz de una mujer:

—Charlie —dijo Adeline Salt. Estaba sentada en un sofá un poco desgarrado, en una habitación llena de librerías metálicas cerradas con llave.

Llevaba unos vaqueros azul oscuro y una blusa verde esmeralda con un lazo bajo el cuello. En el regazo tenía un portátil con carcasa de color oro rosado. Lucía ese aspecto extrañamente bruñido que tienen los ricos, con el pelo superliso y la piel superbrillante.

No podía desentonar más en aquel lugar.

Charlie se apoyó en el umbral, sin entrar del todo en la habitación.

—Has venido a ver a Red, ¿verdad? Muy bien, seguro que le apetece. Me ha preguntado por ti. —La sonrisa de Adeline era totalmente hipócrita.

—Vince —dijo Charlie.

Fue interesante ver a Adeline intentando decidir si merecía la pena discutir su nombre. Era evidente que le irritaba. No tanto que Charlie lo llamara de otra manera, sino que se mostrara tan segura de que ese nombre era el auténtico.

Fu el nombre que se puso él mismo.

—He hablado con la Cábala. Va a volver a casa conmigo. Yo seré su guardiana y él podrá retomar la vida de Edmund justo donde terminó. —Creyó notar un curioso brillo de miedo en su mirada.

—¿Y cómo va a hacer eso exactamente? —preguntó Charlie.

—Ya he iniciado los trámites para anular su certificado de defunción. —Adeline volvió a sonreír con rigidez—. Sabes que es lo mejor, ¿verdad? Red tendrá mucho dinero. Y solo tendrá que permanecer unido a mí unos cuantos años.

La idea de que nombraran a Adeline guardiana de Vince, cuando lo justo habría sido que la castigaran, la enfureció. Y su tono posesivo lo empeoraba todo y lo volvía más enfermizo.

—Quizás él no quiera eso.

Adeline se echó el pelo hacia atrás.

—¿Crees que preferiría vagabundear por ahí con una ladrona?

—Creo que preferiría hacer cualquier cosa menos volver a vivir en casa de tu padre —contestó Charlie.

—¿No te has enterado? —Arqueó una ceja perfectamente depilada —. Mi padre murió esa noche después de haberse quedado a solas contigo. Lo apuñalaron treinta y siete veces con un abrecartas.

—Qué tragedia —comentó Charlie con picardía. Ya lo sabía.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Adeline con voz meliflua.

—Le quité la pistola y le amputé la sombra —contestó Charlie—. No vi lo que pasó después, fuera lo que fuere.

—Qué conveniente —dijo Adeline con tono burlón.

—Y tanto. —Charlie miró el portátil de Adeline, el bolsón de piel verde de Chanel que usaba como funda y sus pendientes de diamante —. Tú eres su única heredera, ¿no?

Adeline se toqueteó un mechón de pelo con aire nervioso.

—No intentes involucrarme en tu crimen —dijo con severidad—. Si tienes remordimientos, es cosa tuya.

—No te presté mucha atención cuando entraste en el gran salón —dijo Charlie—. Pero sí que me fijé en que tenías las manos manchadas de sangre.

Charlie echó a andar por el pasillo, pero se detuvo para mirarla por encima del hombro.

—De nada, por cierto.

Charlie intentó subir con calma los escalones de hormigón, pero a la altura del segundo rellano caminaba tan deprisa que prácticamente iba corriendo. Al llegar arriba encontró una puerta con franjas de ónice, cerrada con una tranca. Charlie, sorprendida por su peso, la levantó.

Vince estaba al otro lado, en una habitación pequeña y sin ventanas, de espaldas a ella. Parecía el mismo de siempre: los mismos hombros anchos, la misma altura, el mismo todo. Pero cuando se dio la vuelta, Charlie vio que sus ojos eran dos cuencas vacías que no contenían más que humo. Ella imaginó entonces que su cuerpo era un cascarón dentro del que habitaba una criatura escurridiza.

Pensó en las cartas de tarot de la baraja de Posey. La conversión del espíritu en la materia. El Mago.

Vince cerró los ojos y Charlie se fijó en que su cabello se había oscurecido hasta adoptar un tono broncíneo, como si su transformación hubiera arrastrado consigo el color dorado. Vestía una camisa negra y un pantalón de tejido técnico de aspecto caro. Era ropa de Remy.

Charlie sintió que se volvía del revés al estar tan cerca de él, como el hombre de la anécdota que les había contado Vince en la fiesta de Barb. Como un calcetín. Había dejado expuesto lo más vulnerable de su ser. El más leve toque le haría daño.

—Ya no soy igual que antes, ¿verdad? —preguntó Vince.

Charlie se había detenido sin darse cuenta, solo había avanzado un paso hacia él. No era de extrañar que Vince pareciera disgustado; debía de pensar que Charlie le tenía miedo.

Y sí que le tenía miedo, pero solo un poco. Se obligó a seguir caminando hacia él. La carta del Loco, tirándose por un precipicio.

—Me gusta. Es raro.

Entonces apareció su leve sonrisa ladeada y sorprendida, como si

Vince hubiera olvidado que sabía sonreír. Al reconocerla, Charlie empezó a relajarse de verdad.

Cuanto más miraba a Vince, menos le importaban sus ojos extraños.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Mentirte? ¿Ocultarte lo que era?

—No —dijo Charlie con un suspiro, sentándose en el reposabrazos de un sofá de brocado estampado—. ¿Por qué luchaste con el Hierofante? Casi mueres. Por nada. A estos cabrones no les importas una mierda.

Ensanchó su sonrisa.

—Eso no me lo ha preguntado nadie desde que estoy aquí. Y mira que me han hecho preguntas.

—Bueno, es que no creo que tu bienestar sea prioritario para ellos.

—No me digas. —Vince señaló una de las sillas. En ese momento Charlie se fijó en el resto de la habitación.

Había dos sillas, un colchón en el suelo, sábanas y una alfombrilla. No había libros. Ni objetos pesados. Ni afilados. Una solitaria bombilla encendida pendía del techo. Vince llevaba en la pierna una argolla con tachuelas de ónice, encadenada a una placa de metal del suelo. Quizás el ónice fuera lo que mantenía su forma sólida. No estaba segura. En ese momento deseó haber leído muchos más libros de los que había robado.

Charlie se sentó, levantando una nubecilla de polvo.

—Oye, estoy un poco nervioso —le dijo Vince—. ¿Puedes soltármelo ya? Algo tendrás que decir sobre el hecho de que yo sea una sombra.

—He procurado no pensar mucho en eso —contestó Charlie. Vince la miró con incredulidad.

—¿Y qué tal?

—Iba a pensar en ello cuando tú y yo nos fuéramos de aquí —dijo Charlie, esperanzada—. Quizá hasta podríamos pelearnos a lo grande. Gritarnos. Tirarnos cosas. Y yo te diría lo imbécil que fuiste por haber creído que tenía un lío con Adam.

—Cuando me describiste cómo había muerto, lo entendí. Parecías bastante angustiada… por lo del sofá. —Se le escapó una carcajada y se tapó la boca con la mano—. Perdona. No tiene gracia.

—Un poco sí que tiene —reconoció Charlie.

Vince la miró con aquellos ojos que echaban humo.

—¿Y qué más cosas tenemos que echarnos en cara?

Charlie desvió la mirada.

—¿Cuándo supiste que yo era la chica a la que habías ayudado a escapar de casa de Salt?

—En el bar —le confesó—. La primera noche.

—¿Y qué? ¿Te apeteció follarte a alguien a quien habías salvado? —Eso ya se parecía más a una pelea.

—Quizá. No. No lo sé. —O Vince no había sabido captar la oportunidad de discutir o la había rechazado a sabiendas—. Me gustas, Char. Siempre me has gustado. Debería habértelo contado, pero no soy buena persona. Ni siquiera estoy seguro de ser una persona.

—Oh. —Charlie, sorprendida, le dio la mano y entrelazó los dedos con los de él. Los notaba sorprendentemente sólidos—. Eres una persona. Eres mi persona.

Vince se inclinó para besar sus manos entrelazadas.

Fue entonces cuando Charlie entró en pánico.

Porque acababan de tener una versión abreviada de la discusión (vale, había sido más bien una conversación) que esperaba que se produjera cuando los dos llegaran a casa. Y el único motivo por el que Vince había preferido tenerla allí, encerrado en la torre de Bellamy, era que no iba a volver a casa con Charlie.

Pensaba marcharse con Adeline, como ella misma le había dicho. Iba a ocupar el papel de Edmund Vincent Carver como si no hubiera pasado nada. Recuperaría su vida anterior. Sería el primer Estrago que celebrara galas benéficas.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Charlie, porque necesitaba oírlo de su boca—. Con nosotros.

La tensión de su mandíbula le hizo pensar en la descripción que le había hecho a Adeline: Vince era un lago con la superficie en calma y una ciudad entera sumergida en el fondo.

—He matado al Hierofante. La Cábala necesita uno nuevo.

—No. Ni de puta broma. —Charlie se levantó de la silla de un salto. Caminó de un lado a otro por la habitación, intentando meter sus pensamientos en vereda—. No puedes dejar que te hagan eso. Y menos después de todo lo que has hecho por ellos.

—No es un trabajo mucho peor que limpiar vísceras en los hoteles. —Su voz estaba tranquila, pero tenía los dedos flexionados, como si tuviera ganas de apretar los puños.

—Creía que Adeline iba a ser tu guardiana o algo así —dijo Charlie, frunciendo el ceño. Vince asintió.

—Es una forma de verlo. Pero aun así cazaré Estragos.

Charlie lo fulminó con la mirada.

—No puedes acceder a algo así. ¿Cuánto tiempo tardarás en odiar tu situación y a la persona a la que te unzan?

Vince dejó de mirar a Charlie.

—Ya la odio.

Oh.

Ya entendía las insinuaciones de Adeline. Y también hasta qué

punto Vince iba a estar «unido» a ella. Iban a uncirlos. Adeline iba a ser la portadora de Vince.

—Por eso tú y yo tenemos que separarnos una temporada —dijo Vince—. Nunca dejaré de sentir lo que siento por ti, Char. Pero ya no seré el mismo. Intentará controlarme.

Recordó lo que había dicho Vince en sueños. Adeline. No hagas eso, Adeline.

Se le puso la piel de gallina solo de pensarlo.

—Puedo quitarte esa argolla. Vamos a escapar de aquí.

Vince negó con la cabeza.

—Si lo hacemos, también te perseguirán a ti.

—No me importa —dijo Charlie.

Él le puso una mano en la mejilla.

—Me han dicho que debo demostrarles que soy de fiar. Cuando lo haga, dejaré de estar uncido. Me las arreglaré. Encontraré la forma de que volvamos a estar juntos.

Oh, y tanto que iba a encontrarla.

—¿Y van a hacerlo hoy? —Pues claro que sí. Por eso estaba allí Adeline. Iban a implantárselo en cuanto Charlie se marchara.

Vince le dio la espalda para que no le viera bien el rostro, pero parecía resignado. Y ella solo se lo estaba poniendo más difícil.

—Sí, hoy. Ya he aceptado.

Charlie se daba cuenta de lo mucho que él odiaba que se lo pusiera tan difícil.

—Dime una cosa —dijo Charlie—. Si pudieras, ¿me elegirías a mí?

—Por encima de todo —contestó él.

—Vale. Sé que es mala decisión, pero en eso soy una experta.

Vince había aprendido una cosa al ser la sombra de Remy: si surgía un problema, debía lanzarse de cabeza a él. Debía dejar que lo capturaran para poder intentar matar a un Estrago antiguo, debía renunciar a su libertad solo para no ser una amenaza para la Cábala. Él era el elegido para llevar a cabo las tareas terribles, para sentir las emociones desagradables.

Las pestañas doradas de Vince reflejaron la luz mientras se extendían sobre sus mejillas, ocultando el humo de sus ojos.

—A veces no hay una decisión buena.

Y esa era la pura verdad.

—Si no puedo disuadirte, ¿qué tal si te distraigo? Seguro que aún tengo un par de minutos antes de que me echen de aquí.

Vince enarcó las cejas, claramente perplejo. Quizá creyera que Charlie sentiría repulsión por sus cuencas llenas de humo, por la idea de que fuera un Estrago. O que nadie estaba tan loca como para querer follar en una fría habitación de hormigón con alguien encadenado al suelo.

Pues bienvenido al disparate absoluto que era Charlie Hall. Agarró a Vince y lo atrajo hacia su boca.

Durante un momento él se quedó totalmente inmóvil. ¿Iba a rechazarla? Un rubor de vergüenza le subió por las mejillas.

Pero entonces Vince la besó como si hubiera creído que nunca volvería a hacerlo, con las manos en la nuca y los dedos enredados en el pelo. Durante un momento no hubo nada más que la sensación de sus labios, sus dientes y su lengua. De su piel y de un aroma que ya no estaba enmascarado por la lejía ni el jabón, un olor a aire cargado de electricidad.

Y cuando Vince la empujó contra la pared, como había hecho la primera noche en el callejón del bar, ella lo miró y sonrió de oreja a oreja.

—Charlie Hall —susurró él, con la boca apoyada en su cabello—. Nunca habrá nadie como tú.

—Y menos mal —susurró ella. Ya se arrepentía de haberse puesto esos pantalones elásticos; no había Dios que los quitara.

Lo más difícil fue salir de la habitación. Aun así lo hizo, alejándose a grandes zancadas por el pasillo. Esperaba que Vince la llamara, que le dijera que había cometido un terrible error y que era mejor intentar escapar. Pero por mucho que ella lo deseara, no lo hizo.

Cuando bajó los cuatro tramos de escaleras, regresó con Bellamy y su puf de terciopelo rojo. No estaba solo. Vicereine y Malik estaban con él. No parecían especialmente sorprendidos de verla, pero tampoco contentos.

—Hola —dijo Charlie, empujando a Malik al pasar para sentarse en un almohadón.

—Nos has servido bien —dijo este—. La Cábala está en deuda contigo. Y nos gusta saldar nuestras deudas. El mundo exterior se inquieta cuando nuestras disputas salen a la luz.

—Nosotros recompensamos a nuestros amigos —añadió Vicereine —. Y castigamos a nuestros enemigos. Has demostrado ser una amiga, Charlie Hall.

La justicia de los piratas. La zanahoria y el palo.

—Queremos ayudarte —continuó Malik—. Pídenos lo que quieras.

—Ya sabéis lo que quiero —dijo Charlie—. Que lo soltéis. O al menos que renunciéis a uncirlo. ¿Es que no habéis aprendido nada del último Hierofante?

—Hemos aprendido a no fiarnos de los Estragos —replicó Malik—. Si el Hierofante no hubiera estado uncido, habría sido mucho peor.

—Para Stephen no, eso seguro —dijo Charlie.

—Stephen robaba sombras —repuso Bellamy—. Sombras avivadas,

sombras de personas vulnerables. Se las vendía a los traficantes. No le tengas tanta lástima.

Malik asintió.

—Y el problema no era Stephen. Creemos que Lionel lo drogó para que el Hierofante controlara su cuerpo. Con el tiempo, debió de aprender a hacerlo solo… o siguieron drogándolo.

—Pídenos algo que no tenga relación con el Estrago. Te sorprendería lo que somos capaces de conseguir.

Charlie suponía que la Cábala podía darle muchas cosas. La matriculación de su hermana para primavera. Una beca. Saldar las deudas médicas de Charlie, ya puestos. Un coche nuevo y reluciente. Joder, igual hasta le regalaban el Phantom de Salt si se lo pedía.

Pero en el fondo Posey nunca había querido ir a la universidad. Y Charlie no quería sobornos.

—Quiero que soltéis a Vince.

Malik dejó escapar un ruido de frustración.

No podía evitarlo. Así era ella. Charlie Hall, la que se negaba a aprender de sus errores. La que se estampaba contra la misma pared una y otra vez, por mucho que le doliera.

—¿Qué os ha dado Adeline Salt a cambio de ser su guardiana?

Bellamy parecía sorprendido.

—Creo que malinterpretas la situación.

—Vais a dejar que se lo lleve a su casa, ¿no? —insistió Charlie.

Vicereine esbozó una sonrisilla cruel.

—Por así decirlo. Pero no lo ha decidido ella. ¿Sabes lo que tendrá que hacer?

—Cazar Estragos —contestó Charlie.

—¿Y sabes por qué eso se considera un castigo, una forma de expiar delitos pasados?

—¿Porque es peligroso? —aventuró Charlie.

—Muy peligroso —dijo Malik con un leve dejo de espanto.

¿Qué había dicho Balthazar de Charlie? ¿Que podía robarle el aliento a un cuerpo, el odio a un corazón y la luna al cielo? En este caso quizá no le hiciera falta robar nada. Tal vez ellos mismos le darían lo que quería.

El único precio eran sus secretos.

Charlie sonrió y miró de reojo su viejo tatuaje de fear less en la cara interna del brazo.

—Muy bien —dijo entre dientes—. En tal caso, quiero confesar.

—¿Confesar? —repitió Vicereine, perpleja.

—¿Os acordáis de Brayan Araya, que escribía sus secretos con láser en granos de arroz y los guardaba en un tarro de cristal debajo de la almohada? Me los llevé todos como si fuera el ratoncito Pérez. ¿Y aquel libro con ilustraciones tan detalladas que consiguió Eshe

Godwin, el que no tenía ni pies ni cabeza? Los secretos estaban escritos en las imágenes, así que arranqué esas páginas. No sé si ella lo sabe, porque dudo de que lo haya abierto alguna vez. También robé las memorias del siglo xviii de Owain Cadwallader y encontré un montón de notas cosidas en la encuadernación interior de otro libro… Se me ha olvidado el título, pero tenía unos cierres laterales metálicos muy chulos. Nadie se enteró de que me las llevé yo. Ah, y también le quité a Jaden Coffey toda su colección de revistas de magia sombría de los setenta. ¿Queréis que siga? Hace años que me dedico a esto.

Charlie estaba risueña, como si se hubiera lanzado por una pendiente y ya no hubiera forma de parar. Sentía el júbilo de estar admitiendo por fin lo que había hecho.

—¿Arrancaste páginas del libro de Eshe? —Vicereine parecía cabreada.

—Soy mala gente. —Charlie buscó en el bolsillo de sus vaqueros, sacó algo y se lo lanzó a Malik, que lo atrapó al vuelo, sorprendido. Al ver lo que tenía en las manos, frunció el ceño—. También te he robado la cartera antes, al pasar a tu lado. Lo siento.

—Te estás creando unos enemigos muy peligrosos —le dijo Vicereine.

—¿A qué viene todo esto? —dijo Malik con la mandíbula apretada —. ¿Qué pretendes?

—Castigadme —contestó Charlie—. Soy muchísimo peor que Adeline.

—¿Quieres portarlo tú? —preguntó Bellamy.

La idea de tener a alguien dentro de su cabeza, alguien a quien no podría ocultarle sus peores pensamientos, alguien a quien amaba… le revolvía un poco las tripas.

—Sí. Ya sea recompensa o castigo, dádmelo a mí. Yo seré la Hierofante.

Cuando Vince entró en la habitación, llevando varios collares de ónice al cuello y otro atado al brazo como una correa, su expresión cambió al ver a Charlie. Se volvió hacia Bellamy.

—¿Y Adeline?

—Se ha marchado —respondió Malik.

—¿Entonces quién…?

—Yo —se adelantó Charlie—. Si tú puedes tomar decisiones estúpidas, yo también.

Vince sacudió la cabeza.

—Se supone que esto es un castigo.

—Sí, ya lo sé. Vas a estar encerrado en mi cabeza, con todos mis secretos. Ni siquiera yo los conozco todos. Menuda tortura.

Vince parecía estar planteándose seriamente la posibilidad de estrangularla.

—Char.

—Se ha ofrecido voluntaria —dijo Vicereine—. Y ha confesado unos cuantos delitos solo para convencernos.

Vince le lanzó una mirada feroz.

—¿Ah, sí?

—Necesito que te descalces —dijo Vicereine, adoptando una actitud profesional.

Charlie se agachó para sacarse las botas. Ya se las había desatado para quitárselas en lo alto de la torre.

Vince parecía estar calculando si todavía podía liberarse de las cadenas de ónice y escapar. Charlie lo vio tirar de la atadura de la muñeca. Debió de resistir, porque su expresión se tornó sombría.

—No sabes cómo seré después de esto. Nadie lo sabe —susurró.

—Seguirás siendo tú —susurró Charlie a su vez.

Bellamy le dijo algo a Malik; los dos parecían complacidos. No creía que estuvieran hablando de ella, pero aun así se puso de los nervios. Ya había pasado por algo como eso antes: se había amputado la sombra para coserla después a los pies de su hermana. Posey había tenido que concluir la labor, y ninguna de las dos era buena costurera. Aun así, parecía haber arraigado bien. Y Posey parecía estar bien.

Trató de convencerse de que lo que estaba haciendo en realidad era robarles a Vince en sus propias narices.

Vicereine le indicó a Charlie que se colocara delante de Vince. Obedeció.

—Saludos de parte de Winnie —le susurró—. Tu jefe está cabreadísimo, pero no creo que quieras volver a ese trabajo. Ah, y lo creas o no, hasta es posible que Posey te pida disculpas.

Vince la miró y suspiró. Pero cuando Charlie intentó darle la mano, él no se resistió.

Se la apretó una vez antes de que Vince volviera a transformarse en sombra.

La puerta principal de la torre de observación se cerró ruidosamente a espaldas de Charlie, que se alejó por la hierba haciendo crujir las hojas escarchadas bajo las botas.

—¿Vince? —susurró—. ¿Lo ves? Te dije que saldríamos juntos de aquí y hemos salido.

No le contestó, pero cuando bajó la vista, la silueta de la sombra que tenía detrás era la de él. Charlie se metió las manos en los bolsillos del abrigo y escuchó el silbido del viento entre los árboles.

—Ya sé que estás cabreado.

Subió a la furgoneta y sacó la navaja táctica que llevaba en el llavero. Se pinchó la yema del dedo anular hasta que brotó una gota de sangre.

—Vicereine dice que es mejor hacerlo enseguida, así que vamos allá.

Eso pareció captar su atención. La sombra la envolvió como una nube oscura. Charlie sintió en la piel algo similar a un lametón, salvo porque la lengua no estaba húmeda. La sensación le dio escalofríos.

—¿Vince? —Empezaba a ponerse nerviosa—. Deja de jugar conmigo. Dime algo.

Entonces oyó un susurro dentro de su mente que la hizo erguirse.

—Tú no eres Remy.

—Soy tu novia —protestó ella con voz temblorosa—. Y esta broma no tiene ninguna gracia.

Charlie miró fijamente la sombra extendida en el asiento del copiloto, la luz temblorosa que se filtraba entre los árboles. La sombra empezó a cobrar forma sin que ella la controlara. Era una figura hecha de oscuridad con los mismos ojos ardientes. Unos ojos que no parecían reconocerla.

La victoria se volvió amarga.

Vince le habló con voz baja y amenazante:

—Si eso fuera verdad, te conocería. Y no te conozco.

Charlie recordó la historia que le había contado Vince: cuando había escapado de Salt, luego había despertado bajo un puente sin saber cómo había llegado hasta allí. Charlie había dado por hecho que Vince no recordaba el tiempo transcurrido entre la muerte de Remy y su despertar. Pero quizás hubiera olvidado algo más que eso y durante más tiempo.

O tal vez lo de ahora fuera distinto. Tal vez Vince ya nunca recordaría que se había sentado con ella bajo las estrellas. Nunca recordaría que había traído hielo a la fiesta de Barb. Nunca recordaría que habían desayunado café y tostadas con mantequilla en la cama. Charlie notó que le picaban los ojos. Parpadeó para no echarse a llorar. Notaba un regusto salado en el paladar.

Estaba anocheciendo y empezaban a caer copos de nieve solitarios.

Charlie estampó el puño contra el volante.

Vince la observaba con aquellas cuencas de las que salían volutas de humo.

Siempre había habido algo turbio en Charlie Hall. Era mala desde el día en que nació. No había error que no estuviera dispuesta a repetir.

—He sido tan buena ladrona como para robar una sombra de una torre. Volveré a robarte el corazón.

No le contestó. Al cabo de un momento, la sombra se desvaneció y

la dejó sola.

Agradecimientos

Todas mis novelas hacen que me sienta inmensamente agradecida a mucha gente, pero esta más que ninguna.

En primer lugar, gracias a todos los participantes del retiro literario de Grecia que soportaron mis tropecientos arranques fallidos. Además de mi gratitud, merecéis mi compasión.

Tengo una deuda inmensa con Steve Berman por echarme una mano con mi sistema de magia en varias ocasiones, incluida la vez que se puso a dibujar en un rollo de papel hasta que el suelo de mi cocina terminó totalmente cubierto de reglas arcanas.

Agradezco mucho a Marie Rutkoski que me ayudara a expresar lo que intentaba plasmar.

Gracias a Chris Cotter, Emily Lauer y Eric Churchill por charlar conmigo sobre todas las maneras que encontraría la gente para utilizar y abusar de esta clase de magia durante los peores momentos de la pandemia.

Gracias a Roshani Chokshi por animarme a llevar el amor a la página.

Gracias a Paolo Bacigalupi por conseguir que me replanteara el principio (otra vez).

Gracias a Sarah Rees Brennan, Robin Wasserman y Leigh Bardugo por leer un borrador desastroso, participar en un taller por Zoom y convencerme de que lo que había hecho tenía arreglo.

Gracias a Joshua Lewis por conseguir que me importara el muerto.

Y un millar de gracias a Cassandra Clare y a Kelly Link por no asesinarme cuando lo cambié todo, luego lo volví a cambiar y después lo cambié OTRA VEZ. Habéis leído muchísimos borradores. Habéis escuchado muchísimas quejas. Tenéis una paciencia verdaderamente infinita.

Cualquier elogio es poco para mi fantabulosa editora, Miriam Weinberg, que me obligó a echar el freno y añadir toda la textura. Le estoy muy agradecida y también valoro el entusiasmo y la experiencia de todo el equipo de Tor Books, en especial Devi Pillai, Lucille Rettino, Renata Sweeney, Eileen Lawrence, Sarah Reidy, Lauren Hougen, Molly McGhee y Michelle Foytek. Gracias a Sam Bradbury, Roisin O'Shea y todo el equipo de Del Rey UK. Hace veinte años quise escribir un libro para adultos y, gracias a todos vosotros, parece que por fin lo he conseguido.

Gracias a mi agente, Joanna Volpe, que creyó que sería capaz de escribir este libro, lo planificó y se aseguró de que me ciñera al plan. Les estoy agradecida a ella y a todo el equipo de New Leaf, en

particular a las aterradoras dotes organizativas de Jordan Hill y a la estratégica Pouya Shahbazian.

Y gracias a mi pareja, Theo, y a nuestro hijo Sebastian. Sin vosotros, hace mucho tiempo que me habría arrancado la cara a arañazos.

Por último, gracias al «Valle» de Massachusetts Occidental, donde vivo desde hace casi dos décadas y que todavía estoy descubriendo. Pido disculpas por todos los lugares que me he sacado de la manga y por haberme tomado algunas licencias geográficas. Os ruego que imaginéis que este es un Massachusetts Occidental alternativo, lleno de granjas de relámpagos, bares con absenta de barril y magia de sombras.

Índice

Prólogo
1 Sombras hambrientas
2 El rey de copas, invertido
3 El pasado
4 Más café
5 Del revés
6 El test del malvavisco
7 El pasado
8 El liber noctem
9 El pasado
10 Pasada de rosca
11 Una estrella más luminosa
12 El pasado
13 Ángeles imposibles
14 Una nube de moscas negras
15 El pasado
16 Lamerte las heridas
17 No molestar
18 El pasado
19 Caramelos rompedientes
20 Veneno binario
21 El pasado
22 El sabio y la sombra
23 Zarpas de oso
24 Canciones tristes en bucle
25 Un gato negro. un sapo. un cuervo
26 El pasado
27 Ese brebaje que me gusta
28 Abandona toda esperanza
29 El pasado
30 Al entrar aquí
31 El loco, el mago y el hierofante
32 La charlatana
33 La ladrona de la noche
Agradecimientos